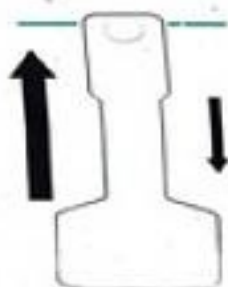


START



Una nueva novela
del rey del *psicothriller*

ASIENTO 7A

SEBASTIAN

FITZEK



Lectulandia

Matt Krüger tiene pánico a volar. Por eso, cuando se sube al LegendAir que más velozmente cubre Buenos Aires-Berlín lo hace con una batería de manías y supersticiones y, además, con varios billetes para diversos asientos en función de las posibilidades de supervivencia que hay en según qué filas y en según qué momento del vuelo. Incluso ha reservado el asiento 7A, el más peligroso de todos según una prueba de aviación, para que nadie se sienta en él y no corra el peligro de morir.

Pero todo su cuidadoso plan se tuerce cuando recibe una llamada fatal y comprende que su peor pesadilla acaba de comenzar. Alguien en Berlín ha secuestrado a su hija que está a punto de dar a luz y le pone solo una condición para dejarla con vida: estrellar el avión. Matt tendrá que enfrentarse a una carrera contrarreloj para salvar la vida de aquellos que más ama y también la de los 600 pasajeros del LegendAir y, por supuesto, evitar el mayor de sus temores: morir en un accidente de aviación.

Lectulandia

Sebastian Fitzek

Asiento 7A

ePub r1.0

Titivillus 16-05-2019

Título original: *Flugangst 7A*
Sebastian Fitzek, 2017
Traducción: Jorge Seca

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*Para Manuela,
diecisiete años volando en larga distancia
y sin ningún final a la vista.
¡Qué afortunada!*

La Unión Europea recomienda pruebas psicológicas para los pilotos

Test de detección de drogas y psicoterapia:
un grupo de trabajo de la Unión Europea reclama mayores controles para los pilotos tras el accidente aéreo del avión de la compañía Germanwings.

Die Zeit

17 de julio de 2015

PRÓLOGO

—¿Cuándo podremos interrogar al criminal?

El doctor Martin Roth, de camino hacia la unidad de cuidados intensivos de la planta de neurología del hospital Park-Klinik, se dio la vuelta hacia el comisario de la brigada de homicidios, que no había mostrado ninguna vergüenza al formularle con toda seriedad aquella ridícula pregunta.

—¿Interrogar, dice?

—Sí. ¿Cuándo despertará? —El rollizo policía dio el último sorbo al café que había sacado de la máquina expendedora, reprimió un eructo y levantó la barbilla con gesto desafiante—. Tenemos dos cadáveres y un herido de gravedad que va a pasarse el resto de su vida sangrando por los ojos. Tengo que hacer cantar cuanto antes a ese cabrón.

—Hacerle cantar, uf.

El médico jefe, que tenía el cutis terso y una cara demasiado juvenil para su edad, se rascó una parte sin pelo de sus entradas, cada vez más grandes con el paso de los años. No sabía qué le parecía peor, si la imitación barata de Bruce Willis por parte de ese policía o su clamorosa estupidez.

—¿Estaba presente cuando ingresaron a ese hombre?

—Sí, por supuesto.

—¿Y no vio nada llamativo en él?

—Está medio muerto, ya lo sé, ya lo sé. —El funcionario señaló con el dedo hacia la puerta de vidrio opalescente detrás de Roth, que separaba el pasillo del hospital de la unidad de cuidados intensivos—. Pero los médicos que trabajáis ahí dentro seguro que tenéis todas las herramientas posibles para recomponer a ese cerdo. Y en cuanto despierte, me gustaría obtener algunas respuestas.

Roth respiró hondo, empezó a contar hacia atrás mentalmente desde el número tres y, cuando llegó al cero, dijo:

—Bien, voy a ser yo quien le dé algunas respuestas, ¿señor...?

—Hirsch. Comisario jefe Hirsch.

—Todavía es muy pronto para un diagnóstico en firme, pero tenemos muchos motivos para pensar que el paciente padece el síndrome de enclaustramiento. Dicho en plata: su cerebro ya no puede comunicarse con el resto del cuerpo. Eso significa que está encerrado dentro de sí mismo. No puede hablar ni ver nada, ni tampoco comunicarse con nosotros.

—¿Y cuánto tiempo va a encontrarse en ese estado?

—Calculo que como máximo treinta y seis horas.

El policía puso los ojos en blanco.

—¿No podrá tomarle declaración hasta entonces?

—Entonces habrá muerto.

Detrás de Roth se oyó un chasquido y se abrió la puerta corredera eléctrica de cristales de vidrio opalescente.

—Doctor Roth. Venga, rápido. El paciente.

El médico jefe se giró hacia la residente que se acercaba a toda prisa desde la unidad de cuidados intensivos.

—¿Qué sucede?

—Parpadea.

«¡Gracias a Dios!».

—¿De verdad? ¡Eso es increíble! —dijo con alegría, y se despidió del policía con un gesto de la cabeza.

—¿Que parpadea? —Hirsch miró al médico jefe con la cara que se le habría quedado al doctor Roth si hubiera pisado un chicle con el zapato—. ¿Y cree que eso es una buena noticia?

—La mejor que nos podían dar —respondió Roth, y añadió mientras se dirigía de vuelta hacia donde se encontraba el moribundo—: Y tal vez sea nuestra única oportunidad para encontrar con vida a los desaparecidos.

No obstante, albergaba muy pocas esperanzas a este respecto.

1

Nele

Berlín

Un día y medio antes

Hora: 05.02

—Existen dos tipos de errores. Los que empeoran tu vida y los que la finiquitan.

Nele escuchaba las frases que un desequilibrado mental decía por la tele.

Hablaba entre dientes, ronco. Con jadeos.

No podía verle los labios. El hombre se había puesto una máscara de entrenamiento. Una piel de neopreno negra, elástica, con una válvula giratoria blanca frente a la cavidad bucal. A los deportistas les servía para incrementar su rendimiento; a los psicópatas, la sensación de placer.

—No me apetece nada esto —dijo Nele en voz alta, como si pudiera cambiar alguna cosa solo con sus palabras. Y cambió de canal cuando el enmascarado abrió el cortacadenas.

«El otoño caliente de la música folclórica».

Esto es como huir del fuego para caer en las brasas. Solo hay basura en la tele. De todos modos no era de extrañar. ¿Quién se sienta *motu proprio* frente al televisor poco antes de la salida del sol?

Impaciente, chasqueó con la lengua contra los incisivos y siguió zapeando hasta detenerse en un canal de teletienda.

«El asistente de Ronny en el hogar».

Nuevos utensilios de cocina, presentados por un hombre que parecía haberse maquillado con una caja de pinturas acrílicas: una piel de color bermellón, unos labios azul verdosos como el cian y unos dientes de blanco opaco. En ese momento estaba gritando a sus clientes que tan solo le

quedaban 223 megasuperestupendísimos gasificadores de agua. A Nele le habría venido muy bien uno en estos últimos meses, pues entonces no habría tenido que subir fatigosamente las escaleras ella sola con las botellas retornables. Vivía en un cuarto piso que daba al patio interior en la calle Hansa del barrio berlinés de Weißensee. Cuarenta y ocho escalones relucientes. Los contaba cada día.

Mejor todavía que un gasificador de agua habría sido un hombre, sin duda. Justo ahora, en su «estado», con diecinueve kilos más que nueve meses atrás.

Pero el causante de su estado la había enviado al carajo.

—¿De quién es? —le preguntó David nada más comunicarle ella el resultado del test de embarazo.

No era precisamente lo que una deseaba oír al regresar del ginecólogo en busca de un apoyo, de alguien que supiera estar al pie del cañón en la batalla de sus hormonas.

—Nunca lo hemos hecho sin condón. Todavía no estoy cansado de vivir. Mierda, ahora yo tendré que ir también a que me hagan la prueba.

Un sonoro bofetón puso el punto final a la relación. Solo que no fue ella quien propinó el golpe con furia, sino él. Su cabeza quedó torcida por completo a un lado y Nele perdió el equilibrio. Cayó al suelo junto con su estante de CD, donde se convirtió en una presa fácil para su novio.

—¿Estás pirada? —le preguntó él, y comenzó a darle patadas, una y otra vez, en la espalda, en la cabeza y, por supuesto, también en el vientre, que ella intentó defender con los codos, los brazos y las manos. Con éxito. David no pudo lograr su objetivo. El feto no resultó dañado, el embrión no fue expulsado.

—A mí no me vas a endilgar a ningún churumbel enfermo por el que tenga que estar apoquinando toda la vida —le chilló apartándose por fin de ella—. Ya me cuidaré de que eso no ocurra.

Nele se llevó la mano a ese lugar del pómulo donde la punta del zapato de David acertó a golpear, muy próximo al ojo. Ese punto seguía latiéndole siempre que recordaba el día de la separación.

No era la primera vez que su novio se ponía hecho una furia, pero sí la primera que le levantaba la mano.

David era el proverbial lobo con piel de cordero que iba repartiendo de puertas afuera su irresistible encanto. Ni siquiera su mejor amiga podía imaginarse que aquel hombre tan lleno de humor, con la pose del yerno

perfecto, tuviera una segunda cara brutal que prudentemente solo mostraba cuando se sentía libre de miradas ajenas, de puertas adentro y en su salsa.

Nele estaba enfadada consigo misma porque siempre acababa encontrándose con tipos como ese. Ya en sus primeras relaciones se habían producido algunas escenas de violencia. Quizá los tíos, al ver su aspecto infantil y a la vez descarado, se pensaban que ella no era una mujer, sino una chica a la que uno no desea, sino que posee. Y, seguramente, su enfermedad también contribuía a que muchos la contemplaran como a una víctima.

«Bueno, vale, David Kupfer ya es historia —pensó Nele con cierta satisfacción interior—. En mi interior está creciendo el futuro».

Por suerte no le había dado ninguna llave de casa a aquel cabronazo.

Después de que ella lo echara, él la estuvo acosando sin cuartel durante un tiempo. La bombardeaba con llamadas telefónicas y con cartas en las que intentaba obligarla a que abortara, y para ello echaba mano unas veces de argumentos («pero ¡si de cantante apenas ganas dinero suficiente para ti misma!») y otras de amenazas («sería una lástima que te cayeras rodando por las escaleras mecánicas, ¿no crees?»).

No fue sino al cabo de tres meses, cuando expiraron los plazos legales para la interrupción del embarazo, que él se dio por vencido y cortó definitivamente todo contacto con ella, con excepción del canastillo de mimbre que dejó ante la puerta de su casa el lunes de Pascua. Adornado como la cuna de un bebé, con una almohadita de color rosa y una mantita mullida tapando a una rata muerta.

A Nele le entraron escalofríos al volver a recordarlo, y metió ambas manos entre los almohadones del sofá para calentarse, aunque en el piso hacía de todo menos frío.

Su mejor amigo le aconsejó que llamara a la policía, pero ¿qué podían hacer ellos, si eran incapaces de atrapar al pirado que llevaba varias semanas rajando los neumáticos de uno de cada tres coches que había aparcados en la calle? Por una rata muerta no se les ocurriría apostar a ningún agente frente a la casa.

Al menos, Nele se rascó el bolsillo y avisó a la empresa administradora de la casa de que ella iba a asumir los gastos de la colocación de una cerradura nueva y de otras llaves para prever la posibilidad de que a David se le hubiera ocurrido en algún momento mandar hacer una copia.

En el fondo, hasta le estaba agradecida. No por los golpes y el cadáver de la rata, sino por sus horribles insultos.

Si hubiera permanecido callado, tal vez ella habría prestado atención a la voz de la razón que le decía que era demasiado peligroso tener el bebé. Por otra parte, gracias al prematuro tratamiento con antivirales ya ni siquiera se le detectaba en la sangre el virus de la inmunodeficiencia humana y, por tanto, el porcentaje de riesgo de contagio era ínfimo, aunque no llegaba al cero por ciento.

¿Debía correr ese riesgo o no? ¿Podía asumir esa responsabilidad con veintidós años y su enfermedad? Un bebé. ¿Sin ninguna seguridad económica? ¿Con una madre que había fallecido muy joven y con un padre que se había largado a vivir al extranjero?

Eran buenos motivos para decidirse en contra de la criatura y a favor de su carrera como cantante, en contra de los pies hinchados, de las piernas gordas y del vientre como un globo, y a favor de la continuidad de una relación condenada al fracaso con un cabaretero guapo y colérico a partes iguales, que se ganaba la vida con trucos de magia en fiestas infantiles de cumpleaños y en celebraciones de empresas. (David Kupfer no era su verdadero nombre, por supuesto, sino una miserable alusión a su gran modelo en la vida, David Copperfield).

Echó un vistazo al reloj.

Quedaban todavía veinticinco minutos hasta que llegara el taxi.

A esa hora tan temprana estaría en el hospital enseguida, no tardaría ni treinta minutos. Y llegaría una hora antes de la cita acordada. El ingreso estaba fijado para las siete. La cesárea tendría lugar tres horas después.

«Es una locura —pensó Nele con una sonrisa, y se acarició el bombo, ahora con ambas manos—. Pero había sido la decisión correcta».

Había dejado de pensar eso desde que su médico de cabecera, el doctor Klopstock, la persuadió con buenas palabras para que continuara con el embarazo. Incluso sin tratamiento, no se contagiaba del sida ni siquiera una de cada cinco criaturas por nacer. Sin embargo, a pesar de los buenos resultados de sus análisis de sangre y de todas las medidas preventivas que se habían adoptado en el curso de los atentos cuidados que había recibido, era más que probable que produjera algo inesperado durante la cesárea en la sala de partos.

«Pero puede que eso haya sucedido ya».

Nele no tenía todavía nombre para el milagro que estaba creciendo dentro de ella. Ni siquiera sabía si era niña o niño. Sencillamente, le daba lo mismo. Estaba ilusionada con tener a una nueva persona en su vida, con independencia de su sexo.

Volvió a cambiar de programa de televisión y, de pronto, sintió otra vez calor. Eso era algo que anhelaba también, cuando tras el parto volviera a tener el cuerpo para ella sola: que cesaran de una vez por todos esos sofocos. Nele estaba a punto de sacar las manos de entre los almohadones del sofá cuando los dedos de la mano derecha se toparon con algo duro.

«¿Qué es esto?».

¿Serían tal vez los pendientes que echaba de menos desde hacía tanto tiempo?

Se inclinó a un lado y palpó con la mano el objeto con el que se había enganchado cuando sintió un breve pero intenso dolor.

—¡Ay!

Sacó el índice y se sorprendió al ver sangre en la yema. Le latía el dedo como si le hubiera picado un insecto. Asustada, se lo llevó a la boca y lo lamió. A continuación se miró la herida. Era un corte pequeño, como si se lo hubiera hecho con una navaja muy afilada.

«¿Qué demonios...?».

Se levantó para acercarse a paso de pato al escritorio. En el primer cajón tenía guardada una caja de tiritas. Al sacarla se topó con un folleto de apartamentos vacacionales en la isla de Rügen. David había querido pasar allí con ella el día de San Valentín. En aquel entonces, en otros tiempos.

Lo único que Nele seguía valorando de su ex en la actualidad era el hecho de que David no la dejó plantada ya en la primera cita, como hacían la mayoría de los hombres a quienes confesaba que tres veces al día tenía que tomarse un cóctel de medicinas para no enfermar de sida. Nele pensó sinceramente que él iba a creerla cuando le dijo que no era ninguna perdida ni tampoco ninguna drogadicta, que no se había contagiado con una jeringuilla ni practicando sexo sin ton ni son con desconocidos. Sino con una mariposa.

Una mariposa con un aspecto extraordinario, que llevaba siempre consigo. En la parte interior de su antebrazo derecho.

En realidad, la función de aquella mariposa con los colores del arco iris era recordarle durante toda la vida aquellas magníficas vacaciones en Tailandia, pero, al ducharse, la verdad es que solo podía pensar en aquella aguja sucia, sin desinfectar, con la que le habían hecho el tatuaje, y en la dureza con la que Dios castigaba algunas veces la imprudencia juvenil. Por lo visto, le desagradaba más que unos adolescentes achispados entraran en un local de la zona de bares de Phuket a hacerse un tatuaje que el hecho de que los matones de Estado Islámico arrojaran a homosexuales desde los tejados de las casas.

Nele se envolvió el dedo con la tiritita y regresó al sofá para levantar el almohadón.

Cuando su mirada dio con aquel objeto brillante y plateado, profirió un tremendo suspiro de asombro y estuvo a punto de golpearse la boca con la mano.

—Pero ¿de dónde demonios ha salido eso? —dijo entre susurros.

Con todo cuidado despegó aquella cuchilla de afeitar, que estaba pegada como un chicle. Se encontraba fijada entre los almohadones con doble cinta adhesiva, ¡así que alguien la había colocado allí con toda la intención!

Profundamente aterrorizada, Nele se dejó caer hacia atrás en el sofá. La cuchilla de afeitar que tenía en la mano le quemaba igual que si hubiera sacado con ella una brasa de una chimenea encendida.

Echó un vistazo al reloj, ahora con el corazón latiéndole con fuerza, y volvió a calcular los minutos que quedaban hasta la llegada del taxi.

«¡Todavía quince minutos!».

No deseaba estar ni siquiera quince segundos más en su piso.

Nele tenía la mirada clavada en la cuchilla de afeitar, que iba cambiando de color según las imágenes que aparecían en el televisor.

«¿Cómo leches ha ido a parar a los almohadones de mi sofá?». Estaba fijada con meticulosidad, como si alguien quisiera que Nele se cortara en los dedos con ella.

«¿Y qué demonios llevaba escrito?».

La cuchilla estaba embadurnada con su sangre, pero ahora, al sentarse y quedar girada ciento ochenta grados, podían visualizarse en ella los trazos de una escritura afiligranada, a mano, como realizados con un rotulador Edding de punta fina.

Nele volvió a agarrar con desgana la cuchilla y pasó el dedo índice herido sobre las letras.

«¡Tu sangre mata!».

Nele movió los labios de una manera instintiva y mecánica, como un escolar durante los primeros ejercicios de lectura.

«¿Que mi sangre mata?».

Gritó.

No porque ahora tuviera claro que David debía de haber conseguido entrar en su piso de una u otra manera, sino porque sintió que algo se desgarraba en su interior.

Percibió una punzada intensa, como si se le hubiera clavado el aguijón de un escorpión. En el punto más sensible de su cuerpo. Una sensación como si

alguien rasgara con las manos las fibras de una piel fina y delicada a partes iguales.

Cesó ese breve e intenso dolor, y se sintió mojada. Entonces le sobrevino el miedo.

Se extendía como una mancha entre sus piernas. La colcha oscura se oscureció aún más y... «no para».

Ese fue su primer pensamiento, y no dejaba de repetirlo una y otra vez.

«No para. El saco amniótico se ha roto, y yo me estoy vaciando».

El segundo pensamiento fue aún peor porque estaba justificado.

«¡Demasiado pronto!».

¡La criatura llegaba demasiado pronto!

2

«¿Sobrevivirá? Pero ¿puede sobrevivir algo así?».

La cuchilla quedó olvidada y dejó de tener la menor importancia. En pleno ataque de pánico, Nele únicamente era capaz de plantearse una sola cuestión en su mente: «Pero hace ya semanas que mi médico me dijo que a partir de ahora el bebé era viable, ¿o no?».

La fecha prevista para el parto era dentro de catorce días.

En el caso de una cesárea, el riesgo de contagio para el bebé quedaba muy reducido, motivo por el cual habían adelantado de manera prudente la fecha de la operación. Justamente para evitar lo que estaba sucediendo en estos instantes: que se pusiera en marcha el proceso del parto natural.

«Pero ¿puede una someterse a la operación después de haber roto aguas?».

Nele no lo sabía. Tenía puestas todas sus esperanzas en que su bebito (así denominaba ella al ser que estaba dentro de ella) naciera sano.

«Maldita sea, ¿cuándo llegará el taxi?».

Quedaban todavía ocho minutos.

Y los iba a necesitar.

Nele se levantó con la sensación de estar vaciándose por completo. ¿Eso era perjudicial para el bebé? Una imagen horripilante recorrió su mente: la de su bebito en el vientre intentando respirar en vano, como un pez fuera del agua.

Caminó como un pato en dirección a la puerta de la casa y agarró la bolsa que tenía preparada desde hacía tiempo para la clínica.

Unas mudas, pantalones anchos, camisones, medias, cepillos de dientes y productos de cosmética. También la bolsita con los medicamentos antivirales, por supuesto. En la bolsa había metido incluso pañales, de la talla 1, a pesar de estar por completo segura de que habría en el hospital. Pero Juliana, su precavida comadrona, le había dicho que una no podía estar nunca lo

suficientemente preparada para cuando las cosas ocurrían de forma diferente a la prevista. Y eso es lo que estaba sucediendo ahora.

Dios mío.

«Miedo».

Abrió la puerta.

Nele jamás había sentido tanto miedo por otra persona que no fuese ella misma. Ni tampoco se había sentido nunca tan sola. Sin su progenitor. Sin su mejor amiga, que se encontraba de gira por Finlandia con su grupo musical.

Se detuvo un instante en las escaleras.

¿No era mejor que se cambiara de ropa? Sentía los pantalones mojados del chándal como si llevara un trapo frío entre las piernas. Tendría que haber comprobado de qué color era el líquido amniótico. Si era verde no debería moverse en absoluto, «¿o era de color amarillo?».

Pero aunque fuera del color no deseado y se hubiera puesto ya en movimiento, ¿no iba a empeorar la cosa si regresaba ahora a ponerse una muda seca? «¿O no?».

Nele cerró la puerta de casa. Bajó los escalones agarrándose en la barandilla, contenta de no encontrarse con nadie a una hora tan temprana.

Sentía vergüenza a pesar de no saber muy bien por qué motivo, pues un parto era en realidad algo natural. Sin embargo, por experiencia propia sabía que eran muy pocos los que se involucrarían directamente en ese proceso. Y ella no tenía ningunas ganas de recibir ofrecimientos de ayuda hipócritas o tímidos de unos vecinos con quienes apenas intercambiaba algunas palabras en la escalera.

Una vez abajo, abrió la puerta de la calle y aspiró el aire de otoño, que olía a hojarasca y a tierra. Debía de haber parado de llover hacía poco. El asfalto de la ancha calle Hansa brillaba con la luz clara de las farolas. Se había formado un charco delante del bordillo, y junto a él —gracias a Dios— estaba esperando ya el taxi. Cuatro minutos antes de la hora, pero ni un segundo de más.

El conductor, que estaba apoyado contra su Mercedes leyendo un libro, arrojó el grueso volumen por el cristal bajado del asiento del copiloto y se llevó las manos a la cabellera oscura, que le llegaba a los hombros. A continuación corrió a toda prisa al encuentro de ella cuando se dio cuenta de que algo parecía no estar del todo bien por su forma de andar arrastrando los pies. Probablemente pensó que estaba herida o que la bolsa que llevaba era tan pesada que se veía forzada a inclinarse un poco hacia delante. Pero tal vez su apresuramiento se debía tan solo a pura cortesía.

—Buenos días —saludó él con concisión, y se hizo cargo de la bolsa—. ¿Al aeropuerto?

Tenía un ligero acento berlinés y le olía el aliento a café. Llevaba un jersey con cuello de pico de una talla demasiado grande, al igual que sus pantalones de pana, que amenazaban con deslizársele por las delgadas caderas con cada paso que daba. Sus sandalias semiabiertas de la marca Birkenstock y sus gafas a lo Steve Jobs completaban el cliché del estudiante de sociología que se sacaba algún dinero conduciendo un taxi.

—No. Al hospital Virchow. En Wedding.

Él sonrió con una mueca de enterado al rozar con la mirada el vientre de ella.

—Entendido. No hay problema.

Le abrió la portezuela. Al percatarse de los pantalones mojados de ella, fue demasiado cortés para mencionarlo. Probablemente había presenciado cosas más asquerosas en los turnos de noche, por lo que había recubierto el asiento trasero con una funda de plástico.

—Vámonos entonces.

Nele subió al coche con la preocupación de haberse olvidado de hacer algo importante, a pesar de que mantenía agarrada la bolsa para la clínica, en la que también iban el móvil, el cable cargador y la cartera.

«¡Mi padre!».

Mientras el coche arrancaba, calculó la diferencia horaria y se decidió por enviarle un SMS, no porque le diera apuro llamar a su padre a esas horas a Buenos Aires, sino porque no quería que le percibiera en la voz su preocupación.

Nele pensó durante unos instantes si debía escribirle que había roto aguas, pero ¿para qué intranquilizarlo sin necesidad? Y, además, eso no le incumbía. Era su padre, no su confidente. El hecho de que ella quisiera tenerlo a su lado no se debía a motivos emocionales, sino de índole puramente práctica.

Había dejado a mamá en la estacada. Ahora le tocaba reparar aquella acción apoyando a Nele con el bebito, aunque su ayuda como padre se limitara a recados, compras y aportaciones económicas. Estaba segura de que no le confiaría el cuidado del bebé. Ella ni siquiera había querido verlo antes del parto y casi le había ordenado que viajara a verla como muy pronto el día de la operación.

«¡Comienza la función!», escribió en su móvil y envió el escueto mensaje. Sabía que a él le sentaría mal que no le escribiera ningún encabezamiento cariñoso. Y se avergonzó un poco por su frialdad a la hora de actuar. Pero

entonces le vinieron a la cabeza los ojos de su madre. Abiertos y vacíos, con ese miedo a la muerte esculpido en ellos, que tuvo que padecer completamente sola ante su fin. Y entonces Nele se convenció de que su manera de actuar había sido incluso demasiado buena. Ya podía darse por contento con que ella les hubiese hecho caso a los terapeutas que le aconsejaron retomar el contacto después de tantos años.

Nele miró hacia delante y descubrió un mamotreto verde que el conductor había estado hojeando antes y que ahora estaba fijado entre el freno de mano y el asiento del conductor.

Diccionario Clínico Pschyrembel.

Así que no era estudiante de sociología, sino de medicina.

—¡Eh! —exclamó a continuación, sorprendida—. Se ha olvidado de encender el taxímetro.

—¿Cómo dice? ¿Qué? Vaya... maldita sea.

El estudiante aprovechó un semáforo en rojo para darle unos golpes al aparato. Al parecer estaba estropeado.

—Con esta ya van tres veces... —dijo echando pestes del taxímetro.

Una moto se acercó por detrás.

Nele volvió la cabeza a un lado cuando se detuvo justo junto a su ventanilla. El motorista llevaba un casco espejado, por lo que ella no vio nada más que su propio reflejo cuando él se inclinó hacia ella. La moto burbujeaba como un lago de lava hirviendo a borbotones.

Confusa y temerosa, Nele dirigió de nuevo la vista al frente.

—¡Está verde! —dijo con voz de pito.

El estudiante levantó la vista del taxímetro y se disculpó.

La mirada de Nele volvió a dirigirse a un lado.

El motorista no arrancó. En lugar de eso se llevó los dedos al casco como queriendo saludar y Nele creyó percibir la diabólica sonrisa que aquel tío había puesto con toda seguridad bajo el casco.

«David», se le pasó a Nele por la mente.

—La carrera corre de mi parte.

—¿Cómo dice?

El estudiante le guiñó un ojo por el espejo retrovisor y arrancó.

—Es su día de suerte. El taxímetro está escacharrado, no tiene que pagar nada, Nele.

La última palabra del conductor atravesó el aire y fue directa a su mente.

—¿Cómo...?

«¿Cómo sabe mi nombre de pila?».

—¿Quién es usted?

Nele se apercibió de que, justo después del semáforo, el coche giró lentamente a la derecha y se metió por una entrada para vehículos.

—¿Dónde estamos?

Vio una alambrada rajada: al fondo sobresalían dos chimeneas industriales que parecían dedos rígidos de un cadáver señalando el cielo a oscuras.

El taxi traqueteaba por encima de los baches de la entrada para vehículos de una fábrica abandonada hacía mucho tiempo.

Nele echó mano del tirador de la portezuela y empezó a darle sacudidas.

—Pare. Quiero bajarme.

El chófer se dio la vuelta y se le quedó mirando fijamente los pechos hinchados.

—No se preocupe —le suplicó con una sonrisa que produjo una extraña impresión de timidez y de inocencia fuera de lugar.

Las cuatro palabras siguientes conmocionaron a Nele más que cualquier cosa que hubiera oído a lo largo de su vida:

—Solo quiero su leche.

Un puño interior se aferró con toda su fuerza en el punto más sensible de su abdomen.

—¡Aah! —le gritó al estudiante, que la miraba por el retrovisor mientras los faros alumbraban una oxidada señal del camino.

A LOS ESTABLOS, leyó Nele.

Acto seguido, las contracciones alcanzaron su primer punto culminante.

3

Mats

Buenos Aires

23.31 hora local

«¡Comienza la función!».

Mats Krüger dejó en el pasillo el maletín y echó mano del móvil para volver a mirar el SMS de su hija, por si ese mensaje de tres palabras ocultaba algún encargo secreto que él no había logrado descifrar en la primera lectura.

Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de tela y se preguntó, sorprendido, por qué la gente no avanzaba a partir de la fila catorce. Ya llevaban media hora de retraso. La blanca luz cenital inundaba el espacio interior del flamante avión, equipado con unos asientos de tapizado añil, en el que olía a ambientador y a limpiaalfombras. Con el zumbido de la turbina auxiliar en los oídos, Mats se encontraba de espaldas a la cabina de pilotaje, en el pasillo de la derecha de aquel imponente avión de veinticuatro metros de altura, más alto que un edificio de oficinas de ocho pisos o que «cinco jirafas», tal como lo describió en su día un periódico.

Ese periodista que sentía predilección por las comparaciones con los animales había calculado también que el avión se extendía a lo largo como dos ballenas azules en fila india.

«¡Comienza la función!».

El SMS que Mats había recibido al subirse al avión hacía cuatro minutos le había dado alas y, al mismo tiempo, lo había frenado.

Sentía ilusión por ver pronto a su primer nieto y quizá incluso poder cogerlo en brazos, pero al mismo tiempo tenía miedo de leer en los ojos de Nele la misma frialdad con la que ella redactaba sus escuetos mensajes.

Solo un viejo tonto podía albergar la esperanza de que ella lo perdonara. Y Mats se sentía ciertamente viejo, pero de tonto no tenía un solo pelo. Sabía

lo que había destruido en su día, cuando dejó a la madre de Nele en la estacada, y todavía ahora seguía en la incertidumbre de por qué ella le había pedido que regresara a Alemania para el nacimiento de su primer hijo. ¿Tal vez le tendía la mano para señalar con prudencia un nuevo comienzo? ¿O tal vez para darle un bofetón?

—Vale, por fin —murmuró el hombre con una mochila a la espalda que tenía delante. Y, en efecto, la cola volvía a ponerse en marcha.

«¿Vale, por fin?».

Mats habría preferido poder continuar de pie un rato en el pasillo mientras aquel coloso de quinientas sesenta toneladas permanecía en tierra. Cuatro años atrás, había emigrado a Argentina en barco para establecerse en Buenos Aires como psiquiatra. Tenía miedo a volar; incluso había asistido a un seminario sobre aerofobia, pero no le sirvió de mucha ayuda. Frases como «Acepte su miedo y no intente luchar contra él» o «Intente espirar y a inspirar más despacio» solía probarlas él mismo con sus pacientes afectados de alguna fobia; y también era consciente de que a muchas personas les resultaba útil seguirlas. Sin embargo, eso no cambiaba un ápice el hecho de que, en su opinión, el ser humano no estaba creado para moverse impulsado por la troposfera, con la sobrepresión de diez mil metros de altura en el interior de un tubo de metal. El *Homo erectus* no estaba hecho para ese entorno hostil, era así de sencillo; con temperaturas exteriores de cincuenta y cinco grados bajo cero, el menor error podía conducir a una catástrofe.

Y eso que a Mats no le preocupaban tanto los aspectos técnicos como la fuente principal de errores, que no solo provocaba la mayoría de las víctimas mortales en el aire, sino también en tierra y mar: el ser humano. Y este no tenía tantas ocasiones de poner a prueba su imperfección como las que precisamente iba a encontrarse en el trayecto de vuelo que Mats tenía por delante.

Para su primer vuelo desde hacía veinte años no solo había elegido el avión de pasajeros más grande del mundo en la actualidad, sino también uno de los recorridos más largos sin escalas de la aviación civil. Para los once mil novecientos kilómetros entre Buenos Aires y Berlín, ese coloso volador precisaba poco más de trece horas, sin contar la hora que necesitaban los seiscientos ocho pasajeros para encontrar su asiento a bordo del aeroplano. A Mats le habría gustado más volver a viajar en barco, máxime cuando ya hacía semanas que estaba al corriente del embarazo de Nele. Sin embargo, en esa estación del año no existía ninguna conexión transatlántica adecuada.

«¡Comienza la función!».

Mats pasaba con su maletín al lado de la cocina de a bordo, situada directamente sobre las alas del avión, a la altura de las salidas centrales de emergencia, y que despedía un aroma a café, cuando le hizo detenerse de nuevo la frase de una mujer que sonaba a agotamiento.

—¡No me entiende!

Esas eran palabras clave para un psiquiatra.

Mats dirigió la vista a su izquierda, hacia la cocina, donde vio a un auxiliar de vuelo muy espigado y cuyo uniforme de color azul marino producía la impresión de estar hecho a medida. Ese hombre estaba al lado de la máquina del café y conversaba con una joven pelirroja que sostenía a un bebé en brazos.

Afuera imperaban unos sobrios veintiocho grados centígrados, pero los cabellos rubios recién engominados del azafato le conferían el aspecto de alguien que ha escapado de una borrasca tormentosa. No era sino en la segunda mirada cuando uno se percataba de que debía haberse pasado bastante tiempo ante el espejo para dar a su pelo ese aspecto tan conseguido de no estar peinado.

—Lo siento de veras.

El auxiliar de vuelo tenía la habilidad de asentir comprensivamente, pero mirando con disimulo al mismo tiempo a su macizo reloj de pulsera, mientras la madre balanceaba en la cintura, con tiento y suavidad, a su bebé protestón.

—En la reserva que hice por internet me confirmaron que dispondría de un asiento familiar —dijo la mujer exhausta.

Estaba de espaldas a Mats, pero este, al percibir la voz temblorosa de ella, presintió que estaba a punto de echarse a llorar.

—Creo que el viejo de delante se ha quedado dormido —oyó Mats que una adolescente renegaba detrás de él.

Ahora era él quien estaba bloqueando el paso, pero su interés por el conflicto emocional en la cocina de a bordo era demasiado intenso, así que se hizo a un lado para dejar paso a los demás viajeros.

—Claro que la entiendo, y muy bien —dijo el azafato tratando de calmar a la madre. Su ademán firme irradiaba experiencia y dominio de la situación; su voz, impaciencia—. Pero no puedo hacer nada. En Chile nos dieron unas canastillas para bebé no adecuadas y no encajan en los mecanismos de la pared divisoria que tiene frente a su asiento.

—¿Y entonces voy a tener que mantener en el regazo a mi hija durante trece horas? —Meneó la cadera para mantener tranquila a la niña, que

barboteaba—. Suza padece de cólicos —aclaró—. Tengo mucho miedo de que se pase toda la noche chillando si no puede dormir tumbada.

Otro asentimiento comprensivo, otra mirada al reloj.

—Desearía que fuera de otra manera, pero por desgracia no puedo hacer nada por ayudarla.

—Pero tal vez yo sí pueda —se oyó decir Mats a sí mismo, y en ese instante se enfadó por haber pronunciado aquellas palabras.

Dos pares de ojos sorprendidos dirigieron sus miradas hacia él.

—Disculpe, ¿qué es lo que acaba de decir? —preguntó la madre, que se había dado la vuelta para observar a Mats.

La luz de la cocina de a bordo, que, por lo que Mats sabía, se denominaba oficialmente «*galley*», era clara y desapacible. Destacaba todas las imperfecciones de la piel y todas las arrugas de la cara de aquella joven. Tenía los ojos tan rojos como sus cabellos, y parecía estar igual de cansada que él. Se había puesto un discreto pintalabios a juego con sus pecas, y tanto sus adornos como su vestimenta indicaban que, a pesar de la chiquitina necesitada de cuidados que llevaba en brazos, deseaba que no se la percibiera únicamente como a una madre, sino también como a una mujer.

—Puede ocupar mi asiento.

Las primeras palabras en alemán que pronunciaba desde hacía mucho, muchísimo tiempo, salieron de su boca a tropezones, con torpeza, y nada más oírse las decir él mismo, deseó que se le hubieran quedado en la garganta, sin salir.

—¿Su asiento? —preguntó la madre.

Su ojo clínico percibió una mínima contracción del músculo orbicular de los ojos. A pesar del extremo cansancio de la joven, la musculatura de la anilla exterior del ojo funcionó involuntariamente para dar la señal inequívoca de una alegría auténtica.

—Podría ofrecerle el asiento 7A —confirmó Mats.

—Está en la clase business —dijo en tono de admiración el auxiliar de vuelo.

En el letrerito plateado de la solapa relucía la palabra «Valentino», y Mats no supo si era el apellido o el nombre de pila de aquel guaperas rubito.

Seguramente este se preguntaba dos cosas a la vez: ¿Cómo era posible que un hombre cediera su cómodo asiento de primera a una completa desconocida para un vuelo tan largo? Y ¿qué hacía aquí realizando su embarque por la clase turista?

—Me temo que en la clase business tampoco habrá una canastilla para su bebé —objetó.

—Pero los asientos son tan amplios que Suza podría estar acostada con toda comodidad a su lado —le interrumpió Mats y señaló con el dedo al bebé—. Según consta en la publicidad, el sillón puede convertirse en una cama plana.

—¿Y va a cambiarme de verdad ese asiento por el mío? —preguntó la madre en tono incrédulo.

«No», pensó Mats, y volvió a preguntarse qué demonio lo había poseído. La agitación refuerza el miedo. Es una fórmula muy simple. Él se había propuesto firmemente ir a su asiento, aprenderse de memoria la lámina plastificada con las indicaciones de seguridad, examinar los espacios entre los asientos y las salidas de emergencia y, después de prestar atención a la demostración de los miembros de la tripulación, comenzar con los ejercicios de técnica de relajación. Y ahora, en los primeros minutos del embarque, se estaba desviando de su plan inicial para mantenerse en calma.

«¡Qué disparate más contraproducente!».

Y para colmo estaba cometiendo una acción irresponsable al dejar su plaza 7A nada menos que a una madre con bebé. Pero esas reacciones eran típicas en él. En el trabajo, con sus pacientes, era la tranquilidad y la sensatez en persona. Pero en su vida privada tenía que lidiar frecuentemente con las irritaciones que le provocaban sus oscilaciones emocionales.

Pero como ahora le resultaba muy difícil retirar esa oferta fruto de un mero impulso, Mats se limitó a preguntar:

—¿Desea ese asiento?

Una sombra se deslizó por el rostro de la madre, y esta vez no había que ser ningún experto en la interpretación de las microexpresiones faciales para leer la decepción en sus ojos.

—Mire, ¿señor...?

—Krüger.

—Es un placer conocerlo, señor Krüger. Me llamo Salina Piehl. Mire, el problema no es solo la falta de una cunita para bebés. —Señaló el tabique que separaba la cocina de a bordo de la cabina de pasajeros, detrás del cual debía de hallarse en algún lugar el asiento de ella en el avión—. En mi plaza me encuentro encajonada en medio de un grupo de hombres ruidosos y ligeramente achispados. ¿De verdad desea eso?

«Hostia».

Si Salina se hubiera limitado a rechazar su oferta con cortesía, él tal vez habría podido asentir con amabilidad, despedirse y seguir avanzando. Pero ahora que sabía que ella estaba doblemente necesitada, le resultaba imposible dejarla plantada.

—Mi oferta no es tan generosa, en absoluto. Mire, no quiero cambiar mi asiento por el suyo. Tengo otro más a bordo.

—Pero... ¿cómo es posible eso? —Ella lo miró con los ojos como platos.

—Padezco de aerofobia severa. Entre los preparativos para este vuelo estuve analizando todas las estadísticas de accidentes aéreos que tenía a mi disposición. Conforme a esos datos, hay asientos en los cuales los pasajeros tienen una mayor probabilidad de sobrevivir en el caso de una catástrofe.

El auxiliar de vuelo levantó una ceja.

—¿Y entonces?

—Los he reservado todos.

—¿En serio? —preguntó la madre.

—Al menos los que estaban en la medida de mis posibilidades.

—¡Ah, vale! Así que es usted —dijo Valentino.

Mats no se sorprendió de que ya lo conocieran. Su extraña reserva debía de haber sido la comidilla entre la tripulación.

—Entonces ¿cuántos asientos ha reservado? —quiso saber la madre.

—Cuatro. Además del asiento en la clase business, es decir, el 7A, reservé el 19F, el 23D y el 47F.

Los ojos de la madre se dilataron.

—¿Cuatro? —preguntó con incredulidad.

En realidad había querido reservar siete asientos, pero los demás ya estaban ocupados. E incluso la reserva de los asientos libres le había planteado a Mats numerosos problemas. La compañía aérea disponía ciertamente de una función de reserva en línea para pasajeros con sobrepeso que precisaban de dos asientos, pero estos estaban colocados uno al lado del otro y no repartidos por todo el avión. Le costó numerosas llamadas y correos electrónicos hasta que pudo explicar sus deseos a la aerolínea y asegurar a los responsables que no era ni un loco ni tampoco ningún terrorista. Al final, llegó a tener problemas incluso con el límite disponible de su tarjeta de crédito, pues, como es natural, su aerofobia le iba a costar una pequeña fortuna. Por suerte no ganaba un mal sueldo y, al ser soltero, vivía con relativa sobriedad desde hacía varios años.

—Pero ¿por qué? Quiero decir: ¿es que no podía decidirse por un asiento concreto? —quiso saber la madre.

—Mi plan es ir cambiando de asiento durante el vuelo —aclaró Mats para acabar de rematar la confusión—. La seguridad de los asientos depende de si nos encontramos en el despegue o en las maniobras para el aterrizaje, de si volamos por encima de la tierra o del agua.

La joven mamá se llevó las manos a la cabeza con gesto nervioso.

—¿Y en qué fase del vuelo quiere recuperar su asiento en la clase business?

—En ninguna.

Si se hubiera desnudado ante ella y hubiera comenzado a bailar sin ropa, es probable que no lo hubiera mirado con cara de mayor sorpresa.

Mats suspiró. Ya le habían colgado el sambenito de tío raro, así que permaneció fiel a la verdad.

—En el año 2013, unos científicos dejaron caer adrede en el desierto, en la frontera entre Estados Unidos y México, un avión de pasajeros completamente conectado. Se trataba de una especie de prueba de colisión para la aviación civil.

—¿Y de ella resultó que el asiento 7A es el más seguro? —preguntó la madre.

Valentino se había quedado sin habla. Su mandíbula volvió a caer un poco más abajo cuando Mats les explicó:

—La deformación de los maniqués usados en la prueba de colisión demuestra que las siete primeras filas se encuentran en la zona de muerte segura en el caso de un accidente aéreo. El asiento 7A fue incluso el único que salió arrojado fuera del Boeing.

El bebé tosió de manera seca y, a continuación, comenzó a lloriquear suavemente apenas concluyó Mats su explicación con las siguientes palabras:

—El 7A es el asiento más peligroso en un avión. Lo reservé por pura superstición, porque quería a toda costa que se quedara sin ocupar.

4

—¡Una probabilidad de supervivencia del noventa y cinco por ciento!

Mats ya conocía esa estadística antes de que el director del seminario la comunicara con una sonrisa de seguridad al grupo de aerofóbicos.

—Aunque llegara a ocurrir un percance, tendrían una probabilidad de supervivencia del noventa y cinco por ciento en el caso de un accidente aéreo. Volar en avión es más o menos tan peligroso como montar en un ascensor.

El piloto argentino no podía saber que había elegido la peor comparación imaginable para preparar a sus pupilos para este vuelo nocturno. En el venerable edificio del barrio de Recoleta en el que Mats tenía su consulta psiquiátrica, hacía dos años que el portero, realizando trabajos de mantenimiento por cuenta propia, había quedado aplastado por una cabina en el hueco del ascensor. Y fue Mats quien tuvo que escuchar sus últimos gritos guturales aquel día en el que regresaba a casa más tarde de lo acostumbrado y estaba esperando en vano el ascensor en la cuarta planta.

Sin embargo, Mats no quería ser injusto. A los demás participantes del seminario seguramente les ayudaron las estadísticas y los hechos que les comentó el director del curso. Ahora bien, él era un caso sin remedio.

Se había estado preparando durante semanas para este vuelo, había revisado todos los informes sobre accidentes aéreos e incluso había estudiado con detalle los planos de construcción de numerosos aviones. Y ahora, nada más subir, arrojaba por la borda sus buenos propósitos, le ofrecía a una pasajera completamente desconocida uno de los asientos que había elegido con sumo cuidado y perdía un tiempo de oro en el embarque, de modo que solo podía suceder lo que de hecho ocurrió: en el más importante de todos los asientos, el que había elegido para el despegue, ¡estaba sentado un muerto!

La comparación era acertada del todo en relación con la posición girada hacia la ventanilla del durmiente que ocupaba el asiento 47F. Llevaba un sombrero de paja que a Mats le recordó el ridículo modelo que le había comprado su esposa a un vendedor ambulante en la playa durante su luna de

miel en España. Al tener ladeado el sombrero sobre la cabeza resultaba imposible verle la cara. Y Mats tampoco pudo detectar ningún movimiento de la caja torácica por debajo de la mantita gris de lana en la que se había envuelto.

Aquel hombre, o bien estaba rendido de cansancio o bien disponía de la envidiable capacidad de sumergirse en un sueño profundo a pesar del intenso ajeteo que había a su alrededor.

Mats volvió a echar otro vistazo al papel impreso de su billete, se aseguró de que estaba en la fila correcta y se puso a pensar en qué hacer.

¿Era un mal presagio haber cedido su asiento en la clase business a esa joven madre?

Por unos breves instantes se había sentido muy bien, un pequeño héroe, cuando ella le había dado un apretón de manos con exaltación y lágrimas en los ojos.

—Busque «Salina Piehl» en Google —le había dicho como despedida—. Piehl-Pictures, soy fotógrafa. Si algún día necesita un retrato, una foto de familia o algo por el estilo, no tiene más que telefonarme. Es usted una persona buena de verdad.

Y ahora, de sopetón, su decisión dejaba de parecerle adecuada. ¿Había conjurado a la fatalidad al ceder a esa madre el asiento más peligroso de un avión y a cambio recibía como castigo la ocupación del asiento 47F por parte de un paciente en estado comatoso que no reaccionaba en absoluto a la voz, ni a los suaves toques, ni siquiera al zarandeo firme de los hombros?

«¿Y ahora qué?».

Tanto el asiento central como el del pasillo continuaban estando libres y con algo de suerte iban a quedarse así. Justo en ese momento se oyó por megafonía que se había completado el embarque. «¿Qué hago ahora?», suspiró Mats interiormente.

Depositó su maletín en el asiento central y se dejó caer en el que daba al pasillo.

En el fondo no estaba ni siquiera absolutamente seguro de que sus cálculos fueran correctos.

En sus meticulosos preparativos para el vuelo, Mats había conseguido los planos de los asientos del vuelo 508 de LANSA, aquel Lockheed Electra que voló el 24 de diciembre de 1971 de Lima a Pucallpa. El avión se partió en dos durante una tormenta y se precipitó sobre la selva amazónica peruana después del impacto de un rayo. Murieron todos sus ocupantes.

Todos excepto Juliane Koepcke. Fue el milagro de aquella Navidad. La chica de diecisiete años salió despedida del avión. Todavía sujeta a su asiento con el cinturón, cayó desde una altura de unos tres mil doscientos metros. Y fue la única superviviente de aquella catástrofe aérea, de la que salió únicamente con una fractura de clavícula, contusiones en un brazo y un ojo morado.

¿Su asiento? ¡El 19F!

El Lockheed de aquel entonces era un tipo de avión muy diferente, mucho más pequeño, por supuesto, pero la forma de tubo y la disposición de los asientos apenas había cambiado durante las décadas transcurridas. Mats había cruzado los datos del peso en el despegue, la longitud, la anchura, la altura y el volumen de ambos aviones y, si sus cálculos no eran erróneos, el 47F de este avión se correspondía aproximadamente con el asiento de Juliane Koepcke.

«Hoy en día sigue sin poder explicarse de forma científica que sobreviviera».

Pero si ella lo hizo tras una caída de más de tres kilómetros en ese asiento, entonces como mínimo no estaba de más ir acomodado en él si ocurría una desgracia en una de las fases más peligrosas del avión, durante el despegue.

—¿Aerofobia? —oyó preguntar a su lado a alguien con voz de fumador.

Mats dirigió la vista a la izquierda, al asiento del pasillo de la fila central, y vio a un hombre con una sonrisa amable en la cara. Había llegado poco después que él y acababa de sentarse. A primera vista le recordó a un conocido actor británico, pero como Mats tenía una memoria desastrosa para los nombres, no supo en un primer momento a quién se parecía tanto aquel hombre de barba gris recortada y con el rostro curtido de un marino.

—¿Cómo dice? —preguntó, y el hombre sonrió con un guiño de ojos. Llevaba puesto un cojín reposanucas inflable de color violeta que le rodeaba el cuello como el collarín de un paciente con traumatismo cervical.

—Habla alemán, ¿verdad?

Mats asintió.

—Disculpe que sea tan directo, pero tendría que ir a mirarse en un espejo. Se lo digo de verdad, ahora mismo se parece mucho a un tipo que vi una vez en un documental, pero no iba en un avión, sino que estaba en Texas, sentado en la silla eléctrica.

Se echó a reír y continuó hablando con el inconfundible acento berlinés que le recordaba a Mats tantas cosas bonitas: aquel bar de la avenida Mehringdamm al que fue con Katharina, su prometida, al final de aquella

noche en la que bailaron sin ton ni son; el taxista que lanzaba improperios al equivocarse en la ruta hacia el registro civil; su portera en el primer piso en que vivieron juntos, que rompió a llorar de alegría cuando vio a Nele por primera vez en el cochecito para niños. Pero ese dialecto también le recordó a aquel párroco que únicamente hablaba en berlinés cuando estaba muy enojado. Y con toda seguridad lo estuvo el día del entierro de Katharina, al que Mats no acudió.

—Rüdiger Trautmann.

El pasajero le tendió la mano por encima del pasillo y Mats tuvo que secarse primero los dedos en el pantalón del traje antes de estrechar aquella zarpa.

El miedo, le gustaba decir a Mats a sus pacientes, era como una boa constrictor que tienes como si fuera un animal de compañía. Te crees que ya has domesticado al animal salvaje y que te lo puedes colgar del cuello sin pensártelo, pero una y otra vez, sin ningún aviso previo, la serpiente aprieta de repente, se te enreda alrededor del tórax, corta la respiración, eleva terriblemente las pulsaciones.

La cosa no pintaba todavía tan mal para Mats.

Percibía los movimientos serpenteantes, sentía cómo el lazo se iba volviendo cada vez más firme, pero todavía no estaba tan apurado como para levantarse de un salto y arrancarse del cuerpo entre gritos y movimientos incontrolables al invisible causante de su miedo.

—Mats Krüger —se presentó a su vecino de pasillo ocultando el título de doctor.

Al contrario que muchos de sus colegas, Mats no le daba ningún valor a ese título académico y no lo había consignado siquiera en su pasaporte. Y eso que su tesis doctoral continuaba siendo citada en las bibliografías básicas sobre trastornos por estrés postraumático.

—Lo siento. Mi novia me dice que hablo demasiado —dijo Trautmann, que presumiblemente había malinterpretado el nerviosismo en los ojos de Mats—. Pero no se preocupe, no voy a estar dándole la lata durante todo el vuelo. Ahora mismo voy a tomarme mi pastilla de los doce mil dólares.

Trautmann se giró un poco a un lado con algo de esfuerzo para poder sacarse del bolsillo trasero de sus vaqueros una cajetilla blanca de medicinas.

—¿La pastilla de los doce mil dólares? —preguntó Mats, que se dio cuenta de que la distracción le hacía sentirse bien.

La serpiente no había aflojado el lazo, pero al menos tampoco le apretaba con más fuerza mientras intercambiaba impresiones con ese compañero de

viaje, simpático y algo estrafalario.

—¿Tiene usted un palo de selfi? —le preguntó.

—¿Cómo dice?

—Ya veo que no, pero seguro que conoce ese chisme horroroso con el que las personas se convierten en simios al fijar en él su móvil para sacarse una foto, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

—Así soy yo. Invertí precozmente en una empresa que fabrica esas estúpidas cañas para fotografiar.

—Pues le ha merecido la pena.

Trautmann se rio.

—Puede decirse que sí.

Se inclinó sobre el reposabrazos del pasillo como si quisiera susurrarle algo a Mats al oído, pero habló en un tono de voz tan alto que seguramente se le escuchó hasta en las salidas de emergencia más próximas.

—Podría sentarme mucho más adelante —dijo señalando en dirección a la cabina de pilotaje—. En primera clase. Doce mil dólares por trayecto, tomar champán, comer en vajilla de porcelana y clavar la mirada desde mi cama plana y mullida en el culo de las auxiliares de vuelo que manejan el carrito de los zumos, pero ¿acaso soy idiota?

—Supongo que se trata de una pregunta retórica.

Trautmann se rio aún con más ganas.

—Eso es. No lo soy. Lo que hago es tragarme esta pastilla de aquí.

Extrajo una pastilla presionando el blíster y la hizo rodar entre el pulgar y el índice.

«Lorazepam», supuso Mats.

—Me meto este chisme del demonio y, cinco minutos después, estoy noqueado, como si mi mujer me hubiera dado un mazazo en el cráneo. No me entero de nada. Y me ahorro el pastón de la primera clase. No tengo otra manera más rápida y sencilla de ganar pasta, ni siquiera con los palos de selfi. Bueno, dígame. ¿Quiere también la pastillita de los doce mil dólares? Se la vendo por la mitad.

Se rio como si hubiera soltado un chiste fantástico.

—No, gracias —dijo Mats, a pesar de que la oferta le sonó seductora.

Al principio había jugueteado con la idea de valerse de la benzodiazepina para dejarse transportar al mundo de los sueños durante el vuelo. Pero entonces pensó que en caso de producirse una catástrofe moriría sí o sí, al no

estar en disposición de encontrar el camino hacia la salida de emergencia si el avión se incendiaba, por poner un ejemplo.

—Prefiero quedarme despierto —dijo por esa razón.

—Como usted diga.

Trautmann se encogió de hombros y se quitó los mocasines con los pies. A continuación se tragó la pastilla con el resto del agua que quedaba en la botella, una de las que podía obtenerse en las máquinas expendedoras de las puertas de embarque.

En ese instante se le pasó por la cabeza a Mats a quién le recordaba aquel coloso, que tenía sus monumentales brazos apoyados en ambos reposabrazos, como si fuera la cosa más natural del mundo. Se parecía a Sean Connery, solo que bastante más mofletudo.

—Que tenga un buen vuelo, colega —dijo Trautmann, que apoyó la cabeza de lado contra la almohada para el cuello, juntó las manos por encima de su voluminosa barriga a la altura del cinturón de seguridad y cerró los ojos—. Ya verá como alguien nos lo fastidia.

«Sí, seguro. Ya lo creo que sí».

Mats dirigió la mirada a la derecha, al pasajero de la ventanilla que llevaba ya rato durmiendo.

Luego tocó la pantalla táctil que tenía delante, encastrada en el respaldo, y buscó el vídeo de seguridad con las explicaciones sobre la manera de actuar en el caso de una catástrofe.

Una azafata se acercó por detrás mirando las filas para controlar que todos los pasajeros tuvieran puesto el cinturón de seguridad.

Sonrió agradecida a Mats cuando este le mostró la hebilla, pero no hizo ningún gesto para despertar al dormilón del asiento 47F, a pesar de que no podía ver si se había abrochado el cinturón, pues lo llevaba tapado con la mantita de vuelo.

«Disculpe, pero se ha olvidado de algo», quiso decirle Mats, a quien no le agradaban en absoluto las negligencias en los asuntos concernientes a la seguridad. Pero, entonces, le apretó de repente con fuerza la serpiente del miedo y no solo le cortó la respiración, sino también el habla.

«Pero ¿qué diablos...?».

Volvió a mirar a la derecha. Estaba sudando y sentía una presión enorme en el pecho.

«¿He oído de verdad eso?».

Mats no estaba seguro, pero creía que el hombre del sombrero que ocupaba su asiento de la ventanilla acababa de hablar en sueños. Y aunque tan

solo había oído una palabra, Mats se había quedado profundamente aturcido.
Y es que esa palabra había sido «Nele».
El nombre de su hija.

5

Nele

El barracón con el tejado en punta era tan largo como un campo de fútbol y tan alto que en su centro habría cabido un ómnibus de dos pisos.

Olía a excrementos, a heno seco y a cenizas húmedas. Y aunque el tejado de chapa ondulada y las finas paredes prefabricadas seguro que no aislaban bien del exterior, a esa hora tan temprana se notaba ya una sensación desagradable de bochorno en su interior. Sin embargo, era principalmente el sudor que generaba el miedo el que se deslizaba por la nuca de Nele.

—¿Dónde estamos? —preguntó al taxista, quien le había atado las manos e incluso las piernas con bridas para cables.

«¡A una camilla para enfermos!».

El hombre de media melena y gafas redondas con montura de metal no le respondió.

No había vuelto a pronunciar palabra desde que había aprovechado los primeros dolores de las contracciones para sacar a la chica indefensa del taxi. Atada a una estructura destartada de metal, iba rodando ahora por esa espantosa y vacía nave de torturas.

Nele ya había experimentado antes algunos dolores, pero a pesar de esas pruebas de su cuerpo en la trigésima semana de su embarazo, no estaba preparada en absoluto para esos dolores insoportables que la habían doblegado de repente en el asiento trasero del taxi. Era como si un puño sumergido en ácido hubiera tratado de arrancarle el útero del cuerpo, pero sin tener claro en qué dirección, porque los espasmos irradiaban tanto por su vagina como por la espalda.

—¿DÓNDE ESTAMOS?

Su voz resonó por el barracón vacío y sin ventanas. La luz procedía de varios focos de los que se emplean en la construcción y que colgaban de un

cabrio de madera en el techo a intervalos irregulares.

—Aquí había vacas en otros tiempos.

Nele, que no había previsto recibir ninguna respuesta, levantó la cabeza mientras el taxista empujaba la camilla sobre el suelo de rejilla lleno de baches y pasaba al lado de unas varas de madera torcidas y unos tubos oxidados que formaban una especie de vallado a izquierda y derecha del pasillo.

Nele recordó el letrero indicador de los establos que había visto a la entrada y, en efecto, aquí olía a cría industrial de ganado, si bien debía de haberse producido hacía ya bastante tiempo, a la vista de la suciedad y del estado actual de la nave.

Había boxes, pero, a diferencia de los establos, no eran de madera ni de piedra, sino que parecían jaulas, unos cobertizos por los que pasaba el aire y la luz, cercados por tubos de metal y más pequeños que la plaza de aparcamiento de un coche.

«¡Estoy en la cárcel!», fue el primer pensamiento de Nele.

Se sentía como si la condujeran por el pasillo de una prisión mientras pasaba al lado de aquellas celdas donde los animales, encadenados a unas varas, estaban obligados a una sórdida existencia.

«¡Y ahora una de estas celdas es para mí!».

—Enseguida llegamos —dijo su secuestrador, que tal vez no era ni taxista ni estudiante, sino simplemente un loco. ¿A qué lugar podía ir en esa espeluznante nave?

Todo se volvió aún más inquietante cuando el loco comenzó a hablar consigo mismo entre susurros, como si quisiera infundirse ánimos.

—Qué bien no tener que utilizar la inyección. Seguro que lo habría conseguido, para eso estuve practicando, pero es mejor así. Sí, así es mucho mejor.

—Pero ¿qué diablos está diciendo? —preguntó Nele.

—Puede que usted lo vea en estos momentos de otra manera, pero está bien que hayan comenzado ya los dolores del parto. De lo contrario tendría que haberle inyectado oxitocina para provocarlos artificialmente.

De pronto había más claridad y Nele volvió a alzar la cabeza. Su capacidad de entendimiento se oponía de forma desesperada a comprender aquella dimensión del horror.

El establo que tenía a su lado se distinguía de los demás por un detalle aterrador: junto al cobertizo flanqueado con varas había un trípode con una cámara de vídeo profesional. Y en el suelo de cemento atravesado por estrías,

que habían limpiado solo por encima, había una pesada cadena de metal que iba hasta una caja de plástico vacía que llegaba a la altura de la cintura de una persona. Esta estaba provista de un enrejado plegable y recordaba a los transportines de animales que se usan en los aeropuertos.

—¡No! —gritó y tiró de sus ataduras.

«¡NOOO!».

Lo más horrible de aquel escenario no era el hecho de que las varas del cobertizo estuvieran tan torcidas que el loco podría obligar a Nele a meter la cabeza por detrás. ¡Igual que una vaca en el matadero! Ni tampoco el detalle de que la cadena estuviera destinada a atarla al enrejado como a un animal desvalido, para inmovilizarla.

Nele había gritado a causa de los rótulos.

Sobre el listón de madera, justo encima del cobertizo.

NELE, ponía sobre la zona que al parecer estaba reservada para ella y la camilla. Y BEBÉ DE NELE sobre la caja de plástico.

—¿Qué pretendes hacer con nosotros?

Su voz había perdido expresividad a causa del miedo y se oyó hablar a sí misma como si fuera un robot.

Se quedó perpleja cuando su secuestrador se disculpó.

—Lo siento —dijo, mientras retiraba a un lado el enrejado torcido de metal y entraba detrás de la camilla—. Lo siento, pero no se puede hacer de otra manera.

Empujó la camilla para entrarla en el cobertizo, que apestaba a boñiga de vaca.

Y si Nele no hubiera visto con sus propios ojos las lágrimas, habría dudado de su propio entendimiento. Y es que ella lo percibió con toda claridad en la voz temblorosa y quebrada de su captor. Y eso, a pesar de su miedo. A pesar de la desesperanza que su secuestrador, por algún motivo, parecía compartir con ella.

Él estaba llorando.

Con amargura.

6

Mats

*Todavía 13 horas y 5 minutos
hasta el aterrizaje previsto en Berlín*

Despegaron y Mats no podía quitarse la voz de la cabeza.

«¿Qué son mil muertos?», le preguntaba la voz de la razón, que se sentía muy lejana en la del director del seminario sobre la aerofobia, solo que esta se oía algo más ronca y casi no se la entendía con el fragor de la aceleración del Airbus en la pista. Mats se agarró convulsivamente a los reposabrazos con los dedos e inclinó la cabeza.

«No son nada. Desde un punto de vista estadístico, mil muertos al año en accidentes aéreos no tienen ningún peso en la balanza».

Él lo sabía muy bien pero le daba lo mismo.

Las estadísticas no lo auxiliaban a uno en nada. Más bien al contrario.

Cuando la luz de cabina parpadeó brevemente y a continuación saltaron los turborreactores, él ya estaba seguro de que todos aquellos análisis y cálculos aproximados según los cuales el avión era el medio de transporte más seguro del planeta eran mentira; con «solo» mil muertos en sesenta millones de vuelos al año.

«Eso son 0,003 muertos por mil millones de pasajeros-kilómetro», había calculado el director del seminario antes de echarse a reír después. Y es que esa cifra era tan escasa que la Oficina Federal de Estadística de Alemania la había redondeado a cero. Así pues, desde el punto de vista de la estadística no existía en absoluto ningún riesgo de accidente mortal al volar.

«Cuéntales eso a los parientes de los pasajeros cuyo avión desapareció hace poco del radar cuando sobrevolaba el océano Índico —se mofó entre dientes la serpiente del miedo, que, partiendo del tórax, tenía agarrado ahora del cuello a Mats y cada vez apretaba con más fuerza mientras le siseaba al

oído—. ¿No oyes ese traqueteo? ¿Te parece que está todo en orden? No sabía que hubieran puesto hace poco adoquines en las pistas de despegue argentinas...».

Mats echó un vistazo a la derecha dejando atrás la cabeza del durmiente hacia la ventanilla. Vio pasar volando las luces de la terminal del aeropuerto y percibió cómo la nariz del avión se empinaba con el ruido creciente de las turbinas.

Así pues, tenían que haber alcanzado por fuerza los doscientos ochenta kilómetros por hora que se necesitan para poder alzarse, una velocidad que estaba un poco por debajo de la de la sangre que palpitaba en ese momento por su arteria carótida.

«¡Comienza la función!».

Mats quiso tragar saliva pero tenía el paladar demasiado seco. Se llevó la mano al cuello y se aflojó una corbata invisible. Cuando cesó el traqueteo y el coloso comenzó a flotar en el aire, le habría gustado comenzar a dar manotazos a diestro y siniestro.

Miró al techo, donde los compartimentos portaequipajes de color blanco cremoso crujían dando muy poca sensación de confianza. Oyó el tintineo de los vasos en las cocinas de a bordo. En la pantalla que tenía enfrente vio un mapamundi y el pictograma de un avión del tamaño de un insecto que iniciaba su rumbo por el Atlántico; la ruta del vuelo estaba marcada con una semielipse.

Tiempo de vuelo estimado: 13 horas y 3 minutos

Viento: 27 nudos

Altura sobre altitud cero: 360 metros

Distancia hasta destino: 13 987 kilómetros

«Dios santo bendito. ¿Ya estamos a esa altura? ¿Y cuánto queda aún?».

El ángulo en el que estaba sentado le recordaba el momento en el que uno está llegando al punto más alto de una montaña rusa, poco antes de precipitarse abajo.

«Accidente de aviación».

Mats negó con la cabeza, echó mano de la bolsa de papel que había en el bolsillo del asiento de delante, no para vomitar sino para tener algo donde respirar cuando las cosas se pusieran peor. Algo que iba a suceder con toda seguridad si no lograba quitarse de la cabeza las imágenes de los restos en llamas en la superficie del mar de aviones siniestrados.

Mats volvió a dirigir la vista a la ventanilla.

Un error.

Abajo se extendía la densa iluminación de Buenos Aires.

«¡Debajo de mí!».

Mats volvió a mirar al monitor: al oeste de la costa de Sudamérica vio su imagen reflejada, una cara consumida y agobiada, y probó un truco. Siempre que sentía migrañas, solía ayudarlo la acupresión. Dolor contra el dolor.

Mats se dio cuenta muy pronto de que esa técnica también funcionaba con quienes padecían graves trastornos psíquicos. Para mitigar su tirón aerofóbico necesitaba una reacción anímica.

Por ello se puso a pensar en Katharina.

En su melena sobre el suelo. Y en la sangre que vomitó con la comida en la taza del inodoro.

«Por aquel entonces».

Se puso a pensar en la última y desfibrilada señal de vida que tuvo de ella. El resuello que se oía a través de la puerta cerrada del dormitorio, e incluso desde fuera de la puerta de casa, como el día en que él se marchó para no volver nunca más. «Tengo que salir de aquí», oyó sisear a la serpiente, que ya en el pasado había mostrado su rostro y le había dicho eso mismo cuando él dejó en la estacada a su esposa.

«¡Fuera de aquí!», volvía a repetir cuatro años después, y Mats oyó el siseo, acompañado de un zumbido hidráulico debajo de su asiento. El sonido de una taladradora gigantesca, de giro libre y que se ponía en marcha una y otra vez, un sonido para el que le habían preparado en el cursillo sobre aerofobia.

Se habían plegado el tren de aterrizaje y los alerones.

«¡Lo hemos logrado!», pensó Mats sin que ello le hiciera sentirse mejor.

El ángulo de inclinación fue reduciéndose. La serpiente aflojó un poco su abrazo mortal, de modo que Mats volvió a poder respirar algo de aire, a pesar de las molestias que sentía en el pecho.

«Algo es algo».

Casi quedaba ya atrás el despegue, la fase más peligrosa del vuelo después del aterrizaje y en la que sucedía el doce por ciento de todos los accidentes. Los turbo reactores funcionaban ahora casi a la velocidad de crucero. La cosa se tranquilizó.

«Ahora somos uno más entre diez mil», pensó Mats. Unos científicos suizos habían descubierto que en el planeta había al menos diez mil aviones simultáneamente en vuelo. Con más de un millón de pasajeros a bordo.

Una gran ciudad sin pisar tierra.

Miró a derecha y a izquierda y sintió envidia de los dos pasajeros que dormían a ambos lados. El tipo que le había robado el asiento de la ventanilla se había calado aún más hondo el sombrero en la cabeza. Y Trautmann dormía entre suaves ronquidos con la boca abierta.

Mats no podía imaginar que se pudiera descansar de verdad en esos asientos estrechos. Medio en broma, trató de cerrar un instante los ojos y repetir para sus adentros el mantra del director del cursillo sobre aerofobia: «Es desagradable, pero no peligroso».

Incluso consiguió aguantar un rato así. Fueron aproximadamente cinco minutos, que percibió como si se tratara de cinco horas; no obstante, tras ellos apenas se sentía más tranquilo. Ahora bien, valoró como un éxito el hecho de no querer levantarse profiriendo gritos o echar a correr hacia las salidas de emergencia. Sin embargo, esa sensación no se dilataría mucho en el tiempo, así que Mats volvió a esforzarse por reactivar en su mente la imagen de su esposa moribunda, pero no lo consiguió. Al menos no de la manera que él se había propuesto.

Y es que, de repente, con los ojos todavía cerrados, un fuerte perfume de mujer, de esencias orientales, inundó su nariz.

«Ese perfume...».

El recuerdo asociado a ese olor fue tan intenso que desató de inmediato varias reacciones físicas. Se estremeció, la comisura derecha de la boca comenzó a temblarle y sintió un picor repentino en los ojos que le obligó a abrirlos. Con miedo y con esperanza a la vez.

«No es posible», pensó de la única forma imaginable, y a continuación, al ver a la mujer que avanzaba apresuradamente por el pasillo, trató de persuadirse de que sus ojos buscaban completar las imágenes que su cerebro quería ver: una mujer de mediana estatura, con una melena castaña que le llegaba hasta los hombros, una espalda fina y caderas anchas, que se agarraba con una y otra mano de los reposacabezas de los respaldos como si se esforzara por ascender por una colina, y eso que el avión ya no se mantenía tan empinado en dirección al cielo.

Se había estirado el dobladillo de un jersey negro de cuello alto hasta el comienzo de los muslos.

«Porque cree que es demasiado culona».

Mats siguió con la mirada a la mujer que avanzaba con esos pasitos familiares, con las puntas de los pies giradas levemente hacia dentro, «como si quisieras empujar hacia delante una pelota invisible», tal como él se lo describió una vez entre risas.

«¡Mira quién fue a hablar! Tú caminas igual que un pirata con una pata de palo», recordó Mats la réplica de ella, y se quedó atónito.

Se desabrochó el cinturón con lágrimas en los ojos. Quería levantarse del asiento a pesar de que todavía no se habían apagado las señales luminosas. Quería ir tras aquella mujer, que no podía ser todo aquello que le recordaba: su perfume, que solo le permitía pensar en oscuras rosas de otoño sobre la piel de ella. Su vestimenta, su paso, el cabello ligeramente ondulado. Y no en último lugar, su manera de recorrer la cortina que separaba la clase turista de la business.

Con la mano izquierda.

«¡Es zurda!».

Como Katharina.

Su esposa, fallecida hacía cuatro años.

7

—¡Permanezca en su asiento con el cinturón puesto, por favor!

Valentino, el azafato de antes, apareció como de la nada a su lado y con una sonrisa profesional exenta de alegría le empujó para que volviera a sentarse.

—Es urgente... —dijo Mats sin éxito.

—En unos breves instantes podrá ir al servicio, cuando el piloto lo autorice. Es por su propia seguridad.

Mats movió la cabeza y los hombros para mirar hacia el pasillo cuya visión le bloqueaba aquel bobo impertinente, pero la mujer de aquel perfume, tan familiar para él como difícil de conseguir, pues hacía mucho tiempo que no se fabricaba, había desaparecido ya en la clase turista.

—¿Vale? —preguntó Valentino, como si Mats fuera un niño de preescolar de quien se espera que comprenda la reprimenda.

Mats no le respondió, en parte porque lo distrajo una vibración que únicamente él podía percibir en ese avión, ya que la había causado el objeto que llevaba en el bolsillo interior de su americana: el móvil.

«¡La Virgen! ¿Es posible que me haya olvidado de apagarlo?».

No podía creérselo. Nada menos que él, el paciente de aerofobia, no se atenía a las normas de seguridad más sencillas e importantes. Se comportaba como alguien con terror a los perros y que inadvertidamente se vestía con un uniforme de cartero.

—Vale —susurró al final para que Valentino se fuera de allí, pues se había quedado plantado a su lado igual que un perro guardián.

«Seguro que es el recordatorio de una cita o la alarma del despertador», pensó Mats mientras sacaba el teléfono. Por ello su asombro fue aún mayor cuando se percató de que en efecto se trataba de una llamada entrante: número oculto.

Durante unos instantes, Mats se quedó tan perplejo que ni siquiera hizo el ademán de querer tapar la pantalla con la mano.

Pero ¿cómo es posible?, se preguntó primero y, acto seguido, se acordó del vídeo publicitario en la página principal de LegendAir. ¿No se hablaba en él de telefonía móvil y de la señal de wifi a bordo que se ofrecía en todos los vuelos desde 2009?

«Eso es, claro que sí».

La wifi era incluso gratis, y las llamadas debían restringirse a tres minutos por deferencia hacia los demás pasajeros.

Y así era, en efecto: en la pantalla de su móvil aparecía la red «LC-FlightNet» acompañada de los cinco puntos que indicaban una cobertura completa.

Mats miró a su alrededor, pero sus vecinos más cercanos seguían dormidos como troncos, y ninguno de los demás pasajeros se había fijado en él.

Se acordó de los diminutos auriculares que se había traído para escuchar música más tarde en el iPhone.

Con cierta prisa, para no perder la llamada, que podía provenir tal vez del hospital o directamente de Nele, se los sacó del bolsillo del pantalón y los conectó al móvil, que volvió a guardarse en el bolsillo interior de la americana.

Con el interruptor incorporado en el cable aceptó la llamada entrante.

—¿Sí? —dijo como entre susurros, con la mano delante de la boca—. ¿Nele?

—¿Señor Krüger? ¿Estoy hablando con Mats Krüger?

Mats reconoció de inmediato la voz. Tal vez no tuviera una buena memoria para los nombres, pero paradójicamente poseía una retentiva excelente para las voces, y a esa voz le había prestado suma atención durante muchas horas. Ahora bien, y eso era en ese momento lo perturbador, nunca había visto ni se había encontrado en persona con el hombre al que pertenecía esa voz. Igual que millones de personas, Mats solo conocía las caras de las estrellas mundialmente famosas que tomaban prestadas otras voces. La de Johnny Depp, por ejemplo, o la de Christian Bale pertenecían a actores que los doblaban.

—¿Quién es? —preguntó Mats.

—Llámeme como quiera —respondió una voz de barítono ligeramente vaporosa y cargada de una inconfundible melancolía.

La voz sonaba entrecortada e iba acompañada de unos sonidos sibilantes y los ruidos de una respiración que debía pertenecer a otra persona. De la persona real que hacía la llamada. Pues, como era natural, Mats no tenía al

otro extremo de la línea al doblador de Johnny Depp. Más bien sonaba como si la persona que realizaba la llamada estuviera utilizando un descodificador de voz y le hablara a un aparato que reemplazaba su propia voz por la de una celebridad. La persona que llamaba habría podido elegir también en su juguete la voz de Tom Hanks, la de Matt Damon o la de Brad Pitt.

—Se trata de Nele —dijo la voz, que seguía acompañada de los ruidos respiratorios de la persona real que llamaba—. Va a escucharme con total atención y entonces acabará el sufrimiento de ella.

Mats parpadeó con fuerza.

—¿Sufrimiento? ¿Le ha pasado algo al bebé?

A Mats le temblaron las rodillas y la lengua se le quedó de pronto como un pez muerto en una boca que se le había vuelto demasiado pequeña. Y de repente la voz de su interlocutor le pareció que le llegaba desde muy lejos, lo cual se debía al acúfeno que se manifestaba en esos instantes en su oído. El sonido de las sinapsis moribundas se reforzaba con cada palabra de la persona que le hablaba por teléfono:

—Ahora va a dirigirse al lavabo más próximo, donde esperará más instrucciones. Si no puedo localizarle en dos minutos, Nele morirá.

«¿Morirá?».

—¿Quién es usted? —estuvo a punto de gritar Mats, pero el hombre le interrumpió. Con tremenda precisión, lanzaba sus palabras como flechas y todas ellas hacían diana.

—En tres minutos recibirá nuevas instrucciones. Si no doy con usted, doctor Krüger, Nele morirá. Si avisa a alguien en el avión, Nele morirá. Y lo mismo sucederá si informa a la policía o a los controladores aéreos en tierra. Tengo ojos y oídos en todas partes. Si detecto el menor indicio de que está tratando de ponerse en contacto con cualquier autoridad, ya sea porque el comandante cambia el rumbo del vuelo, se interrumpe un mensaje de radio o la policía comienza a hacer preguntas, su hija y el bebé sufrirán una muerte angustiosa.

Siguió un crujido, como si el desconocido colgara, e inmediatamente después Mats oyó la señal de entrada de un SMS.

«Nele... ¿Sufrimiento? ¿Una muerte angustiosa?».

¿Era verdad que había mantenido esa conversación? ¿Habían sido esas las palabras del desconocido con la voz de un famoso?

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

A Mats le costó un esfuerzo casi doloroso sacar un poco el móvil de la americana, solo lo imprescindible para convencerse de que la llamada había

quedado interrumpida de verdad. Una ventanita emergente le mostró la entrada de un mensaje multimedia.

«Esto debe de ser una broma», trató de convencerse a sí mismo.

Nadie estaba al corriente de que se encontraba rumbo a Berlín. Ni siquiera su hermano mayor, Nils, que hacía ya más de una década que había emigrado con su esposa española a Argentina y en cuyo domicilio había residido durante la primera época de su estancia, tras la tragedia sucedida con Katharina.

Hasta el último momento, Mats no tuvo claro si encontraría la valentía y la fuerza para subirse a ese avión. ¿Quién, pues, podía llamarlo sino...?

«¡Nele!».

Un pensamiento atroz sustituyó al otro.

¿Era esa la manera que tenía de vengarse su hija? ¿Pretendía darle un susto de muerte con esa llamada morbosa y castigarlo por haber dejado a su familia en la estacada en uno de sus momentos más difíciles?

Las manos le temblaban tanto a Mats, que apenas era capaz de desbloquear la pantalla. Cuando por fin lo consiguió, habría querido proferir un grito de horror. Pero la serpiente del miedo le oprimió la garganta nada más ver la foto.

Era Nele.

Con un vientre enorme, hinchado como una bola.

Consumida de dolor.

Con una sucia mordaza en la boca.

Atada.

En una camilla para enfermos.

«No, por favor», imploró Mats en sus pensamientos a un Dios en el que ya no creía desde la primera quimioterapia sin éxito que aplicaron a Katharina. Buscó indicios de que la fotografía fuera un montaje, que estuviera retocada con Photoshop o de que fuera una escenificación hecha adrede, pero conocía la mirada de Nele. Esa posición ligeramente ladeada de sus pupilas, las diminutas venitas rojizas que parecían de color blanco en la imagen; esa expresión que mostraba la mayor desesperación posible y que él apenas había visto en su mirada, aunque sí la conocía de aquellos momentos de intenso dolor anímico que había sufrido su hija. En las penas del amor, por ejemplo, o cuando falleció su mejor amigo de preescolar en un accidente de tráfico. Mats supo entonces que los suplicios de la fotografía eran auténticos. Y Nele se encontraba efectivamente en peligro de muerte.

Por ello creyó al extorsionador que volvió a recordarle con un SMS sin remitente: «Le quedan dos minutos. O su hija morirá».

8

Mats avanzaba dando más tumbos que pisadas firmes.

En su camino hacia los lavabos más próximos a su asiento apenas consiguió mantener el equilibrio. Y eso que el avión se deslizaba como si fuera sobre raíles por el cielo nocturno desde que se había apagado la señal luminosa del cinturón de seguridad. Pasó al lado de una familia de cinco miembros, cuyos tres hijos no pensaban dejar en paz ni un solo instante el respaldo del asiento delantero, ni tampoco portarse como es debido, tal como les ordenaban una y otra vez sus padres, agotados ya de dar voces.

Más adelante, un matrimonio se protegía del ruido de fondo con unos auriculares y veían la misma comedia en dos pantallas diferentes acurrucados el uno contra el otro. Mientras Mats avanzaba fila tras fila lentamente, como si caminara a través de un jarabe pegajoso, veía sentados a niños pequeños, jubilados, hombres, mujeres, sudamericanos, alemanes, rusos y asiáticos; los oía roncar, reír, hablar, hojear periódicos y hacer ruido con envoltorios de los que sacaban los dulces y bocadillos que habían traído consigo. Los ciento doce pasajeros del tercio posterior del avión. Todos ellos acompañaban con sus signos de vida el sonido monótono de los turborreactores, que se parecía al de una aspiradora e iba ascendiendo de volumen conforme se acercaba a las alas del avión. No obstante, ese sonido no llegaba a apagar el eco de las últimas frases de su interlocutor telefónico, frases que habían elegido su cabeza como el tren fantasma de un parque de atracciones donde trasegar en un bucle sin fin:

«... si informa a la policía o a los controladores aéreos en tierra... su hija y el bebé sufrirán una muerte angustiosa...».

Mats tropezó con un pie que un señor mayor de la hilera central había sacado al pasillo.

«... sufrirán una muerte angustiosa...».

—Lo siento —dijo disculpándose tanto con el pasajero al que había pisado como con la mujer del asiento delantero a cuyo reposacabezas se había

agarrado con torpeza.

Cuando continuó su camino, percibió su espalda el cabeceo desaprobador de los demás pasajeros. Se le nubló la vista, pero por suerte ya había conseguido llegar hasta los lavabos que estaban a la altura de la fila 33 y, además, no tenía que hacer cola.

Abrió la puerta plegable de un tirón y entró en la diminuta cabina del lavabo dando un traspié. Al echar el pestillo de la puerta la luz del techo se intensificó.

A Mats le lloraban los ojos y sentía un difuso dolor de cabeza que atribuyó a la conmoción, si bien nunca hasta entonces había experimentado una migraña parcial como aquella, situada por detrás de los ojos, como un síntoma asociado a un ataque de pánico.

«Esto debe de ser una broma», volvió a repetirse para sus adentros ese pensamiento absurdo ya que era el único que le proporcionaba una explicación, de mal gusto, sí, pero que también le quitaba hierro a la situación.

Durante unos instantes de locura llegó a preguntarse incluso si aquella llamada tal vez formaba parte del cursillo sobre aerofobia. Para generar la peor variante imaginable de una reacción anímica. A fin de cuentas, el hombre de la llamada había conseguido someterlo a un estrés tal que un accidente del avión era en aquel momento la menor de sus preocupaciones. Mats se miró en el espejo, enjugó el sudor de la frente de la persona que tenía delante y que de golpe había envejecido muchos años, y se estremeció cuando el teléfono vibró. El desconocido persistía en su ultimátum. Mats aceptó la llamada y trató de imprimir firmeza a sus palabras al tiempo que hablaba lo más bajo posible:

—¿Quién es usted y qué...?

—Cierre la boca y escúcheme con atención sin importar lo chocante que sea lo que voy a transmitirle ahora mismo —le interrumpió el chantajista.

—Pero...

—¿Qué parte de «cierre la boca» no ha entendido bien?

Mats tragó saliva con dificultad. De pronto, empezó a percibir el murmullo de los turborreactores, que se oía más suave en el lavabo, como un remolino en el que se sumergía.

—Su hija ha roto aguas. Se han iniciado los dolores de las contracciones y no habrá cesárea. Si no me escucha con suma atención, colgaré y dejaré que Nele se desangre en medio del sufrimiento del parto, ¿me ha oído bien?

—Sí —respondió Mats al cabo de unos pocos instantes.

—Solo voy a decirle esto una sola vez. Y es muy importante que lo comprenda.

Volvió a producirse un chasquido y entonces comenzó a hablar la voz de doblaje que le resultaba extrañamente familiar y a la vez desconocida:

—Su hija ha sido secuestrada. Todavía se encuentra bien, pero carece de asistencia médica. Las probabilidades de que Nele dé a luz a su bebé con vida en ese cautiverio son más bien escasas. Y, aunque lo consiguiera, no puedo garantizar que el loco que tiene presa a Nele la mantenga con vida. A no ser que... —Mats cerró los ojos y se apoyó con una mano en el lavabo—. A no ser que usted haga exactamente lo que le digo.

«Vale, lo que quieras. Haré todo lo que me pidas».

Mats sabía que no era ningún héroe. Nele lo tenía incluso por un cobarde y, en cierto modo, tenía razón. No había sabido estar al lado de Katharina en sus horas más difíciles. No había podido verla morir, ya que no soportaba perder para siempre al amor de su vida en la oscura cinta transportadora de la muerte sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Y ahí estaba la diferencia. Si hubiera cualquier cosa que pudiese salvar la vida de Nele, él la haría. De inmediato. Sin largas negociaciones.

Mats creía firmemente en esto, al menos en esos instantes.

—A bordo del avión se halla una persona a quien conoce muy bien —explicó la voz.

«Katharina», pensó Mats contra toda razón y, como era de esperar, sintió la decepción. Su esposa había muerto de cáncer de pulmón hacía cuatro años. Sola. Sin él, porque la había dejado en la estacada. La voz de doblaje de Johnny Depp, a la que Mats bautizó mentalmente «Johnny», poseía tan solo fuerzas destructoras, y no que dispensaran la vida.

—Es un antiguo paciente —dijo la voz—, a quien curó con éxito de sus problemas psíquicos.

«No hay curación alguna en la psicoterapia. Tan solo alivio», le habría gustado exclamar a Mats, pero el miedo de perder esa conexión con su hija por culpa de una interrupción de la llamada le hizo un nudo en la garganta.

—Su misión, doctor Krüger, si quiere salvar la vida de Nele, es la siguiente: active esa bomba psíquica a bordo.

—¿Cómo dice? —se le escapó ahora a Mats.

—Encuentre a su antiguo paciente a bordo. Y anule los efectos de la terapia.

—No entiendo...

—El paciente del que hablo —volvió a interrumpirlo Johnny— padeció hace tiempo un trastorno de embotamiento postraumático, caracterizado por brotes agresivos, acompañados de fantasías explícitas de violencia en las que no solo pretende matarse a sí mismo sino también al mayor número posible de personas. Como venganza por lo que le hicieron en su día.

Mats se sobresaltó cuando oyó las sacudidas en la puerta. Una de dos: o bien un pasajero no había visto el letrero rojo de «ocupado» en la cerradura, o bien era su manera de hacer ver al usuario del lavabo que debía apresurarse.

—Sigo sin entender lo que...

—Gracias a la terapia, usted logró que su paciente se librara de sus pensamientos destructivos y le permitió llevar una vida normal.

«¿Y qué?».

—Quiero que anule el efecto de esa terapia. Reactive las fantasías violentas de su paciente. Provoque en él de nuevo pensamientos asesinos. E incítelo a que estelle el avión.

«¿Eh?».

La última frase cayó sobre Mats como una guillotina, le seccionó la cabeza del tronco y privó al cerebro de control sobre su cuerpo.

Mats se desplomó sobre la tapa del retrete y se quedó mirando fijamente el cenicero de la puerta, que estaba justo al lado de la pegatina con la prohibición de fumar, un disparate evidente para el que había una explicación sencilla, a diferencia de lo que le estaba ocurriendo a él. En realidad los ceniceros en los lavabos de los aviones estaban prescritos para los casos en los que un pasajero se pasara por alto la prohibición de fumar, para que al menos no provocara ningún incendio al arrojar la colilla a la papelera al no tener un cenicero a mano. Mats deseaba que existiera una explicación lógica similar para ese estado esquizofrénico que la persona del teléfono había desatado en él.

—¿Ha perdido el juicio? —susurró—. ¿Quiere que mate a seiscientos pasajeros?

«Incluido yo».

—Seiscientos veintiséis, para ser exactos si contamos a los dieciocho miembros de la tripulación —dijo la voz de nuevo en un tono neutro y carente de emociones, lo cual se debía probablemente al decodificador de voz.

—Pero no entiendo nada. ¿Cómo es que...?

—No le incumben mis motivos. Basta con que sepa lo siguiente, doctor Krüger: en el momento en que el vuelo LEA 23 desaparezca del monitor,

Nele será liberada y recibirá asistencia médica. Ahora bien, si el Airbus aterriza intacto en Berlín, morirán su hija y el bebé.

Volvieron a dar una sacudida a la puerta, y esta vez a Mats le pareció incluso oír fuera la voz de un hombre renegando, pero en aquel instante no había nada que pudiera interesarle menos que un pasajero con una vejiga débil.

—Escuche, por favor. Sea lo que sea lo que pretende, lo mejor es que hablemos. Tiene que haber otra manera de actuar que con un...

«Asesinato en masa».

—Está malgastando su tiempo, doctor Krüger. No vaya buscando soluciones, sino a su paciente. Necesitará cada minuto de este vuelo para reactivar en él su carga anímica explosiva.

—¿Un paciente mío...?

—En realidad es una paciente. Creo que ya puede imaginarse de quién le hablo.

Mats asintió involuntariamente.

Solo había una mujer que encajaba con el historial clínico que Johnny acababa de describirle. Solo había una mujer de entre sus muchos pacientes que en teoría podría estrellar un avión.

—Sí —dijo Mats con voz ronca.

Y la voz pronunció en efecto el nombre de la persona que él se había temido:

—Kaja Claussen.

9

Mats

Diez años antes

—¿Sabes si hay algún motivo por el que la comida es tan barata aquí?

Nele se encogió de hombros. Al parecer a su hija de doce años le importaban menos los discursos pseudocientíficos que el yogur de fresa del escaparate que la tenía hipnotizada desde hacía un buen rato.

—En serio —dijo Mats, que agarró el postre y avanzó su bandeja hacia delante siguiendo la cola que se movía de manera lenta pero constante en dirección al expendedor de los platos principales.

—Albóndigas suecas con patatas, zumo de manzana y una bebida caliente por 4,95 euros. Ya se lo cobran.

—¿Puedo pedir una Coca-Cola? —preguntó Nele y se volvió a mirar hacia atrás. Katharina había ido al lavabo hacía un momento.

—¿Una Coca-Cola? —dijo con las cejas enarcadas—. ¿Se lo has preguntado a mamá?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

Nele puso los ojos en blanco.

—De verdad, papá. ¿No puedes tener opinión propia?

Mats no tuvo más remedio que echarse a reír y acariciarle el pelo con la mano.

—Las bebidas están después de la caja. Me temo que aunque yo esté de acuerdo, no vas a conseguir mantenerle oculto ese mejunje amarronado a mamá.

La cinta metálica de las bandejas giraba y se desplazaba hacia la izquierda. Un día de entre semana a mediodía no había mucho movimiento, de modo que avanzaban con rapidez. En realidad, Nele debería haber estado

en la escuela a esas horas, pero habían suspendido las clases por la rotura de una cañería.

—¡Buen provecho!

Una cocinera regordeta con una gorra blanca y la cara arrebolada por el calor les guiñó el ojo con una sonrisa mientras servía en el plato del hombre de delante unos arándanos rojos con un cucharón.

—Pero lo que quería decir era que Ikea pone en su publicidad que aquí todo es barato —retomó el hilo Mats—. Eso suele ser cierto, pero a veces no. Para que pienses que todos los muebles de aquí están tirados de precio, primero te invitan a comer.

—Papá... —dijo Nele con signos evidentes de mosqueo por el prurito que tenía su padre de tratar de dar una explicación psicológica a todo.

Sin embargo, Mats trató de llegar a donde pretendía.

—Ese es el motivo por el cual nos encontramos primero aquí arriba, en el restaurante, antes de iniciar el circuito. Huele a delicias, lees: «Guau, un escalope por solo 1,99» y trasladas ese precio a todo lo demás que hay en la tienda. A eso se le denomina «condicionamiento», ¿entiendes?

—¡Papá!

—De acuerdo, ya paro, vale...

Con un movimiento de la cabeza, Nele le dio a entender que se refería a otra cosa.

—Tu móvil.

—¿Qué?

Se llevó la mano al bolsillo de los pantalones.

En efecto. No lo había oído sonar.

—¿Te has decidido ya? ¿Qué te apetece más, patatas fritas o puré de patatas? —preguntó a Nele y, a continuación, aceptó la llamada entrante—. ¿Sí?

—Soy yo, Feli.

En ese mismo instante, la cocinera le estaba preguntando qué iban a pedir. Mats, que no quería mostrarse descortés frente a su colega de trabajo, dijo:

—Hola, mira, estoy ahora mismo en Ikea, ¿podemos...?

—No, no podemos. Lo siento. Es una emergencia.

Entornó los ojos y levantó el dedo índice para dar a entender a la aún sonriente cocinera que le iba a contestar enseguida.

—¿De quién se trata? —preguntó y echó un vistazo fugaz al reloj. Eran las 12.34. Felicitas solo se encargaba los fines de semana de la línea directa de atención psicológica de emergencia y, además, lo hacía a partir de las

22.00, de noche, cuando los pensamientos oscuros salen a rastras de las cavernas del alma.

—Se llama Kaja Claussen, tiene dieciocho años —le aclaró la psiquiatra—. Acaba de llamarme desde el lavabo de su instituto.

—¿Quiere matarse? —preguntó Mats en el tono más bajo posible de voz, pero la cocinera lo oyó a pesar de todo. Ahora ya no sonreía.

—Sí —respondió Feli agitada—. A ella misma y a todos los que se encuentran en el recinto de la escuela.

10

Mats

Hoy

Todavía 12 horas y 30 minutos

hasta la hora de aterrizaje prevista en Berlín

—¿Se encuentra bien?

Valentino miró por encima de Mats hacia el interior de la cabina del lavabo nada más abrir esta puerta.

—Sí —mintió, y trató de pasar al lado del azafato, que había colocado la palma de la mano en la puerta—. ¿Por qué?

—Algunos pasajeros lo han observado y se han mostrado preocupados por su estado de salud.

Valentino indicó con un movimiento de la cabeza el lugar en el que Mats había tropezado con la pierna del hombre. Sin embargo, dos azafatas con su carrito de servir le tapaban la visión.

Mats echó un vistazo a su reloj.

«¿Eran las doce y media de la noche y estaban sirviendo comida?».

Entonces se acordó de que llevaban retraso. Al hacer la reserva le indicaron que habría un *tentempié* de medianoche, y eso debía de ser lo que estaban sirviendo a la gente.

—Me encuentro perfectísimamente bien, muchas gracias.

Valentino no pareció muy convencido y se puso a olisquear moviendo la nariz como un conejo, lo que provocó que Mats suspirara con crispación.

—¿Es que no funcionan los detectores de humo? —preguntó como si se acusara a sí mismo de haber fumado en el lavabo.

Se le pasó por la cabeza que no había tirado de la cadena, cosa que a Valentino seguramente no se le había pasado por alto desde fuera. Eso

explicaba su desconfianza, sobre todo teniendo en cuenta que no había utilizado el lavamanos, algo reconocible a simple vista.

—Ya es usted conocedor de que padezco aerofobia —se decidió a contar Mats para obsequiar al desconfiado azafato al menos una parte de la verdad—. Me entró un ataque de pánico.

—Hum.

La mirada de Valentino se volvió algo más comprensiva. Lo único que desconcertaba a Mats era la fina sonrisa que se dibujaba en torno a sus labios.

—El asiento que ha elegido finalmente, ¿no es de su agrado?

Mats alzó las dos manos y se esforzó por sonreír. Era la segunda vez que llamaba la atención de aquel petimetre. Con independencia de lo que se le ocurriera para acabar con la locura que estaba viviendo, lo cierto era que no servía de mucha ayuda que lo vigilara un azafato receloso.

—Necesitaba unos instantes yo solo —aclaró con la mayor amabilidad que pudo—. A solas, en un espacio cerrado. Eso me ayuda.

—¡Ah, ya!

Dos palabras. Y, sin embargo, había muchísimo sarcasmo y burla en esa breve respuesta. La ira se recrudeció en Mats y calcinó todos sus buenos propósitos.

Aunque sabía que cometía un error y que su siguiente réplica iba a proporcionarle tan solo un brevísimo instante de satisfacción, no se reprimió:

—No sé lo que quiere de mí —dijo con el volumen justo de voz para que solo le oyera Valentino—. He reservado varios asientos y estaba en el inodoro. Ambas cosas no son ningún delito, según tengo entendido. Yo no tengo la culpa de que a usted le guste más trabajar en tierra, en el control del tráfico aéreo, eso creo, porque le va el tema del control, ¿eh? ¿No es cierto? Se viste con camisas que no se arrugan y que tiene que comprarse usted mismo porque la compañía no se las pone a su disposición. Acaba de lustrarse los zapatos, porque de lo contrario no tendría pegada en ellos la pelusa de la moqueta debido a la electricidad estática, y cada veinte segundos comprueba inconscientemente que su peinado no se haya movido, y eso que con todo el hormigón que se ha rociado en la cabeza no sería capaz de moverlo ni un huracán. Pero es demasiado impulsivo, demasiado impaciente, quiere respuestas inmediatas, antes le habría gustado echar la puerta abajo de una patada, ¿verdad? Y esa no es una buena cualidad si uno está en la torre de control y tiene que mantenerse en calma cuando hay veinte puntos moviéndose simultáneamente en el monitor, ¿no es cierto?

Durante unos instantes, Mats supo que había hecho diana. Tal vez no en todas las frases, pero su exposición había abierto una pequeña grieta en la máscara del azafato. Lo delataba el labio inferior tembloroso, que Valentino, en total concordancia con su carácter, volvió a poner de inmediato bajo su control.

Se inclinó hacia él con una sonrisa.

—No sabe ni una mierda de mí —dijo sin perder su sonrisa forzada.

«¡Oh, ya lo creo que sí! —pensó Mats y, como solía ocurrirle en la vida cotidiana, volvió a maldecir su deficiente autocontrol—. Por ejemplo, ahora sé que eres mi enemigo número uno dentro de este avión».

En el fondo, Mats se despreció a sí mismo por ese burdo truco psicológico de prestidigitación, a pesar de que era disculpable por las especiales circunstancias en las que se hallaba. Su hija embarazada luchaba por su vida y un loco lo estaba extorsionando para que cometiera un asesinato en masa. Resultaba lógico que hubiera elegido a una persona débil como válvula de escape para su ira impotente.

—Escuche, lo siento, he...

Mats interrumpió su débil intento de disculpa cuando vio que Valentino daba un paso atrás con cara de asco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mats, pero él mismo se dio cuenta de lo que pasaba. Un segundo después llegó incluso a saborearla.

La sangre.

La sangre que le goteaba por la nariz.

«¡Oh, maldita sea, solo me faltaba esto!».

Cuando se alteraba en exceso, a veces sangraba por la nariz. Era algo inofensivo pero desagradable.

Mats se puso las manos en la cara y ya iba a entrar de nuevo en el lavabo cuando se le pasó por la cabeza un pensamiento péfido.

—Pero ¿cómo se atreve? —le espetó a Valentino, quien, como es natural, frunció el ceño con gesto de perplejidad.

—¿Cómo dice?

—¿Qué me ha hecho?

—¿Qué?

La perplejidad en su mirada se intensificó aún más.

—¡Me ha pegado!

Mats le mostró el dedo manchado de sangre y dejó que las gotas cayeran libremente sobre la moqueta.

—Yo, yo... no he hecho nada...

—¿Ah, no? ¿Y por qué estoy sangrando?

Mats alzó la voz. Debido a la cortina que tenía a la izquierda no podía contar con la atención de nadie, pero a la derecha, en un asiento del pasillo, una mujer joven se volvió a mirarlos.

—Vaya a buscar de inmediato a Kaja Claussen —le espetó Mats, y dejó a Valentino psíquicamente fuera de combate.

—Kaja, ¿de qué conoce a...?

—¡Quiero hablar de inmediato con su superior!

Nele

«¡Aaay!».

La contracción le mostró una dimensión nueva del dolor que no podía compararse con lo que había vivido hasta el momento. Y, al mismo tiempo, Nele se temió que aquello no fuese sino el comienzo. En una escala de uno a diez sería un dos y ya sintió ese estadio como si tuviera un soldador vivo en su vientre.

«¿Jadear o respirar hondo?».

Maldita sea, ¿no jadean todas en esas estúpidas películas?

No había asistido a ningún curso preparatorio para el parto, ¿para qué habría tenido que hacerlo? En una cesárea no tienen apenas importancia las técnicas de respiración, sobre todo teniendo en cuenta que en su caso iba a realizarse con anestesia total para no poner en peligro al bebé con las hemorragias del parto.

«¡Oh, Dios mío...!».

El secuestro, el horror, el dolor... todo eso había desbancado por completo a los peligros que entrañaban para su bebito un parto natural.

«Solo que esto de aquí es de todo menos natural».

Atada en una vaqueriza. Observada por un loco con ojos de perro salchicha y peinado de alguien recién levantado de la cama.

—Aaay... —volvió a escapársele.

No tenía ni idea de por qué tenía que vociferar de verdad en aquella nave vacía en la que no había cardiotocógrafo ni pulsómetros, ni siquiera toallas. Solo estaba ese psicópata detrás de la cámara, que no había cesado de llorar mientras filmaba sus suplicios.

Le habría gustado darle una patada al objetivo que había encima del trípode, pero no le era posible al tener las piernas atadas.

Por lo menos a aquel loco no le había parecido necesario bajarle el pantalón del chándal. Como estudiante de medicina, si es que lo era de verdad, debía de tener claro que allí todavía no había nada que ver.

Le horrorizó pensar que nadie podría encontrarla y salvarla, y que su secuestrador acabaría haciendo eso en uno u otro momento. Desnudarla.

—Aaay...

Su grito murió. Se sintió aliviada al ver que iban aflojando las últimas contracciones para dar paso de nuevo, ojalá, a un período más largo sin dolores, hasta que el siguiente tirón la hiciera sudar por todos los poros.

—¿Por qué? —le gritó cuando volvió a recuperar el aliento—. ¿Qué quieres de mí?

«¿Y por qué lloriqueas como un niño pequeño? ¿Cómo es que no haces otra cosa que secarte las lágrimas de los ojos y los mocos de la nariz?».

—Lo siento —dijo su secuestrador en un sorprendente tono cariñoso.

—Entonces desátame.

—No puedo hacer eso.

—Por favor, es muy fácil. Corta la brida...

—Entonces nunca lo aprenderán.

—¿Quién tiene que aprender qué?

—Ellos. Todos. La población. —Se colocó delante de la cámara—. En realidad no deseo esto. No tengo nada contra usted. Ni tampoco contra su bebé.

—Se llama Viktoria —dijo Nele y se sorprendió ella misma al oírse.

La victoriosa. La superviviente. Ese nombre no figuraba en su lista breve de nombres, pero resultaba apropiado, al menos para una niña. Si era niño, lo cambiaría por Viktor. Estaba bien darle nombres al futuro. Era mejor que el secuestrador comprendiera que la criatura que llevaba en su interior no era ningún objeto, sino un ser humano con nombre y con sentimientos.

—Morirá si no doy a luz en una clínica.

—Eso es mentira.

—No, tengo sida. Puedo contagiar a Viktoria. Sin una cesárea, morirá.

El secuestrador se quitó las gafas de montura de metal.

—Yo... yo no sabía eso. —Se limpió los cristales en el dobladillo del jersey y volvió a ponerse las gafas—. No obstante, ahora ya no puedo echarme atrás.

Nele habría querido gritar, pero se conminó a mantener aquella absurda conversación con la mayor tranquilidad posible para que no se rasgara el fino hilo que la vinculaba a su secuestrador.

—¿No vas a decirme cómo te llamas?

—Franz.

—Bien, Franz. No voy a chivarme a nadie por esto. Te lo juro. No tengo ningún tipo de contacto con las autoridades. Solo tienes que soltarme, por favor...

—No. —Franz se pasó las manos por el cabello—. No puedo. Nosotros no somos lo que importa aquí. Ni usted, ni yo ni su bebé. Lo importante es que primero usted abra los ojos y luego lo haga el mundo entero.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—He inspeccionado su basura.

—¿Y?

Salió unos instantes del establo y regresó con una bolsa amarilla de plástico.

—Aquí —dijo metiendo la mano, y sacó agitando un tetrabrik de leche vacío como si fuera la prueba más importante en un proceso judicial basado en indicios.

«No se preocupe. Solo quiero su leche».

¿De verdad había dicho eso?

—¿Qué ocurre?

—Usted la ha tomado.

Nele no pudo reprimirse por más tiempo y alzó la voz:

—¿Leche entera de una granja ecológica sostenible, con un 3,5 % de materia grasa? ¡Sí! ¡Dios mío! ¿Acaso eso es un crimen?

Torció la comisura de la boca con un gesto de desprecio.

—El hecho de que siquiera se atreva a preguntárselo muestra lo necesario que es todo esto de aquí.

—¿Todo esto de aquí? —le preguntó—. ¿Qué pretendes hacer con nosotras, Franz?

—Lo va a experimentar enseguida —dijo su secuestrador, que agarró la bolsa de reciclaje de envases y la volvió a dejar sola en aquel establo.

Mats

Mats no pudo resistirse a la tentación y dio una vuelta sobre sí mismo.

No había visto nunca una cosa igual. Ni siquiera en YouTube o en prospectos de viajes. Sabía que LegendAir poseía el equipamiento más lujoso del mundo en las cabinas de primera clase, y conocía su eslogan publicitario: «La Suite Sky. Su residencia privada en las nubes».

Pero a la vista del mundo que se desplegaba ante sus ojos, esa frase se quedaba en falsa modestia.

La tal Suite Sky era casi tan grande como su piso de la calle Guido. Se extendía por la cubierta superior del avión y ocupaba doce filas de ventanillas, y a diferencia de su sencillo apartamento, aquí habían permitido que un interiorista se desfagara con las maderas nobles y las alfombras más caras y con los tapizados de piel más selectos. Todo estaba en delicados tonos castaños. La veta oscura de caoba del revestimiento de la pared contrastaba agradablemente con la mesa de comedor de madera clara con capacidad, como poco, para cuatro personas acomodadas en unos sillones de cuero del color de un capuchino.

—Impresionante, ¿no? —preguntó Kaja Claussen, quien lo había conducido hasta allí.

Antes, después de que Mats alzara cada vez más la voz y los primeros pasajeros comenzaran a desasosegarse, Valentino fue de mala gana a hablar con sus superiores. Y Kaja, a pesar de las circunstancias, se había alegrado sinceramente de volver a ver a su antiguo terapeuta después de tanto tiempo. Fue ella la que propuso tratar el incidente con Valentino con tranquilidad y en privado. Ahora bien, Mats no se habría podido imaginar nunca ese espacio al que ella se había referido como «lugar de retiro».

La suite de tres habitaciones, en cuya moqueta densa como el musgo él se había hundido literalmente, se encontraba justo encima de la cabina de pilotaje. Para llegar hasta allí habían tenido que subir por una escalera de caracol en el extremo de la cabecera del avión y atravesar un espacio que parecía una cara coctelería londinense. Aquí arriba, a diez mil metros de altura, los clientes de la primera clase tenían en efecto su propio barman, que, situado tras una barra semicircular lustrosa, podía servirles, por encima de las nubes, copas, toda clase de especialidades de café y la mayor selección de ginebras. La Suite Sky estaba protegida de la zona lounge de delante por una gruesa puerta insonorizada.

Situada en el morro del avión, este era el lugar más peligroso de toda la nave en el caso de una colisión o de un impacto, pero ese detalle, a la vista del apuro actual en el que se encontraba Mats, le preocupaba más bien poco.

—¿Hay una cama de matrimonio ahí detrás? —preguntó a pesar de que no tenía ninguna duda al respecto.

En la parte de atrás, separada igualmente por una puerta de corredera que en ese momento estaba abierta, vio un somier. Una armada entera de cojines ocupaba casi todo el colchón.

—Plumón francés y lino egipcio —dijo Kaja sonriendo, y le tendió a Mats un pañuelo limpio.

Se había olvidado de que seguía tapándose la nariz con uno de los suyos, si bien, por suerte, ya no sangraba.

—Perdón —dijo con un hilo de voz buscando con la vista una papelera.

Así descubrió otra puerta entre la zona de la sala de estar y el dormitorio. Tal como supuso, daba a un baño en el que cabía cuatro veces el lavabo en el que acababa de estar. ¡Tenía incluso una ducha con mampara de cristal!

Mats tiró a un cubo de la basura su pañuelo ensangrentado, se acercó al lavamanos doble, y se limpió la cara y las manos.

—¿Por qué no contactó conmigo antes del vuelo? —oyó decir detrás de él a Kaja, que mantenía una distancia decorosa.

—No quería molestarla.

De hecho, al hacer la reserva no había pensado para nada en ella. Sabía que su antigua paciente era jefa de azafatas en una gran línea aérea, pero la ubicaba en una compañía alemana. Solo ató los cabos cuando el extorsionador la nombró.

—Su cuádruple reserva ha generado cierto revuelo —dijo Kaja.

—Ya me lo imagino.

Mats se tomó unos instantes para volver a examinar a través del espejo la primera impresión que le había causado, ahora que ella no podía mirarlo directamente y que no se sentía observada. Se quedó asombrado al ver lo guapa que se había vuelto Kaja Claussen. Su larga cabellera con mechas rubias le quedaba tan bien como los diez kilos que debía de haber ganado. Como es natural, no le había quedado más remedio que tapar con maquillaje los agujeros de los piercings en la barbilla y en el lado derecho del labio superior, pero había aprendido a hacerlo, igual que a mantener sus anchos hombros en una postura del cuerpo recta y segura de sí misma, lo cual no podía atribuirse únicamente al uniforme que realzaba su figura.

La sobrecarga realizó un amplio movimiento con la mano y los dos se sentaron a la mesa en la sala de estar. Las láminas electrónicas delante de las ventanillas, que aquí parecían auténticas cortinas de seda, estaban bajadas. La lámpara de plata que había encima de la amplia repisa entre la ventanilla y la mesa emitía una luz suave, cálida.

—Querría disculparme por el incidente de antes, doctor Krüger. Ken suele descontrolarse, pero nunca habría podido imaginarme que llegara a las manos con alguien. Y menos con usted. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Ken? —preguntó Mats con la mirada puesta en la placa de ella—. Así pues, ¿Valentino es su apellido?

Ella se echó a reír.

—No, no. Lo llamamos así entre nosotros. Por su aspecto. Y porque su novia se parece un poquito a Barbie.

«Barbie».

El sonido de aquella palabra le recordó al bebé y los dolores que debía de estar padeciendo ahora Nele, si es que él no estaba siendo víctima de una broma macabra.

—¿Está todo bien? —preguntó Kaja, a quien por lo visto no se le había pasado por alto el estado de tensión de él.

—Es un poco desagradable para mí. Padezco de aerofobia.

—¿Usted?

Kaja empezó a esbozar una sonrisa, pero la corrigió al instante.

—Incluso los oculistas llevan gafas —se justificó Mats.

La sobrecarga no dijo nada durante unos instantes, se limitó a mirarlo con sus grandes ojos de color azul claro y, a continuación, asintió.

—Vale, de acuerdo. Tiene sentido.

—¿Cómo dice?

—Bueno, me refiero a que usted pudo introducirse en mi alma como ningún otro en aquella época. Tal vez uno mismo tiene que padecer algún tipo de problema psíquico para entenderlos bien.

Ahora fue Mats quien asintió a pesar de que no compartía esa teoría. No tienes por qué darte un hachazo en la tibia para poder imaginarte el dolor.

—Lo que quería decirle es que abajo, en el lavabo, tuve un pequeño ataque de pánico. Tal vez me excedí en mi reacción. Ya no estoy tan seguro de si Ken, es decir, si Valentino, me golpeó o no.

Kaja parpadeó sorprendida.

—¿Qué pudo haber sucedido entonces?

Él iba a decir algo sobre la sequedad del aire a bordo y sobre su propensión a que la nariz le sangrara, pero entonces tuvo que llevarse las manos a la cabeza, no por hacer ningún numerito, sino porque de nuevo le entró un dolor impreciso, esta vez en las sienes.

Kaja se levantó y señaló el dormitorio con el índice.

—Haga el favor de descansar un rato.

—No, no.

Mats negó con la cabeza y con ese movimiento no hizo sino reforzar los dolores. Se llevó la mano a la nariz, pero por suerte estaba seca.

—Esto empieza a parecer que yo estuviera tratando de conseguir capciosamente que me pasen a este espacio.

Su antigua paciente sonrió.

—Usted reservó cuatro asientos y pagó una barbaridad de dinero por ellos. E incluso ha regalado su asiento en la clase business. Nadie a bordo piensa que esté tratando de conseguir nada de manera capciosa.

Kaja echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—Tengo que ir a dar una vuelta por la primera clase, pero evite esos pensamientos. En realidad, la Suite Sky se queda siempre sin utilizar. La aerolínea la mantiene solo por una cuestión de imagen. Oficialmente, nadie paga los treinta y dos mil euros que cuesta por persona. Por ese precio uno se alquila un avión privado.

—¿Y no va a meterse en problemas, señora Claussen?

—Mi puesto me faculta para decidir con autonomía sobre la reubicación de los pasajeros. —Se alisó la falda—. Cuando le escribí no lo hice sin motivo, doctor Krüger.

Mats asintió con la cabeza y recordó la postal con una fotografía de nubes que estuvo colgada algún tiempo en su nevera, hasta que en algún momento debió de desprenderse y la asistente doméstica probablemente la tiró.

Querido doctor Krüger:

Ahora soy sobrecargo. No es mi mayor sueño, pero casi. ¡Solo puedo agradecerse a usted! Si puedo serle útil en algo, póngase en contacto conmigo.

En realidad, Kaja quería ser piloto, pero eso le resultó imposible después de los sucesos ocurridos en su período escolar y tras la cancelación de su examen de acceso a la universidad.

—Estoy contenta de que esté a bordo. —Kaja sonrió con una expresión casi maternal en el rostro—. Así, tal vez pueda mostrarle algo de mi reconocimiento por todo lo que hizo por mí.

Mats hizo un gesto de rechazo con el brazo.

—No, por favor, se lo ruego. Era mi trabajo.

—No, no. Sin usted yo no estaría con vida ahora. Lo sé. No tendría este empleo, ni tampoco a mi maravilloso prometido. Estamos intentando tener un hijo, ¿se lo puede creer?

Le mostró el anillo en el dedo con una incrustación de diamante.

«No».

No podía creérselo si pensaba en su estado de entonces, hacía ahora diez años. La transformación era impresionante: de aquella mujer que se sentaba en el diván de su consulta, una persona muerta en vida, con el cabello teñido de negro, se había convertido ahora en esta belleza de onduladas curvas, que casi parecía una amazona. Era como aquellas fotos de antes y de después que en realidad solo se ven en los engañosos vídeos publicitarios de los programas de teletienda.

—Me alegra mucho de que le vayan las cosas tan bien —dijo Mats, y era sincero. Kaja Claussen era tal vez el mayor éxito de su carrera. Se trataba de una paciente de quien se atrevería a hablar incluso de curación.

¡Y ahora le pedían que volviera a destruirla!

«No. No puedo».

Mats respiró hondo mientras miraba cómo ella se disponía a marcharse.

«No».

Por supuesto que no iba a sacrificarla. Ni siquiera se planteaba someterse a las perversas exigencias del extorsionador. Mats no iba a destruir psíquicamente a su antigua paciente bajo ningún concepto; no iba a emplearla como una herramienta para un asesinato en masa.

Entonces no pudo evitar pensar en Nele.

—¿Señora Claussen? —preguntó en el momento exacto en que ella iba a abrir la puerta para salir de la suite.

Ella se giró y sonrió.

—¿Sí?

Mats tragó saliva. Le temblaban los dedos.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», se preguntó.

La coincidencia con ella a bordo en este vuelo no podía ser ninguna casualidad. Alguien debía de haberlo planeado todo con mucha antelación y ese era su punto de partida para pensar en un plan que pudiera evitar la catástrofe sin que nadie resultara perjudicado. Ni aquí en el avión ni, mucho más importante aún, en Berlín.

Pero para salvar a Nele y al bebé necesitaba tiempo y un lugar desde el que poder llamar sin que lo molestaran. Al menos esto último ya lo había encontrado aquí, en la Suite Sky.

«Hay una solución —se dijo mentalmente a sí mismo para darse ánimos—. Y aún me quedan más de once horas para encontrarla».

De todas formas se guardó en la manga como plan B la posibilidad de devolver a Kaja a aquel enfermizo estadio psíquico.

«Solo en caso de necesidad».

En el caso de que fracasara su plan A y de que se viera obligado a tomar en consideración lo impensable.

Como muy tarde durante la maniobra de aproximación a Berlín.

Y así fue como Mats empezó a sentir náuseas, por la repugnancia y por el odio hacia sí mismo que sentía, ya que sabía lo que iba a desatar en Kaja con la frase que estaba a punto de pronunciar. Sus palabras, al igual que unas uñas largas, se introducirían por debajo de la costra bien curada de su herida anímica y dejarían al descubierto la parte superficial y diminuta del entramado de la cicatriz.

—¡Por suerte entonces tuve mis dudas acerca de su versión de la historia, Kaja!

Feli

A pesar de que era una dormilona, hoy se había metido en la ducha a una hora bastante temprana. Pero eso no era de extrañar a la vista de lo que se le venía encima aquel día.

«¡Oh, Dios mío! —pensó Feli, y se tapó la boca con la mano—. ¿He usado de verdad la expresión “lo que se me viene encima”?».

Jasmina, su mejor amiga, le vendría de inmediato con Sigmund Freud si se enterara de que lo había hecho. Y eso que Jasmina no era psiquiatra, a diferencia de ella. Pero, bien mirado, las reuniones con los padres de los alumnos en las que Jasmina tenía que lidiar como tutora con los titulares de la patria potestad de sus alumnos de primaria solían requerir mucho mayor tacto y diplomacia que los turnos de Feli en la línea directa para casos de crisis psíquicas.

—Estoy contenta. ¡Estoy tan contenta! —dijo Feli, y se le dibujó una gran sonrisa que mantuvo mientras se enjabonaba y se aclaraba después el pelo.

Como muy tarde al cabo de un minuto y medio, una acababa engañando al cerebro y se sentía realmente feliz, aunque la sonrisa fuera postiza. *Facial feedback* se denominaba ese método, que funcionaba incluso si los pacientes no hacían otra cosa que meterse un lápiz en diagonal en la boca.

«Pero yo no necesito eso, por supuesto. Soy feliz de verdad».

Feli cerró la llave del agua y salió de la ducha.

—¡Hoy es mi día de suerte!

Se enrolló una toalla alrededor de los cabellos mojados y se secó antes de ponerse el albornoz. Feli detestaba que el tejido se humedeciera en el contacto con su cuerpo, a diferencia de Janek, que siempre salía de la ducha goteando y se ponía inmediatamente su albornoz gris de rizo sobre la piel mojada.

A ella le gustaba la sensación del albornoz seco, calentito y mullido.

«Pero son las diferencias las que unen».

Todavía con la sonrisa en la boca pero sin ninguna respuesta perceptible de las endorfinas, se acercó al lavamanos y retiró con un pañuelo de papel los restos de pasta dentífrica que de nuevo habían conseguido llegar por alguna vía misteriosa desde el cepillo de dientes de Janek hasta el borde del grifo.

—¿Panecillos? —lo oyó gritar desde el dormitorio.

—Mejor una tostada —contestó ella también gritando y, a continuación, añadió—: Enseguida estoy contigo, cariño.

En ese momento su teléfono comenzó a zumbar. Lo agarró en el borde del lavamanos, donde la vibración lo había empezado a mover como a una peonza, y trató de recordar de quién era ese número.

Le sonaba de algo, pero no lo tenía guardado entre sus contactos.

Contestó a la llamada con un mal presentimiento. Y esa sensación empeoró al oír aquella voz al otro extremo de la línea. Una voz diluida, lejana, con un ligero eco, como si aquel hombre estuviera en un túnel aerodinámico.

—¿Feli?

—¿Mats? —replicó ella aquel absurdo saludo.

Su colega y, en otro tiempo, su mejor confidente no desperdició un solo instante y fue directo al grano.

—Necesito... necesito tu ayuda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Feli, que cayó de forma automática en su rutina de las llamadas de emergencia.

Y eso que habría preferido colgar. O al menos gritar: «¿Tú necesitas mi ayuda? Pero ¿qué se te pasa por la cabeza? Me llamas por teléfono después de cuatro años sin hacerlo. ¿Así, sin más? ¿Y nada menos que HOY?».

Sin embargo, reprimió su rabia y sus justificados reproches. De momento.

—Nele está... Creo que está en peligro.

—¿En qué sentido?

—Acabo de hablar con el hospital de la Charité donde tenía que dar hoy a luz.

Feli se rascó el cuello; comenzaba a sentir un picor. Detestaba sentir en la piel las marcas del estrés, que justamente hoy no debían aparecer en absoluto.

—¿Nele está embarazada?

—Sí.

—Enhorabuena.

—Tenía visita esta mañana a primera hora para la cesárea. Pero no ha llegado a la clínica Virchow. Me lo ha confirmado un antiguo compañero de

estudios.

—No lo entiendo.

El picor de Feli se intensificó, pero esta vez consiguió mantener las manos apartadas del cuello.

—He intentado también llamar al número de teléfono que tengo de ella, pero no se pone.

—Bien, eso suena raro, pero quizá se haya decidido por otro hospital.

—No se puede ir cambiando de sala de operaciones así como así, eso lo sabes bien, Feli. Además...

—¿Además qué?

Mats hizo una pausa durante la que Feli oyó algo que parecía un lejano anuncio por unos altavoces.

—¿Estás en un tren? —supuso ella por las interferencias en la línea, que eran más intensas cuando ninguno de los dos hablaba.

—En un avión.

—¿Tú?

¿No le había dicho en cierta ocasión que prefería estar diez horas en el dentista que una sola en el aire?

—¿Qué haces tú en un avión?

Él suspiró.

—Nele no quería estar sola después de dar a luz. Por ese motivo estoy de camino de Buenos Aires a Berlín. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero poco después del despegue he recibido una llamada. Han secuestrado a Nele y amenazan con matarla.

—¡Oh, Dios mío...! —Volvió a taparse la boca con la mano, como antes en la ducha. Se giró de espaldas al espejo y susurró—: Eso, quiero decir... ¿eso es verdad?

—Es lo que estoy tratando de averiguar. Hasta el momento no tengo ningún motivo para dudar de esa amenaza.

—Bien, voy a llamar a la policía.

—No. Bajo ningún concepto.

Feli se rio de manera nerviosa.

—Pero ¿cómo voy a ayudarte entonces?

—Ve al piso de Nele, por favor.

—¿Para hacer qué?

—No lo sé. Échale un vistazo. Rebusca entre sus cosas.

—Espera un momento. ¿Cómo quieres que entre en su piso?

—Es verdad, disculpa. Con esta agitación no tengo la cabeza muy clara, pero tal vez encuentres algún indicio de quién podría estar detrás de todo esto. Habla con los vecinos o con el portero. Sé que es un intento desesperado, pero tú eres mi única esperanza.

—¿Qué quieren los secuestradores de ti?

Una pausa. Las interferencias se hicieron más intensas y recordaban al sonido de una vieja batidora de cocina. Quedaron interrumpidas de inmediato cuando Mats dijo:

—Eso... eso no puede contártelo.

—Serás idiota...

—Lo sé.

A Feli le tembló el labio inferior y ella se detestó por el tono inseguro en su voz.

—Hace ahora cuatro años que desapareciste sin avisar. Vale, solo fue una noche, y quizá fue un error, pero eso no te daba derecho a dejarme tirada como a una puta.

—Sí —volvió Mats a darle la razón.

—Y eso te arrebató todo derecho a pedirme cualquier favor.

—Tienes razón. Es que... no sé a quién más podría acudir. En Berlín no conozco a nadie en quien pueda confiar. Excepto a ti.

—Cabronazo —refunfuñó Feli.

A continuación colgó y cerró los ojos con un cansancio infinito. Se le hacía difícil respirar, le tembló el tórax.

—¿Era él?

Feli se giró del susto.

Su baño común no tenía cerrojo, ¿para qué iba a tenerlo? Feli no se había dado cuenta de que Janek estaba en la puerta. Vestido únicamente con unos calzoncillos bóxer y sosteniendo con las dos manos una bandeja llena de tostadas, mermelada, parmesano, miel y dos tazas de café.

—Desayuno en la cama, ¡qué atento que eres, cariño! —dijo Feli, y su sonrisa se percibió en efecto como si tuviera un lápiz metido en la boca.

—¿Era Mats? —quiso saber Janek.

Sus ojos oscuros tenían un matiz más melancólico que de costumbre. Había sido un error hablarle de él a Janek, pero los dos se habían jurado ser sinceros y mantener su relación sin viejos lastres, y Mats era el mayor lastre que ella había cargado en toda su vida. Y eso que nunca habían sido pareja y que él nunca había correspondido a la pasión de ella. Excepto aquella noche...

—Sí, era Mats.

Feli asintió con timidez y dio un paso al frente hacia Janek. Como él le sacaba casi medio metro de alto, ella se veía obligada a levantar la mirada.

Si él no hubiera estado sosteniendo la bandeja entre sus manos, ella se habría apoyado en su pecho velludo, habría cerrado los ojos y habría aspirado el cálido aroma que despedía su cuerpo, un olor a madera de cedro y almizcle.

—¿Qué quería?

—Felicitarnos —respondió ella al cabo de una pausa sospechosamente larga—. Le he dicho que se meta su hipocresía por donde le quepa.

Janek ladeó la cabeza.

—Hum —dijo él.

Una respuesta demasiado breve para identificar si había conseguido mitigar al menos en parte su desconfianza.

—Ven, comamos algo. —Ella le sonrió y le pellizcó en la cadera al abrirse paso fuera del baño—. Pero para ti solo una rebanada —bromeó ella a pesar de que en el musculoso cuerpo de Janek apenas se percibía algún exceso de grasa.

De todas maneras, él forzó una sonrisa que pareció mucho más natural que la que ella había conseguido poner.

—Mira quién habla —le devolvió la broma—. ¿Quién quería adelgazar cinco kilos hasta hoy y solo ha logrado bajar tres?

—Idiota —dijo ella riéndose, y le arrojó un cojín.

—¡Espera...!

Dejó la bandeja en la mesita de noche y se arrojó sobre ella.

—Socorro —exclamó ella entre jadeos—. ¡Socorro! Me rindo.

Como siempre que ella estaba en los brazos de él, Feli admiró maravillada la sensación de fortaleza que desprendía su cuerpo, que parecía el de un hombre joven y no el que una esperaría en un abogado de cincuenta años cumplidos.

—Te amo —dijo Janek—. Con o sin dieta, es igual. Sé una cosa con toda seguridad. —Dejó que él la besara y le oyó decir con los ojos cerrados—: Hoy estarás estupendísima con tu vestido de novia.

Mats

«La reacción de mi cuerpo al pánico está cambiando».

Asombrado porque todavía era capaz de autoanalizarse, Mats percibió un ardor en el estómago que no había sentido nunca de esa manera. En situaciones de estrés era propenso a una sequedad excesiva en la piel, a un enrojecimiento de la misma, a la aparición de pequeñas llagas en los labios y, como únicas consecuencias positivas, a la falta de apetito y a la pérdida de peso.

Por suerte no había sufrido hasta entonces ni acidez de estómago ni tampoco retortijones.

«Ahora bien, unas circunstancias extraordinarias conllevan unos síntomas extraordinarios».

Era como si a Mats le hubiera salido de repente una úlcera de estómago peleon. Los espasmos, semejantes a llamaradas, habían comenzado en el preciso momento en el que vio aquella sombra en los ojos de Kaja, esa ofuscación repentina acompañada de una contracción fugaz del labio superior.

Mats sabía a la perfección que con sus palabras iba a echar a rodar la primera piedra. Ella se preguntaría lo que había querido decir él, si entonces había considerado realmente las experiencias de ella como una «versión» y una «historia», y no como lo que fueron: una verdad espantosa, el terrible destino de Kaja Claussen.

Teniendo en cuenta los problemas psíquicos que le estaba causando a ella, el dolor de estómago estaba más que justificado.

Mats tragó saliva con dificultad y, tras un chasquido, el murmullo de las turbinas volvió a sonar con algo más de claridad en sus oídos. Alzó la mano, la extendió al frente y observó cómo le temblaban los dedos, como si fueran plumas al viento. Mats tuvo algunas dificultades para sacar el mando a

distancia encajado en aquella mesa a la que llevaba sentado ya más de una hora en contra de la dirección del vuelo. Al cabo de tres intentos encontró el botón para las persianas, que se levantaron sin hacer ruido hasta desaparecer en el costado.

Por detrás de la luna, ahora transparente, había un agujero negro. La luz de detrás de las filas de ventanillas traseras se derramaba como un líquido brillante en el oscuro abismo que la absorbía. Mats se quedó mirando fijamente el extremo del ala donde la luz roja de señalización rompía la oscuridad a un ritmo constante. Sus intervalos intermitentes eran demasiado regulares, y eso que tendría que estar transmitiendo «SOS» en morse.

Save Our Souls.

Más de seiscientas almas tenían que ser puestas a salvo.

«De un extorsionador loco... No... —se corrigió Mats—. ¡De mí! Yo soy aquí el mayor peligro que hay a bordo».

Se llevó las manos con torpeza a la cara y suspiró.

Había pensado en tantos riesgos antes de decidirse a dar el paso a volar: en la posibilidad de colisionar en la pista de rodaje con un avión que aterrizaba, de ser pasto de las llamas al despegar, de un secuestro por parte de un terrorista, en un artefacto explosivo en la bodega del equipaje.

Sin embargo no pensó en esa arma de destrucción masiva perfecta, el arma que suponía el peligro público número uno, la única bomba que cualquiera puede subir a bordo y que ninguna máquina en el mundo puede detectar: la psique humana.

Tal como le había dicho siempre su mentor: «Toda persona carga en su interior con la facultad de matar. Cada uno tiene un punto en el que se quiebra. Por suerte solo unos pocos poseen la suficiente falta de escrúpulos para encontrar en otros ese punto psíquico más bajo».

«Pero ¡qué idiota soy!», pensó Mats.

Formado y doctorado en Psiquiatría, con un sinfín de certificados y de diplomas en la pared de su consulta, no había dedicado ningún pensamiento al hecho de que en cada persona se oculta una bomba de relojería que puede ser activada en determinadas circunstancias con el detonador adecuado.

Mats sintió cómo la presión aumentaba en su cuerpo. Por lo visto, el piloto había variado la altura de vuelo. Un vistazo a la pantalla plana de 55 pulgadas situada encima de su cabeza y que estaba conectada al monitor con los datos periódicos sobre la ruta le confirmó que habían ascendido a los 10 200 metros.

Se intensificaron los espasmos en su estómago. Se quitó la americana y la dejó a un lado encima del sofá.

Se encogió de hombros y decidió ignorar los cinturones de seguridad. No iban a serle de ninguna ayuda contra las turbulencias en las que se encontraba.

Se levantó y miró a su alrededor buscando algo con lo que escribir. En la otra fila de ventanillas había un pequeño secreter de madera de nogal, delante del cual había un sillón giratorio. Mats abrió el cajón y sacó de él un lápiz y un bloc con el logo de LegendAir. A su izquierda descubrió una neverita de cristal y sacó de ella una botella de agua.

Estaba fría, casi dolorosamente fría, y Mats tuvo la leve esperanza de que algunos tragos mitigarían sus constantes dolores de cabeza.

Había dejado su equipaje de mano con las medicinas en el asiento de la clase turista.

«Bien, intentemos proceder con lógica», se dijo a sí mismo después de echar un vistazo al reloj y calcular el tiempo que le quedaba.

«Todavía 10 horas y 16 minutos».

Se sentó.

Ni siquiera medio día para solucionar el mayor y, tal vez, último problema de su vida.

«Sin embargo, cuando menos tiempo se tiene, con mayor cuidado hay que prepararse», recordó otra frase de su mentor. Se refería a casos de emergencias médicas y no a la prevención de catástrofes aéreas, pero Mats siempre había defendido el criterio de que criminología y psicología estaban estrechamente relacionadas. Si uno quería ir hasta el fondo de las cosas, tenía que conocer en ambos casos la causa del problema. Cogió el bloc y escribió:

1. El móvil

Si averiguaba por qué el extorsionador le exigía hacer esa locura, entonces daría un paso de gigante para conocer su identidad. Lo siguiente que escribió Mats debajo, un poco sangrado a la derecha fue:

a) Consecuencias

¿Qué consecuencias habría si él hacía lo que Johnny le exigía? ¿Y quién podría sacar algún provecho de aquella situación?

—Muerte

Habría centenares de muertos. ¿Un atentado terrorista?

Por una parte, eso sería muy amargo, ya que con los móviles políticos, los autores quedaban por regla general en un segundo plano. Por otro lado, los atentados tenían a menudo objetivos más importantes, como la liberación de detenidos, por ejemplo; es decir, se producían negociaciones.

Mats puso un gran signo de interrogación al lado del primer párrafo. Por un lado, el modo de proceder no parecía ser un acto violento por causas políticas; por el otro, tampoco encontraba ningún argumento de peso que fuera concluyente.

—Dinero

La corporación LegendAir era una sociedad anónima. Alguien sacaba siempre provecho de las desgracias, las guerras y las catástrofes. Por desgracia eran tantos quienes podían hacerlo, que resultaba imposible efectuar aquí una delimitación útil.

Todo era imaginable, desde especuladores que habían apostado contra las aseguradoras en caso de accidente aéreo, hasta la competencia, empeñada en arruinar a sus rivales.

Mats movió de forma involuntaria la cabeza en un gesto negativo.

Posiblemente la cosa no tenía nada que ver con las personas que iban a bordo, sino con una determinada mercancía que había que destruir.

Se propuso preguntarle a Kaja por las mercancías más llamativas que transportaba el avión de las que ella tuviera conocimiento, si bien no se hacía muchas ilusiones a este respecto.

Pero podía ser también que al autor o a los autores no les importara en absoluto el avión entero sino tan solo una única persona.

Podía ser tanto una cosa como la otra...

—Venganza

Era concebible. Alguien que a ojos del extorsionador merecía la muerte de tal modo que justificaba así sacrificar con él a otras seiscientas personas.

O el objetivo era un prisionero que, vigilado en alguna parte por un agente de paisano en el vuelo, iba a ser entregado de incógnito.

¿Y un espía? ¿Alguien con acceso a secretos de Estado o un testigo principal poseedor de algún conocimiento peligroso para la economía o la política?

—¡¡Ja!! —Mats profirió un grito y golpeó el tablero con el lápiz, de modo que se rompió la punta.

«¡Mierda!».

Arrancó la hoja del bloc con rabia y la estrujó.

Había demasiadas posibilidades, era así de sencillo.

«Y demasiado poco tiempo. Demasiado...».

El sonido de su móvil detuvo la espiral decreciente de sus pensamientos.

Le había entrado un SMS.

!!!URGENTE!!!

... ponía en la vista previa. Como es natural, a Mats le resultó imposible ver el número de quien lo mandaba. Se lo habían enviado a su teléfono en forma de correo electrónico a través de un servicio anónimo de publicidad en línea.

Mats pinchó en la imagen, una fotografía de un papel de carta en formato DIN A4. En ella, con letra negra de imprenta, podía leerse:

¡Encienda inmediatamente su monitor!

Canal de películas 13/10

15

«SkyCinemaDeluxe» era el nombre del programa de vídeos a la carta de LegendAir y el surtido superaba al de un videoclub de una gran ciudad. La mayoría de las películas eran recientes, algunas las proyectaban todavía en los cines, e incluso había dos que ni siquiera las habían anunciado aún; celebraban su «estreno en las nubes», en el selecto canal de películas del avión.

Mats no sabía si ese programa era tan variado únicamente en primera o si, por contra, cualquier pasajero tenía acceso a la oferta completa.

Solo estaba seguro de una cosa: no existía ningún canal 13/10.

Desde dramas pasando por comedias hasta thrillers y documentales. Cada género tenía su propio canal, el cual estaba abastecido con por lo menos cincuenta películas diferentes.

Valiéndose del mando, que tenía que orientar a la pantalla igual que un puntero láser, solo pudo pasar página hasta llegar a *Tucker & Dale vs. Evil*. Pero después de esa comedia de horror en el canal 10, que era la película 49, no había nada más. Al menos de manera oficial.

Mats inspeccionó el mando, que tenía la forma de un ratón de ordenador, y apretó la tecla de la flecha hacia la derecha.

Nada.

Se levantó de su asiento y volvió a apretarla. Y una vez más.

De pronto, el cursor avanzó una columna más en la pantalla. Hasta una casilla vacía.

En blanco.

Canal 11/1

... leyó Mats en esa página del monitor, por lo demás desierta.

Volvió a apretar hacia la derecha y la pantalla se mostró otra vez sin contenidos.

Solo cambiaba el número en la parte superior derecha del recuadro.

12/1

Lo consiguió después de dar diez clics con el ratón. Según figuraba en el monitor, había ido a parar al canal 13/10. Y la pantalla ya no estaba en blanco, sino en gris.

Pasaron unos instantes, en los cuales no había nada que ver a excepción de un punto claro e intermitente en el centro de la pantalla, cuyo centelleo regular hizo pensar a Mats en la luz roja señalizadora de las alas del avión.

Entonces se produjo un chasquido, y algo que recordaba a un relámpago de luz desgarró la imagen de la pantalla: por lo visto se había puesto en marcha una película.

—Pero ¿qué...?

Mats dio un paso hacia el monitor, cuya resolución era tan alta que la imagen no variaba ni siquiera estando uno pegado a la pantalla.

Parecía una película de vídeo de los años ochenta, con mucha saturación de color, y que había sido copiada y recopiada en exceso. Predominaban los tonos de color marrón claro, que, irónicamente, armonizaban a la perfección con la lujosa decoración interior de la Suite Sky.

«Once años», se le pasó por la cabeza a Mats, quien reconoció de golpe lo que estaba viendo.

«Todo ese tiempo ha pasado ya».

Y no había perdido un ápice de su horror.

La calidad de la grabación era miserable, pero los bamboleos, el granulado y el desenfoco de las imágenes no se debían a la técnica de reproducción visual, sino a la cámara barata que había captado aquel horror. Además, esta estaba situada demasiado lejos, por lo menos a diez metros de la mujer que luchaba en aquellos instantes por su vida.

Se estremeció cuando su teléfono volvió a vibrar.

—¿Le gusta la programación de a bordo? —preguntó la voz de Johnny Depp, acompañada por los sonidos respiratorios ya familiares del interlocutor real.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Mats, que había detenido la imagen.

—Eso es secundario. ¡Utilízelo y ya está!

Mats negó con la cabeza.

—Kaja se conoce ese vídeo al dedillo. No desencadenará absolutamente ninguna reacción en ella. Ya ha procesado esas vivencias de la escuela.

Johnny se rio como un robot.

—No, no lo ha hecho. Nadie puede procesar jamás por completo un trauma semejante como el que padeció Kaja.

Mats suspiró torpemente.

—Y aunque sea tal como dice, su plan no funcionará. Tardé años en estabilizar a mi paciente. Durante decenas de sesiones. —Chasqueó los dedos—. No puedo hacer que regrese en unas pocas horas a aquel estadio del pasado. Lo siento mucho, pero la psique no es ningún aparato que uno pueda encender y apagar sin más. Ni aunque quisiera, podría ser capaz de manipular a Kaja Claussen para que en unas horas dé rienda suelta a sus fantasías de violencia y se convierta en una asesina en serie.

—No diga bobadas —replicó Johnny de mal humor—. Piense en el Once de Septiembre. Se tardó siete años en construir la torre norte del World Trade Center. Y derribarla fue cuestión tan solo de una hora y cuarenta y dos minutos. Siempre es más rápido reventar algo que repararlo. Y eso es en especial válido para el alma, ¿no, doctor Krüger?

Mats suspiró profundamente al imaginar el avión convertido en una bola de fuego tras una explosión. Lo espantoso de la imagen no radicaba en su presencia en el avión condenado a caer, sino en que Mats sabía que Johnny decía la verdad.

—Todo lo que necesita es un empujón fuerte, un impacto, un golpe que conmocione los cimientos de la psique de Kaja Claussen de tal modo que se desmorone el castillo de naipes de su autocontrol. Y usted puede hacer eso, lo sé muy bien, doctor Krüger. Con ese vídeo dispone de una herramienta adicional que acelerará el proceso.

—¿Hay algo en él que no conozca yo ya?

—Espere al minuto nueve. A partir del octavo segundo.

—¿Qué es lo que pasa entonces? —volvió a preguntar Mats, pero la conexión se había cortado.

El extorsionador del otro extremo de la línea había transmitido ya su mensaje, siendo fiel a su criterio de no decir nunca más de lo absolutamente necesario. Mats sintió una mezcla de asco y de curiosidad. Debía sentirse como los zafios curiosos que se quedaban cerca del escenario de un accidente cuando no estaban cien por cien seguros de la atrocidad que se ocultaba tras la cinta que acordonaba la zona. Tampoco él conocía qué había en ese vídeo que le permitiría transformar a Kaja nuevamente en una piltrafa humana con la psique destrozada, en una persona capaz de desear la muerte tanto para ella misma como para los demás.

Igual que cuando ella lo había llamado por primera vez.

Sentada en el lavabo de la escuela.

Con un arma en la mano.

Mats trató de avanzar la grabación hasta el minuto señalado, pero tuvo sus más y sus menos con la técnica. En el primer intento fue a parar directamente al final.

«Vale, con calma...».

Mats estaba sudando. Sus dedos dejaron unas huellas húmedas en el mando a distancia, pero al final consiguió encontrar la manera de avanzar despacio.

Justo cuando llegó al minuto ocho, oyó un chasquido detrás de él.

—¿Doctor Krüger?

Se dio la vuelta hacia aquella voz femenina mientras apagaba al mismo tiempo el monitor.

Demasiado tarde.

—¿Está viendo la tele? —quiso saber la azafata.

Luego dejó una cestita con frutas encima de un aparador junto a la puerta de corredera por la que había entrado. Mostraba una tensa mueca sonriente.

—¿Qué estaba viendo?

Mats no tenía ni idea de qué responder a la pregunta de Kaja Claussen.

Feli

Había algo que no encajaba allí.

Feli lo podía oler, literalmente. Además, no había que ser ningún criminólogo con facultades clarividentes para no desconfiar ante la imagen de una puerta semiabierta de un piso en Berlín. El barrio de Weißensee no era el Bronx, pero, no obstante, no era nada habitual una jornada de puertas abiertas en esas viviendas de alquiler.

—¿Nele? —preguntó después de haber llamado al timbre y de haber golpeado por segunda vez la puerta con los nudillos. Nadie respondió.

Como era de esperar.

«¡Dios mío!, ¿qué estoy haciendo aquí?».

Feli recorrió el pasillo y un sentimiento de melancolía se apoderó de ella cuando vio el pequeño cuarto infantil con el papel pintado recién colocado. Había una cuna restaurada de aspecto anticuado que probablemente procedía de algún mercadillo, muy distinta del cambiador, que tenía un radiador eléctrico encima del tablero.

Siguió adelante y entró en la sala de estar. El caos creativo que reinaba aquí, entre el sofá, el televisor y el escritorio frente a la ventana, le recordó la época en la que ella misma vivía sin nadie más en casa y en la que solía sentirse sola, aunque también libre.

La pared en torno al viejo televisor de tubo de rayos catódicos debía de estar pintada con pintura imantada. Un mar de postales, fotografías de fiestas, folletos publicitarios de grupos musicales y diversos anuncios de conciertos se mantenían pegados directamente a la pared con imanes. Era un collage multicolor, alegre, que combinaba de manera magnífica con la nada convencional mezcla de muebles de la hija de Mats, que tenía grandes dotes artísticas. No había ningún objeto en el mobiliario que combinara con otro.

Contemplados por separado, la mesita de tresillo, la jarapa o las cortinas de batik eran incluso feas, pero juntas formaban un conjunto estiloso, creativo.

«Me gustaría volver a vivir así», pensó.

No de la manera tan estéril, entre muebles de diseño y arte moderno, que había elegido Janek, su prometido.

Le rondó por la cabeza si debía hacer la única acción sensata en esos momentos: ignorar la llamada de Mats y sus ruegos, y marcharse lo más rápidamente posible de ese piso, pero entonces vio el teléfono fijo inalámbrico colocado sobre el cargador encima del escritorio de Nele. Parpadeaba una luz idéntica a la que había en su teléfono cuando entraba un mensaje de voz en el contestador automático.

Feli sacó el teléfono del cargador y apretó el símbolo verde con el pictograma de una carta que había justo debajo de la tecla para llamar.

«Tiene UN nuevo mensaje», le dijo al oído una voz de mujer aburrada, intercambiable. Feli se había esperado oír muchísimos más mensajes, al menos media docena, sobre todo uno del padre de Nele. Entonces cayó en la cuenta de que Mats seguramente no tenía el número del fijo y que lo más probable era que hablara con Nele a través del móvil.

El mensaje que Feli escuchaba en esos momentos procedía de un hombre de respiración breve y con un fuerte acento berlinés.

«¿Señora Krüger? Bueno, ya pasan... ejem... ya pasan cinco minutos de la hora. Estoy aquí abajo, por la reserva que hizo. El taxi, ¿sabe? Y ando confuso, bueno, he llamado varias veces al timbre y no baja ni dios. En la central me dijeron que la reserva se había retrasado para una hora más tarde. ¿Es correcto eso? ¿O ha habido otro cambio? Vaya, vaya, vaya...».

Feli interrumpió la conexión con el buzón de voz y buscó en el menú de los mensajes la información sobre la hora en la que el taxista había efectuado la llamada.

A las 12.33 del 2 de mayo de 1999.

«Jo, fantástico».

Al parecer, Nele le daba aún menos importancia que ella misma a la programación de los aparatos eléctricos y había dejado sin modificar la configuración de fábrica.

Feli volvió a poner el teléfono en el cargador y se enjugó un hilillo fino de sudor de la frente.

«¡Uf, qué calor hace aquí!».

Para ser septiembre, las temperaturas del interior eran casi de pleno verano. Con los veinticinco grados y el sol previstos, era el día perfecto para

casarse.

«Está claro que solo es un día demasiado caluroso para hacer de detective».

¡Estaba como una cabra permitiendo que alguien la teledirigiera, y por si fuera poco en un día como el de hoy, y que encima se tratara de Mats!

Si Janek se llegara a enterar de lo que estaba haciendo ahí (¡y para quién!), cancelaría la boda de inmediato. Pero ya estaba a punto de regresar a casa.

Por suerte seguían viviendo en la calle Greifswalder y no en la antigua zona occidental de la ciudad, que a Janek, a diferencia de ella, le gustaba tanto. Si fuera por él, Feli habría dejado ya hacía tiempo su consulta en la calle Oranienburger para mudarse al barrio de Dahlem, de Grönewald o, como mínimo, de Lichterfelde. Pero entonces habría necesitado seguramente una hora en coche para llegar hasta aquí y no quince minutos en bicicleta. Lo tonto del asunto era que se había dado demasiada prisa en llegar. Tendría que volver a ducharse nada más llegar a casa.

Feli echó mano de su móvil y marcó el número desde el que lo había llamado Mats antes.

—¿Hola? —preguntó ella, pues había interpretado equivocadamente la pausa entre dos tonos de llamada pensándose que su antiguo amante había descolgado.

Mientras seguían sonando los tonos, Feli examinó una mancha oscura en el sofá de color gris ligeramente desgastado.

«Por lo visto, la conexión con las nubes está complicada».

Cuando ya iba a colgar, se produjo un chasquido en la línea.

—¿Mats?

Hubo una corta demora hasta que él respondió; al principio solo oyó el típico rumor de un avión, y a continuación:

—Lo siento, sentía un agobio inmenso y me he visto incapaz de darle al botón de aceptar. ¿Dónde estás?

—En el piso de Nele.

—¿Y qué?

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres oír? No está aquí y esto tiene toda la pinta de que ha salido de casa a toda prisa.

—¿Hay algún signo de violencia? —quiso saber Mats.

—La puerta estaba abierta, pero no reventada. Tampoco hay lámparas ni sillas por los suelos, si es eso a lo que te refieres. Solo hay una mancha sobre

su sofá...

—¿De sangre?

—No.

Feli pasó la mano por encima del tapizado. El líquido era incoloro y no le dejó ningún rastro en los dedos.

—La mancha es reciente. Como si se le hubiera caído un líquido.

—¿Líquido amniótico? —oyó preguntar a Mats con énfasis.

—Ni idea. Es posible. Sí. Tal vez haya roto aguas.

Mats profirió un fuerte suspiro.

—¡Entonces el extorsionador dice la verdad, maldita sea!

Feli echó un vistazo al reloj. Por suerte, Janek había fijado la ceremonia de la boda para las cuatro de la tarde, la última de las horas posibles.

—Mats, lo siento mucho, pero deberías conseguir que interviniera la policía. Dentro de seis horas tengo que estar ante el funcionario del registro civil y...

—¿Te casas? Lo siento, mmm, quiero decir, enhorabuena. Pero sigues siendo mi única opción. Por favor, Feli. Nele va a morir si no me ayudas. Tengo que saber quién está detrás de esto y tengo que encontrarla. Solo me quedan algo más de diez horas hasta el aterrizaje.

—¿Te ha puesto algún ultimátum el secuestrador?

—Sí.

—¿Y qué pasa si transcurre ese tiempo y no hemos encontrado a Nele?

—Por favor, Feli, no me hagas más preguntas de ese estilo. Lo digo por tu propio interés. No quieras saberlo. Y tampoco puedo decírtelo.

Feli negó con la cabeza en un gesto de espanto.

—Pero ¿qué quieres que haga ahora?

Miró en el pasillo buscando la puerta del baño. Necesitaba con urgencia un trago de agua.

—Piensa con lógica —le exigió Mats—. Sabemos que el autor o los autores conocen el estado de gestación de mi hija. Además, tienen la capacidad, los medios y los recursos humanos para secuestrar a Nele y cambiar los turnos de los auxiliares de vuelo para que coincidan con mi reserva de viaje.

—¿Y qué significa eso?

Había encontrado el baño de Nele. Como era de esperar, también aquí proseguía la línea creativa del mobiliario del piso. El espejo, situado sobre un antiguo lavamanos, estaba bordeado por un marco barroco para cuadros y,

además, había un sillón de piel junto a la bañera y un soporte para guitarra hacía las veces de toallero.

—Eso significa que tienes que buscar una conexión entre esos hechos. En algún lugar hay alguien que tiene acceso tanto a los informes médicos de Nele como a mis planes de vuelo. Un médico o un enfermero con contactos tal vez en la compañía aérea.

«Algún, alguien, al... ucinante», pensó Feli.

—¿Tenía que dar a luz en el Virchow, no?

—Sí.

—Fantástico. Solo el hospital de la Charité tiene ya trece mil trabajadores.

—Son demasiados. Lo sé.

Su mirada se detuvo en la anticuada caja fuerte de hierro macizo que debía de servir de revistero al lado del inodoro. En ella había revistas como *Eltern, Mein Baby & Ich, Familie & Co.*

Feli empujó las revistas y diarios un poco hacia atrás para poder abrir la puerta de la caja fuerte. Había supuesto que Nele guardaría allí papel higiénico, jabones o toallas.

Pero lo que encontró dentro la dejó perpleja. Y a continuación la puso triste.

—Esto no lo sabía yo —dijo y se puso de rodillas frente a la caja fuerte.

—¿El qué? —oyó preguntar a Mats con voz nerviosa—. ¿Qué es lo que no sabías?

—Que estuviera tan enferma.

«¿Y cómo iba a saberlo? Si no teníamos ningún contacto».

—¿Enferma? ¿De qué hablas?

Sacó de la caja fuerte una bolsa de papel con un logo en rojiblanco y fue extrayendo una caja de medicinas tras otra.

—Tenofovir, emtricitabina, efavirenz.

—¿Y tiene todo eso tirado por ahí?

—En el baño, sí.

Una pausa. El murmullo aumentó de volumen.

—No. Eso... eso tampoco lo sabía yo —confesó Mats al cabo de unos instantes admitiendo su ignorancia sobre el tema.

¡Nele... seropositiva! La voz le sonó de pronto muy perdida, muy débil. Como si en el avión no funcionara ya la presurización y él apenas dispusiera de aire para respirar.

—¡Santo cielo bendito! Va a ser un parto dramático. El bebé no debe infectarse.

—La bolsa con los medicamentos es de la farmacia de la calle See — intervino Feli, sobre todo porque no sabía qué otra cosa podía decir, para romper el silencio opresivo que había seguido a las últimas palabras de Mats. A pesar de que el diagnóstico del sida había dejado de ser ya una condena a muerte y que ni siquiera era seguro de que la enfermedad fuera a activarse en Nele, la vida con el virus del sida era una carga continua, tanto física como psíquica.

—¿En el barrio de Wedding? —preguntó Mats, refiriéndose a la localización de la farmacia.

—Sí.

—Eso significa que Nele está siguiendo el tratamiento en la consultoría médica de Wedding.

—Eso es lo que también he pensado yo.

Tanto aquella consulta como la farmacia estaban especializadas en pacientes con sida y con cáncer, y compartían un logo rojiblanco casi idéntico. Ambos establecimientos se ubicaban en el mismo edificio y en Berlín se consideraba que mantenían una posición de liderazgo en la investigación. La oncología y la infectología poseían un laboratorio propio y ultramoderno e incluso empleaban a psicólogos y psiquiatras que realizaban labores de apoyo a los pacientes seropositivos.

—Me temo que esto no nos va a llevar más lejos —oyó decir a Mats, cuya voz volvía a sonar algo firme.

En ese instante, Feli oyó un crujido. En el pasillo. Detrás de la puerta.

«Detrás de su puerta».

—¿Mats? —susurró ella poniéndose en pie de un salto.

—¿Qué?

—Creo que...

«Aquí hay alguien», iba a decir, pero no pudo.

En lugar de eso no tuvo más remedio que proferir un grito al apagarse la luz de aquel baño sin ventana.

Todo lo que veía a partir de ese momento eran contornos, sombras, siluetas.

—¡Santo cielo bendito! Feli, ¿qué está pasando ahí? —oyó exclamar a Mats, mientras se movía poco a poco hacia la rendija por la que entraba la escasa luz proveniente del pasillo.

Extendió la mano hacia esa rendija mientras avanzaba a tientas.

Y entonces volvió a proferir un grito.

Más claro, más intenso, más largo.

Esta vez no se debió al susto, sino a un dolor insoportable.

Mats

—¿Feli? ¿Hola? ¿Feli? ¿Qué está pasando? ¿Sigues ahí?

Se había cortado la comunicación. Y no recibió ninguna respuesta más. Con el eco en el oído del tremendo grito de Feli, que se había cortado abruptamente con el final de la llamada, Mats colgó sintiendo unas ganas enormes de beber algo.

Nada de agua, sino una bebida con graduación. Algo que mitigara aquel impacto de pleno. Porque si de algo estaba seguro en esos momentos, era que su descalabro psíquico iba a preceder inmediatamente al del avión. ¿Cuántas veces le habían hablado sus pacientes adictos de ese velo del olvido bajo el que uno se sumergía cuando le sobrevení­a la embriaguez? Y con la presión de aquí arriba se necesitaba muchísimo menos alcohol en la sangre para producir ese estado.

Sin embargo, debía mantener la cabeza bien clara, por supuesto.

«Pero ¿qué está sucediendo aquí?».

Trató de volver a contactar con Feli, pero solo se oía el tono de llamada.

Mientras tanto iba cuajando en su interior la certeza cruel de que no le quedaba ninguna otra opción. Los secuestradores iban en serio. Tenían a Nele en su poder, y ahora también Feli parecía estar en peligro. El primer intento desesperado por averiguar algo acerca de los autores y de sus motivos se había frustrado. Quienquiera que estuviera organizando esta locura de aquí le llevaba siempre varios pasos de ventaja. Era del todo imposible que, desde el avión y en las pocas horas que le quedaban, Mats pudiera organizar alguna acción diferente de lo que le exigía el extorsionador: destruir psíquicamente a una paciente para matarse a sí mismo y a cientos de inocentes.

—¡Ahhh!

Mats se llevó las dos manos a la boca y gritó de desesperación. A continuación, se dio un masaje en las sienes, que le latían con intensidad, y eso le recordó que tenía que ir a buscar su equipaje de mano, que seguía en la clase turista, para hacerse por fin con los analgésicos y demás medicamentos.

«¿O debería ver primero el vídeo hasta el final?».

En el canal 13/10. Seguía sin saber cuál podía ser el detonante a partir del minuto nueve que podía llegar a poner a Kaja Claussen en modo Once de Septiembre.

«No, primero los medicamentos».

Pese a la curiosidad que sentía, se le estaba yendo la cabeza y Mats sabía que si no se tomaba algo enseguida, en media hora no sería capaz de pensar con un mínimo de claridad. Al menos su estómago se había calmado. La aerofobia había aplazado sus síntomas.

Por lo visto existía una evolución de la presión psíquica. Un darwinismo de los tormentos. Los dolores más fuertes se imponían y desalojaban a los más débiles.

Por el momento, Mats no tendría que luchar contra su miedo a volar. Al contrario: el temor a perder a su hija lo llevaba a su máximo rendimiento psíquico. A ello se le añadía la motivación que le producía la preocupación por Feli y la mala conciencia de haberla metido también a ella en este inmenso disparate.

Mats abrió la puerta de su Suite Sky para encaminarse a su asiento 47F.

Casi se dio de bruces con Kaja.

18

—Lo siento —dijeron los dos casi simultáneamente y con una expresión similar de susto.

A Mats no se le había ocurrido que Kaja fuera a regresar adonde él estaba después de haberlo pillado antes con ese vídeo.

«Es un documental aburrido», le había mentido cuando ella le había preguntado qué estaba viendo. Entonces hizo el gesto de quien se da cuenta de que lo están llamando al teléfono, y Kaja se había ido de nuevo sin decir palabra.

—¿Me permite un momento...? —preguntó señalando con el dedo a un carrito de servir que estaba detrás de ella.

Pasaron unos instantes hasta que Mats comprendió.

—Gracias, pero me temo que no tengo hambre —dijo permitiéndole sin embargo entrar.

—Sería una lástima —replicó ella sin ningún matiz de pesadumbre en la voz.

Daba la impresión de que Kaja estaba fatigada. Como si la gruesa alfombra le obstaculizara el paso mientras empujaba el carrito de servir. Lo detuvo entre dos sillones encarados hacia las ventanillas del lado derecho.

Con unas hábiles maniobras transformó el carrito de servir en una mesa de comedor que proveyó de servilletas, cubiertos, un salero con iluminación y un jarrón con orquídeas antes de extraer los platos del compartimento inferior del carrito.

Levantó la campana de acero inoxidable que cubría el plato de porcelana.

—Bacalao fresco al horno con caldo concentrado de cebolla sobre judías verdes y setas shiitake. Normalmente dispondría de un surtido mayor de platos, pero ya dice la gente que no hay que comer mucho a estas horas de la noche, así que... —Echó un vistazo al reloj y puso una sonrisa postiza—. Pero si lo desea, será un placer enviarle otra vez el menú y el carrito del caviar...

—No, no, gracias. No es necesario —dijo Mats, y le agarró la mano cuando ella, inalterable, se disponía a servirle el plato.

Notaba el dolor de cabeza como un puño situado detrás de la frente y se sentía como un miserable. Maldita sea, él no quería herir a nadie. ¡No quería morir! Pero, por otro lado, en ese momento se le ofrecía una oportunidad, servida, literalmente, en bandeja de plata.

—No ha venido por la cena, ¿llevo razón?

Le hizo un gesto para que tomara asiento.

—Tengo que ir a echar una mano ahora mismo en business —eludió Kaja el ofrecimiento con poca energía.

—Y, sin embargo, se ha tomado la molestia de traerme comida a pesar de que a estas horas apenas se sirve nada ya. Además, podría haber enviado sin problemas a otra persona. Por lo tanto, señora Claussen, ¿qué la trae por aquí? ¿Qué desea decirme?

Ella tragó saliva al tiempo que se alisaba la falda.

—El vídeo de antes —comenzó a decir entrecortadamente.

Él se sentó y esperó a que Kaja le imitara.

La voz de la sobrecarga tenía ahora un matiz más bajo que antes. Un rasgo típico de las personas con una incipiente depresión. La voz era a menudo un gran espejo del alma, más que los ojos. La caja de resonancia de la laringe aumentaba con las sensaciones negativas. Esto lo había aprendido de Feli, quien, dado que a menudo trabajaba solo a través del teléfono únicamente tenía a su disposición el lenguaje empleado y la cadencia de la voz para formarse una imagen en los casos de emergencia.

—¿Sí?

—Pensé que me había visto en él. Hace diez años. El vídeo del gimnasio, ¿sabe cuál le digo? Eso es un disparate, por supuesto. ¿Cómo iba a lograr acceder la película de mi drama a la programación de a bordo? —dijo ella en tono forzado.

Mats abrió la boca, aunque ella alzó la mano en señal de rechazo y prosiguió antes de que él pudiera decir algo:

—Pero hay un motivo por el cual se ha avivado en mí esa fantasía. Nuestra conversación de antes, cuando me ha dicho que tampoco usted me creyó entonces...

—No, no he querido decir eso... —mintió Mats.

Kaja se encogió de hombros.

—Bueno, cuando ha dicho que estaba contento de haber compartido al final mi versión de la verdad, volví a encontrarme de nuevo en la cámara por

unos instantes.

—¿Ha percibido que se movían las paredes? —preguntó él retomando ese motivo de las antiguas sesiones de terapia.

La «cámara» era para Kaja una metáfora útil para describir sus sensaciones de impotencia y de aislamiento. En su último curso en la escuela, esta se había transformado en una prensa compactadora de residuos, con paredes hidráulicas que iban acercándose paso a paso. Eran unas paredes de hormigón armado, duras y gruesas, que amenazaban con aplastar a Kaja.

—No con tanta intensidad como entonces, pero pude percibir que las paredes volvían a cerrarse sobre mí. Estaba en la cocina de a bordo y sabía que la cabina a mi alrededor iba a estrecharse cada vez más y más si...

Kaja se llevó la mano al cuello y dejó su frase sin completar.

—Lo siento. No pretendía desencadenar eso con mi irreflexiva observación de antes —mintió Mats, pues eso era justamente lo que había pretendido. Y por esa precisa razón se sentía ahora sucio y miserable—. Estoy extenuado por la sobrecarga de trabajo, eso no debería haber sucedido. No puedo sino pedirle disculpas.

Kaja asintió, pero en sus ojos vio que la disculpa no producía ningún efecto. Cada observación hiriente clavaba un clavo en la máscara que lleva la gente para protegerse de los ataques anímicos. En las personalidades inestables, la perforación era muy rápida, pero la más veloz de todas se producía en aquellas cuya coraza había tenido que ser recompuesta gracias a la ardua y minuciosa labor de la psicoterapia.

—Se lo digo con toda franqueza, señora Claussen. No debería haber dicho que consideraba que sus vivencias eran una historieta.

«Que no tenía por completamente falsos los terribles rumores que circularon entonces sobre usted».

Kaja inclinó la cabeza un poco hacia la derecha, en dirección a la ventanilla, igual que hacía siempre en las sesiones cuando no recurría a sus recuerdos, sino a su imaginación. Mats siguió su mirada hacia la oscuridad y creyó percibir una duda en ella.

—¿Quiere hablar de ello? —preguntó sin saber qué respuesta deseaba escuchar en realidad: si un «no» y la ruptura de toda conversación posible, lo cual salvaría la vida de centenares de personas, incluido él mismo; o un «sí», lo cual le pondría en situación de convertirse en el peor asesino en serie de todos los tiempos.

Aunque Mats desconocía desde un punto de vista técnico qué podía hacer Kaja para que el avión se estrellara, sí estaba muy seguro, en cambio, de que

él podía cumplir la misión encomendada y devolver a Kaja a un estado anímico en el que ella quisiera hacer esto por voluntad propia.

—¿Qué quiere saber de mí? —preguntó ella.

Mats, que habría preferido interrumpir en este punto la conversación, se conminó a pensar en su hija, en la foto que mostraba a Nele en poder de su secuestrador.

A continuación comenzó a aplicar el cincel. Produjo otro punto de fractura en la coraza anímica de Kaja con la siguiente pregunta:

—¿A cuántos de sus compañeros de entonces quería matar a tiros?

Ella negó con la cabeza, pero dijo en voz baja:

—A todos.

Mats le consintió un intervalo como pausa y, a continuación, prosiguió:

—Pero ¿a quién en especial?

Ella rehuyó su mirada.

—No sé, yo...

—Claro que lo sabe. ¿Quién figuraba en primer lugar en su lista de la muerte?

Silencio. Luego, al cabo de un rato, dijo con un asco manifiesto:

—Johannes.

—Johannes Faber —completó Mats—. Dieciocho años, los mismos que tenía usted entonces. ¿Qué le había hecho?

Ella se levantó abruptamente y estuvo a punto de tropezar con las ruedas del carrito de servir.

—Creo que esta conversación es un error, doctor Krüger. No veo qué bien puede hacerme hablar de nuevo sobre aquello.

También Mats se levantó y se esforzó por poner una mueca que generara confianza, algo que le resultó extremadamente complicado debido al dolor de cabeza.

—Señora Claussen, por favor, deme una oportunidad. Antes la he herido con mi irreflexiva observación. Me veo en la obligación de subsanarla.

Sobre sus cabezas sonó una suave señal acústica de advertencia. Los pictogramas de los cinturones de seguridad se iluminaron.

—Pero ahora me siento mucho peor por culpa de nuestras conversaciones —protestó Kaja débilmente—. Me siento fatal, como hacía muchos años que no me sentía.

«Entonces ya tenemos algo en común».

Mats trató de conferirle un timbre de lo más tranquilizador e insinuante a su voz.

—¿Cómo se sentía entonces, durante nuestra primera sesión de terapia?

Ella había ido voluntariamente, si bien obedeciendo los deseos de sus padres, quienes estaban contentos de que se hubiera evitado lo peor. La persona determinante fue Feli, que contestó a la llamada de auxilio de Kaja en la línea directa para emergencias psíquicas y que había puesto en contacto con Mats a aquella potencial homicida con síndrome de Amok.

—Como ahora —confesó Kaja—. Fatal. Cansada. No muy esperanzada. Mats asintió.

—Ya sabe que una conversación de terapia se parece a una fiebre, señora Claussen. Al principio se siente mal, pero en verdad está exudando la enfermedad.

Kaja se encogió de hombros y le obsequió con una mirada exhausta de «si usted lo dice...». Mats prosiguió con el interrogatorio.

—Bien, permítame que lo resuma una vez más: hace diez años fue a su escuela con un arma. La pistola se la había robado a su padre, miembro de una sociedad de tiro.

—No se la quité. Me la dio para que pudiera defenderme si volvía a ocurrirme algo así otra vez en la escuela.

«Algo así».

Kaja seguía sin poseer la confianza suficiente para expresarse de una manera concreta y abierta sobre lo que le hicieron. Justo un año antes de que se encerrara con un arma en los lavabos de la escuela. Desesperada, con el firme propósito de matar.

—Lo que hice fue cambiar los cartuchos de gas por munición real. Mi padre había cargado el arma únicamente con gas lacrimógeno.

—Algo que, sin embargo, no era suficiente para lo que usted pretendía. — Ella parpadeó, y Mats añadió—: Pues lo que deseaba era matar a Johannes Faber.

Ella asintió con la cabeza.

—Él le había hecho algo.

—Sí.

Mats señaló hacia el monitor de la pared con el dedo.

—Él fue quien grabó el vídeo que creía haber visto antes.

—Sí, sí, sí. Eso ya lo sabe usted bien. ¿Por qué me tortura de esta manera, doctor Krüger?

—No la estoy torturando. Percibo que aún no ha procesado esos sucesos. Quiero ayudarla.

—Pues no lo parece, la verdad.

—Es la fiebre —repitió Mats—. Tiene que salir fuera. Igual que la verdad.

—Pero si yo siempre le conté la verdad, solo la verdad.

—¿Está segura?

—Sí, por supuesto.

—¿También sobre el vídeo?

—Sí, claro.

Le permitió un segundo para recomponerse y a continuación dijo:

—Bien, señora Claussen, entonces descríbame una vez más, por favor.

—Mats forzó una sonrisa. Y, mientras el avión temblaba a consecuencia de una turbulencia leve, preguntó—: ¿Qué grabó en vídeo Johannes Faber en aquella ocasión que fuera tan malo para que usted quisiera matarlo un año después?

¡A él y a todos los que la vieron!

Nele

Los intervalos eran cada vez más cortos. Los dolores, más intensos.

Al cabo de cinco horas (Nele sabía que no podía haber pasado tanto tiempo, pero los dolores habían dilatado el tiempo y sentía treinta segundos de contracciones como si fueran treinta minutos), el loco la liberó por fin de las ataduras. Habría podido hacerlo mucho antes. Después de la tercera contracción, ella ya no estaba en disposición, durante las pausas de descanso, de nada más que de mirar exhausta hacia el techo de la nave y esperar que aquello no fuera sino una pesadilla de la que iba a despertar pronto.

No podía huir de él. Tal vez podría llegar a levantarse del catre, posiblemente sería capaz incluso de arrastrarse hasta la entrada de los establos, pero como muy tarde él la habría atrapado de nuevo allí.

La vida que tenía en su interior y que quería iniciar su propio camino era más eficaz que cualquier atadura en las manos o en los pies.

Nele se palpó desesperadamente el vientre.

«Mi bebito».

—Todo irá bien —dijo ella, y se echó a llorar—. Todo volverá a ir bien. —Luego le gritó al loco de detrás de la cámara—: Deja que nos vayamos. Deja que nos vayamos de aquí ahora mismo.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

Estaba examinando detrás de su trípode la configuración de un aparato que parecía una cámara réflex analógica, pero que presumiblemente estaba conectada en modo vídeo. Después de asegurarse de que la lucecita roja permanecía encendida, se acercó a la camilla con una botella de agua en la mano.

—Eh, antes he visto el tocho de diccionario clínico que tenías, el *Pschyrembel* —dijo Nele y, tras unos instantes de vacilación, aceptó el agua.

Después de todo aquel montaje, era muy improbable que quisiera envenenarla. Seguro que le tenía reservado otro final.

«Uno mucho peor».

—¿Estudias medicina? —preguntó después de un primer y largo trago. Dios, qué sedienta estaba. Y cansada.

El agotamiento hacía que le temblase todo el cuerpo. El chándal estaba completamente empapado de sudor. Ahora ya no tenía manera de evitarlo. Tendría que quitarse el pantalón.

—Eso fue en su momento. Ahora tengo una misión más importante.

«¿Torturar a embarazadas?».

Nele tenía ese pensamiento en la punta de la lengua, pero consiguió domar su rabia y volvió a dar otro trago.

No sabía si durante todo ese tiempo el calor había sido igual de sofocante o si ahora el sol estaba dando de lleno en el tejado de metal por fuera, convirtiendo los establos en un embalse de bochorno asfixiante. ¿Cómo serían las cosas allí en pleno verano?

—Mírame —dijo ella cuando el tipo iba a darle la espalda.

Pese a su cruel transformación en secuestrador, seguía teniendo pinta de un estudiante que se gana algún dinero extra conduciendo un taxi.

Ella se incorporó un poco en el catre y tiró de la pretina del pantalón hacia abajo. Los ojos de él se agrandaron, pero no pudo descubrir ninguna señal de voyerismo en ellos. Más bien pudor, y este detalle la dejó perpleja.

—¿Quieres hacer esto de verdad? ¿Tirar tu vida a la basura así? Ya sabes que todo acaba descubriéndose. Quiero decir, el mío es un parto de riesgo. Incluso en un hospital normal hay una probabilidad elevada de que mi criatura y yo muramos. ¿Quieres ir a la cárcel por un doble asesinato?

Se quitó el pantalón y lo arrojó al suelo estriado junto con las bragas.

«En otro tiempo había animales aquí que cebaban para el engorde. Hoy voy a desangrarme en este lugar», pensó ella.

—No voy a ir a la cárcel.

Franz negó enérgicamente con la cabeza y se dio la vuelta. No cabía ninguna duda, lo sexual no tenía aquí ninguna importancia. Al menos no quería verla desnuda.

De nuevo volvió a llamarle la atención a Nele lo delgado que era. Muy flaco.

«Si no estuviera con las contracciones del parto, no sería rival para mí, ni por asomo».

—No estoy tirando mi vida a la basura —dijo él, y su voz se endureció—. Y quiero que todo el mundo se entere de ello. Todo dios tiene que conocer mi misión. —Señaló el trípode—. Por eso la estoy filmando.

—¿Cuál es tu misión? —preguntó Nele, y rezó hacia sus adentros para que no fuera ninguna misión religiosa.

—La leche.

«Ya está otra vez con lo mismo».

Nele se puso furiosa y dio la bienvenida a su rabia, pues era lo único que tenía para luchar contra su miedo mortal.

—¿Qué es eso: alguna mierda de fetichismo o qué? —dijo ella, y señaló la cámara—. ¿Eres un perverso? ¿Te va la leche materna?

Franz negó con la cabeza, volvió a girarse hacia ella y se frotó la nariz al mismo tiempo. Una reacción de pudor, tal como una vez le había explicado su padre.

—Al contrario.

Ella suspiró, vació la botella y la arrojó con rabia al suelo.

—Entonces explícamelo porque no lo comprendo.

Él asintió con los ojos clavados en su busto. También ella se avergonzaba de estar así frente a él, tan desnuda y vulnerable, vestida tan solo con una camiseta y unos calcetines, pero sus instintos maternales eran más potentes. Haría todo lo posible para dar a luz a su bebé.

«Todo».

—Sé que usted no entiende nada de todo esto —dijo Franz, y su voz se perdió en aquella gigantesca nave donde la mantenía secuestrada. Dirigió la mirada hacia arriba, rozando la cabeza de ella, y dio una vuelta sobre sí mismo, como si viera este establo por primera vez—. Y no está sola en su ignorancia —le aclaró—. Millones de personas no lo comprenden. Son poquísimos los que lo saben y ha llegado la hora de que alguien abra los ojos a la gente.

—Franz, por favor...

Él le puso un dedo en los labios. Por unos instantes se le pasó por la cabeza agarrarle la mano e intentar romperle la muñeca, pero ¿y luego? ¿Qué pasaría después?

—Nunca quise ser esa persona —susurró él, mientras ella pensaba febrilmente en un plan de ataque—. Pero, aparte de mí, no hay nadie que lo haga, ¿me entiende?

—No.

No lo comprendía. Y tampoco se le ocurría ninguna solución. En lugar de eso, percibió cómo volvía a cernerse algo en sus entrañas, cómo la bola ardiente volvía a empujar dentro de ella hacia delante.

Nele puso muy mala cara y se giró hacia un lado porque soportaba algo mejor el dolor apoyada sobre el hueso sacro.

—¿Qué sabe sobre la producción de leche? —le preguntó de sopetón.

—¿Cómo? —replicó ella, convencida de que era una pregunta capciosa.

—Dígame con toda franqueza: ¿qué sabe acerca de cómo se produce nuestra leche?

—No mucho más de lo que sabe todo el mundo, creo... aaay.

«Ya vuelven otra vez. Maldita sea. Otra vez...».

—Se ordeña a las vacas —continuó jadeando, mientras agarraba convulsivamente con la mano el lateral del catre—. Se procesa la leche para poder conservarla...

—Basta.

—¿Qué?

Por unos instantes, la palabra que Franz había vociferado la dejó tan desconcertada que se atragantó. Luego, las contracciones siguieron su curso y solo oyó a aquel psicópata muy a lo lejos mientras ella trataba de no ahogarse en el mar de los dolores.

—Su conocimiento tiene unas lagunas insostenibles, algo que apenas puedo comprender.

Mientras Nele buscaba apoyo con las piernas en lo alto de la camilla para elevarse y descargar la pelvis, oyó que él gritaba:

—Se ordeña a las vacas, ¿no?

—Sí —dijo ella apretando hacia arriba.

—¿Cómo es que siempre se cuenta eso? ¿Por qué la historia comienza siempre ahí?

—¿Cómo, si no? —berreó ella, gritándole a la cara a aquel perturbado mental todo su suplicio, todo su sufrimiento, en ese establo aterrador.

Un perturbado que, si a ella no le engañaban los sentidos, volvía a tener lágrimas en los ojos.

—Voy a mostrárselo —oyó que le decía. Su voz era casi un sollozo—. Me sabe tan mal, lo siento mucho —continuó llorando—. Pero tendrá que experimentarlo en sus propias carnes y, así, todo el mundo podrá verlo. Estoy completamente seguro de que entonces entenderá usted misma por qué es necesario todo esto de aquí.

Mats

Tras algunas leves turbulencias, el avión volvió a deslizarse con calma a través de la noche como una limusina sobre una autopista recién asfaltada. No obstante, todavía no se habían apagado las luces señalizadoras de los cinturones de seguridad situadas encima de la puerta de la Suite Sky.

Mats, que sentía un picor en la garganta como si hubiera estado hablando durante demasiado rato, apretó un botón encastrado en la mesa con el pictograma de una copa de champán. Después se abrió un compartimento alargado que no había visto hasta ese momento, encajado en la amplia repisa entre la mesa y el cristal del tabique de la cabina. En su interior había zumos a una temperatura agradable y aguas de diferentes agujas carbónicas.

Cogió una botella de agua sin gas y echó de menos tener una pastilla de Maxalt. Kaja rechazó agradecida su ofrecimiento para que tomara algo. Estaba sentada en el borde exterior de su sillón, como si se encontrara preparada para saltar fuera de él. Mantenía las manos entrelazadas e iba soltando los dedos un instante para volver a cruzarlos de inmediato.

—¿Se acuerda aún de aquella sesión que dedicamos por completo a hablar de películas de terror, doctor Krüger? —preguntó ella.

Mats asintió.

La mayoría de las personas se imaginaban las conversaciones de terapia psicológica como un interrogatorio analítico con un objetivo determinado. En realidad, el transcurso de una sesión de terapia no era nunca previsible. A los profanos no les quedaba más remedio que suponer que paciente y médico se perdían en conversaciones sobre asuntos triviales e intrascendentes. Las cosas eran así de vez en cuando, pero un buen terapeuta no interrumpía jamás la verborrea voluntaria de la persona que tenía enfrente, pues, a menudo, en los temas de conversación, elegidos aparentemente al azar, se revelaban datos

profundos que podían utilizarse de manera provechosa para fases avanzadas del tratamiento. Así, la predilección de Kaja por las crueles e irreales películas de contenido violento le mostró que ella ya llevaba mucho tiempo buscando una válvula de escape para sus preocupaciones, sus miedos, sus decepciones y su rabia.

—Usted me explicó entonces que en las películas de terror estadounidenses para adolescentes, los primeros en morir eran siempre aquellos que habían mantenido relaciones sexuales entre sí —constató Mats.

Kaja asintió brevemente.

—Y entonces usted me respondió que eso era un rasgo de la mojigatería estadounidense. Un castigo a las conductas inmorales.

—¿Y?

—Pues creo que hay algo de verdad en eso. Ya sabe que los primeros disparos se produjeron cuando me encontraba precisamente en la clase de física. Estábamos tratando la ecuación de Schrödinger, pero yo no estaba por la labor.

—Andaba cuchicheando con Tina Delchow, su mejor amiga —dijo Mats.

—Sí, charlaba con Tina.

—¿Sobre la noche anterior?

—Estaba cabreada conmigo.

—¿Por qué?

—¿Es que tenemos que examinarlo todo desde el principio?

Mats le tomó las manos nerviosas.

—No llevo mis notas encima, y esto sucedió hace mucho tiempo. Ya no lo tengo todo tan presente. Por favor, confíe en mí. Ahora esto se parece a escarbar, pero después la duda que la corroe en estos momentos quedará olvidada de nuevo.

Ella retiró los dedos; su aspecto reflejaba cualquier cosa menos el convencimiento.

—Tina estaba cabreada conmigo —dijo al final con un suspiro—, porque no me había acostado con Johannes.

—¿Johannes Faber, su exnovio?

Mats dio un largo trago. El agua sabía amarga, pero lo más probable es que fueran meras imaginaciones suyas. Una proyección.

—Éramos casi novios. Él quería algo de mí, pero yo no. Todavía no me sentía preparada. Tina y Amelie me decían siempre que así estropearía la relación, que a tíos tan estupendos como él no se les podía hacer esperar eternamente.

—¿Quién era Amelie?

—La tercera de la pandilla.

Mats asintió.

—¡Ah, sí!, la pandilla de chicas con el mismo esmalte de uñas, ya me acuerdo. Las tres habían decidido llevar siempre en la escuela idéntico color de esmalte de uñas, ¿correcto?

—Da un poco de vergüenza decirlo en voz alta, pero es así. Aquel día tocaba un esmalte verde, con tonalidad de camuflaje. Nada menos que pintura de camuflaje.

Mats esperó hasta que Kaja respiró hondo para que siguiera hablando.

—Tina era la más experimentada del grupo. Todavía recuerdo que me estaba diciendo: «¿Es que quieres morirte virgen y soltera?», cuando...

—¿Cuándo qué?

El avión vibró suavemente como si fuera a estremecerse a la vez que Kaja.

—Cuando oí un disparo en el pasillo —dijo en voz baja—. Primero pensé que alguien había traído unos petardos al colegio, pero entonces volvieron a escucharse más disparos y, acto seguido, a personas que comenzaban a gritar. A la señora Nader-Rosinsky, nuestra profesora, le dio tiempo a decir: «Mantengan la calma, voy a ver qué está sucediendo». Pero ni siquiera pudo llegar a la puerta. Esta se abrió de par en par y él entró en el aula. Con uniforme del ejército, botas militares y un pasamontañas.

—Peer, ¿se llamaba así?

—Correcto.

—¿Entró dando voces?

—No, estaba completamente calmado. Por esa razón oí tan bien su voz a pesar de que llevaba puesto el pasamontañas.

—¿Qué dijo Peer?

Por la mejilla de Kaja rodó una lágrima.

—Debajo de un *cagro* había un *pegro*, vino otro *pegro* y le mordió el *grabo*, pobre *pegrito*, cómo *cogría* cuesta *agriba* sin su *grabito*.

—¿Por qué dijo eso?

Ella suspiró.

—Peer Unsell. Todos lo llamábamos «Gangoso Unsell». Nos burlábamos a menudo de él por su defecto a la hora de pronunciar. —Kaja aceptó el pañuelo que Mats se había sacado del bolsillo y le había ofrecido. Se sonó brevemente—. Peer nos preguntó a todos: «Caramba, ¿cómo es que ahora no

se ríe nadie?». A continuación alzó la pistola y disparó primero a la señora Nader-Rosinsky y luego...

—... y luego a Tina —acabó Mats con el nombre de su mejor amiga.

La precoz sexualmente.

La primera que moriría en una película de terror.

—¿Sabe por qué Peer la eligió precisamente a usted como rehén, Kaja?

Mats la llamó a propósito por el nombre de pila para suprimir la distancia entre ellos.

—No lo sé. Creo que fue por azar. Estaba sentada junto a Tina, que de repente estaba agonizando en el suelo. Era la que estaba más cerca de la puerta. Era débil, una presa fácil. Tal vez fue ese el motivo por el que me agarró del pelo y tiró de mí hacia afuera.

—¿Azar? —repitió Mats, a pesar de que él suponía lo mismo que ella, al contrario de sus compañeros de clase, que en el transcurso de los siguientes meses harían circular por todas partes una teoría conspiratoria tras otra.

—¿No me cree? —preguntó Kaja.

Mats no contestó a propósito.

—Así pues, Peer tiró de usted hacia afuera y pasaron por el patio en dirección al gimnasio.

«Donde se filmó el vídeo».

—Sí.

—¿Estaba vacío?

—No al principio. Él disparó al aire, y los chicos de dieciséis años que tenían clase allí entonces se pusieron a correr aterrorizados para salvar la vida. Fue un caos. Hubo muchísimos nervios. Yo no me enteraba de mucho.

Mats se acordó de un detalle de la noticia que la radio emitió entonces. Algunos alumnos habían huido de los vestuarios completamente desnudos.

—Pero de camino hacia allí, ¿no mató a nadie más?

—No.

Mats recordó el informe de las investigaciones.

Al principio, Peer disparaba a su alrededor sin ton ni son y eligió a sus víctimas conscientemente en el aula de física: Tina era, de entre las chicas, quien más se burlaba de él; la señora Nader-Rosinsky, en calidad de su profesora de confianza, no había sido capaz de ayudarlo. Sin embargo, cuando por todas partes sonó la alarma de incendios, se puso en modo huida y eligió a Kaja como rehén para su estrategia de fuga.

—Y vuelvo a preguntárselo una vez más: ¿tiene alguna idea de por qué al final de su locura homicida, él la tomó nada menos que con usted?

—No lo sé. No tengo ni idea de por qué Peer me hizo aquello antes de que...

Se le quebró la voz.

«Antes de que se pegara un tiro en la boca y muriera».

Mats le concedió una pausa a pesar de que se le estaba acabando el tiempo. No había partido de la base de poder causar el daño suficiente en una sola conversación. Esta todavía no era su intención, en absoluto. Lo que él deseaba era solamente mantener todas las opciones abiertas en el caso de que no le quedara ninguna otra vía para salvar a Nele.

Y para ello tenía que dar otro paso adelante con Kaja, pues ella no iba a poder estar sentada ahí mucho tiempo más. Tenía que trabajar y seguramente su equipo ya estaría echándola de menos ahora.

—¿Así que la llevó al gimnasio? —volvió a retomar por fin el hilo.

—Me obligó a ir al vestuario de chicas.

—¿Estaba vacío?

—Eso era lo que se pensaba él.

—¿Pero...?

—Pero no lo estaba. Había dos chicas escondidas en las duchas.

—¿Qué hizo Peer?

Kaja cerró los ojos. Los globos oculares le temblaron bajo los párpados como si estuvieran sometidos a una corriente.

—Dejó de tirarme del pelo y apuntó a aquellas dos con la pistola. Kim y Trisha. Yo conocía a ambas del instituto Theater-AG.

—¿Les disparó?

—No.

—Pero ¿quería hacerlo?

—Sí. —Volvió a abrir los ojos.

—¿Por qué no las mató entonces?

—Porque... porque... ¡Maldita sea, ya sabe lo que hice! —Kaja se levantó súbitamente—. Escuche, ya llevo aquí demasiado rato. Tengo que trabajar, yo...

—Kaja.

Ella corrió hasta la puerta sin volverse.

—Kaja, por favor. Tiene que regresar aquí. No podemos acabar así sin más.

Sin embargo, ella no reaccionó. Las últimas palabras ni siquiera llegaron a sus oídos porque ya había salido de la Suite Sky. Airada, agitada, herida.

«Por Dios, ¿qué demonios estoy haciendo?».

Mats se levantó, temblando, con la botella de agua ya vacía en la mano, y entonces sonó su teléfono.

Vio el nombre del contacto de la llamada entrante.

—¿Feli? ¿Estás bien? —preguntó hecho un mar de nervios.

Sintió calor y frío al mismo tiempo; se temía lo peor, que alguien hubiera encontrado su teléfono junto al cadáver y estuviera llamando al último número que Feli había marcado. Hasta que oyó su voz no se dio cuenta del peso enorme que tenía en su pecho. Ahora respiraba mucho mejor tras desaparecer esa carga.

—Sí, Mats. Me va de esa manera. Había un ladrón en el piso de Nele. Me pilló los dedos con la puerta del baño.

«De ahí los gritos».

—Qué bien... Quiero decir... —Mats se puso a caminar por toda la suite, desde la puerta hasta el baño, y vuelta a empezar—. Quiero decir que qué bien que no te haya sucedido nada peor. ¿Viste a la persona que te asaltó?

—No, pero tengo algo mejor para ti.

Mats se detuvo de golpe.

—¿El qué?

—Creo que sé quién ha secuestrado a tu hija.

Feli

—¿Tienes una foto del criminal?

Mats vociferó de tal modo por el auricular que Feli se temió que el conductor de su taxi fuera a enterarse de todas y cada una de sus palabras.

—Sí —respondió ella brevemente, con la esperanza de poder pagar la carrera con la tarjeta de crédito. Había gastado el último dinero que le quedaba en efectivo en comprar ibuprofeno contra el dolor y una pomada de la marca Kytta contra la hinchazón. Había sido mala suerte que tuviera los dedos en el marco de la puerta justo en el momento en que la puerta del baño se había cerrado mientras estaba a oscuras.

«¡No, eso es incorrecto!».

Cuando «alguien» la había cerrado.

¡A propósito!

Alguien que había apagado la luz para poder hacerle el mayor daño posible. En una de las partes más sensibles del cuerpo, allí donde confluyen todas las terminaciones nerviosas. Por eso, los torturadores más brutales de todo el mundo concentraban su actividad en las extremidades durante los interrogatorios.

En un primer momento, cuando el dolor echó a rodar por su brazo con la virulencia de un tren de mercancías cargado de vigas de acero, ella estaba segura, no solo de que le habían pillado los dedos, sino de que se los habían desgajado por completo. Contaba con ver tirados encima del parqué del pasillo de la vivienda de Nele los dedos anular, corazón e índice, pero después de conseguir por fin encender de nuevo la luz, vio que su mano no era ningún muñón sanguinolento y que sus dedos tenían los huesos enteros. Al parecer tampoco estaban rotos, a pesar de que apenas podía moverlos debido a los hematomas subcutáneos.

—Otra vez, por favor, repítelo despacito. ¿Dices que tienes una foto del secuestrador de Nele? —preguntó Mats, que era incapaz de creérselo—. ¿Cómo la has conseguido?

Feli sujetaba su teléfono más mal que bien con la mano sana. Entretanto, lo que sentía en la otra, debido a los vasos sanguíneos reventados, era una hinchazón semejante a una bola de bolera. ¡Y, para más inri, era la mano izquierda! Janek y Feli habían ajustado los anillos de boda para esta porque habían decidido llevarlos en el lado del corazón. Ahora parecía que hubiera machacado su dedo anular a martillazo limpio. ¿Qué explicaciones le iba a dar a su futuro esposo?

Resultaba más fácil explicarle a Mats por qué creía que conocía la cara del criminal.

—En el edificio de Nele hay una farmacia en la planta baja. El boticario me estaba vendando la mano atentamente y entonces vi las cámaras de vídeo en la entrada.

—¿Me estás diciendo que has reconocido al secuestrador a través de una cámara de vigilancia? —preguntó Mats.

—Sí.

Se produjeron algunas interferencias cuando el taxi, un viejo Volvo que olía a sudor y a pelo mojado de perro, se detuvo justo detrás de un camión. Se debía a un embotellamiento o a un semáforo. La voz de Mats sonó por unos instantes como la de un extraterrestre y luego el eco metálico volvió a desaparecer.

—Sigo sin entenderlo. ¿Es que el secuestrador pretendía robar algo en la farmacia?

—No digas bobadas. Una de las cámaras enfoca también a la acera y a la calzada.

Volvieron a ponerse en marcha.

—Es ilegal, sí, pero en esa calle han pinchado en los últimos tiempos los neumáticos de muchos coches aparcados. Los vecinos se aliaron y decidieron grabar con cámaras las aceras y partes de la calzada. Le dije al boticario que una amiga mía había tenido un problema similar esta misma mañana y que supone que el autor de la agresión es un taxista. Y así me dejó ver la grabación.

—Entiendo. Muy lista. ¿Y en el vídeo has visto a Nele montar en un taxi?

—A las 5.26. Paró directamente delante de la casa de Nele. Y sí, tu hija se subió al taxi. En un estado muy avanzado de gestación. Caminando como los patos, como si se le hubiera roto la bolsa amniótica.

—Santo cielo. Pero ¿cómo sabes que ese tipo es el secuestrador? Quiero decir, tal vez la hayan cogido justo enfrente de la clínica...

—Eso es improbable. —Feli bajó aún más la voz—. Hay un segundo taxi —susurró mirando al frente hacia el conductor, quien parecía no prestarle atención. Tampoco dio señales reconocibles de ninguna reacción por el retrovisor.

—¿Cómo dices? —preguntó Mats perplejo—. ¿Un segundo taxi? ¿Qué demonios significa eso?

—Llegó una hora más tarde, exactamente a las 6.30. Escúchame con atención, Mats: el segundo era el taxi de verdad. Fue solicitado a la compañía Radio Sani, una empresa de servicios especializada en el transporte de enfermos. Como vi que había un mensaje del conductor en el contestador automático de Nele, lo oí y llamé. ¡Bingo! El transporte de Nele a la clínica estaba reservado desde hacía varias semanas. Para las 5.30. Sin embargo, ayer llamó alguien con la intención de anularlo. A quien llamó le explicaron que no podía producirse la anulación al ser inminente el servicio y que debía pagarlo de todas maneras. Le pidieron el número de la tarjeta de crédito y, entonces, quien llamó se decidió a mantener el transporte pero con una hora de aplazamiento.

—No entiendo nada de esto —dijo Mats—. ¿Cómo sabían los secuestradores qué empresa de taxis contrató Nele?

—Presumiblemente no tenían ni idea, pero solo hay un puñado de empresas que dan estos servicios en la ciudad; en realidad solo hay tres de ellas que son grandes. Supongo que llamarían a todas al tuntún con la intención de cancelar la solicitud de Nele. Así se enteraron de la hora para el transporte.

Estaban cruzando la avenida Prenzlauer, a la altura de donde la calle Ostsee en dirección oeste se convierte en Wisbyer.

—¿Para qué? —preguntó Mats, quien se encontraba tan afectado por el estrés que andaba un poco corto de entendederas.

—Pues porque era lo lógico; retrasaron la hora de recogida para que los secuestradores se adelantaran al transporte para enfermos.

—¿Con el primer taxi?

«Por fin», suspiró Feli por dentro.

—Correcto.

—¿A Nele la ha secuestrado un taxista? —dijo Mats casi en un grito. Al mismo tiempo sonaron unos tonos en la línea de Feli.

Se apartó el auricular de la oreja para ver quién la estaba llamando.

«Mierda».

Janek. ¿Qué podía decirle?

«Lo siento, cariño, pero estoy persiguiendo delincuentes por encargo de mi exrollo, puede que tengas que comenzar tú solo en el registro civil».

Si ella estuviera bien de la cabeza, cortaría ahora mismo la comunicación con Mats y le diría al conductor que diera la vuelta lo más rápido posible y que la llevara a casa. Pero el vocablo «razonable» no era precisamente el primero que utilizaban sus amigos para caracterizarla, sino más bien «impulsiva» o «cándida». Podía engañarse ahora a sí misma y acabar creyéndose que tenía que salvar a la hija de Mats del aprieto en el que se encontraba, pero en realidad (y, en calidad de psiquiatra, estaba lo suficientemente cualificada para ese autoanálisis) lo hacía sobre todo por ella. Sus sentimientos por Mats hacía ya mucho tiempo que no eran lo que habían sido: habían palidecido y amarilleado después de todos aquellos años sin ni siquiera una llamada telefónica, pero no habían desaparecido; solo se habían cubierto de polvo como los muebles olvidados en un hogar vacío. Y, por muy triste que fuera la ocasión, Feli estaba disfrutando de la sensación de que el hombre de quien pensó que no se podría olvidar jamás necesitara su ayuda.

—¿Un taxista? —volvió a gritar Mats, y los sonidos de la llamada entrante cesaron. Janek se había dado por vencido.

—O por lo menos alguien que se hace pasar por uno —dijo Feli—. En las fotos no se ve el número de la matrícula.

—Pero ¿tienes una foto del criminal?

—Sí, parece el típico estudiante. Alto, larguirucho, con el pelo revuelto, con sandalias.

—¿Se le ve la cara?

—Y algo aún mejor que eso.

Su taxista frenó abruptamente y se disculpó por haber visto demasiado tarde el radar de control de velocidad. Feli volvió a aflojarse el cinturón de seguridad.

—¿Qué significa eso de que tienes algo mejor? Dímelo, vamos. Está en juego la vida de mi hija.

Ella asintió.

—Cuando se baja de su taxi, que aparca en doble fila, tiene una bolsa en la mano que guarda en el maletero. El logo de la bolsa...

—¿Qué le pasa al logo? —la interrumpió Mats impaciente.

—Es el mismo que el de la bolsa del baño de Nele, en la que guardaba los medicamentos.

Ella estaba a punto de concretar ese dato, pero Mats se le adelantó:
—El edificio de consultas médicas de Wedding.
—Exactamente —dijo Feli echando un vistazo al GPS del taxi.
Llegarían en unos quince minutos.

Mats

La mayoría de los pasajeros dormía. Mujeres, hombres, niños. Agotados después de los largos controles de pasajeros, del pasaporte y del equipaje. Cansados de la larga espera para el embarque. Arrullados por el murmullo de los turborreactores, atiborrados de comida preparada recalentada, con la luz de la cabina ya apagada. Solo unos pocos pasajeros habían activado la lamparilla de lectura; incluso tenían los ojos cerrados muchos de aquellos a quienes se les iluminaba la cara con colores cambiantes según la escena que mostraban sus monitores. Se habían quedado dormidos viendo la película que habían elegido.

«Dormir. ¡Qué benigno estado de inconsciencia!».

Mats caminaba a tientas por la planta baja de pasajeros, con los ojos llorosos por el dolor. Cada paso que lo acercaba a las alas del avión aumentaba su desasosiego interior. Algunos de los viajeros habían bajado las persianas de las ventanillas pese a la oscuridad, una muestra de previsión y prudencia por parte de aquellos que, en unas pocas horas, no querían que los despertara el sol al salir.

«Eso sí por entonces todavía estaban vivos».

Mats rezaba porque Feli hubiera averiguado de verdad algo que pudiera salvar a Nele sin poner en peligro la vida de inocentes.

En su trayecto por el avión vio algunos asientos sin ocupar. Sitios desiertos de aquellos afortunados que se habían pensado mejor su reserva, que no habían llegado a tiempo al vuelo o que, por cualquier otra razón, no viajaban ahora y, por tanto, mañana podrían seguir disfrutando de sus vidas.

Sin embargo, aparte de los asientos que había reservado él mismo, casi todos los demás estaban ocupados. Una parejita joven se había acomodado a gusto en la fila 31 y ocupaba los cuatro asientos centrales. Al despegar habían

sentido seguramente la alegría de disponer de tanto espacio para ellos. Y un hombre mayor con unas gafas de montura gruesa aprovechaba el asiento libre entre él y una mujer que dormía para apilar diferentes documentos que al parecer necesitaba para la redacción de lo que estaba tecleando en un ordenador portátil. Pero, aparte de esos casos, apenas había huecos en las filas.

Si el loco conseguía llevar a cabo sus intenciones, morirían 626 personas. Asesinadas con alevosía.

«Por mí».

Aunque el avión se mantenía en los aires recto como una tabla, Mats tenía la sensación de estar subiendo una colina. El camino se le hizo interminablemente largo hasta que alcanzó por fin la fila 47. Su mirada fue a posarse en primer lugar en Trautmann. La píldora de los doce mil dólares estaba teniendo unos efectos excelentes. El empresario dormía con la boca abierta y roncaba. Con el hilo de baba que le colgaba desde la comisura de la boca a los cañones de la barba, su apariencia recordaba a un bulldog. Trautmann tenía que haberse despertado hacía poco, porque había reclinado el respaldo hacia atrás. De todas maneras, ese escaso ángulo de inclinación apenas aportaba ningún confort. Esa postura tan ladeada en el asiento le haría sentir a Trautmann cada uno de los huesos durante el aterrizaje.

«A no ser que antes nos estrellásemos sobre las aguas del Atlántico, tan duras como el hormigón armado».

Mats abrió con cuidado el compartimento portaequipajes situado encima de su asiento; lo hizo despacio y con prudencia para que no se le cayera encima la maleta, que seguramente se habría desplazado de sitio durante el despegue, pero esa preocupación estaba injustificada. Sacó la maleta y la colocó en el asiento del pasillo. Los analgésicos Maxalt se encontraban a mano, en uno de los bolsillos exteriores. Se llevó apresuradamente una pastilla a la lengua y esperó a que se disolviera. Tuvo la impresión de que la garra que sentía en la nuca ya no lo agarraba con tanta fuerza y volvió a abrir los ojos.

Fue entonces cuando algo le llamó la atención.

47F.

El asiento de ventanilla.

Estaba vacío.

En principio, esto no tenía por qué darle motivos de intranquilidad, ni siquiera de preocupación, pues el pasajero que ocupaba su plaza podía haberse despertado y haber ido un momento al lavabo. Sin embargo, Mats

había ido mirando con atención los asientos libres y tenía la seguridad de que precisamente este no lo estaba.

Bueno, vale, estaba a oscuras. Y, desde lejos, uno podía pensarse que la manta arrugada era un cuerpo y que el cojín entre el reposacabezas y la pared de la cabina era una cabeza.

«¿O no?».

Mats miró a su alrededor. De los pictogramas de los lavabos más cercanos solo había uno iluminado de rojo. Todos los demás aseos estaban libres. Con excepción de aquel que él mismo había elegido anteriormente.

Para contestar a la llamada del extorsionador.

Reflexionó sobre lo que debía hacer. Se preguntó qué lo intranquilizaba de esa manera. A la vista de las amenazas concretas que tenía ante él, resultaba absurdo perder la serenidad por un pasajero que estaba durmiendo y que ahora, seguramente, se había ausentado por unos instantes. No obstante, Mats volvió a percibir cómo llameaban de nuevo los síntomas de su aerofobia: aceleración del pulso, sudor, dificultad para respirar. La serpiente del miedo apretaba otra vez y Mats tuvo que sentarse, en parte también porque un joven padre llevaba de la mano a su hijo medio dormido, probablemente en dirección a los lavabos libres de atrás.

Temblando y con movimientos nerviosos, se pasó las manos por el pantalón del traje en un intento por secarse el sudor, al tiempo que miraba hacia el asiento 47F.

Nada.

No había ningún equipaje de mano, al menos nada debajo del asiento de delante. Tampoco había objetos personales en la redcilla del respaldo delantero.

Nada, excepto una diminuta ampolla de cristal, tan pequeña que Mats casi la pasó por alto. Estaba debajo de la manta de color azul celeste del avión, sobre una de las costuras del asiento. Mats le dio una vuelta con los dedos, indeciso sobre qué era lo que tenía en la mano y si se trataba de algo importante. Encendió la luz de lectura y la miró con atención. La pequeña redoma contenía un líquido marrón brillante similar al whisky, aunque también era posible que el cristal estuviera teñido. Miró a su alrededor. La luz roja de «ocupado» del lavabo que antes se encontraba iluminada estaba ahora de color verde. Sin embargo, no había nadie en el pasillo. Nadie que estuviera regresando a la fila 47.

«¿Y ahora qué?».

Se llevó la ampolla a la nariz. Al no oler nada, dio el paso siguiente y la destapó con mayor cuidado que el que había tenido para abrir el compartimento del equipaje, pero esa precaución no cambió lo más mínimo el efecto imponente que produjo en él, un impacto vertiginoso que lo transformó todo.

Mats cerró los ojos y quiso proferir un grito con toda su alma. Un grito de rabia, de felicidad, de tristeza, de dolor, de desesperación y, al mismo tiempo, de alegría.

Sin embargo, ese aroma perturbador que estimulaba sus sentidos, ese olor inconfundible que ya había percibido antes, justo después de despegar, lo arrancó esta vez literalmente del asiento. Ahora bien, no era su cuerpo sino su alma la que iniciaba un viaje en el tiempo. Cuatro años atrás, en Berlín. En su piso de la plaza Savigny, donde había sido muy feliz en su momento. En dirección al pasado, la última vez que olió en ella aquel raro perfume.

En Katharina, su esposa agonizante.

Berlín, cuatro años antes

—¿Te acuerdas todavía?

La voz de ella sonaba como si tuviera los pulmones llenos de granos de arroz que se deslizaran haciendo ruido por los bronquios con cada respiración. Giró la vieja copa de cóctel, que con los años había perdido el brillo.

Mats se sentó a su lado, al borde de la cama, acarició el antebrazo de su esposa y sonrió con tristeza.

Por supuesto que se acordaba. ¿Cómo iba a olvidar jamás el día que la robó del bar de la avenida Hindenburgdamm? Era una noche templada de verano, un 7 de julio, el día más importante de su vida; más incluso que el del nacimiento de Nele, porque esta no se hallaría en el mundo sin aquel 7 de julio.

—Estabas tan azorado... —dijo Katharina riendo, y su risa, que siempre había sido muy contagiosa, tan solo era ahora la sombra de sus antiguos estallidos de alegría y acabó en un ataque de tos.

Esa historia era como Yesterday, de los Beatles. La había oído mil veces y, sin embargo, no se cansaba nunca. En aquel momento, él lo habría dado todo a cambio de poder escuchar a Katharina otras mil veces más contando cómo se conocieron: aquel día en el bar Bluebird, donde él, en su fase Humphrey Bogart, con gabardina y un cigarrillo en los labios, se había sentado al piano y había tocado lo mejor que pudo As Time Goes By en la que seguro que fue la peor interpretación de todos los tiempos.

Frente a Katharina y sus amigas, quienes, entre el regocijo y el sentimiento de vergüenza ajena, no pudieron apartar de él sus miradas.

—Bueno, pero al final me diste tu teléfono —dijo él con una sonrisa y, como siempre, ella le corrigió.

—Te di un número falso.

Lo escribió con pintalabios en aquella copa de cóctel que, años después, seguía en su poder. Era el número del teléfono fijo de su novio de aquella época.

—Si no hubieras querido volver a verme, te habrías inventado cualquier número —proseguía Mats esa conversación mantenida mil veces—. Así pude dar contigo al final.

Por supuesto, el número escrito con pintalabios había desaparecido hacía muchísimo tiempo, al igual que el pelo de Katharina después de la quimioterapia. La copa era solamente un recuerdo de cosas que ya no existían: la esperanza, las ganas de vivir, el futuro.

En cambio, y por primera vez desde hacía años, estaba llena de un líquido transparente, similar a la ginebra, con un olor que recordaba a las almendras.

—Dame la pajita —pidió Katharina, y apretó la mano de él con la fuerza con la que una pluma presiona una roca.

—No puedo —dijo Mats, que se había preparado miles de frases, pero que ahora no podía impedir que la verdad estallara desde su interior—. Por favor, ¿qué te parece si...?

—No —replicó ella, débilmente pero con determinación.

Katharina lo había preparado todo. Había contactado con una organización suiza de eutanasia. Había conseguido los medios. Había fijado el día. Hoy.

¡Qué ridículo resultó su intento por aplazar lo inevitable! ¿Qué argumentos podía contraponer al tumor y a sus insoportables dolores?

—Solo un invierno más, mi vida. Quiero enseñarte algo. ¿Sabes qué aspecto tiene una pompa de jabón cuando se congela? Es maravilloso. Una bola más frágil que las que decoran los árboles de Navidad queda cubierta en segundos de estrellitas brillantes a una temperatura de dieciséis grados bajo cero. Te encantará, Katharina. Esperemos al invierno, solo medio año más, y luego...

—No quiero morir en el frío —replicó ella cerrando los ojos.

Él permaneció callado. Confuso, cansado, más triste que nunca. En su impotencia se quedó sentado en el borde de la cama con la mirada clavada en la copa que ella mantenía agarrada con fuerza a pesar de que se había quedado dormida, algo de lo que se dio cuenta al cabo de un rato.

Mats pensó si debía retirarle la copa de las manos. Volcar el veneno, frustrar ese intento. O por lo menos retrasarlo.

Pero era demasiado cobarde incluso para eso.

—Lo siento mucho, mi vida —dijo finalmente, y se levantó.

Fueron las últimas palabras que dirigiría a su esposa antes de besarla, de meter la pajita en la copa y de irse de aquella casa lleno de rabia, de dolor y de agotamiento después de aquella larga batalla en la que él había querido permanecer al lado de Katharina hasta el final. Sin embargo, la abandonó en sus últimas horas y cometió el acto más ruin e infame de su vida y...

—Disculpe.

Mats abrió los ojos de par en par.

El aroma que lo había transportado súbitamente al pasado había desaparecido. El asiento de la ventanilla a su lado seguía vacío, pero había una azafata en el pasillo inclinada hacia Mats.

—¿Le importaría bajar el sonido de su teléfono móvil? —preguntó ella, y fue entonces cuando Mats se dio cuenta de que su conciencia había reprimido el tono de llamada—. Lleva sonando mucho rato y los demás pasajeros desean dormir.

—¿Dónde estaba, doctor Krüger?

Mats dejó sin contestar las dos primeras llamadas y descolgó a la tercera, cuando volvía a estar en la planta superior, en la Suite Sky. Había seguido la intuición ilógica pero insuperable de querer hablar con el extorsionador en un espacio cerrado, como si eso fuera a procurarle aunque solo fuera una chispita de control de la situación. Por ello se hallaba ahora en el compartimento del dormitorio, frente a la cama y tratando de no vociferar.

—He seguido sus disparatadas instrucciones.

—¿Lo ha hecho de verdad? ¿O está intentando espiarme? —preguntó la voz.

Mats cerró los ojos.

«El asalto. Los dedos pillados en la puerta».

Ellos, quienesquiera que fueran, debían de estar vigilando el piso de Nele y habían sorprendido a Feli.

—No sé de qué me habla.

—¿Ah, no? Bueno, vale. De todos modos no puede organizar nada, da igual lo que intente. Lo mejor que puede hacer es no malgastar su tiempo, de lo contrario Nele...

—¿Cómo está? —interrumpió Mats a Johnny con energía.

—Mal.

—Cabronazo, quiero hablar con ella...

—Eso es imposible. Las contracciones la están desgarrando en estos momentos.

«Por favor, santo cielo...».

—¿La están... tiene... quiero decir, la está atendiendo alguien?

—No está sola si es eso lo que desea saber. Pero el tipo que la está vigilando no es lo que se dice un especialista en obstetricia. Más bien al contrario, si entiende lo que quiero decir. No titubeará en matar a su hija y al bebé si no lleva a cabo su misión, doctor Krüger.

Mats tragó saliva.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué me obliga a torturar de esta manera a mi antigua paciente?

—¿Dice «obligar»? No tiene por qué hacerlo si cree que 625 desconocidos y usted mismo son más valiosos que su hija. Y que su bebé, por supuesto. Me parece que no va a tardar mucho más en nacer.

Mats se llevó la mano a la cara, nervioso. Casi podía sentir un sarpullido que se le estaba extendiendo desde el cuello hasta las mejillas.

—Escuche, ¿no podemos hablar razonablemente sobre este asunto?

—A mí me parece que es lo que estamos haciendo en estos momentos.

—No. Todo esto es una locura. Reactivar el trauma de Kaja es una cosa, pero ¿quiere llevarla hasta el extremo de que ponga en práctica sus fantasías violentas? No es tan fácil secuestrar un avión, ni siquiera siendo una azafata.

Johnny se rio con burla.

—Deje que yo me preocupe de ese asunto.

—Pero...

—Ya se enterará en el momento preciso. Lo único que tiene que hacer es seguir las instrucciones. ¿Ha visto ya el vídeo del gimnasio, doctor Krüger?

Suspiró con crispación.

—Conozco esas imágenes desde el día del ataque homicida en serie.

—¿Lo ha visto hasta el final? —preguntó Johnny con tono insistente.

—No, Kaja me interrumpió.

La voz del extorsionador sonó ahora alegre, lo cual dejó perplejo a Mats.

—¿Ha visto la señora Claussen lo que se proyecta en el canal 13/10?

—Fugazmente, ella...

—Bien. Excelente. Que lo vea entero.

—¿Para qué va a servir eso?

Mats se hallaba ahora junto a la puerta del compartimento del dormitorio y se refrescaba la frente con los herrajes de metal.

—Ya se enterará de eso cuando vea el final. Hágame caso.

La voz del extorsionador sonó como si quisiera colgar; por ello Mats se apresuró a decir:

—Tengo otra pregunta.

—¿Cuál?

—Todo esto de aquí, ¿tiene algo que ver con mi esposa?

Pausa.

Durante unos instantes volvió a oler el perfume de Katharina, pero en ese momento, como es natural, se trataba solamente de un deseo olfativo de su

cerebro sobrecargado de cansancio.

—¿Por qué piensa eso?

—Yo..., no sé. Al poco de despegar tuve la sensación de haberla visto. Y el tipo que me robó el asiento ha dejado el perfume que usaba ella en la butaca.

—No, doctor Krüger —dijo el extorsionador—. Su esposa no tiene nada que ver con esto. Se lo prometo. Por cierto, siento mucho que tuviera que morir tan sola. De verdad, sería una lástima que a Nele le fuera a ocurrir lo mismo.

Mats tuvo la sensación de desplomarse cientos de metros hacia abajo, aunque el avión había permanecido inmóvil. Las siguientes palabras las oyó con una interferencia en el oído, como si volviera a estar sentado en la fila 47 respirando el cargado aire de la clase turista.

—Le queda todavía un tiempo de vuelo de ocho horas y diecisiete minutos. Aproveche cada segundo. Vuelva a ver el vídeo del gimnasio, esta vez completo, de principio a fin. Entonces sabrá en qué punto de apoyo tiene que colocar la palanca sobre Kaja.

—¿Y cuando lo haya hecho?

—Entonces ya no tendrá nada más que hacer. Solo esperar, así de simple.

—¿A qué?

—¿A qué va a ser? A la caída, por supuesto. —La voz de Johnny sonaba a la de alguien que se estaba divirtiendo de lo lindo—. Conduzca a Kaja Claussen al borde de su abismo anímico más profundo. El resto vendrá por sí solo.

Feli

Caras flacas, ojos inyectados en sangre, cuerpos resecos, casi demacrados, personas sentadas que mantenían las manos cruzadas en el regazo y que solo alzaban la cabeza con un gesto de cansancio.

Cuando Feli dejó atrás la sala de espera del edificio médico de Wedding y vio a aquellos pacientes, no pudo reprimir un pensamiento de que todas las personas que trabajaban allí debían su sustento a las enfermedades. Tumores que se enquistaban en los pulmones y se propagaban en metástasis, excrecencias resistentes al tratamiento con radiación, enfermedades autoinmunitarias cuyo tratamiento costaba lo mismo que un coche pequeño. Aquello era injusto y cínico, por supuesto. De la misma manera, podría afirmarse que los policías se aprovechan de los delincuentes. Y, sin embargo, a Feli le resultó sospechoso el discreto lujo con el que se topó al abrirse las puertas automáticas, que habían sido integradas hábilmente en aquel edificio, antigua sede de una fábrica, sin producir la impresión de un cuerpo extraño en aquella construcción ruinoso y pasada de moda. De camino a la recepción, las fotos en blanco y negro de las paredes recordaban la antigua imprenta, convertida ahora en el edificio médico que dirigía principalmente el profesor Hans-Werner Klopstock dedicado a tratar a enfermos crónicos y a pacientes marcados por la muerte.

Y eso que el paciente que había empujado descaradamente a Feli en el mostrador de recepción daba la impresión de ir sobrado de energía.

—Haga de tripas corazón, Solveig —le dijo este a la asistente médica que había tras el mostrador—. Míreme a la cara.

Aquel hombre delgado, de unos veinticinco años y pelo negro dio un paso atrás y, con ello, redujo la distancia corporal de cortesía entre él y Feli, quien

ahora se convirtió sin querer en testigo de una representación que podría escenificarse en cualquier teatro.

—Estoy en las últimas.

Se llevó las manos al pecho con un gesto de una teatralidad fingida, y eso robó una sonrisa a la asistente médica, que exhibía una actitud muy maternal.

—Lo siento, señor Kress.

—Livio, por favor, llámeme Livio.

Feli puso los ojos en blanco ante aquella maniobra de ligue tan evidente.

—No puedo hacerle un hueco sin antelación para que lo atiendan, señor Kress. Y usted también lo sabe.

—Pero necesito ese cóctel de vitaminas, por favor, Solveig. Míreme a los ojos, mire esta cara medio italiana y absolutamente sincera.

El hombre se arrodilló y extendió las manos juntas en actitud de oración hacia la asistente médica, que, con gesto compasivo, negó con su ancha cabeza y su peinado en torre.

—Ya recibió una infusión anteayer.

—Y me hizo tantíisimo bien.

Solveig se llevó un dedo a los labios y pareció reflexionar.

—¿Me sacaría esta noche a bailar?

—¿Lo dice en serio? —preguntó Livio, completamente desconcertado ante el hecho de que su truco pudiera tener éxito de verdad. Se levantó a duras penas y se sacudió el polvo de sus pantalones negros de cargo.

—No —le desilusionó la asistente médica con una sonrisa—. Era una broma. Escuche, el seguro médico no se hace cargo de esto al tuntún ni al capricho de cada cual. Si desea otra infusión, correrá de su propia cuenta.

Livio suspiró e hizo como si se enjugara una lágrima de la comisura de los párpados.

—Entonces tal vez sea esta la última vez que nos veamos, Solveig. Por favor, piense en mí cuando lea el titular siguiente en los periódicos: «Murió en soledad, bajo un puente. Por carencia de vitaminas».

Feli sintió un tirón que le recorrió todo el cuerpo cuando el joven se dio la vuelta súbitamente y se dirigió corriendo hacia ella. Se tambaleó y tuvo que agarrarse al mostrador para no caerse. Al mismo tiempo, volvió a irradiar una oleada de dolor por su mano maltrecha y tuvo que controlarse mucho para no proferir un grito.

—¡Oh, perdón, lo siento! —dijo el hombre con un tono compasivo y con los ojos de color castaño oscuro abiertos como platos. La sujetó de ambos brazos y preguntó—: ¿Le he hecho daño? No era mi intención.

Los rasgos de su rostro formaban una combinación peculiar, difícil de clasificar. Por un lado tenía una cara angulosa, algo que le procuraba un aura astuta, incluso ligeramente pícara. Por otro lado, sus ojos eran tan grandes y su boca tan plena que Feli habría entendido perfectamente que Solveig hubiera accedido a los intentos de flirteo de Livio.

—No, no. Estoy bien.

Feli se quitó de encima las manos de él, una en su hombro y otra en su cintura, como si fueran a bailar juntos.

—¿De verdad?

—Estoy bien, sí.

—Lo siento mucho, de veras.

Él se despidió con muchos aspavientos, no sin antes guiñarle el ojo una vez más a la asistente médica.

—Qué bribón —dijo Solveig con una sonrisa a espaldas del joven, y acto seguido saludó a Feli—. ¿En qué puedo ayudarla?

Una buena pregunta.

Deseaba averiguar qué relación había entre el supuesto taxista y este consultorio médico, si es que existía alguna, claro. Hasta hacía cinco minutos esa le había parecido una idea ciertamente aventurera pero plausible. Ahora no sabía por dónde abordar el asunto. Ella era psiquiatra, no una reportera de investigación, y mucho menos una detective. Los únicos problemas de tipo investigativo que deberían ocuparla en el día de hoy eran si su vestido de novia le quedaba bien o cómo podría aguantar su peinado hasta el registro civil con aquella llovizna. Pero, en lugar de eso, estaba jugando a Miss Marple para un exnovio. Y, al buscar a la hija de Mats, en rigor lo estaba ayudando al mismo tiempo a encontrar el motivo principal de su separación de entonces.

«Sin Nele no se habría largado jamás a Buenos Aires».

—¿Está el profesor Klopstock en el edificio?

—¿Tiene cita con él?

Feli negó con la cabeza.

—Es un asunto privado. Somos colegas.

Feli no tenía por qué revelarle a Solveig que no se conocían en persona. Klopstock era conocidísimo en los círculos especializados, algo que se debía menos a sus respetables (y reconocidos) éxitos en el tratamiento que a su sorprendente olfato para los negocios. No solo era oncólogo, sino también especialista en psiquiatría, lo cual era una ventaja, ya que podía tratar tanto las molestias orgánicas como las anímicas de sus pacientes, a menudo terminales,

por el mismo precio. Además, dirigía uno de los laboratorios de análisis de sangre más grandes de la ciudad y escribía libros divulgativos que eran éxitos de ventas con títulos como: *El método Klopstock: Combate el cáncer de tu alma, y tu alma combatirá el cáncer*.

—Lo lamento —dijo la asistente médica—, hoy se encuentra en la clínica de la avenida Ku'damm.

Klopstock, que se veía a sí mismo más como un empresario que como un médico, mantenía varias dependencias repartidas por la ciudad, a las que él denominaba de manera rimbombante «clínicas», incluso cuando solo abarcaban una planta de un edificio antiguo.

—¿Quiere que le deje algún recado?

—No, gracias.

Feli iba ya a despedirse pero, al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca de su móvil, se encontró con una hoja de papel doblada y se lo pensó de nuevo.

«Bueno, ¿y qué pasa si...?».

Ya que estaba allí, ¿por qué no intentarlo de todos modos?

—¿Conoce a este hombre? —preguntó Feli y enseñó a Solveig la foto impresa que le había proporcionado antes el farmacéutico.

—Humm...

La asistente médica cogió unas gafas de lectura y contempló con curiosidad aquella fotografía ampliada en blanco y negro. No era de una calidad excelente, pero sí mucho mejor que la mayoría de las fotos de búsqueda y captura que usaba la policía para atrapar a matones que pululaban por las líneas de metro y a otro tipo de criminales, y que habían sido grabadas con las cámaras públicas de vigilancia.

—¿Este taxista? —preguntó tamborileando ligeramente con un dedo sobre el hombre flaco de la cara demacrada, a quien Feli había bautizado para sus adentros como «el estudiante».

—Sí.

A pesar de que Feli creía haber visto en los ojos de Solveig una llamarada que indicaba reconocimiento, la asistente médica negó con la cabeza, y estaba a punto de decir algo cuando Livio apareció de repente y la interrumpió:

—¡Mire, mi queridísima Solveig, qué ramo acabo de cortar para usted!

Con una sonrisa encantadora se colocó pegado a Feli, se inclinó por encima del mostrador y tendió a la asistente médica un ramo de crisantemos de tallo largo.

—Vuelva a colocarlo de inmediato en el jarrón de la entrada —le ordenó Solveig, esta vez sin ninguna sonrisa en la cara.

Feli no estaba segura si el repentino cambio de humor de la asistente tenía que ver realmente con la insolencia del paciente o más bien con la fotografía, que quiso devolverle apenas Livio se hubo largado de nuevo.

—No lo conozco, lo siento. Y ahora tengo que despachar unas cosas en el laboratorio.

Solveig colocó un letrero sobre el mostrador para anunciar que estaría ausente y se despidió.

—Bien, como usted diga.

Feli oyó cómo se cerraba la puerta de entrada por la cual probablemente acababa de desaparecer Livio. Cuando se volvió de nuevo hacia el mostrador de recepción, Solveig acababa de retirarse a una salita trasera, por lo que ahora ella se había quedado sola en el vestíbulo del consultorio.

Bueno, vale, de todas formas ya iba siendo hora de volver a toda prisa a casa para cambiarse.

Se guardó la fotografía e iba a llamar a un taxi cuando su mano dio con el vacío mientras buscaba el móvil. Sorprendida, se palpó todos los bolsillos de su ropa, pero fue en vano. Su teléfono había desaparecido.

«¿Me lo he dejado en el taxi?».

No. Se acordó de que, al bajarse, lo llevaba todavía en la mano y que luego se lo había guardado.

En la gabardina.

Que había llevado puesta todo el rato.

Sin colgarla en ningún perchero.

De la cual no había caído nada porque ella lo habría oído, justamente aquí, en el sólido parqué del consultorio. Y si hubiera sido así, entonces tendría que estar tirado frente a sus pies, porque eso solo podía haber pasado «cuando Livio me empujó y me palpó con sus manos...».

¡LIVIO!

Su ritmo cardíaco aumentó la frecuencia y sintió cómo la mano le latía de nuevo con dolor.

—¡Ese cabrón de mierda! —dijo entre dientes, miró a su alrededor y se precipitó hacia la puerta por la que el paciente había desaparecido en dirección a la escalera del edificio.

Mats

«Como por encima de una calle adoquinada».

Otra frase del director del seminario sobre aerofobia se le pasó a Mats por la cabeza ahora que el avión atravesaba una zona de «intensos vientos racheados» por encima del Atlántico, tal como el comandante había informado a los pasajeros hacía cinco minutos por la megafonía de a bordo.

«Las alas pueden balancearse hacia arriba y abajo la altura de toda una planta de un edificio antiguo, y no pasa nada».

Mats estaba sentado en el sillón de la salita de estar, con el cinturón puesto, y combatía mentalmente las ondas de choque que arrastraban al Airbus. La aerofobia no lo dominaba con la firmeza que él se había temido, y eso que le tranquilizaba muy poco la idea de que ambas alas, en las que se encontraban nada menos que trescientos cuarenta mil litros de combustible, pudieran doblarse varios metros sin peligro. Lo que él sentía ahora era miedo por su hija, una sensación que le impedía ponerse a correr por el avión a grito pelado o tumbarse en el suelo de la Suite Sky y ponerse a jadear a buen ritmo para hiperventilarse. Y no obstante...

«¿Una calle adoquinada?».

Para él aquello era más bien como si una ola monstruosa levantase un barquito de pesca para precipitarse, a continuación, desde la alta cresta hasta un profundo valle. Como es natural, sabía que el cerebro calculaba las diferencias de altura con mayor intensidad cuanto más rápidamente se desplazaba el cuerpo. Un bache se sentía de manera diferente, dependiendo de si se atravesaba a diez o a cien kilómetros por hora. ¡Y a ellos el velocímetro les marcaba casi mil en esos momentos!

«Concéntrate. Tienes que concentrarte».

Mats garabateó la frase «No se trata de un criminal que actúe en solitario» en el bloc que tenía delante.

La voz había hablado al menos de otro «loco» que tenía prisionera a Nele. Toda la acción estaba diseñada a lo grande y requería de alguna planificación. Por consiguiente, quedaba excluido un criminal solo que actuara por un impulso como los celos o la venganza; por ejemplo, un antiguo paciente que se sintiera maltratado. Cuantos más cómplices, mayor era el riesgo. El objetivo que perseguía «Johnny» tenía que poseer una importancia extrema para él.

El avión volvió a sufrir una sacudida debida a un bache de aire, a una «estratificación inestable», como debería llamarse correctamente, ya que en el aire, como es natural, no existían baches. Aunque, a decir verdad, esa era la misma sensación que acababa de tener.

DESPLIEGUE COSTOSO

Fue lo siguiente que anotó Mats.

Disponían de un vehículo de transporte y de un lugar donde no llamaran la atención los gritos de una parturienta y un secuestrador.

¡¡¡EL TAXISTA!!!

«Señor que estás en los cielos, haz que Feli averigüe algo».
¿Cuándo iba a volver a llamar? Ya llevaba un buen rato en el consultorio.

¡INVESTIGACIONES!

Importantísimo. Disponían de información sobre él, sobre Kaja y sobre Nele. Sobre sus preocupaciones, apuros, miedos y traumas. ¡Tenían conocimiento incluso del fallecimiento en soledad de su esposa!

¡ACCESO!

Este era tal vez el quid de la cuestión.

Los criminales podían acceder a la vivienda de Nele, pero también a este avión. No necesitaban colocar ninguna arma física, eso era lo pérfido en su plan. Una bomba psíquica pasaría inadvertida ante cualquier control en tierra, por muy meticoloso que fuera este. No podía tratarse de una casualidad que Kaja se encontrara en este mismo vuelo que él. ¿Cómo se las habían arreglado

para hacerlos coincidir? ¿Y cómo habían instalado el vídeo en la programación de a bordo?

«¡El vídeo!».

Mats giró su sillón, de modo que ahora veía el monitor encajado en la pared que daba al cuarto de baño, y volvió a zapear hasta llegar al canal 13/10.

La grabación comenzaba con las imágenes movidas que Mats había contemplado seguramente una docena de veces durante la preparación para las sesiones de terapia.

Kaja las denominaba «las cintas del gimnasio», aunque de hecho se trataba de un único vídeo, y de manera oficial él lo conocía por el nombre de «grabación de Faber», que era el apellido de su autor, Johannes Faber.

Kaja había pensado que estaba sola cuando el loco homicida la condujo a los vestuarios apuntándola con la pistola.

Mats vio que la mancha clara de pronto adquiría contornos. Oyó llorar a dos chicas, a Trisha y a Kim, que se habían escondido en las duchas y que ahora huían del vestuario. Medio desnudas, descalzas y con pantalones de deporte echaron a correr para salvar la vida, una vida que debían a Kaja. Pues fue ella quien se sacrificó.

«Haz conmigo lo que quieras —dijo ella, y entonces, igual que hoy, Mats admiró su arrojo—. Me tienes a mí, deja que esas dos se marchen».

Una capacidad de sacrificio que ahora le exigían a él. Como si el círculo fuera a cerrarse...

Mats se saltó los siguientes minutos que ya conocía, en los cuales Peer le metía a Kaja la pistola en la boca y la obligaba a desnudarse y a arrodillarse frente a él.

«Igual que una perra en celo», le ordenó él. Y ella obedeció. Tuvo que ofrecérsele a cuatro patas. Con el arma ahora en el cogote. Durante siete minutos. Kaja estuvo expuesta a él sin pausa a lo largo de esos siete minutos, a sus embestidas, hasta que él llegó dentro de ella, con un grito que recordaba el de un animal que ha recibido un disparo mortal en el estómago.

En el acta médica de la violación se hablaba de desgarros graves en el tracto vaginal, pero también de mordeduras en los hombros y en un brazo. La presión del arma le provocó un hematoma en la cabeza. Sin embargo, y tal como suele ocurrir siempre, los peores daños fueron los psíquicos. Durante dos meses Kaja mojaba cada noche las sábanas cuando la invadían las pesadillas en las que Peer la tomaba de nuevo como rehén. Noche tras noche, él la violaba una y otra vez. Y aunque en la escuela la consideraban una

heroína (Kim y Trisha incluso habían concedido una entrevista al diario *Bild* en la que atestiguaban que sin el altruismo de Kaja no habrían tenido ninguna oportunidad de escapar al homicida en serie), a ella la atormentaban unos enormes sentimientos de culpa.

«¿Por qué no me defendí, doctor Krüger? ¿Por qué dejé que hiciera eso conmigo igual que si fuera una furcia barata?».

Tal vez habría conseguido salir de ese agujero sin secuelas psíquicas duraderas. Probablemente le habría bastado con un grupo de autoayuda, al que acudía entonces, si bien no con regularidad, después de algún tiempo de cuidados intensos por parte de un psicólogo de la escuela.

Sin embargo, con el vídeo todo cambió bruscamente. Grabado nada menos que por Johannes Faber, el tipo al que Kaja no dejó que «se le arrimara» la víspera de la locura homicida en serie, porque ella no se sentía todavía preparada. Johannes, ya durante los primeros disparos en el edificio de la escuela, huyó en pleno desconcierto general a los vestuarios de chicas. Se mantuvo allí, oculto en las duchas, junto con Kim y Trisha, huyendo de Peer. Kaja y el loco homicida no lo vieron, ni tampoco se enteraron de que grabó la violación con su teléfono móvil. Nueve meses después, justo cuando Kaja comenzaba de nuevo a consolidarse en el día a día, él publicó el vídeo mediante un correo electrónico colectivo de su curso de deporte.

«Asunto: “¡Mirad cómo actuó realmente nuestra heroína!”».

A partir de ese momento, la opinión pública dio todo un giro.

Kaja dejó de ser la valiente. Ahora era la puta.

De sacrificio, nada. Ahora era una salidísima.

De heroína, nada. Ahora era la cómplice ninfómana de un loco homicida.

Como es natural, hubo muchos que siguieron estando de su lado. Muchos que condenaron la difusión del asqueroso vídeo y que advirtieron que en él se veía con toda claridad el brutal maltrato que había sufrido Kaja. Que ella gritaba de dolor y no de cachondez, tal como creían reconocer los comentaristas dedicados a propagar el odio en los foros de alumnos. Que él la apartó de sí con una patada como si fuera un animal, después de haber acabado con ella. Poco antes de que la grabación se fundiera en negro y solo se pudiera oír los gimoteos de Kaja.

Eso es lo que había en la cinta que Mats había visto siempre hasta el momento.

Por contra, el vídeo en el canal 13/10 proseguía.

«¿Qué demonios...?».

Mats estuvo tentado de frotarse los ojos. Se desabrochó el cinturón para poder aproximarse a la pantalla. Fijó la mirada en el monitor y no pudo creerse lo que acababa de ver.

«No puede ser».

Rebobinó. Hasta el minuto nueve. Y era tal como Johnny había dicho.

Si la mente de Kaja era la Torre Norte del World Trade Center, entonces este vídeo era el avión que ponía rumbo directo hacia sus entrañas. Solo tenía que verlo.

«¡Maldita sea!».

El extorsionador tenía razón.

Eso la destruiría.

Y lo cambiaría todo.

Todo.

Feli

Las suelas de piel de los botines, que le llegaban a la altura de los tobillos, chasqueaban como bofetadas por los escalones del edificio médico.

Feli corrió hacia afuera, casi tropezó con una mujer que se dirigía en su silla de ruedas a la entrada y, con la agitación, olvidó disculparse.

A la derecha, a la izquierda. Recto. Miró hacia todos los puntos cardinales, giró en círculo y vio media docena de Livios. Uno estaba cruzando en ese momento la calle See, otro estaba esperando el autobús en la parada, mientras fumaba, dos entraron juntos en una droguería de la esquina de la siguiente manzana.

Con aquella llovizna y de lejos, uno de cada tres hombres tenía la pinta de ser un medio italiano flaco y con el pelo negro.

Maldita sea, Feli no lo había observado antes con excesiva atención, y unos pantalones oscuros y una parka gris no eran tampoco unas marcas distintivas muy precisas que digamos.

«Mierda, Mierda, Mierda».

Los dedos aplastados, el teléfono robado. Cada vez se iban acumulando más cosas que tendría que confesar a Janek. Y cada vez quedaba menos tiempo hasta la ceremonia de la boda.

Feli echó un vistazo al reloj y estaba pensando dónde se encontraría la parada de taxis más próxima cuando se le pasó por la cabeza que tenía que bloquear urgentemente el teléfono. Lo llevaba todo en él: los datos del banco y el acceso a la cuenta corriente, protegido con contraseña, pero quién sabía cuánta energía se escondía en un carterista.

Hecha una furia, quiso regresar adonde la asistente médica y denunciar al ladrón ante ella, pues al fin y al cabo Solveig lo conocía y tenía todos sus datos en la ficha.

«Pero pensándolo bien...», titubeó.

Probablemente no obtendría de Solveig otra información más que el nombre y el apellido: Livio Kress. Y no podría testificar que fue él quien le había robado el móvil de la gabardina, porque, de lo contrario, si lo hubiera visto, habría dicho algo en el mismo momento en que ocurría.

Vaya, ni siquiera ella misma se había dado cuenta. Y los demás datos se hallaban protegidos por la confidencialidad de los pacientes.

«Pero ¡Solveig tiene un teléfono!».

Feli se dio la vuelta hacia la entrada y estaba a punto de abrir la puerta al consultorio cuando su mirada pasó por el escaparate de la farmacia ubicada en los locales comerciales de la planta baja.

Una luz clara, casi blanca, caía a través de los expositores del escaparate y llegaba hasta el adoquinado de la calzada mojada por la lluvia. Vio un expositor de cartón con la forma de una mujer que se ríe, alegre por el efecto de una pomada contra la micosis en los pies, justo al lado de un atril en el que se anunciaban unas gotas para el estómago. Y, en medio de los dos anuncios, en diagonal y a cierta distancia: Livio.

«¡Esto es el colmo de los colmos!».

Estaba inclinado sobre el mostrador hacia una boticaria jovencísima con el pelo corto. Le estaba enseñando un teléfono.

«Mi teléfono».

Se lo estaba presentando igual que un vendedor ambulante muestra su mercancía, con una sonrisa dental y gestos exagerados.

La farmacéutica negó con la cabeza con una mueca compasiva y él se volvió a guardar el teléfono. Era evidente que había tratado en vano de hacer algún dinero *in situ* con él. Todo lo que Feli pudo oír cuando cruzó las puertas automáticas y entró en el interior de la farmacia fue:

—De todas formas, lo que usted desea requiere una receta.

—¡Llame a la policía! —exclamó Feli.

—¿Qué?

—¿Cómo dice?

La boticaria y Livio se la quedaron mirando petrificados. También los demás clientes, un hombre con la nariz torcida y un matrimonio mayor, cuya mujer se apoyaba en un andador, se giraron hacia Feli y la escudriñaron de arriba abajo con sorpresa.

—Ese hombre de ahí me ha robado el teléfono —dijo a la chica del pelo corto, y señaló con el dedo a Livio.

—¿Robado?

Livio hinchó los carrillos como un pez globo.

—Eso es mentira.

—¿Y qué es eso que acaba de guardarse en el bolsillo del pantalón?

—¿Se refiere a esto? —Livio se sacó el teléfono de ella.

—Vale, así que incluso lo admite.

—No, eso no. Acabo de encontrármelo en el bordillo de la acera.

La farmacéutica no pudo reprimirse y frunció el ceño. Feli se llevó el dedo a la sien.

—Eso no se lo cree ni usted mismo. Pretendía malvenderlo aquí.

—Escuche, por favor...

Livio le tendió una mano mientras que la boticaria preguntó con las cejas enarcadas:

—¿Desea de verdad que llame a la policía?

—¡No! —exclamó Livio con rapidez, y a continuación dijo a Feli—: Por favor, piénselo un momento. Si lo hubiera robado, ¿no hace ya mucho rato que habría puesto los pies en polvorosa? ¿Estaría aquí ahora, en esta farmacia? No sabía que era suyo, se lo juro.

—¿Le ha ofrecido vendérselo? —preguntó Feli a la boticaria.

—No directamente —dijo esta en un tono evasivo—. Solo me ha preguntado si conocía a alguien a quien pudiera interesarle.

Livio dio una palmada y se echó a reír.

—Se trata de un malentendido. Quería saber si algún cliente lo había echado en falta.

Usó su sonrisa más seductora, pero Feli estaba todo menos convencida.

—Estoy segura de que si pregunto a la policía, me dirán que ya está acusado de algunos delitos, ¿verdad?

La sonrisa de Livio desapareció y Feli asintió con la cabeza con gesto triunfal.

—¿He metido el dedo en la llaga? Puede contarme la película que quiera, ¿sabe? Voy a marcar ahora el 110 y, entonces, veremos lo que tienen que decir los funcionarios acerca de esa versión suya sobre objetos perdidos.

—No, por favor, no lo haga.

Livio se colocó muy cerca de ella y miró a su alrededor. Solo cuando se aseguró de que nadie más lo oía, susurró en tono insistente:

—Tiene razón. Ya me llega el agua al cuello por mis líos. Se lo ruego. Ya vuelve a tener su teléfono. Deje que me vaya.

—¿Por qué debería hacerlo? —Feli bufó con rabia—. ¿Para que se lo quite a otra persona en la siguiente esquina?

Marcó el 110 en su móvil y se dio la vuelta.

—Porque puedo ayudarla —oyó decir entre susurros a sus espaldas antes de que hubiera presionado el símbolo verde de establecimiento de llamada.

Ella lo miró de reojo por encima del hombro.

—¿Qué quiere decir?

—¡La foto que le acaba de enseñar a Solveig! —dijo Livio señalando con el dedo el móvil de ella—. Por favor, deje a la policía fuera de este asunto y le revelaré quién es el taxista y dónde puede encontrarlo.

Mats

Mats encontró a Kaja en el lobby, la zona de recepción para los pasajeros de primera clase en la planta baja. Era lo primero que los pasajeros más adinerados veían al pisar el avión, a través de una rampa de acceso reservada exclusivamente para ellos. Aparte de las paredes abovedadas de la cabina, no había nada más en ella que recordara a un avión. De hecho, producía el mismo efecto de la recepción de un hotel boutique ultramoderno, con muebles de salón semicirculares y de piel, que casaban a la perfección con la alfombra de color crema. Estaba iluminado con una lámpara de arco que cualquiera supondría que podía hallarse en la sala de estar de una casa. El lobby, ubicado entre la zona de la cabina de pilotaje y los sillones de la primera clase, no lo estaba utilizando en esos momentos ningún viajero. Kaja se hallaba de pie, sola, frente a un aparador de brillos nacarados, y estaba sirviendo una copa de champán sobre una bandeja espejada de plata cuando Mats bajó por la escalera de caracol.

Habría podido descender también por el ascensor de cristal que estaba al lado de los lavabos, el cual presumiblemente estaba reservado a pasajeros con problemas de movilidad. Entre los pocos que podían permitirse la mansión de tres habitaciones de la planta de arriba había seguramente algunas personas mayores y menos atléticas que él.

—¿Kaja? —preguntó Mats en voz baja, y ella se sobresaltó tanto que derramó algo de champán al lado de la copa—. Lo siento, no quería asustarla.

«Todavía no».

De hecho, quería, no, más bien tenía que hablar con ella sobre el vídeo de Faber.

La grabación era tan explosiva que incluso él había sentido que se tambaleaban los cimientos más sólidos de su propia existencia. Todo lo que

había creído saber hasta entonces sobre Kaja se le mostraba ahora con una nueva y misteriosa luz.

—No pasa nada.

Kaja puso una sonrisa postiza y miró a su alrededor. Mats sospechó que no lo hacía porque le interesara constatar quién podría haber observado su percance.

Tenía miedo a estar a solas con él.

—¿Quiere que le retire la comida y que mande a alguien para que le preparen su cama? —preguntó al tiempo que secaba la bandeja con una servilleta de tela.

—No he venido por eso.

Ella siguió sirviendo la copa y negó con la cabeza.

—No me puedo ocupar de usted en estos momentos, doctor Krüger, lo siento, pero no hace falta que venga hasta aquí cuando necesite algo. En cada mando a distancia hay un botón de llamada. Acciónelo y una azafata acudirá de inmediato a atenderle.

—No quiero ninguna azafata. Quiero hablar con usted.

Kaja alzó la bandeja y todo el cuerpo le tembló cuando, en un instante, dejó aparcada toda amabilidad profesional para decirle:

—Yo no —le vociferó—. Hay que poner un punto final a nuestras conversaciones. Déjeme en paz.

—No puedo —respondió Mats con la calma que le era posible en esos instantes.

Dirigió la vista a la derecha, hacia el pasillo que conducía a la primera clase, pero solo pudo distinguir una cortina de terciopelo que ondeaba con la corriente de aire. El avión seguía balanceándose ligeramente por el áspero mar del cielo nocturno y los pictogramas de los cinturones de seguridad no mostraban el cese de la alarma.

—Además, tengo que pedirle encarecidamente que regrese de inmediato a su asiento. Las turbulencias pueden intensificarse en cualquier momento.

La mirada de Mats se volvió penetrante.

—¿Habla usted del vuelo? ¿O de sí misma?

Kaja buscó su mirada. Asustada, casi consternada. Mats pudo leer en los ojos de ella que se estaba preguntando si él seguía siendo aquel hombre sensible a quien se confió en su día.

«No. No lo soy».

Bajo la luz atenuada de la lámpara de arco, la cara de Kaja parecía ahora casi blanca, como si se hubiera maquillado esa palidez intencionadamente. Al

agarrar la bandeja, él se dio cuenta de que le faltaba algo de esmalte en una de sus uñas.

—No me sienta bien esto. No lo entiendo, doctor Krüger. Tengo la sensación de que pretende reabrir a propósito mis viejas heridas. Durante estos últimos años, he pensado en aquello cada vez menos. Hay días en los que ni siquiera se me pasa por la cabeza. Pero ahora, después de los pocos minutos que he pasado con usted, han regresado a mi cabeza esas imágenes.

La copa de champán temblaba en la bandeja, casi en sincronía con su labio inferior.

—¿Qué imágenes? —preguntó Mats con astucia, pero ella no cayó en su ardid.

—No, no, no. Déjelo ya, por favor.

Él respiró hondo e hizo como si fuera a respetar los deseos de ella.

—Vale, vale. Lo entiendo. Y sí, lo siento. Por favor, présteme atención solo unos instantes. No voy a formularle ninguna pregunta más, ni tampoco quiero hablar sobre usted.

—¿Sobre qué si no? —preguntó ella con desconfianza.

—Déjeme que le cuente algo acerca de mí, porque sé exactamente cómo se siente.

—Doctor Krüger, por favor, yo...

Él señaló con el dedo al grupo de asientos, pero ella no le obedeció.

—Tal vez sepa que perdí a mi esposa hace cuatro años.

—Leí la esquila en el *Tagesspiegel*. Lo siento mucho. Tenía cáncer, ¿verdad?

—Sí, pero murió por el veneno que ingirió.

—Entonces ¿fue un suicidio?

Él asintió.

—Katharina no soportaba ya los dolores. Contactó con organizaciones en el extranjero que lo asisten a uno en el suicidio y se procuró los medios correspondientes. Todo en contra de mi voluntad.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —preguntó Kaja con una mirada tímida dirigida a la cortina. En las últimas horas, desde su primera conversación, ella había encogido algunos centímetros. Tenía los hombros caídos y la carga que llevaba encima le encorbaba la columna vertebral—. Un pasajero está esperando su pedido.

Ella trató de pasar a su lado.

—Un minuto solamente, Kaja, por favor. Será suficiente. Por cierto, Katharina tampoco quería nada más de mí, excepto ese último minuto a su

lado. El último minuto de su vida, pero no logré dárselo. No podía soportar que todo aquello que había amado, aquella estrella fija de mi vida que iluminaba mi camino, muriera ante mis ojos y fuera a extinguirse.

—Lo entiendo.

Mats sintió cómo le llegaban las lágrimas, algo que no era de extrañar, ya que hasta ese momento no se había abierto nunca a nadie de esa manera. Todo lo que estaba diciendo se correspondía con la verdad. Desgraciadamente.

—Todavía no me lo he perdonado. Fue una acción muy egoísta por mi parte. Igual que la que cometí a continuación. La más infame de mi vida.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Kaja, y Mats se dio cuenta de que aquello funcionaba. Revelaba algo de él y así se ganaba un poco de la confianza perdida antes.

«Ojalá».

De todas maneras, también constató que confiarse a alguien poseía un efecto purificador. Llevaba demasiado tiempo arrastrando consigo sus sentimientos de culpa, incapaz de sanarse a sí mismo. Pero tal como decía siempre uno de sus profesores en la facultad: «La psicología está condenada al fracaso de partida por el hecho de que emprendemos el intento absurdo de querer comprender nuestro cerebro con nuestro cerebro».

—Me fui a casa de una colega. Felicitas Heilmann, usted la conoce. De pasada. Es la psiquiatra con quien habló cuando llamó a la línea directa de asistencia psicológica de urgencia. Una buena amiga mía. Me sentía miserable, desesperado y solo. Bien, ella me consoló.

Kaja volvió a dejar la bandeja sobre el aparador.

—¿Qué está tratando de decirme, doctor Krüger?

—Eso ocurrió hace cuatro años, Kaja, y desde entonces no he hecho otra cosa que escapar corriendo. Escapé del dormitorio de mi esposa agonizante para irme corriendo al dormitorio de una colega más joven, de quien además sabía que me amaba. Y, aunque yo no sentía lo mismo, escapé de mí mismo en una autocompasión ruin y egoísta, y al final me acosté con ella. —Mats tragó saliva—. Escapé corriendo de un estado de sobriedad hacia la embriaguez ciega y apenas me sentí capaz de formular una frase coherente cuando mi hija Nele me llamó al móvil. Seguía aún en aquella cama y fue Feli quien se puso al teléfono para recibir la noticia de que Nele había hallado muerta a mi esposa en su cama.

La cosa había llegado ya demasiado lejos. Mats no pudo luchar por más tiempo contra sus emociones. Le caían las lágrimas, pero estas no le impidieron exponer a Kaja lo que le afligía el corazón:

—Y entonces seguí escapando. De Nele, que desde aquel día me detesta hasta el infinito. «Eres un pedazo de mierda cobarde e infame», me vociferó cuando volví a casa. «¿Se la pegas a mamá mientras está muriendo?». Y tenía razón en todas y cada una de sus palabras de denuncia plagada de cólera. Nele me prohibió asistir al entierro, que organizó ella por completo. ¿Y yo? No quise que la cosa llegara a empeorar hasta convertirse en un escándalo. Débil como era, hice las maletas y seguí escapando a toda prisa, y esta vez lo más lejos que pude, a Buenos Aires, a la casa de mi hermano. Allí pude hacer pie por fin. Bueno, o al menos eso fue lo que pensaba.

—Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Yo no estoy escapando de nada —dijo Kaja.

—¡Oh, ya lo creo que sí! No quería decírselo con tanta franqueza de entrada. Pero usted tampoco se puso del lado de la verdad, así que escapó. No física, pero sí mentalmente. De lo contrario no reaccionaría ahora con tanta virulencia, máxime cuando, hasta el momento, solo le he presentado fragmentos de la verdad completa.

Kaja carraspeó. Las manchas del sarpullido de su cuello se habían vuelto más oscuras.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿A qué verdad completa se refiere? No hay nada sobre lo que no hayamos hablado en detalle.

Mats puso una mueca de compasión y desfiguró su cara.

—¡Oh, ya lo creo que sí, Kaja! Claro que hay algo más. Por favor, concédame unos instantes y se lo mostraré.

Mientras pronunciaba estas palabras, alguien apartó la cortina a un lado y Valentino, el azafato a quien por lo visto todos llamaban «Ken», entró en el lobby.

—Estás aquí —dijo, y su cara se ensombreció cuando vio con quién estaba Kaja. Señaló con el dedo hacia el aparador—. 3G está bastante disgustado.

—Voy enseguida —prometió Kaja, y con la mano libre se apartó el mechón de pelo de la frente. A continuación volvió a levantar la bandeja.

—Se lo ruego —le susurró Mats al oído al pasar a su lado—. Tengo que enseñarle algo que cambiará su vida.

Ella negó con la cabeza y siguió caminando, pero se dio la vuelta brevemente poco antes de llegar a la cortina que Valentino mantenía abierta para que pasara.

—Me ocuparé de ello, doctor Krüger. Deme tan solo cinco minutos.

A continuación desapareció junto con el azafato en la primera clase.

Nele

«¡Qué bien! Un instante sin dolor. La forma más divina de la pura felicidad».

La respiración de Nele se ralentizó. Relajó un poco los músculos y extendió brazos y piernas lo máximo que se podía sobre aquel catre.

Su abdomen, convertido en un mero espasmo hacía un momento, se distendió visiblemente, y eso significó un alivio después del último intervalo de dolores.

—Tengo que ir al lavabo —dijo jadeando, lo cual era mentira.

Con la última contracción ya no había podido reprimirse más y se había aliviado. Olió el excremento y la orina entre sus piernas, y no le incomodó. Curiosamente, esto tampoco molestó a su secuestrador. Le alcanzó un trapo húmedo de un cubo que había colocado junto a la cámara. Esta parpadeaba sin cesar; por ello, Nele supuso que estaba grabándolo todo. Incluso los monólogos de él, que la sacaban de quicio entre las contracciones. Estas cada vez eran más seguidas e intensas, «y esto significaba que la fase de dilatación había pasado a la fase expulsiva; ¿o qué?». Nele no podía acordarse ya del capítulo correspondiente en la guía para el parto que, de todas maneras, solo se había mirado por encima, ni tampoco de las explicaciones de su ginecólogo.

—¿Sabía que los animales paren sin dolor?

—Por favor, déjeme en paz —dijo Nele limpiándose más mal que bien.

—Tal vez los elefantes, hay informes de casos aislados —prosiguió Franz—. En la Biblia pone que Dios castigó a Eva. «Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos y darás a luz a tus hijos con dolor» —dijo citando por lo visto un verso de la Biblia—. Pero eso son tonterías, por supuesto. En realidad está relacionado con la postura erguida.

«¿Erguida?».

Nele reflexionó si debía aprovechar esa fase intermedia sin dolores para levantarse del catre. ¿De cuánto tiempo dispondría hasta la siguiente contracción? ¿Y cuánto tardaría en llegar a la salida?

—Gracias a la postura erguida, nosotros, los seres humanos, tenemos las manos libres y podemos hacer muchas cosas inteligentes al mismo tiempo, como, por ejemplo, correr y llevar una herramienta. La postura erguida requería una pelvis más estrecha. Pero también nos volvimos más inteligentes y, por lo tanto, nuestros cerebros se fueron agrandando, los cuales debían pasar por canales de parto cada vez más estrechos.

—Por lo visto, la pelvis de tu madre debía de ser como el ojo de una aguja —le espetó ella, e incluso consiguió proferir una risa cínica—. Al menos entonces habría una explicación de cómo tu cerebro quedó aplastado hasta la debilidad mental, loco perverso. Deja que me vaya.

Franz no tuvo oportunidad de responder nada porque de repente pasó un tren de mercancías por aquellos establos industriales. O al menos así sonó, como si un vetusto vagón tratara de frenar en una vía mal engrasada.

Nele profirió un grito, pero este quedó ahogado por completo con el eco del chirrido que atravesaba los establos. Miró a Franz y vio en sus ojos el mismo temor que sentía ella.

—Qué demonios... —dijo él entre susurros.

Entonces, Nele percibió en la cara el soplo del viento y supo qué era lo que había causado ese ruido que, entretanto, había enmudecido de nuevo. Franz la había acarreado antes a través de una puertecita de entrada que se encontraba en el interior de un imponente portón-persiana en la vertiente este. Alguien debía de haber abierto ese portón eléctrico; alguien que, evidentemente, poseía las herramientas necesarias para esa acción y que iba equipado con un mando a distancia o con una llave. Y que tenía una voz de bajo profundo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Los ojos de Nele se dilataron. Un vago sentimiento de esperanza se expandió en ella. Sin embargo, Franz se llevó un dedo a los labios y, al mismo tiempo, imitó con la otra mano el movimiento de una navaja al degollar a alguien. Ella oyó pasos y luego otra exclamación en voz alta:

—¡Muéstrese o llamo a la policía!

«No digas ni pío o morirás», decía la mirada que le lanzó Franz.

Pero Nele no tenía ni idea de cómo iba a poder cumplir sus órdenes mudas.

Sintió una primera contracción en el vientre. Las oleadas contracciones iban a inundarla en cualquier momento y, entonces, no podría hacer otra cosa que gritar su dolor en aquella nave. Incluso aunque Franz llevara a cabo la amenaza que le susurró:

—Si no estás callada, tendré que estrangularte.

Franz

—Un momento, un momento, ya voy —exclamó Franz al desconocido, que ya tenía el teléfono en la oreja.

El recién llegado se encontraba en la salida, allí donde antiguamente se conducía al ganado desde los camiones a los establos por una rampa. O desde donde se sacaba a las vacas lecheras cuando estaban raquílicas y no eran ya útiles para dar leche, por lo que tenían que llevarlas al matadero.

—Disculpe, lo siento, no le había oído.

Franz se apresuró sin tener ni idea de lo que iba a decirle a aquella figura voluminosa con uniforme de color gris azulado. Según sus investigaciones de campo, la vigilancia privada solo acudía una vez a la semana, los martes, y nunca días como hoy. Algo debía haber modificado esa rutina, maldita sea.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —quiso saber el vigilante.

Estaba de pie, con las piernas abiertas del todo; tenía que permanecer así porque, de lo contrario, probablemente caería hacia delante por el peso de su barriga, redonda como una bola. Resumiendo, no daba impresión de mucha salud con las venitas reventadas de las mejillas y una respiración que alternaba entre jadeos y resuellos, si bien no se movía ni un centímetro más de lo necesario. En una de sus grandes manos sostenía un teléfono móvil que en ellas parecía una tarjeta de visita; en la otra, una linterna de tubo que, seguramente y no sin motivo, recordaba a una porra.

—¿Hay algún problema?

Franz sujetaba un cúter en la mano derecha, tapado por la manga larga de su jersey, y agarraba la herramienta con cada vez mayor firmeza a medida que se iba aproximando al hombre.

—Sí, claro que hay problemas. —El empleado de la empresa M&V Security señaló con la linterna apagada el candado roto que había en el

suelo del establo—. Ha entrado aquí empleando la fuerza.

—No, no. Ese candado ya estaba así cuando llegamos. Pensé que esto era un edificio industrial en ruinas que no pertenecía a nadie.

—Sí, claro. Por eso solo hay más de treinta carteles de prohibido el paso por aquí, ¿verdad, tío raro? —El vigilante se toqueteó la sien con la linterna.

—Escúcheme bien, no queremos líos.

—¿Queremos?

Ahora era el momento de improvisar. Por lo menos, todo el tiempo que fuera necesario para acercarse lo máximo posible al vigilante y poder alcanzar el cuello con un solo movimiento.

—Somos estudiantes, colegas de la uni —dijo Franz desvariando—. Estudiamos fotografía y empleamos este morboso escenario de aquí para nuestro trabajo de fin de carrera.

¡Qué tópico más manido! Sin embargo, pareció que funcionaba. Por el momento. De hecho, ese tipo de cosas sucedía en Berlín todos los días. Cuantos más turistas llegaban a la ciudad, más frecuentes eran sus intentos de captar en fotos el «encanto» de la capital destrozada. Seguramente, Franz no era el primero a quien el vigilante pillaba aquí.

—¿Tenéis alguna autorización? —quiso saber este.

—No, ya le he dicho que no sabía que necesitáramos ninguna.

Franz se acercó un paso más y desplegó un poco la cuchilla del cúter.

—Pero si nos da solo cinco minutos más, lo recogemos todo y...

Un grito ronco se abrió camino desde los establos traseros provocando que el vigilante diera instintivamente un paso atrás.

—¿Trabajo de fin de carrera? —preguntó en un tono desconfiado, mientras por la nave retumbaban otros gritos no muy potentes, pero claramente audibles.

—Por Dios. ¡Ohhh...! —gritó Nele.

«Maldita sea. ¿Y ahora qué?».

Para sorpresa de Franz, la cara del vigilante uniformado se deformó en una sonrisa libidinosa.

—Ya veo qué clase de películas venís a rodar aquí.

—¿Ah, sí?

—¿Y se puede participar en ellas de actor?

—No, bueno, me temo que...

—Vamos, colega, por lo menos déjame echar un vistazo. Siempre quise estar metido en un fregao de esos.

Franz se preguntó quién tenía ahí más suerte que cabeza, si él o el vigilante calentorro, para quien tal vez no tendría que utilizar siquiera el cúter.

—Vale. Vale, está bien. Voy a charlar con los demás, sí, pero necesito tiempo. Dame cinco minutos.

—¡Ohhh, por favor, por favor, por favor, aaay! —se oyó a lo lejos.

—La nena, ¿está cachonda?

Franz asintió de manera enérgica con la cabeza.

—Sí, muy cachonda. Salida del todo. Alucinarás con ella. —«Tonto del culo».

—¿En serio?

—Sí, pero antes tengo que avisarla para indicarle que hay un cambio en el guion. No debemos pillarla por sorpresa.

—Claro, muy bien. Lo entiendo.

«No, no comprendes ni jota desde que la sangre te ha bajado del cerebro a la bragueta».

—¿Cómo te llamas?

—Helmuth.

Franz calculó el tiempo que necesitaría para llevar a Nele a su segundo escondrijo.

—Bien, Helmuth, te propongo lo siguiente: te vas a hacer una ronda, respiras el aire fresco de la mañana y después, más o menos en una hora...

—¡Vaya! ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

El vigilante clavó una mirada furiosa en su teléfono móvil.

—Alarma de robo en los antiguos depósitos a orillas del lago. En el otro extremo de mi ruta. Qué mierda. ¿Cuánto tiempo vais a estar todavía por aquí?

—Dos o tres horas seguro.

—Vale, escucha. Vuelvo dentro de un rato. Primero tengo que ir a ver qué está pasando en esa zona.

—Bien, vale. Todo controlado.

Franz siguió con la mirada al vigilante y vio que se dirigía a paso de pato, y no precisamente con la prisa que requería un robo, hasta su coche, un Golf decrepito, cuyos muelles de la suspensión resonaron como un jadeo cuando Helmuth se embutió en él.

—¡Y ay de ti si me tomas el pelo! —voceó por la ventanilla abierta.

A continuación dio una vuelta en torno al taxi en el que Franz había llegado ahí y, entre grandes chirridos, se dirigió trazando una amplia curva

hacia la salida de vehículos.

«¡Qué jodida mierda! ¿Cómo ha podido pasar esto?».

Franz se dio la vuelta para encaminarse de nuevo al establo, en el que Nele seguía gritando a pleno pulmón.

Echó un vistazo al reloj y en el camino de vuelta se puso a pensar si debía llamar primero a su contacto o dirigirse de inmediato al lugar del plan alternativo antes de que el vigilante albondigón regresara.

—¡Aaay...! —gritó Nele con una extraña claridad.

Cuando Franz llegó al box del establo, ella estaba empujando con tanta fuerza que se le marcaban ya las venitas rojas en los ojos, abiertos de par en par, como si fuera una paciente afectada de hipertiroidismo.

Se acuclilló en el catre jadeando y se colocó a cuatro patas, posición que había adoptado desde el último intervalo de contracciones porque en ella podía soportar los dolores con más facilidad.

—¡¡¡Mieeee... rda!!! —dijo Nele escupiendo en aquel espacio.

Lo hizo en voz alta y clara, y también ahora comenzó a vociferar Franz. Y era porque Nele no estaba acuclillada, ni gritaba, ni presionaba en la realidad.

Sino solamente en el monitor de la cámara.

En la grabación.

Ella, en persona, había desaparecido.

Su catre estaba vacío.

Lo único que se encontraba todavía en el box del establo era la cámara, que Nele debía de haber rebobinado y colocado en el modo de reproducción.

Mats

Lo que Mats ansiaba era un lavamanos. También le serviría la taza del retrete, lo principal era disponer pronto de una oportunidad para escupir el asco que estaba sintiendo de sí mismo. Sin embargo, era difícil levantarse ahora y dejar a Kaja sola con el vídeo en el cuarto de estar, mientras él se iba a vomitar al baño de la Suite Sky.

Ella mantuvo su palabra y regresó. Ahora estaba sentada en un sillón del grupo de asientos con la mirada puesta en el monitor en el que Mats había activado el canal 13/10.

—Yo no soy esa —susurró Kaja, con los ojos clavados en la pantalla de la pared de la cabina, y pasó a esa fase de autonegación que era típica de los pacientes con algún trauma, pues intentaban tomar distancia respecto de las pesadillas de su pasado.

Y, de hecho, en cierto modo Kaja tenía razón. Hacía mucho tiempo que ya no era la persona que aparecía en el vídeo. Ya no era la mujer que se rebela y se retuerce. Primero bajo su torturador, luego agachada frente al violador. Entregada de una manera brutal. Desnuda frente a la violencia bruta.

Por entonces, hacía once años, Kaja no solo poseía un carácter completamente diferente al de hoy, sino que también estaba sumida en un estado de casi incapacitación mental o, en todo caso, de primacía de los instintos. De una manera irreflexiva y totalmente arbitraria se había puesto en modo de supervivencia y hacía a ciegas todo aquello que le parecía necesario.

Toleró los golpes en el trasero mientras chupaba el cañón de la pistola, tal como el joven le había ordenado que hiciera.

Mats apartó su mirada de Kaja, que tenía los ojos fijos en el monitor como si estuviera en trance, y volvió a echar otro vistazo a su móvil. A la más horrible de todas las fotos, la que mostraba los ojos de Nele y, en ellos, el

horror y la absoluta falta de perspectivas. Y recordó las frases del extorsionador: «el tipo que la está vigilando no es lo que se dice un especialista en obstetricia. Más bien al contrario, si entiende lo que quiero decir. No titubeará en matar a su hija y al bebé, si no lleva a cabo su misión, doctor Krüger».

La misión.

¡Qué perífrasis más minimizadora para el envenenamiento anímico que él estaba practicando aquí!

En el vídeo, el loco homicida agarraba con fuerza el pecho derecho de Kaja: parecía que iba a arrancarle casi el pezón. La grabación apenas tenía sonido en ese pasaje; no obstante, Mats oía los jadeos de él y los gritos de ella. Eran casi tan insoportables como la pregunta que Kaja susurró con gran esfuerzo:

—¿De verdad tengo que ver esto?

La respuesta correcta habría sido: «No, por supuesto que no. Es muy perjudicial que reactive aquel trauma, señora Claussen. Ninguna persona razonable le exigiría algo así. Solo yo, el doctor Mats Krüger».

El avión reposaba de nuevo agradablemente en el aire. Sin embargo, Mats contaba con que en cualquier momento se produjera una conmoción. La tensión estaba aumentando en su interior con cada segundo. De repente, percibió la piel como si fuera una malla muy ceñida a su cuerpo; se sentía con fiebre, como si hubiera sufrido una insolación.

—Acabará enseguida —dijo engañando a Kaja, pues sabía muy bien lo que tenía por delante: lo peor.

Aquello lo había sacado de quicio incluso a él mismo. Solo las imágenes que había visto hasta ahora la perseguirían mucho tiempo. En el transcurso de los años, Kaja había logrado guardarlas con éxito en una caja del olvido, pero ahora volvían a aparecer en el plato de presentación de su conciencia. A mano, para recordarlas siempre que quisiera sufrir. Volver a ver el vídeo de la violación, después de todo el tiempo transcurrido, era como la recaída en la droga de alguien que las hubiese dejado hace ya años. Bien se decía que cuanto más tiempo está uno «limpio», más dura es la caída.

—¿Me lo jura? —oyó preguntar a Kaja, a quien le temblaba la voz. Las lágrimas asomaban como gotitas de rocío en las comisuras de los párpados—. ¿Me jura que todo irá bien?

Estuvo a punto de echarse a reír por el pánico.

«¿Jurar?».

Mats no pudo evitar pensar por fuerza en la Declaración de Ginebra, la versión moderna del juramento hipocrático al que se sometían los médicos.

La había prometido con solemnidad. «Libremente, bajo mi palabra de honor, velaré ante todo por la salud de mi paciente. No violaré los derechos humanos ni las libertades ciudadanas, ¡ni siquiera bajo amenaza!», tal como constaba en el texto.

«¡Y ahora esto!».

Ahora, en estos momentos, por fin, el loco homicida dejaba a Kaja. La apartaba de sí. Y se daba la vuelta.

La dejaba allí, agotada, temblorosa, en medio de los vestuarios, mientras él se giraba, con la cabeza directamente hacia la cámara oculta, pero con la mirada meditabunda inclinada en dirección al suelo.

Kaja echaba a correr y huía hacia la puerta del vestuario, en dirección al pasillo del gimnasio. Pero solo en la película.

En la realidad, Kaja permaneció inmóvil sentada en el sillón. Con los ojos como platos, casi sin parpadear. Con las uñas de los dedos clavadas en una arruga de la falda del uniforme. Seguramente estaba esperando a que cesara el bramido del recuerdo en su mente, esa cinta transportadora chirriante y mal engrasada que había arrastrado otra vez a sus ojos todo aquel horror.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella en voz baja.

A continuación se estremeció de manera similar a como lo había hecho Mats cuando la grabación no se detuvo como era de esperar, sino que de pronto se hizo visible en el monitor una baldosa del suelo. El enfoque cambió: era una toma panorámica borrosa. El cámara que había estado oculto debía de haber dado un paso fuera de la ducha para poder captar mejor la escena en los vestuarios. Las imágenes temblaban, todo se veía algo descolorido y demasiado oscuro, pero dado que se acababa de ver a Kaja y al loco homicida juntos durante nueve angustiosos minutos, quedaba claro de inmediato lo que la cámara estaba captando. Lo único que no estaba claro era por qué sucedía aquello.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Kaja. El espanto en el tono de su voz era tan grande que Mats se convenció de que ella veía ese material de prueba por primera vez, hoy y aquí.

—La pregunta es más bien: ¿por qué hizo usted eso? —replicó Mats despiadadamente. Ahora, en retrospectiva, comprendió de pronto por qué Johannes Faber, nada menos que el exnovio de Kaja, había hecho público ese vídeo. De todos modos, y eso era lo más asombroso, había suprimido en su día los últimos segundos de la grabación—. Peer Unseil la amenazó con un

arma, y la tomó como rehén. Usted dejó que él la violara y la maltratara para salvar su propia vida y la de sus compañeras de escuela. ¿Por qué santo cielo regresó después de que él la dejara irse? —Mientras Mats hablaba, rodeó a Kaja para colocarse en el campo visual de ella—. ¿Quería impedir que se pegara un tiro?

La mirada de Kaja iba más allá de él y lo atravesaba; además, tenía las mejillas hundidas y la mandíbula ligeramente marcada hacia delante, lo cual confería a su cara cenicienta un aspecto estólido, un poco como de retrasada mental.

Sus labios esbozaron un «no», pero no salió ningún sonido de su boca.

—¿Era amiga suya?

De nuevo una negación incierta con la cabeza.

—¿Por qué regresó entonces a los vestuarios, por qué le cogió primero la mano y luego lo abrazó? —Mats se estaba volviendo implacable. Señaló con el dedo a la pantalla, ahora negra, como si todavía mostrara aquella última y perturbadora escena que él estaba describiendo—: ¡Dios mío! Le acarició el pelo como si estuviera enamorada... y le dio un beso largo, intenso, con lengua.

Feli

La conmoción llegó de una manera abrupta, lo alcanzó como el impacto en un accidente de coche. Feli pudo verlo, pudo oír, por decirlo así, el grito interior de él, a pesar de que el profesor André Klopstock tomó de nuevo rápidamente las riendas de su agitación.

Solo persistía la sombra bajo sus ojos. Y la sonrisa Xenon, con la cual la había recibido en su despacho, ya no irradiaba por encima de los mil vatios, como había hecho apenas cinco minutos antes.

—Señora Heilmann, qué bien verla de nuevo —había saludado Klopstock a Feli en su consultorio, aunque ella no recordaba haber intercambiado nunca con aquel psiquiatra algo más que un saludo fugaz con la cabeza, por ejemplo, cuando se encontraban por casualidad en algún congreso.

La había esperado en la puerta, frente a su despacho, que estaba en una esquina y tenía vistas al Kranzler Eck, y le había dado la mano con una cordialidad tal que parecía que en su día hubieran sido amigos íntimos que, por desgracia, se hubieran acabado alejando.

—¿Qué la trae por aquí?

—Solo tengo una pregunta rápida y no voy a molestarlo por más tiempo —había prometido ella.

A una señal del médico se había sentado en una silla con el respaldo a una altura absurda, directamente enfrente del escritorio al que había tomado asiento Klopstock. Una pieza única, de ello estaba convencida Feli, al igual que su indumentaria, un traje con americana de un solo botón, sencillo pero de un color azul claro que le sentaba perfectamente, con un chaleco.

—Usted no es ninguna molestia, querida colega —había murmurado el psiquiatra con un arrullo de voz.

A la vez que decía esto, había alineado el marco de una foto encima de su escritorio. En él figuraba el retrato de una jovencísima belleza morena. Feli creyó recordar oscuramente un artículo de la prensa sensacionalista en el que se informaba del «escándalo» que había protagonizado Klopstock hacía algunos meses al dejar a su esposa, en avanzado estado de gestación, por una modelo rumana más joven.

—Estaré encantado en serle de ayuda, señora Heilmann.

El ambiente de la conversación había sido al principio extraordinariamente relajado, tal vez porque Klopstock malinterpretó una sonrisa de Feli. Cuando lo tuvo enfrente y lo miró por primera vez de cerca, se le pasó por la cabeza una máxima de su madre: «Cuídate de los hombres con cara de perro. Se pasan las horas que hagan falta meneando el rabo hasta que te montan».

Y el profesor André Klopstock tenía el prototipo de aquella expresión facial contra la que le habían advertido a Feli: las comisuras de la boca colgantes igual que un basset, arrugas en la frente como un perro salchicha y los ojos oscuros y tristes de un beagle, con los cuales podía endilgarle a un paciente todo tipo de tratamiento adicional que quisiera. Había que decir en favor de Klopstock que su atlética figura era equiparable a la de un dóberman bien entrenado.

—Entonces ¿de qué se trata? —había preguntado él, y ella había ido directamente al grano y le había mostrado la impresión de la foto de la cámara de vigilancia.

—De este hombre de aquí.

—¿Bono?

—¿O sea que lo conoce?

—No es la mejor foto del mundo, pero sí, es inconfundible, es él.

—¿Un paciente?

—Sabe perfectamente que no se me permite decírselo.

Sí. Ella era consciente de aquello. Y tampoco había esperado que él le pusiera las cosas fáciles. A decir verdad, ni siquiera pensaba que Klopstock accedería a recibirla cuando el ascensor la expulsó en la tercera planta de su clínica.

La zona de la recepción se parecía más al vestíbulo de un hotel de cinco estrellas que a una institución dedicada a la medicina. Detrás de la recepción esperaba una asistente médica con uniforme de botones de hotel, quien lo primero que hizo fue ofrecer a Feli un café capuchino y un vaso de agua mientras ella rellenaba en el salón la solicitud en una iPad. Por fortuna, Feli

pudo hacerle comprender rápidamente que ella no era ninguna paciente, sino una colega, y de hecho no pasó ni uno más de los instantes que le habían prometido hasta que la recibió el director del consultorio.

—Me han dicho que es su chófer.

Feli había obtenido esa información de Livio, el delincuente de poca monta que, además, como parte de su resarcimiento por el intento de robo del móvil, la había dejado ahí, en la Ku'damm.

—Creo que ese estudiante lo lleva de una clínica a otra —le había revelado Livio—. Yo voy una vez a la semana para un tratamiento y, siempre que he visto a Klopstock en el consultorio, el tipo ese estaba abajo esperando en el coche.

—¿Me permite preguntarle qué desea de Bono? —había querido saber de Feli el psiquiatra.

—Así que Bono, ¿no? ¿Es su nombre de pila o su apellido?

—Ni una cosa ni la otra, yo lo llamo así, simplemente. Si he de ser sincero ni siquiera sé cuál es su verdadero nombre.

—Entonces no puede ser su paciente —había deducido Feli—. A no ser que...

«¡Bono!».

En su cabeza se formó un pensamiento que expresó en voz alta:

—Él le da una vuelta en coche y, a cambio, usted le hace un tratamiento gratuito, ¿correcto?

Ningún flujo de dinero, ningún expediente médico.

Muchos médicos de éxito mantenían actividades *pro bono*, por ejemplo, atendían gratis a algunos pacientes. La mayoría de ellos lo hacían para tener buena conciencia. Por lo visto, Klopstock había cerrado un trato con aquel taxista flaco, cosa que encajaba con él. En el perfil personal de una revista médica muy popular, a la pregunta «¿Cuál es su punto fuerte?», él había dado como respuesta: «Allá donde los demás ven problemas, yo contemplo la posibilidad de ganancia».

El mayor volumen de negocio no se lo generaba el tratamiento de personas vivas, sino su laboratorio. Analizaba sangre, cabellos y otros elementos portadores de ADN en busca de gérmenes patógenos, pero también de abuso de drogas y de alcohol. Klopstock poseía incluso la patente de varias pruebas caseras para la detección del sida, la hepatitis e incluso una prueba de paternidad, todas ellas polémicas.

—¿Obtenía usted alguna compensación del mencionado Bono?

—También voy a dejar eso sin comentarios, mi querida colega. Pero dígame: ¿cómo le van las cosas? ¿A qué se debe su repentino interés por ese caballero?

—Se trata de Mats Krüger.

Klopstock asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Una mente brillante. Hace mucho que no oigo hablar de él. ¿No vive y trabaja ahora en Brasil?

—En Argentina. En estos momentos se encuentra en un avión en ruta que vuela desde Buenos Aires a Berlín.

Y gracias a esto sucedió. El cambio brusco. El punto de inflexión en la conversación a partir del cual Klopstock perdió la seguridad en sí mismo.

—Su hija corre un peligro extremo —dijo Feli, y Klopstock parpadeó brevemente dos veces, una tras otra.

—¿Qué ha ocurrido?

—Por mi parte no estoy autorizada a decírselo, pero creo que este hombre de aquí tiene algo que ver con el asunto.

Feli toqueteó con un dedo la foto impresa que Klopstock había apartado. El psiquiatra se levantó y se dirigió a la ventanilla. Jugeteó con signos de nerviosismo con el cordel de la persiana. Tenía la cara tan blanca como el estucado encalado del techo. Una sombra profunda se cernió de pronto bajo sus ojos.

—¿Dónde puedo encontrar a Bono? —quiso saber Feli.

—No lo sé.

—Pero usted sabe algo más, ¿tengo razón?

Él se volvió hacia ella y su boca se abrió. Asintió de una manera apenas perceptible, otra microexpresión más, pero Feli la detectó.

—¿Qué ocurre? Señor Klopstock, por favor. No tiendo a dramatizar, pero si he entendido correctamente a Mats, podría tratarse de un asunto de vida o muerte.

Feli oyó protestar a su estómago, a pesar de no tener la menor sensación de hambre. Con casi toda seguridad no estaba menos nerviosa que el otro psiquiatra.

Klopstock regresó a su escritorio y se inclinó sobre el teléfono. Durante unos instantes, Feli tuvo la esperanza de que le encargaría a su colaboradora de la recepción que le trajera el expediente médico con los datos de ese paciente. Pero, en lugar de eso, dijo:

—¿Señora List? ¿Puede hacer pasar a la siguiente cita, por favor? Por desgracia, la doctora Heilmann tiene que marcharse.

—Un momento...

Feli se levantó con la intención de protestar, pero Klopstock mantuvo apretado el botón del intercomunicador y preguntó con una amabilidad impostada:

—¿Me permite pedirle un taxi, señora Heilmann?

Feli casi se atragantó con sus propias palabras y no tuvo más remedio que echarse a toser de indignación.

—¿Sabe una cosa? Antes de conocerlo, ya no lo soportaba. Gracias por proporcionarme un motivo contundente para ello.

Salió del despacho con paso decidido y estuvo tentada a cerrar de un portazo, pero eso lo impedía un mecanismo automático que se encargaba de que la puerta se cerrara suavemente.

«¿Y ahora qué?».

Feli respiró muy hondo y saludó a la señora de la recepción con un amable gesto de despedida, ya que ella no tenía la culpa de la conducta impropia de su jefe, y siguió caminando con paso firme hacia el ascensor sin saber qué debía hacer ahora.

«Mentía».

En el fondo sabía exactamente qué tenía que hacer en esos precisos instantes, pero justo de eso tenía miedo. ¿Cómo reaccionaría Mats cuando le transmitiera la noticia de que presumiblemente existía una relación entre Klopstock y un taxista con el mote de Bono, pero que ella no veía ninguna posibilidad de seguir ayudándolo a liberar a Nele?

Su teléfono sonó en el mismo momento en que ella apretaba el botón para llamar al ascensor.

«¡Janek!».

Quiso rechazar la llamada, pero se equivocó al pulsar y acabó aceptándola.

—Pero ¿dónde demonios llevas metida todo este tiempo, cariño?

La afectuosa palabra al final de la frase no pudo eliminar la tensión en su pregunta. A su prometido se le detectaba la sorpresa en la voz, cosa que Feli podía entender a la perfección. Probablemente había estado buscando, durante un buen rato y en vano, una explicación racional de por qué no podía contactar por móvil ni por teléfono fijo con su casi-esposa a unas pocas horas de la ceremonia de boda. Podía estar en casa, aseándose, alisándose el pelo, poniéndose rulos o secándose con el secador; tal vez con una copa de champán en la mano, como expresión de la ilusión que iba llenándola cada vez más con cada respiración.

En lugar de eso había dejado sin respuesta sus mensajes y sus llamadas, y ahora, en el momento más inoportuno imaginable, se había puesto al teléfono.

Agitada, confusa y sin plan.

—Estoy aquí, en el despacho de un colega en la Ku'damm —dijo ella conforme a la verdad, y volvió a apretar el botón del ascensor porque no vio ninguna señal de que este se hubiera puesto en marcha.

—¿Dónde estás? —preguntó Janek tan atónito como si Feli le hubiera confesado que había tenido un impulso y emigrado a Australia—. ¿Es que todavía estás trabajando?

—No —dijo ella, y se conminó a sí misma a ser comedida.

Habría sido muy sencillo para ella pasar al contraataque preguntándole si ese privilegio era únicamente válido para el hombre en el matrimonio. Y es que él, hoy, había ido al despacho, y ella, en cambio, no. Pero con esa manera de devolverle la pelota solo habría proyectado su rabia en Janek, y esa ira solo tenía sentido realmente para ella misma y para la situación que estaba viviendo. Por un ataque impulsivo de urbanidad y de deseos de ayudar había dejado que la utilizara una persona con cuyos asuntos ella ya no quería tener nada que ver. Tras la muerte de su esposa, Mats ya la había utilizado una vez. A pesar de que él sabía que Feli lo amaba y que quería mucho más que una sola noche, Mats había abusado de ella y la había usado como un paño de lágrimas. Y apenas se enteró Nele de esto y rompió con su padre, él la dejó tirada otra vez. Un hombre más fuerte no solo habría permanecido al lado de su esposa en los minutos finales de su muerte, sino que habría concedido una oportunidad al futuro e intentado procurarse una nueva vida en la que tal vez Feli habría podido tener también sitio. Pero Mats huyó y la dejó tirada.

—A la hija de Mats Krüger le ha sucedido algo malo —contestó Feli a su prometido después de decidir que no deseaba ensuciar el importante día de hoy con una mentira—. Nos vemos enseguida en casa, ¿vale? Y te lo explico todo.

«Si es que puedo hacerlo».

—Humm —gruñó Janek por la línea, y Feli se preguntó si después de que hubiera pronunciado el nombre de Mats Krüger, él la habría seguido escuchando.

—En media hora regreso —prometió ella, y colgó con un «te quiero» al no decir Janek nada más.

«¡Vaya, qué buen ambiente para la gran celebración!», pensó ella, y echó un vistazo al reloj. Quedaban exactamente doscientos minutos para estar en el registro civil.

«¡Uf!».

Ahora se enfadó por haber despedido antes a Livio después de que este la hubiera dejado aquí, en la esquina de la avenida Ku'damm con la calle Meinecke, con su Renault abollado. Ahora tenía que ver cómo conseguía llegar a casa a tiempo sin un coche. Probablemente, iría más rápido con el tren de cercanías que con un taxi.

¡Ping!

De golpe se abrieron las puertas del ascensor, pero Feli no se montó en él. En el mismo instante en que se oyó la señal sonora de apertura de las puertas, se dio cuenta del error que había cometido.

«Justo un momento antes, en el despacho de Klopstock».

Se dio la vuelta y regresó a recepción.

—Me lo he pensado mejor —dijo a la belleza que había detrás del mostrador.

«¡Klopstock!».

Él le había tendido la mano, pero ella la había rehusado con brusquedad, airada por aquella manera de despacharla.

—¿Sabe? Me caso hoy y tengo que ir de aquí para allá.

Pero en realidad no la había despachado, sino que puede que le estuviera haciendo una oferta: «¿Me permite pedirle un taxi?».

—Y el señor profesor dijo que podía recomendarme un chófer fiable.

—¿Fiable, dice? —La recepcionista de Klopstock arrugó la nariz—. Tenía que haber pasado a buscarlo esta mañana a primera hora por su casa, pero no apareció por allí.

—¿Eso es verdad?

Feli percibió cómo se le subía la sangre a las mejillas por la agitación. Eso significaba que su intuición no le había fallado. La cuestión era por qué Klopstock se había expresado de esa manera tan enigmática, y qué frase de

las que había pronunciado ella lo había puesto tan nervioso o le había infundido incluso miedo.

—¿Puede intentarlo de todas formas con ese conductor? —rogó Feli.

La recepcionista, sin hacer ningún comentario, pescó de un tarjetero una tarjeta de visita muy manida y se colocó el auricular del teléfono detrás de la oreja.

—Vamos a ver. Tal vez ahora Franz esté ya disponible.

Franz

El teléfono vibró en su pantalón, pero ahora no tenía tiempo para eso. En el peor de los casos podría tratarse incluso de su contacto, que quería informarse de cómo iban las cosas y, entonces, ¿qué iba a decirle?

«Lo siento, pero de pronto aquí está todo patas arriba. Solo quería deshacerme de un vigilante al que se le caía la baba de lo cachondo que estaba, y la embarazada se me ha largado con viento fresco durante las contracciones del parto».

—¡Mierda!

El grito de Franz resonó por los establos, demasiado vacíos.

¿Por qué le habría quitado las ataduras? Muchas vacas tenían que pasarse la vida amarradas, incluso hoy en día. Pero él se había vuelto a ablandar una vez más. Había querido facilitarle el parto.

¡Y ahora tenía montado un lío! ¿Qué debía hacer primero? ¿Echar a correr y hacer una batida por los alrededores? Seguramente por aquí había agujeros en las paredes de los establos y tal vez se había abierto paso a través de uno de ellos hacia la libertad.

Pero ¿y si solo se había arrastrado hasta el siguiente box y ahora estaba entre la paja, mordiéndose la mano hasta hacerse sangre para no delatar dónde estaba con sus gritos?

Franz había leído en alguna parte que la Iglesia de la Cienciología prohibía a las mujeres emitir sonidos durante el parto. Así pues, era posible un parto en silencio y, si Nele tenía ahora un pánico mortal, tal vez conseguiría en esos momentos hasta lo inimaginable. El cuerpo humano era un misterio y en demasiadas ocasiones era capaz de llegar a límites que la mayoría de la gente ni siquiera podía imaginarse.

«Pero ¡qué mierda!».

—¿Nele?

Franz no deseaba seguir vociferando por más tiempo su nombre, sino que prefería echarse a llorar, igual que antes, cuando de pronto fue plenamente consciente de la transcendencia de su empresa. Y ahora se veía incapaz de reprimir por más tiempo las lágrimas. De todos modos, antes ya había hecho el llorica durante un buen rato, esto de aquí le venía demasiado grande. Se habían excedido con Franz, al exigirle esto, aunque era inevitable y seguramente no habían encontrado a nadie más para una misión tan importante. Sin embargo, a lo mejor lo que pasaba era simplemente que él no era el hombre adecuado para esa misión.

«Sí, maldita sea», seguro que él no era el hombre adecuado.

Solo a él podía ocurrírsele perder a una rehén desnuda y físicamente limitada, que parecía haberse desvanecido en el aire sin dejar ni rastro.

Ahora bien, esto último no era del todo así. Había algunas huellas, el problema yacía en que él no era rastreador, ni tampoco estaba seguro de no haber sido él mismo el que dejara esas huellas en el polvo. Había estado varias veces antes del día de hoy en estas viejas instalaciones industriales en ruinas. Primero para la exploración del terreno, luego el montaje del paritorio de Nele.

«Pero ¿y esta huella de aquí...?».

Franz se arrodilló en el suelo polvoriento de hormigón, y el viejo olor a heno y a estiércol, que seguía emanando desde hacía años, le cosquilleó en la nariz.

«Sí», eran huellas de dedos de pie descalzos. Y de un calcañar. Lo vio con toda claridad.

Y veinte centímetros más allá, algo fino, húmedo. ¿Sangre u orina?

«A lo mejor sí llevo en mi interior a un rastreador oculto», pensó Franz.

Al menos ahora conocía la dirección por la que Nele debía de haber desaparecido.

Se levantó y trató de recordar si había alguna salida en el otro extremo de la nave. Pero si se acordaba bien de los esbozos que había hecho durante la fase de los preparativos, allí no había nada.

Nada excepto una bajada que conducía directamente a los antiguos sótanos de los cadáveres, donde, en el pasado, quedaban almacenados de manera provisional aquellos animales que estiraban la pata.

Y exactamente ese, decidió Franz, sería el primer lugar que iría a ver ahora.

Livio

Noventa y tres euros y veinticuatro céntimos.

No estaba mal, pero Livio ya había obtenido una ganancia mejor.

Con las tarjetas de crédito de Feli no podía hacer gran cosa. Por el carnet de identidad tal vez le dieran un billete en la Oficina Regional de Salud y Asuntos Sociales, donde siempre había traficantes de personas que procuraban una identidad nueva a los refugiados.

Pero, dado que en la foto de carnet con los datos biométricos, Felicita Heilmann tenía un aspecto muy alemán, la cosa sería difícil. Livio volvió a revisar todos los bolsillos de la cartera que le había quitado en el coche en el momento en que iba a bajar, cuando le resultó muy sencillo sacársela del bolsillo de la chaqueta. Fue mucho más fácil que robarle el móvil, para lo cual necesitó poner a prueba toda su pericia y poder de distracción. Hacía una buena temporada que no se dedicaba a matar el tiempo como carterista y le pareció que todavía seguía bastante en forma.

Livio alisó los billetes y se los metió en el bolsillo del pantalón.

Casi cien euros no estaban nada mal como extra, si se consideraba que no contaba con ningún otro tipo de ingreso. Y, en cualquier caso, era mejor que el móvil, por el cual no le habrían dado tanto dinero ni por asomo.

Sacudió la cartera y arrojó sobre el asiento del copiloto de su coche todas las tarjetas de crédito, de fidelización y del seguro. Por último desdobló el trozo blanco de papel que él había tomado de entrada por una factura.

Sin embargo, era una invitación. Para una boda civil.

Miró la fecha.

«¡Hostias!».

¡Si era hoy!

«La vieja se casa dentro de un rato», se dijo para sus adentros, y su mirada fue a parar al retrovisor, desde donde tenía una vista relativamente buena del edificio del consultorio.

Más tarde cogió el carnet de identidad de Feli. Comparó primero la foto con la de la invitación y luego con la cara en el retrovisor, pero ella estaba demasiado lejos y por eso era apenas reconocible. Y es que Felicitas Heilmann salía a la acera en ese preciso momento por la puerta del edificio, con el teléfono al oído, y por unos instantes pareció que miraba a todas partes sin saber qué hacer. Luego desapareció de su ángulo visual en dirección a la Iglesia Memorial.

Sin saber que como mucho en unas dos horas y media les esperaba, tanto a ella como al tipo arrogante de la foto de la invitación, una desagradable sorpresa.

Livio no estaba del todo seguro, pero tenía serias dudas de que alguien pudiera casarse en Alemania sin el carnet de identidad.

Mats

—Bueno, yo ya he terminado lo mío —oyó Mats que decía Feli. Ella respiraba con esfuerzo, estaba cruzando una calle y se oía el ruido del tráfico al fondo—. Lo dejo aquí y ahora.

Después de Kaja, ella era la segunda mujer que en el intervalo de unos pocos minutos quería interrumpir la comunicación con él. El último hilo de salvación que amenazaba con romperse.

Ahora bien, Kaja no le había dicho antes ninguna otra frase más. Su expaciente se había levantado sin decir palabra y se había puesto en modo túnel. Ningún contacto visual, una gesticulación congelada y unos movimientos robotizados al abandonar la Suite Sky. Un síntoma típico de graves heridas anímicas, algo que era absolutamente comprensible, porque Mats le había arrojado con el vídeo un obús psíquico. Si ya él se había quedado perplejo, ¿cómo tenían que haber afectado entonces esas imágenes a Kaja?

El beso, el abrazo ferviente al homicida, esa conexión íntima... ¿Qué motivos había tenido para regresar a donde estaba su maltratador? ¿Había sufrido ya Kaja una distorsión de la percepción en una fase tan temprana de su vida?

«No era probable».

El aprieto en el que ella se había encontrado había sido en realidad demasiado corto para fundamentar esa relación emocional entre captor y víctima conocida como «síndrome de Estocolmo». Presumiblemente, Mats no llegaría a conocer nunca la respuesta, pues aunque sobreviviese a esa noche, perdería la licencia y no podría volver a trabajar como terapeuta. Y en absoluto con Kaja Claussen.

—Voy a colgar ahora —oyó decir a Feli.

—¡No, por favor, no, no lo hagas!

Mats abrió el grifo del baño al que se había dirigido porque contaba con vomitar en cualquier momento. La luz de dos bombillas engastadas en el espejo quedaba filtrada por unas pantallas sedosas, con lo cual su aspecto no era de infinito cansancio, que era tal como se sentía realmente por dentro.

—¡Por favor, Mats! —gimió Feli—. Te he conseguido el número de teléfono e incluso la dirección del hombre que probablemente está relacionado con la desaparición de tu hija. La asistente médica que me ha dado la tarjeta de visita del chófer de Klopstock me ha dicho que Franz Uhlandt no había ido esta mañana a realizar su servicio. ¿Qué más quieres? Llama a la policía y deja que se encarguen de esto los profesionales.

—No puedo. No, mientras no sepa con toda seguridad dónde está Nele.

—¿Por qué?

Mats mantuvo la mano izquierda debajo del chorro de agua y se refrescó las venas. A continuación, extrajo un montón de pañuelos de un expendedor de acero inoxidable ubicado al lado del espejo, se enjugó el sudor de la frente y regresó a la sala de estar a trancas y barrancas.

—¿Te acuerdas de Kaja Claussen, aquella alumna de instituto a quien impediste que cometiera un atentado suicida?

—Lo hiciste tú, yo solo te la derivé, Mats. ¿Qué ocurre con ella?

—Es azafata del avión en el que vuelo.

—Pero ¿qué chorradas dices?

—Sí, es así como te lo cuento. Y no es ninguna casualidad. El o los criminales, parto de la base de que son varios, han instalado el vídeo de Faber en la programación audiovisual de a bordo.

—¿El vídeo de Faber? —preguntó Feli desconcertada.

—La grabación en la que se ve cómo el loco homicida viola a Kaja. La publicación del vídeo fue el detonante para que ella planeara su propio ataque homicida.

—Vale, sí, ya me acuerdo, solo que no sabía que la cinta se llamara así.

Mats tomó el mando a distancia y abrió el canal 13/10. Solo tuvo que pulsar tres veces la tecla de la flecha para saltar de nuevo al último minuto. A unos pocos segundos de aquel beso inexplicable.

—Durante tres trimestres, Kaja fue la heroína del instituto, la que se sacrificó para que los demás pudieran sobrevivir. Hasta que su exnovio, Johannes Faber, a quien ella había rechazado sexualmente, divulgó la cinta entre sus amigos. Kaja consiguió un arma y se dirigió a la escuela para matarlo. A él y a todos los que la vieron y se burlaron de ella.

—Sí, sí, conozco todo eso —dijo Feli con impaciencia—. Pero no entiendo qué tiene que ver con Nele.

—Me han ordenado que haga ver a Kaja el vídeo de Faber —confesó Mats, aunque se calló que hacía ya rato que lo había hecho.

—¿Para qué?

—Me piden que desencadene y reactive en Kaja sus pensamientos autoagresivos para llevarla a matarse a sí misma y a todos los que viajamos en el avión.

Feli jadeó.

—Será una broma, ¿no?

—No lo es.

—No puede ser verdad, eso es...

—Sí —la interrumpió él—. Las condiciones del extorsionador son que Nele morirá si no hago que el avión se estrelle. ¿Entiendes por qué eres mi última oportunidad? No me basta el nombre del criminal. ¡Tengo que saber adónde han llevado a Nele!

Mats le había dado ya mil vueltas al asunto:

Si la policía intervenía antes de tiempo, quedaría al descubierto que él era víctima de un chantaje que estaba poniendo en peligro un avión de línea. A partir de ese momento, la tripulación dejaría de correr riesgo alguno. A él lo aislarían de inmediato y lo mantendrían incluso en un internamiento de seguridad. En estos precisos momentos existía un riesgo demasiado grande de que el extorsionador se enterara de esto y asesinara a Nele antes de que los agentes pudiera encontrarla.

Mats congeló la imagen del vídeo exactamente en el momento en que la cámara pasaba por encima de las baldosas de la ducha en la que se había escondido Johannes Faber.

—¿Feli? —preguntó él porque había dejado de oírla. Tan solo los ruidos de fondo le indicaban que todavía había línea.

—Eres un cabrón —acabó diciendo ella con voz ronca.

—Sí —le dio la razón.

—¿Sabes lo que me estás haciendo?

—¿A ti? —Pensaba que iba a hablar de Kaja, pero, claro que sí, también era una barbaridad lo que le estaba exigiendo a ella—. Lo sé, es el día de tu boda. Pero, Feli, por favor...

—¡A la mierda el día de mi boda! —vociferó ella por el auricular—. Hay vidas humanas en juego. Cientos, por Dios. Y me has convertido en tu

confidente. Ya no puedo comportarme simplemente como si no supiera nada. Ahora es el momento de que intervenga la policía.

Mats suspiró hondo y estuvo tentado de dar un puñetazo y aplastar el mando a distancia contra la pantalla de plasma.

—No, por lo que más quieras, no lo hagas. Así matarías a Nele.

—¡Oh, Mats! Para ti, tu hija es más valiosa que todo lo demás que hay en el mundo, por supuesto, lo entiendo perfectamente. Pero ¿y para mí? ¿Qué ocurre si no logro dar con Nele? No puedo ayudarte a salvar una única vida para que al final acabes sacrificando todo un avión lleno de personas si no la encontramos.

Mats sintió un mareo. Aquella conversación amenazaba con salirse de madre.

—Pero no va a ser así, para nada, Feli. Óyeme bien. Te juro que me mantendré lejos de Kaja. No voy a doblegarme a las exigencias del extorsionador. Ninguna de las personas que viaja en este avión va a sufrir daño alguno.

—¿Y pretendes que te crea?

—Sí —siguió mintiendo—. Confía en mí. No soy ningún asesino en serie.

«Claro que sí. Y, además, por si fuera poco, un mentiroso taimado y pérfido».

Feli titubeó. Ya no se oía el ruido de fondo del tráfico. Tal vez estaba sentada en un taxi o había entrado en el portal de su casa. Dios mío, qué no daría ahora por estar frente a ella, cogerle la mano y aclararle personalmente todo lo que estaba en juego en esos momentos.

—No sé —dijo ella—. Si me estás mintiendo y no pongo ahora a nadie sobre aviso, tendré que vivir con la culpa y con el peso de la muerte de cientos de almas sobre mi conciencia.

—No te miento, Feli. Mira, llevamos más de seis horas en vuelo. Si informas ahora a las autoridades, la tripulación estará avisada y los criminales sabrán que su plan se ha ido al traste. Y entonces matarán de inmediato a Nele. A ella y al bebé.

—No tendríamos por qué contarles absolutamente nada de ti ni del avión. Solo habría que decirles que hay una mujer embarazada desaparecida. Y les daría los datos de Uhlandt.

—Sí, también he pensado en eso. Pero ¿puedes garantizarme que el extorsionador no va a enterarse de las pesquisas?

—Tal vez ya sepa algo de mí, ¿no? —objetó Feli.

—Sí, puede. Pero tú no representas ninguna amenaza oficial. Sea lo que sea lo que quiere de mí ese loco, o locos, tiene que tratarse de algo muy, muy gordo. Algo que no debe trascender al público. Y eso es lo que ocurriría en el mismo momento en que la policía interviniera. Tengo miedo de que aún sea demasiado pronto para eso. Por favor, Feli, te lo suplico. Dame un poco más de tiempo. Averigua adónde ha llevado ese Franz Uhlandt a mi hija y entonces, te lo juro, informaremos a la policía y esta pesadilla habrá acabado, ¿de acuerdo?

Feli permaneció muda unos instantes y, durante esa pausa, se oyó como si la conexión telefónica reflejara los sonidos monótonos del avión. Mats se sintió como en un túnel aerodinámico. Todo a su alrededor producía interferencias.

—Como ya te he dicho: eres un cabrón, Mats —acabó diciendo finalmente Feli.

A continuación colgó, sin revelarle si le haría caso o si marcaría el número de la policía.

Mats dejó caer el teléfono y se llevó las manos a la cara.

«¡Oh, por Dios! ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?».

Se enjugó las lágrimas de los ojos y luego buscó el mando a distancia para suprimir de la pantalla aquella miserable imagen congelada. A pesar de todo la miró con el rabillo del ojo.

A causa del dolor de cabeza que seguía borboteándole por detrás de los ojos, de las náuseas y del pesado agotamiento que lo paralizaba, tardó un rato en ser consciente de lo que se le presentaba allí.

En el monitor.

En la imagen congelada.

En el borde inferior, en la ducha de los vestuarios de las chicas.

Sobre la baldosa borrosa.

Ese detalle diminuto, apenas reconocible. Captado tan solo porque Mats había detenido el vídeo casualmente en ese preciso segundo.

«¿Es lo que estoy pensando?», se preguntó a sí mismo, y deseó poder agrandar la imagen o por lo menos imprimirla. Mats se acercó aún más al monitor y cometió un error grave. Con la esperanza de mejorar la visibilidad de aquel detalle, perdió la escena al manipular directamente el archivo de vídeo con la función táctil en la pantalla de rebobinado y avance.

El programa de reproducción de vídeos de la compañía aérea no era nada fino y avanzaba y retrocedía siempre en intervalos de cinco segundos. ¡En cambio, lo que él necesitaba era la maldita función de cámara lenta!

«Pero ¡qué mierda más mierda!».

Pese a sus esfuerzos, el vídeo ya no quería detenerse en aquel pasaje que tenía que volver a ver para confirmar su sospecha. Y, no obstante, estaba seguro de no haberse confundido.

Lo había visto, a pesar de que no medía ni siquiera dos centímetros. Ese «algo» exponía el trauma de Kaja bajo una luz completamente diferente.

Y, aunque Mats no habría podido argumentar en ese momento por qué estaba tan seguro de ello, su instinto le decía que los secuestradores de su hija habían cometido un tremendo error.

Nele

«Como si cagaras una bola de la bolera».

Esta disparatada comparación solo podía provenir de un hombre. Era ingenua en exceso.

Nele lo sentía más bien como si una batería de coche llena de agujas tratara de presionar a través de su vagina. Y, a pesar de todo, no gritaba. En todo caso, no tan fuerte como ella habría querido. Que era por lo menos con la potencia de un avión al arrancar.

Sin embargo, sus gemidos y jadeos le bastaban para transformar en una catedral atronadora el corredor de sótano en el que yacía. El eco de su suplicio se extendía, apagado, por el pasillo, engullido por la penumbra que la rodeaba. Solo había conseguido alejarse unos pocos metros, luego había descendido por una escalera de tablones que conducía desde el final de la barraca de los establos a la oscuridad. Entonces se había venido abajo, literalmente. Una contracción la sacudió, dejó de sentir las piernas y cayó al suelo.

Cuando cesó el dolor de la contracción, durante unos instantes temió haberse quedado ciega. Pero luego regresaron las sombras. Del bidón metálico en medio del corredor y de las puertas de madera que, torcidas y desvencijadas de los goznes, sobresalían en el pasillo como anteojeras.

«Un calabozo —pensó—. He venido a parar a un calabozo en ruinas».

Aquí abajo apenas veía algo más que siluetas. Por contra, olía y oía mucho más.

Olía el excremento, la orina, su sudor y los efluvios del miedo. Oía cómo se había resquebrajado la argamasa de la pared cuando trató de levantar una barra de cobre que sobresalía (¿una antigua tubería de agua, tal vez?). Y, pese a todos los dolores, siguió avanzando hacia abajo por ese oscuro pasillo en el

que al parecer había baldosas, y se adentraba en esa oscuridad que apestaba a lodo y a moho. Lejos de los pasos que oía tras ella. En la escalera.

Pasos que se acercaban, junto con la voz que su desesperación transformó en puro pánico.

—¿Nele? —oyó gritar a su secuestrador.

Aquel pirado probablemente se llamaba de verdad Franz y le había revelado su nombre auténtico porque ni en sueños pensaba dejarla jamás en libertad.

—Nele, regrese. Por favor. Puedo aclarárselo todo.

Comenzaba una nueva contracción. La tercera en el intervalo de unos pocos minutos.

«Por favor, Dios mío, no la hagas durar otra vez una hora», imploró Nele, que, como es natural, se daba perfecta cuenta de que su percepción de los tiempos era tan desesperantemente fatal como la situación en la que se encontraba.

Sola, desnuda, indefensa.

—Ha sido un error mío. No me tomaré mal que se haya marchado. Tendría que habérselo explicado todo mejor.

La voz tenía un dejo triste, muy diferente al de las películas, en las que los asesinos en serie solían expresarse o bien con términos muy cultos o con la cantinela de la locura. La de Franz, en cambio, sonaba tan... sincera. Como si realmente le apenara lo que estaba haciendo ahí. A pesar de todo, quedaba fuera de toda duda que estaba loco.

Solo hizo falta su siguiente pregunta para corroborarlo.

—¿Sabe qué es lo que diferencia fundamentalmente a los seres humanos de otros mamíferos?

«¿Que matan sin motivos?», iba a replicarle Nele, pero estaba demasiado ocupada en respirar boca abajo.

Había descubierto que en esa postura podía adaptarse algo mejor al ímpetu del temblor corporal que iba a desencadenarse de nuevo en ella de un momento a otro.

—Somos el único mamífero del planeta que sigue bebiendo leche incluso en la edad adulta —oyó que Franz respondía a su propia pregunta. Su voz parecía seguir procediendo de la entrada al sótano. En los últimos segundos no se había movido—. ¡Y nadie, realmente nadie tiene la más mínima idea de lo que eso significa, de las consecuencias que tiene nuestro erróneo consumo de leche!

Entretanto, Nele consiguió hacer lo imposible y logró incorporarse ayudándose de la barra de cobre. Centímetro a centímetro, hasta que estuvo de nuevo sobre sus pies, si bien con las rodillas flexionadas.

Notó deslizarse algo húmedo por sus muslos desnudos y se inclinó hacia delante, a cuatro patas, con su parte más sensible hacia el secuestrador, aunque Nele esperaba que pudiera verla tan poco como ella a él.

—No estoy hablando de la diarrea causada por la intolerancia a la lactosa. O del cáncer de próstata, aunque la leche sea su causante, al igual que de la osteoporosis y la diabetes.

Nele se estremeció al pensar que Franz tal vez llevaba algún aparato de visión nocturna. O que su voz procedía de una cinta grabada y que él hacía ya rato que se había estado acercando sigilosamente.

Y que no tardaría sino un segundo en sentir sus dedos. Su aliento en la nuca.

—¡Estoy hablando de un sufrimiento mucho mayor, muchísimo más insoportable!

Nele dio un traspié y no tuvo más remedio que caer al frente y rodar a un lado, a regañadientes pero de manera inevitable. Sencillamente no le quedaban fuerzas.

—Por favor, Nele. Regrese. Déjeme que se lo explique bien. Usted es una mujer inteligente, lo entenderá.

Ella volvió a apoyarse en el suelo, cuya estructura había cambiado. Si hacía un momento había sentido las frías baldosas resquebrajadas y el áspero hormigón, ahora se clavó una astilla al pasar la mano por encima de la madera.

«¿Madera? ¿En el suelo?».

Siguió palpándolo hasta que detectó la rendija. Pasó los dedos por los surcos.

Anegó la esperanza con el mismo ímpetu con el que se iniciaba una nueva contracción.

—Comprenderá que esto de aquí es necesario. Que todos tenemos que hacer un sacrificio para cambiar las cosas. Nele, ¿me oye?

«¡Sí, sí, te estoy oyendo, loco de atar!».

Nele lo oía, así como los pasos que se acercaban a ella. Pero, por encima de todo lo demás, oyó un tintineo. Metal sobre metal. Aferró los dedos al eslabón de la cadena que estaba engastado en la madera. Tiró de él con todas sus fuerzas.

—¿Nele? ¿Qué está haciendo?

Incluso aunque hubiera querido, no habría podido darle a Franz ninguna respuesta. Nele no tenía ni idea de lo que estaba abriendo allí. No sabía por qué en aquel sótano que estaba por debajo de la antigua nave para animales había una tapa de madera, ni si con ella se le abría una vía de fuga o el descenso a la perdición.

—Vamos a ser razonables —oyó exclamar a Franz mientras ella lograba desplazar la tapa de madera.

Extendió las manos hacia aquella nada oscura en cuyo borde se hallaba ahora en cuclillas. No tenía ni idea de la profundidad que había hasta allá abajo, ni si el pestazo a carroña y a putrefacción que ascendía por el agujero como el aliento de un animal moribundo venía de varios metros de distancia o quizá únicamente de uno.

—No hay ninguna salida por aquí, lo he examinado todo. De verdad, no tengo ganas de emplear ninguna clase de violencia, en todo caso no más de la que es necesaria para abrirle los ojos a todo el mundo.

«Y yo no tengo ningunas ganas de morir», pensó Nele y, en contra de toda razón pero a falta de una alternativa, se introdujo en el agujero. Y durante la caída gritó tan fuerte que se le quebró la voz, pero su chillido no fue ni con mucho lo estridente que habría merecido el dolor de la contracción que le sobrevino en medio de aquella caída libre.

Mats

Mats reaccionó al suave gong del timbre de la puerta y sintió como un dedo frío ascendía por su coxis y recorría su columna vertebral hasta la nuca cuando fue consciente de a quién acababa de abrir la puerta de la Suite Sky.

—Augusto Pereya —se presentó el piloto, de unos cuarenta años de edad, que saludó quitándose la gorra negra. El hombre tenía el cutis de color oliváceo y el pelo negro un poco rebajado en el cogote. La nariz era torcida y deforme, y a Mats le recordó un tubo de pasta dentífrica mal apretada. En combinación con una camisa blanca y una corbata oscura llevaba una chaqueta de color antracita con cuatro franjas doradas en la bocamanga—. Soy el comandante de a bordo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Mats en español a aquel hombre argentino.

—¿Me permite entrar?

—Sí, sí, por supuesto.

Mats le franqueó el paso, y el piloto, que producía la impresión de ser muy corpulento en comparación con su baja estatura, lo siguió. Pereya dejó vagar la mirada por la Suite Sky y se detuvo en la comida, que estaba sin tocar sobre el carrito de servir. Entonces sonó el móvil de Mats en el bolsillo del pantalón.

—Así pues, ¿qué sucede? —preguntó Mats imperturbable, pero Pereya le dijo:

—Atienda la llamada, doctor Krüger. Aprovéchese de la oferta.

—¿Cómo dice?

—Nuestra publicidad. —Al sonreír, el comandante dejó al descubierto una franja en los dientes del color del café—. Durante este mes las llamadas entrantes en LegendAir son gratis, así que será mejor que descuelgue.

Devolver la llamada le va a salir muy caro. Esos usureros están cobrando diez dólares el minuto.

Mats se sacó el móvil del bolsillo.

—Pero seguro que a usted lo esperan en la cabina de pilotaje, ¿verdad?

—Estoy haciendo un receso en estos momentos, el primer oficial está al mando. —Volvió a mover la mano señalando el teléfono—. Vamos, atienda la llamada, yo puedo esperar.

Mats le dirigió una sonrisa torpe y aceptó la llamada del número desconocido.

—¿Sí?

—¿Cómo lleva nuestro asunto? —preguntó la voz impostada de Johnny Depp.

Mats volvió a oír los sonidos de fondo de la respiración del verdadero hablante. Estaba de nuevo sin ningún elemento para juzgar a quién se estaba enfrentando.

—De acuerdo, sí. Gracias por la llamada —dijo Mats exagerando conscientemente su alegría fingida—. Eso suena la mar de bien, pero todavía necesito algo de tiempo para los documentos.

—¿No está solo? —constató la voz.

—Eh... sí, eso es.

—¿Está Kaja con usted?

Mats sonrió al piloto y se encogió de hombros como queriendo decir: «Lo siento, enseguida estoy por usted».

Pereya asintió con gesto tranquilo y no dio muestras de querer sentarse.

—No.

—¿Otro pasajero? —quiso saber Johnny.

—No, lo siento.

—Entonces, alguien de la tripulación, ¿cierto?

Mats suspiró.

—Hummm, pero primero tengo que hablarlo con él. Es el jefe, como ya sabe.

—¿El comandante? ¿Está con el comandante? —La voz se volvió más amenazadora—. Una palabra equivocada y su hija morirá. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien, voy a ser breve: solo tiene que prestar atención.

Mats volvió a dirigir la mirada hacia Pereya, quien parecía interesarse en ese momento por el monitor de la pared a pesar de que solo mostraba la ruta

de vuelo, que él ya conocía, además de los datos sobre la altura, la velocidad del viento y la temperatura exterior. 51 grados bajo cero.

«Un frío similar al de mi alma».

—¿Está preparado para recibir nuevas instrucciones?

—Hum, sí, sí. Lo recordaré —prosiguió Mats la conversación en clave con el extorsionador.

—Bien, doctor Krüger. Entonces preste mucha atención ahora: si Kaja ya está preparada, y espero que sea así por Nele y por su bebé, entonces va a necesitar un arma. Es aconsejable que ya esté en su poder, en caso de que la cosa se ponga seria y tenga que reaccionar con rapidez.

—Bien. ¿Y adónde debo enviar los documentos?

—Hemos colocado el arma debajo de su asiento.

A Mats se le secó la boca. Tuvo que concentrarse para no suspirar en voz alta.

—Oh... eh... Sí. De acuerdo, pero...

«¿Un arma? ¿Dónde? ¿Debajo de qué asiento, maldita sea?».

Carraspeó.

—Eh... Hay varias oficinas en el edificio. Necesito un número concreto.

—Ah, sí, es verdad. Miedica, es usted un miedica y por eso reservó varios asientos. Hemos elegido el mejor. 7A. En la clase business.

«¡Por descontado!».

—Está todo claro.

—Encontrará el arma junto al chaleco salvavidas.

Mats cerró los ojos y sintió náuseas mientras decía al teléfono:

—Fantástico, muchas gracias. Lo tengo apuntado. Sí, muchos saludos de vuelta.

Colgó.

—¿Está todo bien? —oyó preguntar al piloto, a quien había dado la espalda durante las últimas frases.

—Sí, sí, todo perfecto. —Mats sonrió y señaló con el dedo el grupo de asientos—. ¿Por qué no toma asiento, por favor?

—Gracias, prefiero estar de pie.

Mats asintió con inseguridad.

—¿Qué le trae por aquí entonces?

—He estado hablando con la señora Claussen sobre usted.

—¿Sí?

—Y estoy preocupado.

Ajá. Por ahí soplaba el viento entonces. El comandante debía de haberse enterado de que ella no se encontraba muy bien.

—No estoy autorizado a hablar sobre ello. —Mats trató de remitirse al secreto profesional como médico.

Pereya asintió.

—Lo entiendo. Y muy bien, incluso. —Su gorra cambió de mano—. Pero, de todas formas, ¿hay algo que yo tenga que saber?

Mats se llevó la mano al cuello de forma instintiva.

—¿A qué se refiere?

—Bien, voy a serle completamente sincero. La señora Claussen parece no encontrarse muy bien.

—¿En qué sentido?

—En la cocina de a bordo se le ha caído una bandeja llena de vasos.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

La mirada del piloto se endureció.

—Eso es justo lo que intento averiguar, doctor Krüger. Cuando le pregunté a la señora Claussen si necesitaba un descanso, ella dijo, y la cito literalmente: «Me encuentro bien, lo que ocurre es que he tenido unas conversaciones intensas con el doctor Krüger».

—Ajá.

Mats actuó como si esa confidencia le dejara indiferente.

—Como psiquiatra habrá oído hablar del proyecto de la ley PPT, ¿verdad? —cambió abruptamente de tema el comandante.

—¿Eh...? ¿Cómo? —dijo, aunque Mats asintió.

Pre-Psico-Test (PPT) era el nombre de un procedimiento poco serio con el que supuestamente podían reconocerse con rapidez los patrones de algunas conductas psicopatológicas. Mats lo consideraba pura charlatanería y alarmismo. Sin embargo, tras la catástrofe de Germanwings, en la que un copiloto, que al parecer sufría una enfermedad mental, arrastró consigo a la muerte a centenares de personas, después de encerrarse en la cabina de pilotaje y de estrellar su avión en los Alpes, volvieron a oírse con mucha fuerza las reivindicaciones de un reconocimiento precoz de las psicopatologías. Además de la participación obligatoria en test psicológicos estandarizados con preguntas de opción múltiple, en el centro del debate estaban los análisis de sangre, mediante los cuales se quería investigar regularmente el posible consumo de psicotrópicos por parte de la tripulación.

—Considero el PPT una patraña inútil —dijo Mats—. No sirve para nada; al igual que resulta imposible reconocer a un criminal por el color de su pelo,

no se va a poder mirar en la mente de nadie con ayuda de un formulario rellenable. Todo el que toma antidepresivos no está incapacitado para trabajar y tampoco representa un peligro, ni mucho menos. No sin motivo se considera que esa ley no alcanzará ninguna mayoría en el Parlamento Europeo.

Pereya asintió.

—No obstante, en LegendAir estamos pensando en test voluntarios que vayan más allá de los mínimos prescritos por la ley hasta el momento.

Mats trató de aguantar la intensa mirada del piloto.

—Eso es interesante, pero no habrá hecho el esfuerzo de venir hasta aquí para decirme eso, ¿verdad?

El comandante dio un paso para acercarse a él.

—Voy a serle del todo franco, doctor Krüger. No me preocupa para nada la señora Claussen. Es una empleada muy capaz que tal vez trabaje en exceso. Me preocupa usted.

—¿Yo?

—Me gustaría poder contar con ese procedimiento PPT desde hace mucho tiempo y aplicarle a usted una serie de test aquí a bordo. Me produce unas vibraciones muy raras y me gustaría saber qué le ocurre: una persona como usted sería justamente la indicada para someterse a una investigación preventiva. —Esbozó una sonrisa carente de alegría—. Me refiero a que primero llama nuestra atención reservando varios asientos a la vez y nada más despegar sufre un ataque de pánico. Luego organiza un escándalo entre mi tripulación. Culpa a un azafato de un ataque violento y después se dedica a molestar a la señora Claussen.

—No he molestado a nadie —dijo Mats, a quien acababa de ocurrírsele una idea.

Si no se equivocaba, uno de sus colegas se ocupaba en firme de la investigación del PPT. Era un médico cuyo nombre había vuelto a oír hoy después de muchísimo tiempo: ¡Klopstock!

«¡No puede tratarse de una casualidad!».

Mats se propuso consultarlo en Google tan pronto como tuviera oportunidad.

—No nos peleemos por el significado de las palabras. Lo único que quiero es que se mantenga alejado de la señora Claussen, ¿de acuerdo?

Mats no mostró reacción alguna.

En cambio, Pereya sonrió con un gesto en apariencia conciliador y dejó vagar la mirada por la Suite Sky.

—Y aquí arriba uno puede estar estupendamente sin ella, ¿verdad?

Se puso de nuevo la gorra de piloto, y su voz encajaba ahora a la perfección con los ojos fríos como el acero con los que fijó su mirada sobre Mats.

—No quiero volver a oír hablar de ningún incidente más, ¿entendido? Así no tendré que preocuparme de adoptar otras medidas.

Nele

Cajas de cartón y de madera, desechos... Nele no tenía más que una vaga idea sobre el lugar al que había ido a parar. En cualquier caso, se trataba de objetos blandos que por suerte cedieron a su caída, pues de lo contrario se habría partido la espina dorsal, lo que habría sido más grave que la torcedura de pie que había sufrido.

—¡Aaay! —profirió el grito de guerra de su lucha en el parto dentro de aquel pozo, canalización, desagüe o lo que fuera aquello.

Estaba sentada con las piernas dobladas en ángulo sobre una especie de somier, encima de la basura que se había lanzado allí en el transcurso del tiempo. Estaba encajada sobre el follaje y unas mantas viejas, entre las cajas que debía haber hecho añicos en su caída. Tenía contusionados el pie izquierdo y el coxis, pero aquel dolor no tenía apenas importancia en comparación con el resto.

Nele olió la sangre y los excrementos y se oyó gritar a sí misma:

—¡¡¡Aaay!!!

Aquel aullido no era una maldición ni tampoco una súplica, era simplemente un grito. Proferirlo, con ese alargamiento de la vocal, le procuraba alivio, si bien muy escaso.

La intensidad de las contracciones había vuelto a cambiar una vez más. Con los codos apoyados en el enrejado dejó de oponer su cuerpo a las oleadas de los espasmos. Arriba, en el barracón, había emprendido todo lo que estaba en su mano para contener de alguna manera el parto. Ahora había abandonado esa actitud, respiraba con la contracción y no en su contra. Lo estaba percibiendo. Su bebito no quería permanecer por más tiempo dentro de su cuerpo. Quería salir desde la seguridad del vientre a este mundo, que a Nele no se le había revelado nunca con tanto horror como en estos momentos.

—¡Aaay!

Su grito desgarró la oscuridad y luego cesó todo. Por el momento. La oleada había alcanzado su cénit. Las contracciones volvieron a retirarse. De momento. Dejaron a Nele temblando, jadeando y gimiendo, a solas con su cuerpo llagado. Por el momento.

—¿Se encuentra bien?

Nele miró hacia arriba, en dirección al borde del pozo.

No podía ver a Franz. Era solo una sombra que se inclinaba sobre la abertura.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

«Sí. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?».

—Santo cielo, ¿sabe dónde se encuentra? Ha saltado al muladar. Ahí es donde antiguamente se dejaban los cadáveres. Aquellas pobres vacas, después de que las hubieran ordeñado hasta la muerte y de que ni siquiera sirvieran para ir al matadero. Los terneros muertos al nacer. La carniza.

«Pues entonces estoy en el sitio adecuado», pensó Nele en un atisbo de tristeza infinita.

Estaba perdida. Secuestrada por un malvado, había ido a parar a un lugar que casaba exactamente con su estado emocional de aquel momento. Ella no era más que carniza. No estaba en condiciones de producir nada más que un aborto. Aunque lograra dar a luz de alguna manera, herida, con el vientre rasgado y el cuerpo magullado, con toda seguridad iba a contagiar a su hijo con su propia sangre.

—Oiga, las cosas no funcionan así. La acción no estaba planeada de esta manera —le aclaró el loco con toda seriedad.

—¿Ah sí? ¡No me digas, pajillero de mierda! —Nele no pudo reprimirse durante más tiempo y le espetó toda la rabia acumulada—. Siento mucho estar causándote tantas molestias.

—No lo entiende. Ya le dije que todo esto no va en contra de usted ni de su bebé. No quiero que le pase nada.

—Entonces deja que me vaya —replicó Nele vociferando, sabedora de que esa exigencia era en ese preciso momento imposible de satisfacer. El pozo era angosto y, por lo que podían entrever sus ojos, no había escalera ni ninguna otra posibilidad de ascensión. Y si existiera, apenas habría podido utilizarla en su estado.

—No puedo dejarla ahí abajo. Es imposible. ¡Así no puedo documentar la acción!

—Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que vas a documentar? ¿Te pone cachondo filmar a mujeres durante el parto?

—No, no, no —retumbó desde arriba—. No, eso no. Por favor, no diga algo semejante.

De nuevo esa sinceridad en la voz. El esfuerzo y el deseo de ser entendido.

—Lo hago solamente para demostrar al mundo la crueldad de la producción de la leche.

—¡Has perdido el juicio!

—¿Yo? —preguntó soltando un gallo—. Lo ha perdido la gente. Soy el único que parece estar todavía en plena posesión de sus facultades mentales.

«Sí, claro».

—Se lo pregunto a usted, Nele. ¿Ha pensado alguna vez que la leche es el único producto que no puede crearse mediante atenciones hacia los animales?

«No. Y en estos momentos no hay nada que me importe menos», pensó Nele.

—Se puede tener a los animales sueltos y matarlos después de una larga vida. Se puede tener a las gallinas en un corral y a las vacas pastando en los prados. Tal vez sea posible que nosotros, los humanos, deparemos una vida feliz a nuestros animales útiles. Yo no como carne, pero acepto los esfuerzos de unos pocos campesinos para que los animales lleven una existencia digna antes de su muerte. Solo hay una cosa que no puedo ni voy a aceptar jamás, y esa es la producción de leche. Nadie, lo digo de verdad, NADIE en este país se preocupa de que la leche solo pueda generarse a través de unos increíbles sufrimientos que duran toda la vida.

Muerte. Sufrimientos que duran toda la vida.

Por el momento, Nele solo veía para sí misma esas dos posibilidades.

Desplazó a un lado una bolsa de plástico y una lata vacía de cerveza y se tumbó lo más horizontal que pudo boca arriba, para distender un poco más el fondo pélvico. El bebé, y de eso estaba muy segura, había seguido deslizándose hacia abajo, las contracciones lo habían colocado en otra posición, pero esa postura no le daba buenas sensaciones. ¡No sentía que fuera la correcta!

Aunque, como es natural, no podía decir si solo eran imaginaciones suyas; a fin de cuentas, no tenía ninguna experiencia en partos y tenía de comadrón a un loco de alguna protectora de animales.

—Las vacas son criaturas muy sensibles e inteligentes —dijo Franz—. Están provistas de un instinto maternal similar al que usted siente ahora, Nele.

¿Qué tiene que pasar para que esos animales tan emocionales produzcan leche?

«Han de tener hijos», pensó Nele, y se pasó la mano por la barriga que durante las últimas semanas se había estado frotando cada día con aceite de caléndula contra las estrías.

—¡Eso es! —exclamó Franz como si Nele hubiera dicho algo—. Las vacas tienen que quedarse preñadas. Y entonces, para que puedan dar leche de forma ininterrumpida, tenemos que quitarles sus terneros. ¿Comprende este doble crimen? ¡A un animal mamífero de gran sensibilidad le arrebatamos su bebé inmediatamente después del nacimiento! Y luego le robamos al bebé la leche que no deberíamos beber en absoluto, ya que nuestro cuerpo no la tolera.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? —replicó Nele gritando, aunque no deseaba ninguna respuesta a su pregunta. Ninguna conversación. Lo que quería era que cesara de una vez por todas este disparate—. ¿Quieres castigarme porque bebo leche?

—No. Quiero mostrarle lo que significa que una madre pierda a su hijo después de nacer. Es algo drástico, lo sé, pero no veo ninguna otra opción. Lo he intentado todo. He firmado peticiones, he asistido a manifestaciones, he alzado mi voz en YouTube y en Facebook. Pero en este ruidoso mundo solo se oye a quien vocifera más fuerte. ¿Cuántos vídeos no habré subido ya? Vídeos de vacas que se pasan días enteros mugiendo por sus terneros. De esas pobres criaturitas que lloran por su madre, atados dentro de una cuadra diminuta, solo para que su madre, encadenada toda su vida a unas máquinas ordeñadoras, pueda llevar una existencia miserable, antes de que el último resto de miseria sea conducido con descargas eléctricas hasta los transportes de ganado, a no ser que las heridas abiertas y las tripas reventadas sean tan evidentes que ni siquiera el más codicioso de los barones de la carne quiera procesar ese cadáver que respira para convertirlo en embutido a precios rebajados. En ese caso se las arrojaba a este pozo de aquí.

Durante este arrebató de Franz, Nele prácticamente se había olvidado de los dolores en su vientre. El miedo que había desatado aquella amenaza subliminal tenía dominados todos sus sentidos.

—¿Quieres quitarme a mi bebé?

«¿Después del parto?».

—Tengo que hacerlo —exclamó él, y su voz sonó tan triste como firme—. Un vídeo del dolor de su pérdida captará la atención un millón de veces más que los millones de vídeos que la PETA y otras organizaciones de

defensa de los derechos de los animales han publicado ya sobre las malas prácticas en la producción de la leche. ¡Entiéndalo! Apenas hay gente que sepa cómo se produce la leche con la que mezclamos nuestro café o rociamos nuestros cereales. Muchos incluso se creen las mentiras de la publicidad que dicen que los terneros pueden quedarse en el establo de las madres, pero eso no es así. Una vaca que puede amamantar no permitiría cerca de ella a nadie que la ordeñara si su cría estuviera a su lado. La protegería y se pondría furiosa. Por eso se la quitan. Y por eso hago esto de aquí. Después de este vídeo, todo el mundo sabrá lo que significa separar a una madre de su bebé únicamente por un sorbo de leche. Únicamente para nuestro placer.

Al comienzo de la charla de Franz, Nele se había llevado las manos a la cara pensando que a ese loco dotado de raciocinio no había manera alguna de ayudarlo a sanar. Ahora le vino a la cabeza una idea que había ido tomando forma a lo largo de su monólogo. Durante un rato dejó que Franz pronunciara sus frases sin interrumpirlo. Solo cuando él quiso informarse de si lo había entendido todo, ella, siguiendo la estrategia de supervivencia que acababa de adoptar, dijo en voz baja:

—Nunca lo había pensado de esa manera, pero creo que...

—¿Que qué?

—Sí, creo que ahora lo entiendo —dijo Nele, y ni siquiera estaba mintiendo.

En su delirio, y esto era una buena noticia, Franz seguía una lógica interna. Eso significaba que actuaba de una manera racional y no imprevisible. Además, en realidad parecía que aborrecía lo que le estaba haciendo a Nele aquí, a pesar de que lo consideraba necesario e ineludible. Por consiguiente, era lo contrario de un psicópata. Tenía sentimientos, no solo hacia los animales a los que tanto amaba, sino también hacia ella, la víctima. Sus lágrimas atestiguaban su empatía, es decir, su accesibilidad, y Nele podía sacar provecho de ello.

—No lo he entendido del todo todavía —le hizo saber, y sus palabras resonaron sordamente por las paredes del pozo cuando alzó la voz—. Pero podemos hablar de ello cuando me saques de aquí.

—Bien, sí. Con mucho gusto.

El entusiasmo de Franz sonó sincero. Su reacción era como la de un niño que llora porque se ha caído al suelo, y luego sonrío y sigue corriendo después de que su padre le haya prometido un helado.

—Tengo que ver si hay cerca alguna tienda de materiales para la construcción. Me procuraré un torno de cable y unas correas para transporte o

algo similar para izarla desde ahí, ¿vale?

Al parecer se había apartado del borde del precipicio, porque su voz sonaba ahora algo más alejada.

—Sí. Está bien. Pero por favor, apresúrate —dijo Nele jadeando ya otra vez.

Todavía no había llegado el momento, pero podía tardar solo algunos segundos en resurgir el impulso de tratar de expulsar algo muy grande por un canal demasiado estrecho. A su bebito, que ojalá se hallara en la posición correcta. Aunque en esos momentos su instinto le estaba diciendo exactamente todo lo contrario.

Mats

Prof. Dr. André Klopstock

Entre los centenares de páginas y de artículos en la red, Mats se decidió por la entrada en la Wikipedia dedicada a este médico de triste recuerdo. La conexión a internet aquí arriba, por encima de las nubes, era estable, sí, pero claramente más lenta que en tierra. Tal vez se debía a que Mats se había conectado a la red a través del navegador del monitor y no con su teléfono móvil. Los ojos le lagrimeaban por el dolor de cabeza, que todavía no había remitido, y la pantalla de su móvil era demasiado pequeña para poder leer bien algo.

«Klopstock es un oncólogo y psiquiatra alemán». Mats leyó la primera frase del artículo y, a partir de ahí, pasó a leer por encima.

Con los cursores del mando a distancia iba bajando párrafos. Conceptos clave como «casado», «con varias clínicas en Berlín», «comprometido con la sociedad», «rotario» y «laboratorio» fueron captando su atención.

Nada que él no supiera ya de su pícaro colega, con quien había estudiado la carrera en la Universidad Libre de Berlín ubicada en Dahlem, y junto al que había estado en un grupo de certificación en la mesa de disección. Ya por entonces le había disgustado la arrogancia de André, al igual que su afán de protagonismo (había redactado un retrato de sí mismo en la revista universitaria de medicina). Su «olfato para los negocios» no era otra cosa, a ojos de Mats, que una mezquina codicia. Así, Klopstock había comerciado con antiguas tesinas, un negocio tan lucrativo como sospechoso de atentar contra los derechos de autor.

Aquel hombre era un presumido, un arrogante y, con toda seguridad, un corrupto.

«Pero ¿también un criminal?».

Mats negó con la cabeza. A pesar de que creía capaz de muchas cosas a André Klopstock, el secuestro o el asesinato en serie no figuraban entre ellas.

«¿O sí?».

«Los test caseros de Klopstock».

Un nuevo concepto clave llamó su atención. Estaba en azul y subrayado, por lo tanto se trataba de un enlace a otra página que, sin embargo, no le llevó a la meta deseada.

Bien, así que Klopstock no se estaba haciendo de oro solamente con sus pacientes, enfermos de sida y de cáncer, aplicándoles unos caros procedimientos de diagnóstico en su laboratorio y procediendo luego a su tratamiento, sino que también se había abierto al lucrativo mercado del autodiagnóstico. Tenía las patentes de pruebas para la detección del virus del sida, unos test carísimos que se enviaban a personas preocupadas que deseaban evitar ir al médico, la mayoría de ellas por pudor.

Todo esto era consecuente con la trayectoria de Klopstock.

Mats siguió avanzando, y entonces, por fin, le saltó a la vista las tres letras buscadas.

Mats se levantó y se acercó a la pantalla como si hubiera recibido una descarga.

PPT.

«¡Lo sabía!».

Pre-Psico-Test.

A Mats le sobrevino la necesidad perentoria de volver a sentarse. Se tambaleó, pero esa perturbación del sentido del equilibrio no se debía a ningún movimiento del avión. Su tambaleo era interior y, como sabía perfectamente que esa agitación interna no se calmaría por el mero hecho de dejarse caer en un sillón, permaneció de pie y se apoyó en la mesa.

Debajo de una foto sacada de la prensa de Klopstock, el redactor de la entrada sobre el PPT citaba el fragmento de un folleto publicitario:

La Klopstock-Medical (KM) ya es la empresa líder en análisis de orina y de cabello efectuados a pilotos, conductores y soldados. Es decir, a personas en puestos de responsabilidad, de cuyo intachable desempeño profesional depende con frecuencia la vida de cientos de vidas humanas, y a quienes, por esta razón, se les practican regularmente test de detección de drogas y de alcohol, con la aprobación de las partes implicadas y dentro del

marco de las leyes vigentes en la actualidad. Junto a estas pruebas orientadas al estado de salud físico, la KM se ocupa también desde hace muchos años del diagnóstico precoz de conductas psicológicas peculiares tales como depresiones, pensamientos suicidas, alucinaciones o psicosis. Estas perturbaciones no son menos peligrosas que las enfermedades físicas y los estados de embriaguez, pero hasta la fecha no habían podido detectarse mediante una serie de test. La KM ha conseguido llevar a cabo con éxito el primer procedimiento Pre-Psico-Test.

Con ayuda del procedimiento PPT resultará posible detectar en una fase muy temprana las intenciones suicidas en pilotos de aviones de pasajeros. Se trata de una serie de formularios de un elevado nivel de desarrollo, gracias a los cuales puede examinarse a miembros de la tripulación e incluso a los pasajeros durante las fases de espera para el embarque en las terminales, con el fin de detectar algunas conductas psicológicas peculiares. Estos test psicológicos vienen complementados con análisis de sangre practicados al personal de a bordo. El procedimiento PPT se encuentra todavía en fase de experimentación, pero ya existe un proyecto de ley que, basado en estudios clínicos positivos, pretende normalizar con carácter urgente un método de control para la detección precoz de conductas psicológicas peculiares.

Mats miró a la izquierda, a través de la ventanilla del avión, hacia la oscuridad exterior, que le pareció más densa que antes. No podía haber un color negro más intenso, ni siquiera en las profundidades marinas.

Tenía la sensación de estar en posesión de un espejo en el que estaban rotuladas la verdad y las respuestas a todas sus preguntas. Solo que ese espejo estaba hecho añicos en el suelo, frente a él, y había que juntar todos los pedazos para componer una totalidad que tuviera sentido.

- Feli sospecha que el chófer de Klopstock tiene algo que ver con el secuestro de Nele.
- El mismo Klopstock está trabajando en la investigación del PPT.
- El piloto ha hablado del PPT.

Aquí había una conexión que le estaba llamando a gritos, por decirlo así.

Ahora bien, ¿qué tenía que ver la desaparición de Nele con los test de detección precoz de conductas psicológicas peculiares?

«¡El móvil de la trama! —recordó la primera de sus preguntas, que hasta el momento seguía sin respuesta—. ¿Quién saca provecho de que yo haga estrellar este avión?».

Mats se llevó las manos a las sienes y las masajeó. Presintió que estaba a punto de obtener una visión de conjunto. Mejor dicho, percibió que la pregunta sobre el móvil de la trama se había quedado demasiado corta.

—¡PPT! —dijo en voz alta—. Esa es la conexión. Al extorsionador no le importa que yo estrellé el avión.

«Para ello habría podido colocar una bomba o procurarme un arma».

En lugar de eso, el extorsionador se esforzaba por espiarlo, por cotejar los datos de su vuelo con el horario de servicio de Kaja y por introducir de forma subrepticia películas secretas en la programación de a bordo.

—La pregunta es más bien: ¿por qué quieren que haga estrellarse un avión precisamente de esta manera?

«¡Manipulando a una persona! ¡Encendiendo la mecha de una bomba psíquica!».

Mats tembló por la excitación, como si la corriente le estuviera pasando por el cuerpo. La respuesta conducía de nuevo a Klopstock: PPT.

«Klopstock quiere una autorización para el PPT. ¡La ley no tiene mayoría! Necesita un precedente».

De pronto todo cobraba sentido.

«Klopstock quiere estrellar el avión para demostrar la necesidad de los controles psicológicos. No solo para los pilotos, sino también para la tripulación. Y para pasajeros como yo. Para forrarse ganando millones a espaldas si sus test, de pronto, tienen que llevarse a cabo por ley en decenas de aeropuertos de toda Europa».

Mats sintió un escalofrío, asustado en lo más profundo por sus propias conclusiones. Apagó el monitor y clavó la mirada en su mano, que seguía empuñando el mando a distancia y no quería cesar de temblar.

Estaba desolado y, a la vez, tan excitado, que creía poder sentir cada pelo de su cuero cabelludo.

«Sí, todo cobra sentido entonces», volvió a pensar otra vez, aunque a pesar de todo... había algo allí que no encajaba en ese cuadro.

Y ese algo era un pavo presumido de casi metro noventa de estatura llamado Klopstock.

«¿De verdad que no le importaría pasar por encima de tantos cadáveres solo para acumular aún más dinero en sus cuentas, que ya amenazaban con tener que cerrar por abarrotamiento?».

Mats se encaminó al asiento 7A para averiguarlo.

Feli

Patio trasero, cuarta planta. Cemento gris pintarrajeado con grafitis, puntos de anclaje irrompibles para bicis en el patio interior y un pestazo a pis de gato en la escalera.

Feli nunca se habría imaginado que existieran unas condiciones tan desoladoras en una vivienda situada en la inmediata cercanía del Paris Bar, al que seguía acudiendo gente que, ahora igual que en el pasado, opinaba que solo por el hecho de haber tomado una copa en él ya pertenecías a la más selecta sociedad berlinesa.

«Pobre, pero fea», había pintado un guasón con rotulador grueso en una puerta blindada de color marrón, en alusión a la cita de Wowereit, exalcalde de la ciudad: «Pobre, pero sexi».

Feli no pudo contradecir al autor de la pintada.

Aquella construcción angosta de los años setenta en la que debía malvivir Franz Uhlandt era un engendro, una atrocidad arquitectónica. Techos bajos, paredes de hormigón proyectado y ventanas troneras, al menos según lo que se veía desde la calle Kant.

Feli fue subiendo la escalera de casa y pasó al lado de cochecitos para niños, zapatos sucios, bolsas amarillas para el reciclado del plástico y bolsas con botellas retornables vacías, hasta que llegó por fin a la cuarta planta. No quiso confiar en el ascensor, que era de una estrechez claustrofóbica.

Ahora, casi sin aliento por los escalones, se encontraba ante la puerta en cuyo timbre figuraba un letrerito con las iniciales *f. u.*

«¿Franz Uhlandt?».

Tenía que ser por fuerza aquí, si el dato de la «central de empresas» en la tarjeta de visita era correcto.

«Taxi, transporte de enfermos y servicios de chófer», ponía en el trocito de cartulina sin ningún adorno que la recepcionista de Klopstock había entregado a Feli. Planta cuarta, puerta izquierda.

Pulsó el timbre, pero no oyó si había sonado realmente en el interior de la vivienda, así que volvió a llamar, aunque esta vez golpeando con la palma de la mano contra la puerta.

«Ay».

Se había olvidado momentáneamente de que seguía teniendo magullados los dedos. No era nada inteligente utilizarlos como instrumento de percusión.

Así que trató de llamar de nuevo, esta vez con la otra mano, al tiempo que gritaba el nombre de Uhlandt.

De pronto se abrió la puerta. Pero no la que tenía delante, sino la que estaba detrás de ella.

—Está bien, ya está bien... ¡No ande gritando de esa manera! —dijo una voz ronca que provenía de la vivienda de enfrente.

Como si en esa casa hubieran quedado anuladas las leyes de la física, el sonido llegó excepcionalmente antes que la luz; ella oyó primero la voz de un hombre mayor y luego el cuerpo enjuto correspondiente surgió desde la penumbra de su vivienda hasta el descansillo de la escalera.

—Espere, espere un momento...

La bata de aquel hombre, seguramente octogenario, sonaba como el papel seco cuando se acercó a Feli arrastrando los pies en unas pantuflas marrones. Tenía el pelo canoso sin lavar y con la raya bien marcada, y una cara que parecía estar abovedada hacia dentro, lo cual podía deberse a que apenas le quedaban dientes en la boca. Y este detalle, a su vez, explicaba su ronco mascullar.

—¿Es usted la nueva?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué no ha llamado entonces a mi puerta?

Feli permaneció en silencio por la sencilla razón de que no tenía ni idea de quién era ese hombre ni lo que deseaba de ella. Aún menos pudo explicarse por qué razón se sacó de los abismos de su bata un manojito de llaves demasiado grande para sus manos llenas de lunares y le abrió la puerta del piso de Uhlandt.

—Dijo que se pondría en contacto conmigo cuando viniera.

—¿Franz? —preguntó Feli, completamente confusa.

—No, Brad Pitt —berreó el anciano en un estilo muy berlinés. Cuando a alguien de la capital se le presentaba la oportunidad de tomarle el pelo a otra

persona, la aprovechaba sin vacilar—. A Brad le encanta la lujosa vida de aquí. Por eso se compró además una mansión en Malibú. —Abrió la puerta de un empujón, con una risa similar a la tos de un fumador—. Simplemente cierre de golpe cuando haya terminado con la limpieza del culo —gruñó—. ¿Entendido?

—¿Con qué? —se le escapó a ella.

—¡Oh! Perdón. No pretendía herir sus sentimientos. Bueno, ¿qué? ¿Va a entrar de una vez?

—Sí —dijo Feli sin entender con quién la confundía aquel jubilado.

Esperaba impaciente a que desapareciera de nuevo en su domicilio. Pero él se quedó parado ante ella y la miró fijamente, como un botones que espera una propina del cliente. Y, como el hombre no daba señales de irse, tal vez le tocaba a ella dispersar esa grotesca reunión.

La posibilidad más lógica y racional consistía en darse la vuelta de inmediato y abandonar el edificio lo más rápidamente posible. Pero entonces ¿qué iba a decirle a Mats?

«Lo siento, me encontraba ante la puerta del presunto secuestrador de tu hija, pero no me he atrevido a entrar».

La alternativa irracional sería entrar primero a echar un vistazo al interior de aquella vivienda, al parecer abandonada, mientras hablaba con Mats por teléfono.

—Muchas gracias de nuevo —dijo Feli decidiéndose por esta segunda opción.

Entró en el piso de Uhlandt y cerró tras ella. Por la mirilla vio cómo aquel extraño personaje se alejaba de la puerta y desaparecía entre sus cuatro paredes.

Feli esperó un ratito más y a continuación abrió la puerta de la casa de Uhlandt y la dejó entornada para poder huir más rápidamente si lo necesitaba.

«¿Y ahora qué?».

Dio un paso hacia el pasillo y se asustó por los focos del techo, que se iluminaron gracias a un sensor de movimientos y sumergieron el vestíbulo en una luz cálida, blanda.

—¿Hola? ¿Señor Uhlandt?

Feli esperó en vano una respuesta y miró a su alrededor. El piso estaba ordenado, de una manera casi meticulosa. Las botas de goma estaban bien alineadas encima de un enjugador; las llaves, todas con adhesivos rotulados, colgaban de un gancho junto a la puerta; una mantita de encaje, alineada con precisión y de un tamaño adecuado, guarnecía la cómoda.

Tal vez Franz se había equivocado con el ambientador apropiado para la estación. Ahora, en otoño, olía ya a Navidades, a canela y almendras dulces.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó Feli a la oscuridad que se extendía por detrás del pasillo.

Era la segunda vez en pocas horas que se adentraba en un piso ajeno. En casa de Nele, el resultado había sido doloroso. Y esta vez tenía unas vibraciones mucho peores.

Feli echó mano de su móvil y esperó lo que ella percibió como una eternidad hasta que se produjo el establecimiento de la llamada.

—¿Mats?

Tuvo que pasar el desfase de tiempo habitual hasta que él respondió:

—¿Dónde estás?

—En casa de Franz Uhlandt. Al menos eso creo. Todo esto de aquí tiene una pinta muy extraña.

—¿A qué te refieres?

—Ni idea. Tengo un presentimiento jodidamente malo sobre todo este asunto. ¿Qué estoy haciendo aquí en realidad?

—¿Estás sola?

—Eso espero.

—Bien, busca un portátil, algún documento o un estudio.

—Está bien.

Feli abrió la primera puerta a su derecha y se vio a sí misma. El espejo del baño estaba colocado en la cabecera de un cuarto cuadrado, sin ventanas. También aquí todo estaba más limpio que una patena. No había salpicaduras de agua en el espejo y solo las imprescindibles en el borde del lavamanos. Pasta dentífrica, un expendedor de jabón, una afeitadora eléctrica.

—¿Has descubierto algo?

—No.

Feli abrió el armarito con espejo que colgaba sobre el lavamanos. Los tubos y los paquetes de medicamentos estaban colocados en hileras, unos al lado de los otros en intervalos regulares. Un contraste absoluto con el orden caótico del baño de Nele.

Ibuprofeno, pastillas de cinc, aspirinas, vitamina B, Voltarén. Nada que llamara la atención de Feli. Excepto...

«¿Qué narices es...?».

—¿Qué tienes? —preguntó Mats, que debía haber oído cómo ella chasqueaba la lengua.

—Creo que ese Franz cambia de aspecto.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí hay un tubo de adhesivo. Y una caja vacía para dentaduras.

Pausa.

—Vale, ¿qué hay en su estudio?

—Voy a buscarlo.

—Bien, llámame cuando tengas alguna novedad. Yo estoy siguiendo aquí un rastro.

—De acuerdo.

Feli colgó, cerró el armarito y tiró su móvil profiriendo un grito cuando vio reflejado en el espejo a un personaje que había entrado a hurtadillas en el baño con una macheta en la mano. Y Feli gritó todavía más alto cuando distinguió que su atacante no estaba sola.

«Como en casa de mamá», se le pasó absurdamente por la cabeza. La macheta tenía una cuchilla bicolor. La parte del filo era clara, del color del grafito, y el resto, fijado al mango, era de color negro. Se parecía a la macheta con la que la mamá de Feli picaba la carne o el hielo de los congelados en la cocina. No era muy grande, pero sí demasiado aparatosa para aquella mujer enclenque que la mantenía sujeta con ambas manos.

No, esa persona no estaba en condiciones de abalanzarse sobre el cuerpo de Feli desde la posición en la que se hallaba. Pero sí podía arrojarle la macheta. Aquella mujer en silla de ruedas no podía hacer otra cosa si pretendía producirle una herida seria a Feli.

Y eso es precisamente lo que parecía proponerse. Con una cara extasiada, casi ardiente por la ira, tomó impulso.

Feli aún oyó gritar a la mujer «¡LADRONES!» y la macheta se desprendió de sus manos. Creyó percibir el soplo del viento antes de que el metal penetrara zumbando en su cráneo, lo partiera en dos y penetrara en el cerebro. Por ello gritó a la espera del dolor y de la muerte, pero no tan fuerte como se puso a hacerlo en ese momento la anciana. Pero ahora no era por la ira, sino también por el miedo.

Igual que Feli.

La señora en silla de ruedas, que ahora ya no tenía el aspecto de una persona mayor airada, sino sobre todo de alguien enfermo, giró con brusquedad la cabeza y miró con ojos exangües hacia arriba, directamente a la cara del hombre que le había arrebatado el arma.

—¡SOCORRO! —gritó, y Feli se llevó la mano a la boca.

Con un alivio infinito y feliz por haber dejado la puerta abierta.

A través de la cual era evidente que Livio la había seguido.

—¡Socorro! Ladrones...

El grito de la mujer en silla de ruedas acabó en unos sonidos sofocados, ahogados, porque Livio le tapó la boca con la mano. Ella era demasiado débil para defenderse. En conjunto parecía no pesar mucho más que el pijama de seda de color lila en el que estaba embutida.

—Tranquila, calma —dijo el salvador de Feli, y se arrodilló hasta ponerse a la altura de los ojos de la anciana—. No vamos a hacerle nada, ¿entendido? No somos ladrones ni tampoco queremos hacerle nada malo.

Los ojos de la mujer se dilataron y ella dejó de gritar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Feli al joven. En la agitación había pasado al tuteo.

—Lo mismo te pregunto a ti —respondió Livio, y se volvió un momento hacia ella—. Solo quería devolverte la cartera que perdiste en mi coche.

Feli se palpó el bolsillo de la chaqueta, que estaba, en efecto, vacío. Entretanto, la mujer en silla de ruedas había dejado de gritar y Livio se atrevió a aflojar la presión de su mano.

—Ha sido una suerte llegar a tiempo.

La anciana tosió y se limpió un hilo de baba del labio inferior.

—Por todos los diablos, ¿quién es usted?

Feli avanzó un paso y se arrodilló también ante ella como había hecho Livio.

—Soy la doctora Felicitas Heilmann —dijo con la esperanza de poder ganarse algo de su respeto con la mención de su título académico y, así, recuperar la confianza de esa persona. Y le salió bien.

—¿Es usted médica? —preguntó la anciana, recelosa.

—Sí.

—Entonces ¿qué hace aquí, en mi vivienda? ¿Qué se le ha perdido dentro de mi baño?

—Buscamos a Franz Uhlandt. ¿Vive aquí?

—¿Es así como se llama ese tipo? —oyó decir a Livio, que entretanto se había vuelto a colocar detrás de la silla de ruedas. Tenía un pie en el baño y el otro en el pasillo. Feli recordó que no había estado presente en la conversación con Klopstock.

—¿Mi Franz? —preguntó la mujer en silla de ruedas.

No fue hasta entonces que Feli tuvo la calma suficiente para mirarla con más detenimiento a la cara. Era muy delgada, con la escualidez que solamente se adquiere a consecuencia de una enfermedad grave. Apenas conservaba tejido adiposo bajo la piel, la cual estaba tan tensa sobre los huesos del cráneo que a Feli le dio miedo de que pudiera reventar como un globo si se la arañaba con la uña de un dedo. Se le había caído casi todo el pelo, con excepción de unos pocos mechones de color ceniza. Si alguna vez había sido una persona atractiva, y en su favor hablaban los rasgos simétricos de la cara, la frente alta y las mejillas uniformes, en la actualidad debía sufrir por fuerza muchísimo al mirarse al espejo. La enfermedad que padecía le había robado toda su belleza a la anciana.

—Creemos que Franz está metido en problemas —dijo Feli, henchida de repentina compasión.

La anciana se rio sin ganas.

—Para ese pronóstico no se precisa ser ninguna vidente. «Problemas» es nuestro segundo apellido.

—¿Recibe siempre a los desconocidos con una macheta? —preguntó Livio detrás de ella.

—¿Entra usted a robar siempre a personas impedidas físicamente?

Al ver cómo la anciana giraba el cuello arrugado hasta incluir a Livio en su campo visual, Feli no pudo evitar pensar en una tortuga.

—Puede decir que es una suerte que no tenga ninguna escopeta en casa. ¿Cómo demonios han entrado?

—Me abrió su vecino —le explicó Feli—. Usted no lo hacía y, aparentemente, él me ha tomado por su cuidadora.

La mujer en silla de ruedas se golpeó en la cabeza.

—Ese idiota de Petereit está demente. Ayer ya estuvo aquí la cuidadora de ancianos. ¡Qué imbécil! Le pedí que abriera la puerta porque a veces, con los medicamentos, no oigo el timbre. Pero no hoy. Mi hijo me ordenó que no me acercara a la puerta pasara lo que pasase. Me avisó de que alguien podría entrar a robar.

—¿Franz es su hijo? —preguntó Livio.

—Solo tengo cincuenta y cinco años. Sí, ya lo sé. Tengo pinta de tener el doble. Esta maldita atrofia ósea. —La madre de Uhlandt hizo un gesto de resignación con la mano—. Mi Franz dice que es por culpa de la leche.

—¿Cómo dice?

Clavó una mirada sombría en Feli y se encogió débilmente de hombros.

—Es vegano, ¿sabe? Tiene sorbido el coco con la idea de que los productos animales nos enferman a todos. Y, por encima de todos ellos, la leche. Por todos los cielos, desde que vive conmigo no deja que haya queso, ni yogur, ni siquiera una chocolatina en la casa. Dice que el ser humano es el único mamífero que sigue bebiendo leche después del destete y que esta es la causa de mi enfermedad. A mí me parece más bien que se debe a una mala genética, pero mi Franz no quiere oír hablar de tal cosa.

Llevó las manos a los radios de la silla para salir del baño, pero Livio la retuvo.

—¿Por qué le dijo su hijo que no se acercara hoy a la puerta y que contaba con que podían entrar ladrones? —quiso saber él.

—Da igual. ¿Qué hago aquí hablando con ustedes? Lárguense o llamo a la policía.

—Está hablando con nosotros porque queremos ayudar a su hijo —dijo Feli, que se dio cuenta de que Livio le prestaba ahora la misma atención que a la madre de Uhlandt—. Y puedo asegurarle que Franz no desea para nada que usted avise a la policía. Ha desaparecido una mujer. Una mujer embarazada. Es la hija de un amigo mío y me temo que su hijo podría tener algo que ver con ese asunto.

—Vaya, ¿podría, dice? —La madre de Uhlandt se derrumbó visiblemente en su interior. Se encorvó en su silla de ruedas y se miró las manos juntas en su regazo—. ¿Una chica embarazada, ha dicho?

—Sí.

Sus labios empezaron a moverse, pero pasó un rato hasta que Feli por fin les oyó decir algo; fue casi como si hubiera tenido que entrenar a la boca antes de atreverse a pronunciar aquellas palabras.

—No tengo ni idea. Franz ha estado tramando algo, de eso estoy segura. No voy a hablar mal de él. Es un chico majo y me cuida muy bien, pero desde que conoció a su nuevo amigo...

—¿Qué amigo? —preguntó Feli.

—No lo he visto nunca. Ni siquiera sé si es un hombre, pero debe de serlo porque Franz todavía no ha tenido ninguna amiga de verdad. Siempre habla de su «alma gemela» y que «por fin alguien que me entiende, mamá». Y

también comentaba que estaban planeando algo sobre lo que hablaría el mundo entero. Para ello le dieron incluso dinero.

—¿Para qué?

—¿Qué sé yo? Creo que fue para un equipo de vídeo. Ha estado trabajando día y noche. De verdad que no tengo ni idea de qué ha estado maquinando durante todo este tiempo.

Se volvió hacia Livio y dirigió la mirada hacia la puerta que estaba enfrente del baño, al otro lado del pasillo.

—Nunca me deja entrar en su habitación.

Mats

Fila 7, asiento A.

El asiento más peligroso del avión, si había que dar crédito a los resultados de la prueba de colisión realizada en el desierto de Nuevo México. El asiento con el cien por cien de probabilidad de muerte en el caso de un impacto frontal.

«Vamos a ver, ¿y qué avión vuela marcha atrás contra una montaña?».

Y, además, era un asiento de ventanilla.

«Lo que eleva significativamente el riesgo de cáncer de piel».

Mientras se acercaba al asiento 7A, Mats sabía lo estúpido que era pensar en esa estadística justo ahora, y además en plena noche; sin embargo, los datos sobre riesgos en la navegación aérea que había estado consultando durante las últimas semanas eran como una cantinela que no cesaba de sonar en sus oídos. Le zumbaban en la cabeza y no había nada que pudiera hacer activamente para desconectar.

«Las ventanillas de los aviones apenas absorben la radiación ultravioleta, y a mayor altura del vuelo, menor es la protección de la atmósfera, razón por la cual los pilotos de aviones padecen el doble de casos de cáncer de piel que el resto de la población».

Se decía que un vuelo de larga distancia era peor que veinte minutos en un solárium. Mats se sentía en esos momentos como si ya hubiera tomado un baño de sol de varias horas. Con fiebre, sobrecalentado, reseco. Y se sentía mareado, como si hubiera sufrido una insolación.

Todos eran síntomas de pánico y de estrés que expresaban su desesperación, pues no tenía la menor idea de lo que podía hacer para impedir aquella catástrofe.

Cuando llegó a su destino miró a su alrededor.

Aquí abajo, en la clase business, dos tercios de los asientos estaban ocupados y todos los pasajeros dormían. La luz estaba apagada, solo estaba atenuada la iluminación de emergencia y por todos lados estaban las pantallas bajadas. Los pictogramas de los lavabos estaban iluminados de verde, así que estaban libres. No había nadie en el pasillo estirando las piernas. Nadie que lo observara detenerse junto al asiento 7A y mirar indeciso a aquella mujer pelirroja a quien él había cedido el asiento.

«Estoy solo —pensó Mats—. Tan solo como nunca antes en mi vida».

La alineación de los asientos de las filas impares de la clase business seguía el patrón uno-dos-uno, es decir, un asiento de ventanilla, dos centrales y otro asiento de ventanilla en el otro extremo.

Por consiguiente, 7A era un asiento individual, lo cual era una buena noticia, pues Mats no tenía que pasar por encima de ningún vecino para llegar hasta Salina Piehl.

La mala noticia era, sin embargo, que la madre estaba durmiendo de la misma manera que todos los demás. Como un tronco, igual que su bebé, que estaba dormitando tranquilamente sobre el vientre de ella. Tan solo la cabecita sin cabello sobresalía de la mantita y sus diminutos ojos estaban cerrados con fuerza. De tanto en tanto, se contraía de forma involuntaria y daba unas chupadas a un chupete de color rosa.

Salina había abatido el sillón hasta convertirlo en una cama plana para poder descansar a pierna suelta despreocupadamente.

Mats se arrodilló en el pasillo junto al asiento y alzó un poquito la manta de lana que colgaba por encima para poder echar un vistazo debajo de la litera.

Como era de esperar, estaba demasiado oscuro, por lo que era incapaz de distinguir dónde estaba el chaleco salvavidas.

Se temió incluso que no pudiese llegar a él mientras el asiento no estuviera en posición vertical, tal como estaba prescrito para los casos de emergencia.

«Pero, por otro lado, ¿qué es lo que sucede si la catástrofe lo sorprende a uno durmiendo?».

No, no podía ser. Incluso en ese caso había que poder tener acceso a los chalecos. Así que Mats volvió a intentarlo de nuevo, esta vez utilizando el móvil como linterna. Otra vez sin éxito.

Con la débil función de luz de su teléfono solo pudo distinguir algunos periódicos tirados, una pajita y otros desperdicios de viaje debajo del asiento.

Por ninguna parte vio una bolsa o talego alguno en el que pudiera estar escondido un chaleco salvavidas.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Mats se golpeó la cabeza con el reposabrazos exterior al apresurarse en incorporarse, alarmado por una voz conocida y descortés que le hablaba desde lo alto.

«¡Valentino!».

Lo que le faltaba, ahora también el imbécil ese. El comandante no solo le había pedido que se mantuviera alejado de Kaja, sino también que se cuidara de no provocar ningún «incidente» más. Y ahora estaba nada menos que a los pies del auxiliar de vuelo al que había acusado hacía unas pocas horas de un ataque violento.

—No, no, todo está bien —susurró Mats y se levantó con gran esfuerzo.

El azafato parecía no poder decidirse si debía mirarlo con una expresión divertida, burlona o despectiva, razón por la cual se decidió por las tres, justo en ese orden.

—¿Está buscando algo?

—Sí, bueno... Este era mi asiento al principio.

—¿Y qué?

Mientras Mats se esforzaba por no despertar a la madre y a su bebé, el engreído azafato hablaba con el volumen normal de voz.

—Me temo que he perdido algo aquí.

—¿El qué?

—No sé por qué podría incumbirle eso —pasó Mats al modo de confrontación, siempre entre susurros.

—Y yo no sabía que usted se hubiera sentado aquí en algún momento.

—No, pero...

«... me ha llamado un loco que pretende haber colocado un arma aquí. Y si no te largas ahora mismo, vas a ser el primero en probarla».

—¿Hay algún problema?

A su lado se encendió la luz de lectura del asiento y Mats vio los ojos cansados de Salina. Ella parpadeó inquieta.

—¿Quiere recuperar su asiento finalmente?

—Fantástico —dijo Mats dirigiéndose a Valentino—. Ya ha montado usted el lío. —Se inclinó hacia Salina—. No, no. Lo siento. No quería molestarla.

Lanzó una mirada fulminante a Valentino, pero este se despidió únicamente con una sonrisa mostrando todos los dientes y dejando a Mats

solo con todo el fregado.

—Maldición, ahora hemos despertado al bebé.

En efecto, la pequeña había escupido el chupete y se había estirado encima del pecho de mamá como una gata que acaba de despertar de una siesta. Mats no pudo evitar pensar en Nele, que de bebé dormía siempre como un angelito y que después, tras una breve fase en la que se despertaba, pasaba a los gritos, que por regla general duraban algunos minutos. Esperaba que ese bebé se diferenciara de Nele en este aspecto, aunque, tal como había dicho ya Salina, padecía de cólicos. Por ahora no hacía más que barbotear.

—Lo siento muchísimo —repitió él.

—No pasa nada —dijo Salina con una expresión en la cara que indicaba lo contrario.

Ella apretó un botón en la consola encajada en el reposabrazos, y el asiento fue adoptando automáticamente la posición vertical. Estrechó a su bebé contra el pecho al tiempo que lo mecía con suavidad.

—De todas maneras, ya es hora de darle el pecho a Suza.

Se desabrochó el bolsillo interior de la blusa y Mats apartó la vista respetuosamente. Su mirada fue a parar a un letrerito situado justo debajo del monitor encastrado en el respaldo del asiento de delante.

LIVE VEST.

—Disculpe, ¿me permite?

Ahora que el asiento no estaba extendido, Mats podía abrir sin ningún problema el compartimento situado debajo del monitor.

—¿Está todo bien? —preguntó Salina, sorprendida de que él sacara un chaleco salvavidas rojigualdo y despegara la cinta adhesiva con la que un paquetito estaba atado a él.

—Sí, sí. Se me cayó algo antes en este compartimento... —mintió Mats, y mientras pronunciaba esta frase vio cómo se desprendía del chaleco un objeto pequeño, no más grande que un encendedor Zippo.

Mats metió el chaleco salvavidas a presión, cerró el compartimento y se puso a palpar en la zona de los pies en busca del objeto perdido.

—¿Hilo dental? —preguntó Salina con asombro, y en ese momento él mismo vio también lo que acababa de levantar de la moqueta.

En efecto. Era una cajita de plástico de color azul claro, transparente y con la etiqueta de una marca de seda dental.

—Sí, humm. Ha sido una descortesía molestarla por esto.

Rápidamente se guardó el paquete en el bolsillo y tuvo la sensación de que el pantalón se le bajaba con el peso de varios kilos.

«¿Hilo dental? ¡Qué genialidad más perversa!».

Podía imaginarse de qué material estaba hecho el resistente cordel en el que estaba envuelto aquel insignificante dispensador. Afiladas fibras de plástico con las que podía estrangularse a una persona, pero que no llamaban la atención en ninguna inspección. ¿A quién han obligado alguna vez los agentes de seguridad del control a limpiarse los intersticios dentales ante su presencia?

—Por favor, discúlpeme —se despidió Mats de Salina, contento de que el bebé siguiera todavía sin llorar—. No voy a molestarla más.

«Solo tal vez a matarla».

Salina señaló con el dedo el compartimento portaequipajes que había encima de su asiento.

—¿Podría sacarme la bolsa del bebé de ahí, por favor? —preguntó, cosa que, por supuesto, Mats hizo.

Al sacarla le llamó la atención una maleta metálica de color plateado que estaba justo al lado de la bolsa de lino abarrotada de pañales y de todo tipo de toallitas húmedas para el bebé. Una idea surgió en él a partir de un primer pensamiento vago.

—¿Hay una cámara ahí dentro? —preguntó con una agitación mayor de la que querría haber mostrado.

—Sí.

—Parece profesional.

—Bueno, pues sí, soy fotógrafa, como ya le dije —dijo ella pescando un chupete nuevo del bolsillo externo de la bolsa.

—¿Es digital?

La idea iba cobrando cuerpo.

—Sí, pero también tengo aparatos analógicos, si algún día se pasa por mi estudio y se lo muestro.

Mats negó con la cabeza.

—No, quiero decir, sí, con mucho gusto. Solo quería saber... esta cámara digital —dijo señalando la maleta metálica del compartimento del equipaje de mano—, ¿dispone también de la función de cámara lenta?

Salina lo miró con una cara de perplejidad incluso mayor que cuando antes él le había ofrecido su asiento.

—Sí —respondió ella con un titubeo, y Mats estuvo a punto de aplaudir por la agitación.

—¿Podría prestármela?

—¿Ahora?

Ella se rio como alguien que espera que su interlocutor ponga el punto final a la broma.

—Sí, ahora. La necesito con urgencia.

Mats no contaba con la sucinta respuesta.

—No —dijo Salina acariciando la cabecita del bebé.

—¿No?

El pulso se le aceleró como al conductor de un coche deportivo ante una señal de tráfico en una autopista que anula toda limitación de velocidad.

—La cámara es sagrada para mí —le aclaró—. Pero le propongo una cosa. Usted me dice qué pretende con ella y yo lo ayudo, ¿de acuerdo?

—¡Guau!

Salina dio una vuelta entera en torno a su propio eje y expresó con un hilo de voz su admiración, probablemente para no despertar al bebé, que había vuelto a dormirse en sus brazos. Tal vez también porque a la vista de aquello se había quedado sin voz.

Durante un rato, Mats se mostró inquieto ante la posibilidad de cruzarse con un miembro de la tripulación, pues no le estaba permitido llevar a otros pasajeros ahí arriba, pero en el corto tramo por la escalera no se toparon con nadie.

—¡Esto es increíble!

Mats vio con ella la Suite Sky. Ese lujo le parecía sencillamente una obscenidad, sobre todo teniendo en cuenta que estaba empleando esa suite voladora de hotel como un pesadillesco centro de operaciones desde el cual planeaba una guerra psicológica contra Kaja y todos los demás pasajeros. En cambio, personas como Salina Piehl, que no tenían idea de esto, se quedaban por completo atónitas ante la visión de aquellos sillones giratorios de piel, de aquel baño propio con ducha y de aquel dormitorio con cama de matrimonio.

—Ahora entiendo por qué me ha cedido su plaza 7A. Yo también preferiría volar aquí —susurró ella con asombro y, acto seguido, negó con la cabeza—. Lo siento, no deseaba que sonara así. Estoy contentísima de que usted sea tan generoso.

—No se preocupe —la tranquilizó Mats—. Soy yo quien debe estarle agradecido.

Desplazó a un lado el carrito de servir que no había utilizado y puso uno de los dos sillones en posición de litera. Salina entendió el gesto y acostó a su bebé con la mantita sobre el asiento. El avión se deslizaba tranquilamente a través de la noche, pero ella decidió ponerle el cinturón de seguridad a su hija pasándoselo con suavidad por encima del pecho antes de acercarse a Mats, que en ese momento encendió el monitor.

—¿De qué se trata?

—De una emergencia, si se me permite expresarlo así —comenzó diciendo Mats, y recapituló la historia que había ideado de camino hacia la planta de arriba y que ahora expresaba en voz alta.

—Soy psiquiatra y me hallo rumbo a Berlín a causa de un caso extremadamente complicado. He recibido el vídeo del tratamiento de un paciente que no puedo estudiar aquí arriba de la manera exacta en que desearía.

—Comprendo —dijo Salina, pero no hacía cara de entenderlo.

—Es complicado, y como es natural, no estoy autorizado a mostrarle el vídeo debido al secreto médico. —En este punto, Mats se mostró vago y difuso a propósito—. Para mí es de extrema importancia poder ver con más exactitud una parte del vídeo. Una microexpresión del paciente.

—¿A cámara lenta? —preguntó Salina.

—Eso es, exactamente. Por desgracia, la técnica de aquí a bordo no lo permite. Pero con la ayuda de su cámara...

Salina asintió con la cabeza en actitud comprensiva.

—¿Quiere filmar la imagen del monitor y luego pasar la grabación a cámara lenta?

—Mejor en fotogramas.

—De acuerdo, no hay problema.

Mats la miró fijamente a los ojos y se dio cuenta de que las pecas de Salina podían distinguirse con más claridad que antes sobre su piel pálida. Eso no se debía tan solo a que ya no estuviera tan bien maquillada, sino también a que estaba agitada. Era comprensible. Él la había arrancado del sueño, la había raptado para llevarla al lujoso país de las maravillas de esta vivienda volante de dos habitaciones y le estaba pidiendo ayuda para la terapia de un paciente. Era todo un milagro que ella le enseñara el funcionamiento de la cámara. No solo el aparato.

Este, que ella extrajo de la caja metálica junto con el trípode, no era especialmente difícil de entender, pero Mats se apuntó los pasos más importantes punto por punto. Después de asegurarse de haberlo entendido todo, le rogó que saliera de la sala de estar.

—¿Está de broma?

—Lo siento. Tengo que insistir en ello debido al secreto profesional.

Salina, nerviosa, se frotó las manos como si tuviera frío. Era evidente que no le hacía ninguna gracia dejarlo solo con su cámara.

—La cámara está segura en el trípode. No la voy a mover —prometió Mats.

—Bien, de acuerdo —dijo Salina después de titubear un buen rato, pero no pareció nada contenta de tener que mudarse al dormitorio con el bebé.

Mats esperó a que se hubiera cerrado la puerta y luego saltó directamente al minuto nueve en el canal 13/10. Al breve instante previo a que Kaja regresara para besar al homicida.

A partir del segundo 552 dejó correr la imagen y encendió la cámara digital, que ya estaba orientada al monitor de pared. Esta segunda vez, se convenció aún más de la carga explosiva que contenía la imagen que había descubierto.

Detuvo la reproducción y acto seguido la grabación. Luego reprodujo las imágenes grabadas en la cámara en el monitor plegable de la cámara, que tenía el tamaño de un posavasos de cerveza. Esperó aproximadamente medio minuto antes de accionar el botón de pausa. A partir de ahí fue avanzando con lentitud y, poco después, llegaba hasta el fotograma que deseaba ver.

Ni siquiera tuvo que accionar el modo de visión fotograma a fotograma. La imagen fijada en el monitor era perfecta.

Y trágica.

«No puede ser cierto».

Mats sintió un tamborileo atronador en el pecho, como si en él no hubiera un corazón, sino un trol alocado que deseara salir a toda costa de su cuerpo.

Salina le había mostrado cómo podía conectar la cámara digital al monitor valiéndose de un cable HDMI que había en la maleta. Funcionó sin problemas, por lo cual aquella perturbadora imagen podía verse ahora en una resolución inesperadamente buena en la pantalla de cincuenta pulgadas.

Con las manos húmedas de sudor se sacó el móvil y fotografió la imagen congelada en el monitor.

Los pies.

En la baldosa descolorida.

Sobre la cual se hallaba el cámara que había filmado la violación de Kaja hasta su amargo final.

Y no se trataba de Johannes Faber, ni tampoco de ningún hombre, sino de una mujer con las uñas de los pies pintadas con un esmalte de color verde de una tonalidad de camuflaje.

Como la que llevaban aquel día las tres amigas de la pandilla como distintivo.

«¡Por descontado!».

—¿Puedo salir ya? —oyó preguntar a Salina desde detrás de la puerta del dormitorio.

Mats tragó saliva, pero el sabor amargo de su boca no hizo sino volverse más intenso. Todas sus certezas, todo aquello que hasta la fecha creía saber sobre Kaja y su terapia, quedaban ahora patas arriba debido a esta imagen.

Peor aún: la foto que llevaba ahora consigo en su teléfono móvil, esa única imagen, era probablemente el arma más mortífera a bordo de este avión.

—Sí, por supuesto —respondió a la madre; borró el vídeo de su cámara y desconectó el monitor justo en el mismo momento en que percibió una suave brisa a sus espaldas.

Se dio la vuelta y todavía tuvo tiempo de ver cómo la puerta de la Suite Sky se cerraba con un suave clic.

Mats permaneció solo unos instantes paralizado por la sorpresa, pero fue demasiado tiempo, porque cuando se recompuso de nuevo y se apresuró hasta la puerta, la abrió y miró a lo largo del pasillo del bar Sky para ver quién le había estado observando, quién había estado mirando por encima de sus hombros... y ya no había nadie a la vista desde hacía rato.

Feli

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Livio a Feli, que se disponía en esos momentos a programar el navegador GPS. Este parecía aun más viejo que su Renault, completamente sucio tanto por fuera como por dentro.

—¿Todavía funciona esta chatarra? —replicó ella poniendo por tercera vez la dirección.

—No para quien tiene salchichas en lugar de dedos —rezongó Livio alineándose en el carril más exterior de la rotonda de la plaza Ernst Reuter.

—No tienes por qué llevarme —dijo Feli.

La pantalla indicaba ahora que el navegador estaba buscando un satélite.

—Humm, claro. Como sabes cuidarte tan bien tú sola... ¿Por aquí?

Ella asintió con la cabeza y continuaron en dirección a la Columna de la Victoria, por la calle del 17 de Junio.

—Óyeme, de acuerdo, no soy trigo limpio, pero no soy ningún imbécil. Me doy cuenta cuando alguien se encuentra en dificultades.

Feli soltó una carcajada.

—Serías un imbécil de verdad si no te hubieses enterado. A la mujer le he dicho, literalmente, que había desaparecido la hija de un amigo mío, y que su hijo podía ser el secuestrador.

—¿Secuestrador?

«Maldita sea». Feli se mordió los labios. Ahora se había ido de la lengua.

Livio le dirigió una mirada recelosa con el rabillo del ojo.

—Y piensas que los planos que había en la habitación del niño de mamá...

—Exactamente.

El GPS encontró el satélite y calculó la ruta. Todavía veintitrés minutos hasta Weißensee.

Todavía dos horas y media hasta la boda.

«¡Por Dios, cómo le voy a explicar esto a Janek!».

Al menos ahora iba con Livio en la dirección correcta a su casa.

Comenzó a escribir un SMS a su prometido como respuesta a sus numerosos mensajes, pero no encontraba ni las palabras ni las expresiones precisas.

Feli se encontraba demasiado agitada con lo que acababa de descubrir en el piso de Uhlandt, y llamar a Mats era lo primero y más importante.

—¿Hola?

El teléfono daba señal y se oían interferencias, pero él no descolgaba. Cuando saltó el buzón de voz, volvió a colgar.

«Maldita sea».

¿Por qué no se ponía? Necesitaba tomar urgentemente una decisión. Todo, o por lo menos muchísimas cosas, hablaba en favor de informar a la policía cuanto antes.

Hacía diez minutos, Feli había logrado acceder al dormitorio y estudio de Franz Uhlandt en contra de la voluntad de su madre y con un destornillador que Livio había encontrado en un cajón de la cocina. La cerradura quedó abierta de golpe sin necesidad de dañarla. Fue tan fácil que Feli estaba convencida de que Franz no iba a guardar ninguna información reveladora en un lugar tan desprotegido.

Se equivocó.

Al contrario que en el resto de la vivienda, en la habitación de Franz reinaba un desorden tremendo. La cama estaba sin hacer, la ropa estaba tirada por el suelo entre revistas médicas especializadas y pañuelos de papel estrujados en forma de bola. Frente a la ventana, con una lámina de plástico pegada en el cristal, había un escritorio de escolar con un adhesivo de ¿ENERGÍA NUCLEAR? ¡NO, GRACIAS! encima del tablero y algunos cromos de Panini de los jugadores de la selección alemana de fútbol del año 2006.

No había ordenador, ni cámara, no había nada electrónico en la habitación, ni siquiera un televisor. En las paredes recubiertas de un rugoso papel pintado no había cuadros ni fotos, pero Feli detectó claramente algunos agujeros de chinchetas y de clavos, así como restos de celo, además de manchas de suciedad en el papel pintado que indicaban que hacía poco había habido algo colgado allí.

Entre las protestas de la vociferante madre, abrió uno tras otro los cajones del escritorio y del armario, y finalmente, como en las películas clásicas, acabó encontrando lo que buscaba debajo del colchón. Fotos tomadas desde

satélites, una copia impresa de la fotografía a vista de pájaro de un edificio. Mapas de la ciudad donde aparecían siempre los mismos lugares. Una dirección marcada con un círculo rojo.

Y, al final, las fotos del interior. Se trataba claramente de una lechería.

«¿Qué puede habersele perdido allí a un vegano?», pensó Feli. Y entonces, cuando se le ocurrió la respuesta, agarró las fotos impresas que ahora se hallaban en el asiento trasero del coche de Livio y salió corriendo de la vivienda, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, sin decir ni una palabra de despedida; Livio fue detrás de ella.

La cuestión ya no era adónde había llevado secuestrada Franz a Nele, sino si debía no llamar para que por fin la policía interviniera.

Y Mats, que tampoco se puso a su segunda llamada, no iba a disuadirle de esa decisión.

¿Qué ocurría si tenían recluida a Nele en esas antiguas vaquerizas y la estaban torturando? Entonces cada segundo era importante. Pero ¿qué ocurría si Feli se equivocaba y enviaba a la policía tras una pista falsa?

En el primer caso tal vez se podía salvar a Nele con una rápida actuación policial.

En el segundo, y Mats no había dejado ningún resquicio para la duda, Nele moriría, pues dejaba de ser útil como medida de presión en cuanto el extorsionador interrumpiera el contacto con Mats. Y eso se produciría en el momento en que las autoridades se enteraran del chantaje, ya que entonces arrestarían a Mats y a Kaja de inmediato a bordo del avión para frustrar un posible intento de estrellar el avión y para proteger la vida de los pasajeros.

Feli volvió a cometer el error de cerrar la mano con los dedos magullados.

—¡Mierda! —gritó expresando su frustración.

Livio, que se había detenido en la Puerta de Brandeburgo, le preguntó si podía ayudarla.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Feli descargando su enfado sobre él—. No me parece que tengas el aspecto de un samaritano compasivo. ¿Qué quieres como contrapartida?

—Uno de los verdes no estaría mal —confesó él con total franqueza, y su desvergüenza desarmó la ira de ella.

—¿Cien euros?

—Es la tarifa de Taxi Livio.

Él sonrió mostrando los dientes y, aunque ese audaz fantasmón no era para nada el tipo de Feli, pudo entender por qué algunas mujeres se rendían a su encanto de veterano. La mayoría de estas seguramente eran del tipo de

víctimas que una y otra vez eligen al machista equivocado, tal como ella tenía ocasión de ver con frecuencia en sus sesiones de terapia.

—¿Vas a llevarme con mi marido? —preguntó ella, sin hablar del todo en serio.

—Querrás decir a tu boda, ¿no?

Ella volvió la cabeza bruscamente en su dirección, con expresión de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con desconfianza.

—He revisado tu cartera buscando un carnet de identidad, una dirección. Así encontré la invitación. ¿Cómo es que no estás en casa desde hace un buen rato?

—¿Por qué no me has enviado la cartera a casa en lugar de seguirme?

—Perdona que haya visto por casualidad cómo salías del consultorio de Klopstock. Caramba, te fuiste a toda prisa y te perdí de vista. Puedes estar contenta de que volviera a verte en la calle Kant. ¡Eres una absoluta paranoica!

—Y tú eres un...

No llegó a pronunciar su insulto. El móvil de Feli sonó.

—¡Mats, gracias a Dios!

Nele

Cuando está sometida a tortura, toda persona alcanza un punto en el que se quiebra, en el que lo confiesa todo, en el que se convierte ella misma en asesina, solo para que cese definitivamente el dolor.

Nele había alcanzado ese punto. O al menos eso creía.

Su bebito amenazaba con desgarrarla por dentro. Ella gritaba, mendigaba una mano que pudiera apretar y empujar, pero en ese pozo, que estaba lleno de basura y apestaba a sangre, sudor y a desechos, no existía esa mano, por supuesto.

Ella había llegado al punto de desear el regreso de su secuestrador.

¿Cómo era el título de aquella novela de Fallada? *Solo en Berlín*.

Si bien, en su caso, esto era mentira.

Ella iba a morir con alguien. Con el bebé que quería salir y no podía. Por algún motivo del que Nele probablemente nunca llegaría a enterarse, a no ser que existiera una oficina de información en el más allá.

—¡Aaay! —gritó.

Presintió que ya no podría ver nunca más con sus ojos. Incluso si de repente cayera un rayo de luz desde alguna parte, ella había empujado tan fuerte, olvidándose al mismo tiempo de cerrar los ojos, que estaba segura de que habían reventado todas sus venas. Había visto fotos de mujeres, después del parto, a quienes parecía que les hubieran rociado cloro en los ojos.

—¡Aaay!

Se ahogó en su propio grito de guerra, que ya no le aportaba ningún alivio, sino que solo era un chillido que seccionaba su garganta seca.

Sobrecogida por una nueva oleada, se agarró con los dedos a la suciedad que tenía debajo. No sintió la esquirla clavándosele entre las uñas, pero sí notó una superficie fría, lisa. ¿Un espejo?

Tras alcanzar el vértice del dolor, la contracción fue aplacándose de nuevo y Nele se sintió capaz por unos instantes de palpar aquel fragmento con las dos manos.

En efecto. Tenía el tacto de un espejo e incluso reflejaba la escasa luz residual que se acumulaba ahí abajo, en el pozo. Una esquirla de espejo.

En punta, afilada y manejable, casi como la cuchilla de afeitar que había encontrado antes entre los almohadones de su sofá.

En su mente se formó la imagen de la esquirla deslizándose sobre la piel, sobre las venas de su brazo.

Y este fue el primer pensamiento feliz que tenía desde hacía mucho rato.

Mats

—¿Feli? ¿Dónde estás?

El monótono ruido ambiental del avión acallaba los demás sonidos de fondo que suelen oírse normalmente en una llamada telefónica. Mats no tenía ni idea de si ella estaba de camino a algún lugar, si se estaba poniendo el vestido de boda o si tal vez estaba dirigiéndose ya al registro civil, aunque él esperaba que no fuera así.

—Estoy de camino a unas antiguas fábricas de carne.

—¿Adónde?

—Un complejo industrial abandonado, muy cerca de donde vive Nele.

Mats oyó la señal de batería baja y se apartó el teléfono del oído.

«Solo el quince por ciento».

—¿Ella está allí? —preguntó con agitación.

—Eso es lo que quiero averiguar. Pero, Mats, ¿no sería mejor llamar a la policía?

Mats respiró hondo y se detuvo en mitad de la escalera de caracol que conducía al vestíbulo de la primera clase.

—No antes de que estés segura de que Nele está realmente allí —le suplicó él.

—Escucha, esa antigua zona industrial es inmensa. Hay un hospital infantil desmantelado, fábricas de carne, establos en ruinas.

«El escenario perfecto para un psicópata».

—Fíjate por si ves algún taxi —dijo Mats, y continuó su marcha.

—Vale, es una idea, pero si no encuentro nada...

—Llámame antes de hacer nada. ¿Cuándo estarás allí?

—En unos veinte minutos más o menos.

Mats rezó interiormente para seguir teniendo batería entonces y cortó la llamada.

—¡Kaja!

No importaba que el comandante se lo hubiera exigido antes. Tenía que hablar con ella y punto. ¿Y qué iba a hacer Pereya? No podía privarle de su libertad por meras sospechas. Mats saludó con la cabeza a una azafata de pelo negro y de una delgadez extrema, quien por suerte se dirigía rumbo a la primera clase con un carrito de servir lleno de una selección de revistas, probablemente para satisfacer con nuevas lecturas a algún pasajero afectado de insomnio. Cuando hubo desaparecido tras la cortina, se acercó a Kaja, quien no había reaccionado al llamarla por su nombre.

Esta se hallaba frente al ascensor de cristal que había junto al bar e hizo como si no lo hubiera oído llegar.

—Tenemos que hablar —dijo Mats en un tono un poco brusco; no podía perder ni un solo segundo. Kaja señaló con el dedo al ascensor.

—Lo siento, pero ya no tengo tiempo para usted. Tengo que regresar a la cabina de la tripulación, doctor Krüger.

—¿Adónde?

—A una zona que no es accesible para los pasajeros. Abajo, en la bodega de carga. Se trata de un auténtico progreso. Antiguamente no teníamos más que una cortina que podíamos correr. Ahora disponemos de unas pequeñas cabinas que se pueden cerrar con llave, equipadas con cama y televisor.

Kaja se esforzó para que su voz sonara lo más normal posible, pero su sonrisa producía la misma impresión de veracidad que la de una esposa maltratada que tiene miedo de que su marido continúe con los golpes.

—¿Se encuentra bien?

—No, doctor Krüger. Y eso también lo sabe usted.

Mats no tenía ningún plan, no se había preparado ninguna frase y le lanzó de sopetón la pregunta más apremiante que tenía:

—¿Acaba de estar ahora mismo arriba, en la suite?

Ella volvió a apretar el botón de llamada del ascensor a pesar de que se oía perfectamente que este se había puesto en marcha.

—Se lo ruego, tengo un descanso ahora. Solo he tenido una pausa breve para ir al baño y ahora me gustaría echarme un rato.

Mats negó con la cabeza. No podía dejarla marchar así sin más.

—El vídeo, las últimas escenas... Tengo que saber qué significan.

—¿Por qué?

«Buena pregunta».

La pregunta decisiva.

—¿Puede ser que la estuvieran chantajeando? ¿Ya por entonces?

Los ojos de Kaja se volvieron gélidos.

—No ha entendido nada, doctor Krüger —susurró ella con un hilo de voz.

Él posó la mano en uno de los hombros de la azafata y percibió cómo se convertía en hielo con ese contacto.

—Por eso quiero hablar con usted. Mire, a Johannes Faber lo condenaron a cien horas de trabajo social. Él reiteró una y otra vez que no había hecho la grabación en vídeo. Y ahora sé que decía la verdad.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer la que sostiene la cámara.

Le mostró en su móvil la foto del televisor que había hecho antes.

—¿Ve este pie de mujer? ¿Con el esmalte de uñas pintado con la tonalidad de camuflaje? Es del mismo estilo del que llevaba usted aquel día, Kaja. Igual que las otras dos chicas de su pandilla. Tina murió. Así pues, fue Amelie quien grabó el vídeo y lo publicó, ¿verdad?

El ascensor se abrió.

—No —respondió Kaja en tono enérgico pero con una mirada que no expresaba ninguna certeza, sino más bien el deseo de que aquello no se correspondiera de ningún modo con la verdad.

—Entonces dígame quién era.

Kaja entró en el ascensor, pero Mats puso la mano contra la barrera de luz para que las puertas no pudieran cerrarse.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que esa persona, quienquiera que sea, está convirtiendo su vida en un infierno incluso hoy en día.

«¡Quiere convertir la vida en un infierno! ¡Para ti, para mí y para todos los que estamos aquí a bordo!».

—¿Por qué besó al homicida? ¿Y quién los filmó aquel día? ¿Qué significa todo eso?

Mats formuló estas preguntas con la agobiante esperanza de acercarse un poco con las respuestas al extorsionador o, por lo menos, al móvil del crimen.

—Como ya le he dicho, no entiende lo más mínimo —dijo Kaja colocando una tarjeta con chip delante de un sensor—. Y entonces, tampoco.

Volvió a sonar el móvil de Mats, quien cometió el error de mirar a la pantalla. Al hacerlo quitó la mano de la puerta, que se cerró de inmediato.

—Nunca me ha entendido —oyó decir todavía a Kaja.

Y mientras ella lo atravesaba con una mirada fija, como si él también fuera de cristal, la voz del teléfono preguntó:

—¿Ha encontrado el arma?

Mats palpó el expendedor de seda dental que llevaba en el bolsillo de su traje.

—Sí.

—Désela a ella.

Dirigió la mirada hacia abajo: solo vio el techo gris lleno de polvo del ascensor y los cables de acero de los que colgaba la cabina. Kaja ya había desaparecido de su campo visual.

—Va a ser imposible —protestó Mats—. Ya no quiere hablar más conmigo. Ha anunciado que se encuentra enferma y va a pasar el resto del vuelo en un recinto al que no pueden acceder los pasajeros.

—Bien, bien. Entonces vuelve a mostrarse inestable.

—Sí, pero escúcheme bien. ¡No voy a poder acercarme a ella!

Habría querido golpearse la cabeza por la rabia y la desesperación.

—Ese es su problema. Soluciónelo. De lo contrario, esto que le voy a mostrar será un grito de alegría comparado con todo lo que va a tener que soportar aún su hija.

Mats oyó de fondo un sonido aterrador. Un grito a pleno pulmón, alargado, con tanta intensidad, tormento y sobrecarga que era muy difícil distinguir si estaban torturando a un hombre o a una mujer.

—¡Aaay! —vociferó la víctima, y ese grito resonó un buen rato en los oídos de Mats; con una potencia mayor que el sonido de las campanas de una iglesia, aquel chillido lo acompañó durante todo el camino de vuelta y en la subida de la escalera hasta su suite, donde cerró la puerta tras él llorando.

Feli

En internet, las antiguas factorías cárnicas conocidas como VEB-Fleischkombinat figuraban en el top ten de las ruinas visitadas para fotografiarlas, pisándole los talones al sanatorio para tuberculosos de Beelitz y a la desvencijada estación de espionaje estadounidense situada en la colina de Teufelsberg.

Ya abandonadas en tiempos de la RDA, los terrenos de la Central de Ganado y del Matadero Central eran conocidos en el lenguaje popular con la expresión de «largo lamento», y en la actualidad seguían haciendo los honores a esa denominación.

Algunas naves, los mataderos entre ellas, habían sido demolidas; otras, como la nave de la subasta de vacas, habían sido renovadas: se habían construido nuevos edificios de viviendas, una estación de cercanías, un túnel para peatones y pabellones comerciales. Sin embargo, grandes extensiones de terreno estaban sin aprovechar y seguían siendo utilizados por directores de cine para películas apocalípticas o producciones que retrataban los suburbios de grandes ciudades. Y Feli concentró su búsqueda en esta parte de los terrenos.

Cuando el coche de Livio encaró la entrada norte de aquel terreno en ruinas cuyo suelo lleno de baches estaba ya embarrado por la llovizna, Feli no pudo evitar pensar en la muerte.

No podía entender cómo había personas que pasaran voluntariamente su tiempo ahí, entre la chatarra y la basura, a la caza de escenarios morbosos para fotografiar o de vestigios destrozados de una época concluida hacía ya mucho tiempo. Apenas el año anterior, un joven turista se había precipitado al suelo desde lo alto de una chimenea y había quedado parapléjico. Dios no parecía conceder demasiada importancia a los métodos suaves de aprendizaje.

—¿Qué andamos buscando ahora?

—Un taxi —dijo Feli.

Pasaron al lado de una señal indicadora con la inscripción A LOS ESTABLOS, algo que intensificó el malestar de Feli.

En menos de dos horas tenía que estar saliendo del registro civil vestida completamente de blanco y con un anillo en el dedo.

Apenas podía imaginarse un programa alternativo con un contraste tan marcado.

Estaban pasando en esos momentos junto a los muros de ladrillo de unas naves de la fábrica. No solo el diente, sino la dentadura entera del tiempo, había aplicado sus potentes mandíbulas en aquellos edificios abandonados, arrancando los enlucidos junto con los ladrillos, desposeyendo los tejados de tejas y haciendo añicos las ventanas.

Parecía que los matarifes que décadas atrás mataban, descuartizaban y destripaban a los animales, a falta de suministros vivos, la hubieran tomado con la materia inerte.

—Si el secuestrador es listo, habrá dejado su taxi bien escondido.

—Entonces no lo encontraremos nunca —comentó Feli.

Se detuvieron frente a una bifurcación e intercambiaron miradas indecisas.

—Parece que a la derecha se va a los mataderos —dijo Livio.

La señal estaba carcomida y era prácticamente ilegible.

—¿Qué pone abajo? ¿Te... nería?

—Lechería, supongo. Por ahí se debe ir a las naves de ordeño de la leche.

Al oír la palabra «leche», Feli se estremeció.

—¿Qué es lo que ha dicho antes la madre de Uhlandt?

—Que es vegano. Entonces debe detestar cada centímetro de este recinto.

—Pero de manera muy concreta las lecherías, ¿no? Ha dicho que en su casa no puede comer siquiera un yogur porque él tiene manía a la leche.

«Incluso cree que la leche es la culpable de la atrofia ósea de su madre».

—Entonces está claro adónde tenemos que echar un primer vistazo —dijo Livio poniendo la primera.

Un minuto y dos cruces después volvió a pisar el freno.

—¿Por qué paramos? Por aquí no hay ningún coche.

—Sí, pero hace poco que ha habido uno.

Livio señaló a través del parabrisas al patio situado frente a un barracón con tejado en dos vertientes. Los rastros en el barro se debían claramente a uno o varios vehículos que habían avanzado y retrocedido y luego habían

girado. Las huellas debían de ser frescas en su mayoría porque no hacía tanto rato que había llovido.

Livio detuvo el motor y ambos se bajaron del coche. Fueron juntos hasta la puerta del barracón con paredes de chapa ondulada y constataron con sorpresa que no estaba cerrada con llave.

—¿Qué es esto de aquí? —preguntó Feli después de haber penetrado algunos pasos en aquella apestosa nave para inspeccionarla.

—Tiene pinta de haber sido una vaqueriza. Aquí encadenaban a las vacas y las ordeñaban. En su día desmontaron las instalaciones eléctricas. Ahora solo quedan los boxes.

Feli echó un vistazo al reloj y luego a sus zapatillas blancas de deporte, que ya estaban recubiertas de barro.

«Ahora ya da lo mismo».

—Bien. El tiempo vuela. Vamos a separarnos. Tú buscas en la parte trasera de la nave. Yo voy a mirar por aquí delante.

—Como tú digas, pero oye... —Livio puso su sonrisa de mosquetero—. Ve con cuidado, no quiero tener que volver a rescatarte.

Ella le devolvió la sonrisa y se quedó sorprendida de su seguridad en sí misma. Estaba claro que tenía miedo y mala conciencia en relación con Janek, pero en su trabajo al teléfono no tenía que vérselas, salvo en raras ocasiones, con desafíos semejantes. Y en muy raras ocasiones obtenía también un resultado inmediato. Se percató de que, a pesar de la trágica y peligrosa situación, de alguna manera le sentaba bien hacer por una vez algo contundente, algo real. No solamente hablar y hablar.

—Ya soy mayorcita —dijo ella.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia los escalones.

Si no andaba equivocada, a una distancia de unos veinte metros había visto algo similar a una escalera, que posiblemente conducía a unos sótanos.

Nele

Primero el entendimiento y ahora también la voz. Aquí abajo, en el pozo, había perdido ambas cosas, no necesariamente en este orden. Más bien al mismo tiempo.

Los dolores, que en aquel momento habían disminuido ligeramente, la habían continuado transportando en la cresta de una ola hasta una orilla en la que ya no era dueña de sus sentidos.

Nele abrió los ojos, pero no podía ver nada. Su boca se movió, pero ningún sonido salía de sus labios. Sin embargo, estaba henchida de alucinaciones acústicas.

Incluso creyó oír cómo alguien pronunciaba su nombre, pero eso no era más que una ensoñación, como el espejismo de alguien que se muere de sed en el desierto y cree de repente estar arrodillado frente a un charco.

Sin embargo, para ser una ilusión era sorprendentemente ruidosa.

—¿Nele? —oyó de nuevo esa voz que ya había oído antes, hacía mucho, mucho tiempo, en otra vida, antes de que hace doscientos años la hubieran arrastrado aquí (y podían ser incluso más si la medida del tiempo eran los tormentos y no las horas).

Solo el hecho de que ya conociera esa voz era otra prueba más de lo cerca que se hallaba de la muerte. ¿No se dice que en los últimos segundos de vida te visitan personas conocidas?

Nele cerró los ojos y sintió cómo se transportaba a un sueño reparador, que seguramente solo duraría unos pocos minutos, hasta la siguiente contracción, la cual no sería nada reparadora y tampoco conduciría a ningún resultado exitoso. Su bebito estaba en una posición incorrecta y era consciente de que sin la ayuda de alguien no podría traerlo con vida al mundo.

«¿Tal vez mi bebé se haya dado la vuelta durante la caída?».

Entonces ella era la culpable, pensó, porque había salido corriendo, había saltado y se había quedado sola con la basura; con una astilla en la pierna y un pedazo de vidrio en la mano, que todavía no había utilizado; y ahora aquella voz que ya no pronunciaba su nombre, sino que se percibía como si estuviera hablando por teléfono con alguien.

Feli

—¿Qué pasa?

Feli había estado todo el tiempo pronunciando el nombre de Nele, pero no había recibido respuesta ahí abajo, en el asqueroso pasillo de los sótanos, que tenía habitáculos a izquierda y a derecha que parecían calabozos medievales.

Por suerte, su móvil tenía una potente función de linterna, pero ahora que Livio la había llamado ya no podía utilizar su teléfono como foco de luz.

—¿La has encontrado? —preguntó Feli agitada.

—No —le oyó decir a él—. Pero aquí hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—En uno de los establos hay un trípode. Justo enfrente de una camilla de enfermo.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Todo esto tiene la pinta de un decorado perverso, como si fueran a rodarse aquí escenas porno de sodomitas. Aquí hay incluso una caja enrejada para animales.

—¡Oh, por Dios!

Oyó toser a Livio y su voz se volvió más imprecisa. Al parecer se estaba moviendo.

—¿Adónde vas?

—Voy a seguir mirando por aquí.

—No, mejor espera —le pidió Feli—. Ahora mismo estoy contigo ahí arriba.

—Vale, nos encontramos en los establos.

Ella respiró muy hondo y no le quedó más remedio que toser. No era de extrañar, con la de polvo que había ahí abajo.

—De acuerdo. Dame dos minutos, también quiero examinar algo aquí.

Feli colgó y dirigió el haz de luz de la cámara de su móvil al suelo.
A la tabla redonda de madera que había descubierto justo antes de la llamada de Livio.
Y que se parecía a la tapa de un pozo.

Nele

Solo había dos posibilidades. O bien habían empeorado las alucinaciones, o bien Franz había regresado de la tienda de bricolaje con el torno de cable y las correas y volvía a correr en ese momento la tapa de la boca del pozo de los cadáveres. En cualquier caso, había claridad. Demasiada para los ojos de Nele, acostumbrados a la oscuridad.

Cerró los párpados deslumbrada y, a pesar de ello, le pareció que el rayo de luz le atravesaba los párpados hasta las pupilas.

—¿Quién está ahí? —preguntó con la voz ronca, no mucho más fuerte que un pez tras los gruesos cristales de una pecera. Luego volvió a oír de nuevo la voz, que de pronto era demasiado clara y nerviosa para ser solo un sueño.

—Nele, ¿estás ahí abajo? —preguntó.

Esta volvió a abrir los ojos. Eliminó las lágrimas con un parpadeo y con ellas desapareció la aureola de quien había aparecido para rescatarla y con quien menos habría contado ella entre todas las personas de este mundo.

—¡Gracias a Dios! ¡Ayúdame, por favor, sálvame!

La ausencia de claridad mental quedaba demostrada por el hecho de que Nele seguía sin acordarse del nombre de esa persona, aunque también quedaba muy atrás la época en la que tuvieron alguna relación.

«Doscientos años por lo menos, si no más».

Y aparecía precisamente ahora. ¿Cómo era posible?

—¿Te ha enviado mi padre? —preguntó, porque era el único que probablemente estaba preocupado por ella y de quien podía esperarse que removiera cielo y tierra para encontrarla.

De todas maneras no estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido, ni siquiera sabía si ya había aterrizado.

—¡Ayúdame!

Los fonemas quedaron atrapados en el papel de lija de su garganta. No obstante, lo volvió a intentar; susurró un «por favor», que produjo una impresión de torpeza, igual que su intento de extender la mano hacia arriba. Incluso sonrió, o al menos ella creyó que lo hacía. En cualquier caso, lo hizo hasta el momento en el que sucedió lo imposible y el horror volvió a alcanzar en ella una nueva dimensión desconocida.

Fue el instante en el que ella oyó esta única y última palabra:

—¡Púdrete!

Luego la luz se fue de nuevo y la tapa del pozo se cerró ruidosamente por encima de su cabeza. Movida por alguien que había sido su última esperanza.

«¡Púdrete!».

Nunca antes había sentido tanta rabia y tanto odio juntos en una sola palabra.

Nunca antes había sentido una oscuridad tal, que la aplastaba como una masa de agua de las profundidades abisales del océano.

Nunca antes había estado Nele tan cerca de la muerte.

Feli

—¿Qué ha pasado?

Livio esperaba en los establos, tal como habían acordado, aunque su sonrisa se había disipado. Tenía una mirada de desconfianza o de preocupación, que ella no pudo interpretar con exactitud; a continuación, él señaló las manos sucias de Feli, que esta se había limpiado en los vaqueros más mal que bien.

—He estado en una especie de pasillo subterráneo —le aclaró ella—. Pensé que había descubierto un tragaluz o algo así, pero era solo una tabla. Me he ensuciado con ella y, a la vuelta, he resbalado en la escalera.

Echó a andar, pasó junto a él y echó un vistazo al hallazgo que había realizado. El trípode sin cámara y la camilla para enfermos.

Estaba pringada de sangre y excrementos, y el estómago de Feli se contrajo un poco.

—Parece que Nele hubiera estado aquí con las contracciones.

Livio le dio la razón.

—Y que luego la hubieran sacado de aquí. —Señaló con el dedo al móvil que ella tenía en la mano—. ¿Vas a llamar a la policía ahora?

Feli asintió con la cabeza, pero dijo:

—No lo sé. Probablemente. Primero tendré que preguntárselo a Mats.

—Vale, pero si llamas a la pasma... —Livio no acabó la frase, pero ella supo lo que le estaba pidiendo.

—Está claro, ¡lárgate!

Livio pareció querer dar más explicaciones porque añadió:

—Me parece que nosotros dos ya no podemos hacer nada más aquí. Y ya sabes que la policía y yo no somos buenos amigos que digamos.

—Claro. ¡Vete ya! —Le señaló la salida con el dedo.

—¿De verdad?

—Solo una cosa más...

—¿Qué?

Él ya se había dado la vuelta para irse, pero volvió a girar sobre su propio eje.

—Mi cartera.

—¿Qué? ¡Ah, sí!, sí.

Se la sacó del bolsillo del pantalón mientras sonreía con todos los dientes y bromeó:

—Hay que intentarlo siempre.

Feli pescó dos billetes de cincuenta euros y quiso dárselos a Livio por los honorarios acordados, pero este los rechazó.

—Puedes invitarme a comer algún día —dijo él, le lanzó un beso con la mano y se largó en dirección a la salida.

Feli esperó a que desapareciera en medio de la lluvia que se oía por detrás de la pared de chapa ondulada y no respiró hondo hasta que oyó el sonido del motor al arrancar. A continuación, marcó el número de Mats con el corazón latiéndole a lo loco.

Franz

«Mierda, mierda, mierda».

Sabía que no había que ir por ahí soltando tacos, su madre se lo había repetido una y otra vez. Pero él le hacía poco caso, el mismo que ella a él, pues siempre andaba por casa bebiendo leche a escondidas, ese líquido de la muerte. Así que él también podía permitirse en secreto esa palabrota y, además, tenía todos los motivos para soltarla.

«¿De dónde salen esos ahora?».

Estaba preocupado por si el vigilante se le adelantaba. En la tienda de bricolaje había perdido demasiado tiempo porque no quiso preguntar a ningún empleado y prefirió buscar las cosas por sí solo. Pero ¿qué demonios se le había perdido aquí a ese guaperas de pelo negro medio desastrado? ¿Y adónde iba ahora en coche?

Dentro de la desgracia, había tenido suerte, porque esta vez había dejado su taxi en una nave de subasta de ganado algo apartada y los últimos metros los había hecho a pie. Ahora estaba ciertamente chorreando, pero las precauciones que había tomado de examinar primero de lejos la situación habían tenido su recompensa. Así, no se topó con el Renault de frente, sino que pudo observar al intruso desde un tráiler calcinado situado a alguna distancia.

Ahora bien, el tío del pelo negro se había ido, pero, tal como parecían las cosas, ¡maldita sea!, no había venido solo y había dejado a alguien allí.

A una mujer.

Para verla, Franz tuvo que renunciar a la protección del tráiler y caminar a hurtadillas hasta el portón de entrada, que estaba abierto. Fue entonces cuando la percibió en movimiento, como si fuera una sombra al otro extremo de la

nave. Sin embargo, esa sombra estaba hablando, parecía que con alguien al teléfono, y al mismo tiempo se movía en dirección hacia él.

—Hola, ¿Mats? Voy a salir, tal vez fuera tenga mejor cobertura —oyó decir él. La voz de la mujer sonaba agitada, como si hubiera descubierto algo.

Franz miró a su alrededor, y reflexionó sobre si debía regresar a su coche y largarse.

Pero entonces todo habría acabado y se habría echado a perder. Aquella acción preparada durante tanto tiempo.

«No, esta meta es muy elevada», susurró para sus adentros.

Y se agachó.

Levantó una vara de hierro oxidada de las muchas que estaban tiradas por todas partes.

Y se alegró de que aquella con la que estaba esperando a la mujer tuviera incluso un gancho en un extremo.

Mats

El riesgo de morir en un coche es ciento cuatro veces mayor que en un avión.

Y la probabilidad de vomitar después de haber escuchado por teléfono los gritos de una hija secuestrada es del cien por cien.

«Estadísticas», pensó Mats mientras mantenía la vista clavada en el inodoro de aluminio, que en los aviones, incluso aquí, en la clase de lujo apabullante, recordaba siempre el lavabo de una cárcel.

«Las estadísticas sirven como tranquilizante siempre y cuando no te afecten».

—¿Qué significa eso? ¿Nele ya no está ahí? —preguntó arrodillado en el suelo del baño, con el móvil junto al retrete y en la función de manos libres, porque le temblaban tanto las manos que era incapaz de sostenerlo pegado a la oreja.

—Aquí, en la nave de los animales, hay un trípode y una camilla para enfermos —respondió Feli agitada—. Pero no hay ni rastro de Nele. Podría estar en cualquier parte. La zona de establos es demasiado extensa. Tiene un sótano, tal vez varios.

Las últimas frases de Feli estuvieron acompañadas de un pitido, porque a la batería de Mats solo le quedaba un diez por ciento de carga. Sabía que tenía que levantarse ahora y buscar un punto de recarga para enchufar su teléfono, pero incluso esto le pareció que exigía un esfuerzo increíble en esos momentos.

—Entonces sigue mirando por ahí —dijo Mats, sobrecogido por unas tremendas náuseas.

—Esta zona es gigantesca. ¿Me oyes bien? No voy a conseguirlo.

—Querrás decir que no te da la gana. —Mats era consciente de lo injusta que era su frase, pero en esos instantes solo había en su interior una tormenta

de impotencia y de rabia, y Feli era el único pararrayos que tenía a su disposición—. No quieres ayudarme en absoluto.

—Pero ¿cómo puedes decir algo semejante? —preguntó ella enfadada.

Mats sacó un montón de pañuelos del expendedor y se limpió los restos de vómito de la cara. Luego consiguió por fin ponerse en pie, valiéndose de un asidero.

—No soportas a Nele. Ves en ella la razón por la que te dejé. La odias.

«Y yo me odio a mí mismo».

—¡Mats! —protestó Feli enérgicamente, y lo que más le hubiera gustado a Mats habría sido rebobinar su estallido de ira o, por lo menos, canalizarla en la dirección correcta; sin embargo, no podía dejar de injuriar a la única persona que lo había ayudado hasta el momento.

—Creo que, aunque la encontraras, dejarías a Nele en la estacada.

—¡Mats! —Feli volvió a exclamar su nombre, aunque no sonó más intenso que una mera protesta. Si Mats tenía que ser sincero, no lo había parecido tampoco la primera vez. Había sonado más bien como un grito de...

«... ¿Socorro?».

—¿Qué está pasando ahí? —dijo él jadeando.

—Mats, creo que aquí hay alguien, aquí...

Ya nunca lo sabría por boca de ella. Lo último que oyó Mats de Feli fue un grito y luego un sonido como si se hiciera añicos algo muy delicado.

Después, la pantalla de su móvil se quedó negra.

«No, no, no...».

Mats abrió de golpe la puerta de corredera del baño y entró tropezando en la sala de estar de la Suite Sky. Con un zumbido en el oído, como si el avión se encontrara volando en picado, abrió su maletín, extrajo de un tirón el cable de recarga y lo metió en uno de los enchufes que estaban instalados en el reposabrazos de cada sillón.

En la pantalla apareció el símbolo de una batería descargada; el signo de un rayo marcaba el proceso de recarga, pero Mats sabía por experiencia que tardaría toda una eternidad hasta poder telefonar de nuevo. Y eso era en casa, donde tenía una red estable. ¿Cuánto tardaría su móvil aquí, a más de diez mil metros de altura, en conectarse de nuevo a la red de la aerolínea?

Al final fueron solo sesenta segundos.

Un minuto en el que Mats clavó la vista alternativamente en su teléfono, en la lámpara de mesa frente a las ventanillas, en la negrura que había tras ellas, en la señal luminosa intermitente del extremo de la imponente ala y, al final, de nuevo en su teléfono.

Mientras, oía el eco de dos gritos en su cabeza. El de su hija y el de la única persona que él había involucrado en su rescate.

El teléfono volvió a la vida con una vibración sonora, y Mats se equivocó al escribir el código PIN. Finalmente lo consiguió y apareció en pantalla el aviso de tres llamadas perdidas.

—¿Feli? —preguntó cuando entró la cuarta llamada. Se esforzó tanto por no gritar, que su voz al final no fue más que un susurro.

—¿Quién es Feli? —quiso saber la voz.

Mats cerró los ojos y se hundió en el sillón de piel; hasta ese momento no era consciente de que estaba sentado. Solo percibía muchas cosas de su entorno como si las viera a través de unas gafas empañadas. Su mundo se había encogido, se había reducido a un fragmento diminuto en el que solo

estaban Nele, su bebé y esta persona al otro extremo de la línea, para quien un baño en ácido sulfúrico sería un tratamiento excesivamente cariñoso.

—Quiero hablar de inmediato con Nele —dijo Mats, ahora en un tono de voz más alto.

—¿Le ha dado el arma a Kaja?

—Lo haré en el momento en que libere a mi hija.

La voz se rio con ganas.

—¿Me toma por un idiota?

«No». Alguien que planea algo así era tal vez un psicópata, pero para nada un imbécil que renuncia a su medida de presión.

—Lo que le importa es sentar un precedente, ¿verdad? —formuló Mats la pregunta de las preguntas—. ¡Trabaja para Klopstock! Quiere que haga estrellar el avión para que la ley se apruebe y él gane millones a porrillo con sus test.

Igual que antes, no recibió ninguna respuesta, pero Mats notó que algo había cambiado en el carácter de la voz. No podía decirse concretamente el qué, porque seguía oyéndose de una manera mecánica y en parte entrecortada, pero los sonidos de la respiración eran más intensos y, con ello, el extorsionador daba la impresión de estar más tenso, más nervioso.

—Llevo sentado aquí ya más de ocho horas ante el radar de vuelos de internet y, hasta el momento, parece que su vuelo transcurre según el plan previsto —dijo—. Altura de vuelo, ruta, velocidad, todo está perfecto. Esto por una parte es bueno, pues me demuestra que no ha contactado con las autoridades, de lo contrario ya habrían aparecido los cazas interceptores para acompañar al avión y, con toda seguridad, no estaría hablando con usted. Lo malo, en cambio, es que solo le quedan unas pocas horas para estrellar el avión en el océano. ¿O es que tal vez desea arriesgarse a acabar con la vida de más personas sobrevolando tierra firme y haciendo que Kaja estelle el avión contra una zona poblada?

—Se lo ruego, déjeme hablar con Nele —suplicó Mats, aprovechando una breve pausa de la voz.

—Hace ya mucho que no está en posición de plantear exigencias...

La voz en el oído de Mats quedó de pronto ahogada por un aviso a bordo.

—Señoras y señores, fíjense por favor en que las señales de uso del cinturón de seguridad están de nuevo iluminadas porque nos acercamos a una zona de inestabilidad atmosférica sobre el Atlántico y...

El comandante adornó su aviso en castellano con algunos detalles más, y Mats tuvo de pronto la sensación irreal, casi de borrachera, de estar

escuchándolo todo doble. Y con un desfase temporal, como si las paredes abovedadas del avión generaran un eco suave. Tardó un rato en comprender la causa de ese efecto perturbador. Y un poco más de tiempo cuando fue consciente de lo que significaba.

El aviso, en todo caso la primera frase del comandante, no le había llegado solo del altavoz del techo, sino también del móvil que mantenía apretado contra la oreja, a pesar de que el extorsionador había colgado de nuevo justo en el mismo momento en que también él se había dado cuenta de que su teléfono no solo había transmitido la voz transformada artificialmente, sino también el aviso del comandante.

Y esto, a su vez, significaba que...

La virulencia de la comprensión de este detalle encajonó aún más profundamente a Mats en su asiento.

Miró a un lado, tocó la ventanilla, percibió como el frío de la noche atravesaba el cristal y recorría sus dedos, su brazo, hasta llegarle directamente al corazón.

«Es imposible», pensó, y sin embargo no podía haber otra explicación:

El extorsionador estaba muy cerca de él.

Aquí, a bordo de este avión.

«¡Piensa!».

Mats estaba ya de camino fuera, pero se dio la vuelta. Quería obligarse a proceder con método, sosegar el torrente de pensamientos, no apresurarse a recorrer sin cabeza y en un estado de pánico absoluto el avión más grande del planeta en busca de un terrorista suicida. Solo había una persona a la que creía capaz de querer sacrificarse, pero justo ella era la única a la que podía excluir de su lista: Kaja.

Se encontraba en el ascensor cuando la voz lo llamó. Sin mover los labios, sin ningún móvil al oído. Tampoco podía tratarse de una grabación, porque él había mantenido un diálogo con el extorsionador.

«¿Con el suicida?».

Mats se sentó, escribió «Lo que sé con seguridad», y se dispuso a anotar algunos puntos como los siguientes:

- Nele está secuestrada y sufre dolor.
- El vídeo no fue grabado por Johannes Faber.
- Klopstock gana si el avión se estrella gracias a sus test psicológicos.

Sin embargo, no estaba en situación de ejercitar tanto autocontrol y razonamiento sosegado.

En su cabeza solo zumbaba una única certeza, que era: «¡LA VOZ ESTÁ A BORDO!».

Y justamente este conocimiento confirmado lo sacó al final de la suite e hizo que atravesara el desierto bar Sky, en la parte trasera de la planta superior.

Atravesó primero la clase business de la planta alta, treinta asientos ocupados por pasajeros que dormían, leían o veían películas. Debido a que las ventanillas estaban bajadas, en todas partes reinaba la misma oscuridad que en la zona de animales nocturnos de un zoo. En el siguiente sector, *premium-*

economy, había apenas un poquito más de iluminación, porque también aquí estaba desconectada la luz de cabina, pero había más asientos y, por consiguiente, más monitores que brillaban en la oscuridad.

«¿Y a quién busco?».

Mats vio a hombres mayores, mujeres jóvenes y niños que dormían, pero ¿cómo podía reconocerse a un extorsionador suicida el móvil de cuyas acciones resultaba incomprensible?

No tenía ni la menor idea; sabía que era completamente absurdo recorrer los quinientos cincuenta metros cuadrados de la gran zona pública para pasajeros cuando el criminal podía estar también en la cabina de pilotaje o en la bodega de carga, y no en público, hablando por teléfono con un codificador de voz delante de la boca.

Y, sin embargo, no podía quedarse de brazos cruzados sin hacer nada. Era como un portero que sabe que apenas tiene opciones para parar un penalti, pero que tiene que decidirse por tirarse a un lado para no quedarse inmóvil.

Cuanto más hacia atrás iba Mats, mientras recorría los setenta y cinco metros de largo del avión, más abarrotado de gente estaba. En la clase turista de la parte posterior viajaban veinte pasajeros en una superficie que él tenía a su disposición para él solo en la Suite Sky que había en la parte delantera. En total eran doscientos pasajeros, de los cuales una gran mayoría podía ir al baño y establecer desde allí una llamada telefónica con el codificador de voz delante de la boca. Hombres, mujeres, alemanes, españoles, árabes, estadounidenses, blancos, negros, hasta había adolescentes que podían también entrar en la ecuación.

- Nerviosismo
- Sudoración excesiva
- Movimientos inquietos
- Manos temblorosas

Mats recordó algunos de los síntomas típicos que solían mostrar muchas veces los terroristas suicidas, aunque no siempre. Si él (o ellos) había desactivado el miedo mediante drogas o hipnosis, podía comportarse con completamente normalidad hasta accionar el detonador de su cinturón de explosivos.

Además, era una estupidez pretender aplicar esos criterios de reconocimiento, que funcionaban de manera limitada incluso entre terroristas con motivaciones políticas, a una persona con una elevada probabilidad de tener perturbadas sus facultades mentales.

Había alcanzado el final del avión y se dirigió al otro pasillo dando la vuelta por detrás de los lavabos. Ahora volvía a caminar en dirección a la cabina de pilotaje. Examinaba cogotes y muslos, olía calcetines viejos, gases y toallitas refrescantes, y lo tuvo claro: todo aquello era un absurdo absoluto.

Tan absurdo como la conducta de su extorsionador.

Si la voz se hallaba realmente a bordo del avión y asumía su propia muerte, ¿para qué necesitaba todo este complicado montaje? ¿Por qué no aprovechaba sus evidentes facultades intelectuales y su capacidad de previsión para estrellar el avión él mismo?

«¿Por qué Nele? ¿Kaja? ¿Por qué yo? ¡Porque no necesita ninguna bomba ni ningún atentado, sino un precedente psicológico!», se respondió él mismo.

Un «atentado convencional», como por ejemplo el que se produciría después de una toma de rehenes, solo tendría repercusiones sobre las medidas mecánicas rutinarias de prevención, como el control de seguridad o el proceso de facturación.

Aquí, con Kaja debía activarse una carga explosiva que no detectaría ningún escáner de rayos x en el mundo. Y justo para ese cometido lo necesitaban a él.

Lo único que seguía sin saber era cómo iba a enterarse el mundo de que había logrado activar la bomba psicológica. Pero se temía que era algo que iba a quedarle claro muy pronto.

Mats había alcanzado la escalera que, a la altura de la fila 33, conducía abajo, aproximadamente al final del tercio delantero de la nave. Esta desembocaba a la gran cocina de a bordo que había entre la *premium-economy* y la clase turista. Delante de los lavabos había dos auxiliares de vuelo junto a las salidas de emergencia que hablaban en voz baja. No se apercebieron en absoluto de la presencia de Mats.

«Y también ellos entraban para él en la categoría de posibles sospechosos».

O Valentino, en quien Mats tuvo que pensar por fuerza al ver que continuaba con su conducta ilógica y seguía ahí de pie, en el pasillo, dejando vagar la mirada por encima de los pasajeros.

Sus ojos no tardaron mucho rato en quedar atornillados en un punto, y eso que en principio no había nada que ver fuera de lo normal. Sin embargo, su sismógrafo anímico había registrado al parecer las vibraciones de un terremoto que estaba a punto de producirse y que las personas menos sensibles probablemente no podían percibir. Unas vibraciones que tenían su epicentro en la fila 47.

El lado de ventanilla de toda esa fila estaba ahora vacío, los tres asientos, incluido el 47F que Mats había reservado para él y que al embarcar estaba ocupado por el hombre que dormía. Seguía sin haber regresado a ese sitio, pero no fue eso lo que llamó poderosamente su atención, sino el asiento central, 47J. El del pasillo. Mats se acercó poco a poco, a hurtadillas, como un depredador que no desea espantar a su presa dormida, y entonces sucedió: el pasajero inmóvil que un momento antes estaba con la boca semiabierto y los ojos cerrados, cuya barbilla apuntaba en dirección al techo de la cabina, sacó un teléfono de debajo de su manta de lana, echó un vistazo a la pantalla y lo volvió a esconder antes de volver a fingir que estaba durmiendo.

«Trautmann», ese apellido se le pasó a Mats por la cabeza como un grito de guerra. El hombre que supuestamente pretendía dormir durante todo el vuelo gracias a su «pastilla de los doce mil dólares» tenía unas fases de vigilia sorprendentemente lúcidas.

—Trautmann —se oyó Mats exclamar después de pasar al lado del hombre y de acercarse ahora a él por detrás.

Se asustó no solo por el volumen de su voz, sino también por la consecuencia incondicional de su acción. Durante toda su vida había estado condicionado a resolver los conflictos por la vía verbal o a evitarlos. Ahora percibió cómo su mano se abrió camino de forma completamente automática hasta el interior del bolsillo del pantalón, cómo extraía la cajita de plástico, sacaba el «hilo dental» y, entonces, sintió lo mismo que describen los pacientes en sus experiencias cercanas a la muerte: le pareció liberarse de su propio cuerpo y de sí mismo, que flotó por encima de él y observó a su vez cómo tendía el lazo alrededor del cuello del presunto durmiente. Y al mismo tiempo gritaba:

—¿Dónde está Nele? ¿Qué has hecho con mi hija?

Ni siquiera un segundo después, Mats yacía en el suelo del pasillo con la nariz rota y una pistola en la sien. Luego todo se tornó oscuro.

Livio

El escozor no se debía solamente a los efectos secundarios.

La verdad es que Livio tenía que haber tomado muchísimo antes sus pastillas, pero esta mañana se le habían olvidado, y no contaba con lo que le deparó el transcurso del día.

Se rascó el pliegue del codo y se examinó la piel en el espejo del lavabo de la gasolinera.

Con veintinueve años era todavía demasiado joven para tener las manchas por la edad y la enfermedad era aún demasiado reciente, hacía tan solo unas pocas semanas que el resultado del análisis le había arrollado. No obstante, con el ritmo de vida que llevaba, debía haber contado con la posibilidad de contagiarse alguna vez con el virus y de acabar aterrizando en el edificio médico del barrio de Wedding.

«En cierta manera, me sorprende que Feli no me preguntara por qué estaba en tratamiento allí».

Durante unos instantes, Livio reflexionó sobre si estaba furioso por la falta de interés de la novia por su vida privada. Pero, si hubiera estado en la situación de ella, quizá tampoco lo habría hecho. Con un secuestro y una boda inminente, estaba claro que ya tenía la cabeza bastante ocupada.

Pero de todas formas...

Abrió el grifo, metió la cabeza debajo y se tragó el cóctel de píldoras que había seleccionado anteriormente en el hueco de la mano. Para que no se declarara la enfermedad. Para que no aparecieran los síntomas.

«Un poco más de interés habría sido bueno por su parte. No en vano yo la he ayudado mucho».

—¡Eh, tú! ¿Te has caído por el agujero del váter? —oyó exclamar a un hombre mayor en el exterior.

Livio ralentizó aún más sus movimientos.

Se sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y revisó las últimas llamadas.

Arriba del todo figuraba la de Felicitas.

«Vaya, ¿cuál era su apellido?».

—¡Tío, tienen que estar zumbándote ya las moscas alrededor del coco! —dijo enfadado el viejo de fuera al tiempo que golpeaba sin fuerza con el puño contra la puerta.

Livio ni siquiera pestañeó. Los cagaprisas no podían alterarlo en lo más mínimo.

El único que conseguía esto una y otra vez era él mismo y se detestaba por esta razón.

¿Por qué tenía que desperdiciar un solo pensamiento en esa tonta psiquiatra? Desde que se habían despedido, él sentía un continuo zumbido ronco en el cogote.

Como una oscura advertencia.

—No deberías haberla dejado allí sola —repitió el susurro del interior de su cabeza, en un volumen más alto del que pretendía.

—¿Y ahora también te pones a hacer monólogos? —quiso saber el cagaprisas que había frente a la puerta del lavabo—. ¿O estás llamando a tu mamita para preguntarle dónde tienes la pilila?

Livio oyó reír a alguien más; por lo visto, el cagaprisas tenía público, pero él era capaz de inhibirse de sus palabras.

Era más complicado hacer esto con el zumbido del interior de su cabeza; el diablillo que le susurraba al oído y le aconsejaba volver a pulsar el icono de llamada.

«Esa tía lo tiene todo controlado», prosiguió Livio su diálogo interior consigo mismo.

A continuación, repitió esa frase otras tres veces en voz alta. Una, al salir del lavabo (después de meter el rollo entero de papel higiénico en la taza para cabrear al cagaprisas); la siguiente, al arrancar su coche, al que acababa de llenar el depósito.

Y, por último, cuando Feli no contestó a su segunda llamada y le desviaron a un buzón de voz.

—No te rompas la cabeza. Haz las cosas bien —dijo una última vez, y acto seguido se dispuso a seguir las indicaciones del GPS, que lo llevaba de vuelta a los establos en ruinas.

Mats

*Todavía una hora y treinta y ocho minutos
hasta el aterrizaje previsto en Berlín*

«Hierro».

En la mayoría de las novelas y películas del género negro se habla siempre del gusto a cobre que tiene la sangre, y eso que el líquido corporal no contiene en absoluto ese elemento químico. Un conocimiento de pedante que a Mats, que estaba recuperando poco a poco la conciencia, no le servía para nada.

Por supuesto que era hierro lo que estaba saboreando en la boca y le producía náuseas.

El hombre que parecía responsable de que él hubiera vuelto en sí y que lo tenía maniatado con agavilladores de cables usados como esposas estaba frente a él y le iluminaba el ojo izquierdo con una linterna.

Mats veía llamas balanceándose y explosiones de luz.

Se sentía como un boxeador que, después de encajar el último golpe, no había oído el gong salvador y volvía a encontrarse ahora en su rincón del cuadrilátero.

Solo que Trautmann seguramente no deseaba que se recuperara para que el combate prosiguiera.

—Ya me supuse que ibas a liarla, joven.

Se rascó la barba cana tipo Sean Connery, se guardó la linterna y dio un paso atrás.

—¿Quién es usted? —balbuceó Mats, y se preguntó cuánto tiempo había estado inconsciente.

Las persianas opacas estaban bajadas: no podía ver si ya había claridad en el exterior. Tampoco sabía si lo había dejado fuera de combate una pistola

eléctrica o un dardo anestésico.

Todo había sucedido con tanta rapidez que no guardaba ningún recuerdo de cómo lo habían arrastrado desde la clase turista hasta aquí arriba, de vuelta a la Suite Sky, donde lo habían ubicado en el sillón del tresillo situado al lado de la ventanilla, mirando en dirección opuesta a la del vuelo.

—¿Es usted un hombre de Klopstock? —preguntó Mats, y pudo echar un vistazo al reloj de pulsera de Trautmann.

Si no la había cambiado, todavía mostraba la hora de Buenos Aires.

Tragó un montón de saliva con sabor a sangre. A causa del dolor de cabeza y del intenso estupor, tuvo grandes dificultades para calcular el tiempo restante de vuelo, pero si no andaba muy equivocado... «Por Dios...».

¡Había estado durmiendo casi tres horas y media!

—¿De quién dice que soy?

Trautmann dio una sacudida a las ataduras de Mats, que estaban amarradas en torno a las muñecas y al pie fijo de la mesa, lo que hacía imposible que pudiera levantarse. Además, Mats tenía las piernas atadas a la altura de los tobillos para que no pudiera ponerse a dar patadas.

—Su sociedad de participación financiera. Usted no ha invertido en palos de selfi. Está financiando los test psicológicos de Klopstock, ¿correcto?

Trautmann entornó los ojos y ladeó la cabeza.

A Mats se le pasó por la cabeza que un ratón tenía que sentirse igual frente al gato que lo vigilase.

También Trautmann parecía ser una persona curiosa y a la vez despiadada. Seguramente, quería averiguar cuánto sabía su adversario sobre él, pero sin duda se desharía de él en cuanto se hartara del juego.

«¿Cuánto tiempo de vuelo nos queda todavía? ¿Una hora y media?».

—No desea estrellar el avión en absoluto, ¿verdad? —preguntó Mats, cuyo cerebro funcionaba a lo sumo a medias—. Tan solo necesita un precedente. Una azafata loca. Un psiquiatra al que se le cruzan los cables a bordo. El cliché que cumple su propósito, ¿correcto?

Entonces se aprobaría la ley que Klopstock necesitaba con tanta urgencia. La obligación de todas las aerolíneas de someter a todos los pilotos, a toda la tripulación y tal vez incluso a los pasajeros a un test de detección precoz de trastornos psicopatológicos. Un negocio de millones en todo el mundo, cuando no de miles de millones.

—Después de que el avión de Germanwings se estrellase comenzó a hablarse de los test psicológicos. Pero la ley está pendiente de un hilo. Si se produjera un segundo incidente, se allanarían los problemas, ¿verdad?

Trautmann se lo quedó mirando como si Mats fuera un demente huido del manicomio.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, hombre. Sabía que algo no cuadraba con usted. Ninguna persona normal reserva tantos asientos. Me esperé a ver por cuál se decidía y me senté en el asiento libre más próximo.

Trautmann se calló y le señaló la caja de hilo dental que Mats había encontrado en el compartimento del chaleco salvavidas del asiento 7A.

—¿Hilo dental? —preguntó—. ¿En serio pensó que eso le iba a funcionar?

—Eso no es hilo dental —dijo Mats—, es un arma.

Trautmann abrió la tapa de la caja y extrajo un buen trozo del hilo. Lo arrancó, lo olió y sonrió.

—Es hilo dental, colega. Creo que podemos ahorrarnos la conversación. No tiene la cabeza muy en su sitio que digamos.

Se dio la vuelta para irse.

—¿Qué quiere? —preguntó Mats a sus espaldas.

Trautmann se detuvo y miró hacia atrás por encima de su hombro.

—Seguridad.

—¿Para quién?

—Para todos los que vamos a bordo.

Trautmann se sacó la camisa del pantalón y aireó una funda de pistola en el cinturón. Justo al lado llevaba una estrella de plata, como la del distintivo de un sheriff.

Mats cerró los ojos.

«Claro».

—¿Es usted el agente de paisano del vuelo? —preguntó.

Al asentir Trautmann con la cabeza, Mats supo que todo estaba perdido.

No habían encontrado a Nele.

La conexión con Feli, cortada.

Kaja se hallaba muy lejos de estar reactivada.

Y con aquel ridículo ataque a Trautmann se había puesto fuera de combate él mismo.

—Hombre, habría preferido tenerlo todo el tiempo bajo control, pero soy el único responsable del avión y difícilmente podía sentarme sin más junto a usted en la Suite Sky —dijo el agente de paisano.

Mats cerró los ojos.

Se sentía cansado hasta lo indecible, infinitamente exhausto; deseó estar en otro lugar, en cualquier otra parte donde los pensamientos enmudecieran y

podrían detenerse todas las sensaciones con un interruptor.

—Por fin ha despertado. Tenga cuidado y no haga ninguna tontería —oyó decir a Trautmann, y de pronto Mats tuvo miedo de que dejara como perro guardián a Valentino, quien tenía una cuenta pendiente con él.

—Voy a echar un vistazo a su equipaje y regreso enseguida.

—De acuerdo —oyó Mats, y entonces supo que no era Valentino a quien Trautmann había encomendado la vigilancia, sino la persona que lo había estado observando durante todo el tiempo.

Mats abrió los ojos de par en par y encontró confirmadas sus sospechas cuando Kaja dijo:

—Puede confiar en mí.

Y cerró la puerta después de que Trautmann saliera.

Sonrió.

De todas las emociones que su cara había reflejado en las últimas horas — confusión, inseguridad, agitación, hasta la pura desesperación—, esta expresión era la más perturbadora.

Más perturbadora incluso que el centelleo de sus ojos, que el murmullo psicótico de fondo que siempre encontró una vía en la mirada de Kaja, incluso en las fases de mayor aislamiento anímico. Una señal clara de sus problemas y de los dolores que corroían su entendimiento, una señal que también se había manifestado en ella antes, en su mirada desde dentro del ascensor, pero ¿y ahora?

Kaja se acercó a Mats con una sonrisa en torno a las comisuras de los labios, y era auténtica. No fingida, ni simulada ni tampoco forzada. No parecía muy feliz, pero sí una persona que sabe a qué atenerse.

Si Mats no hubiera tenido más datos sobre su persona, la habría interpretado como una expresión de curación psíquica. Pero, aun así, sintió un escalofrío cuando Kaja se acercó a la mesa y dijo con voz sosegada:

—Es usted un fuera de serie, doctor Krüger. Tendría que haberlo sabido, pero puede que yo reprimiera en mi mente lo bueno que es en su especialidad.

—No la comprendo.

—No, no me comprende, ya se lo he dicho antes. Nunca entendió nada. Pero eso ahora da lo mismo.

Kaja abrió el minibar y sacó una botella de agua sin gas y un vaso atemperado. Lo llenó hasta la mitad y extrajo un diminuto frasco de cristal del bolsillo interior de la parte superior de su atuendo.

El frasquito se parecía a aquellos de gotas nasales que la madre de Mats le administraba siempre con cuentagotas cuando estaba resfriado. Solo que este tenía el cristal verde y no marrón, y la pipeta parecía más afiligranada.

—¿Qué es eso?

—Nicotina líquida. Es una sustancia extremadamente tóxica —dijo Kaja con franqueza—. La he extraído de unos cigarrillos electrónicos.

Vertió varias gotas en el vaso de cristal y removió la mezcla con el dedo índice, el único de su mano que todavía mantenía intacto el esmalte de uñas.

—¿Sabía que me cambié a ellos hace un año? —dijo sonriendo.

Mats negó con la cabeza, pero no lo hizo como respuesta a la pregunta de ella.

—¿Qué pretende?

A Kaja se le ensanchó la sonrisa.

—Pero los cigarrillos electrónicos no saben a nada. Y también pueden ser mortales.

Kaja cerró el frasquito de cristal y lo agitó.

—No pienso beber eso —dijo Mats, pero ella tampoco replicó nada a su comentario. Parecía que él fuera tan solo un objeto que ella se había buscado como interlocutor, pero de quien no esperaba respuestas ni mucho menos preguntas.

Kaja miró el reloj, suspiró, y del mismo bolsillo del que había sacado la nicotina extrajo un cigarrillo auténtico junto con un encendedor.

—En realidad lo había reservado para Berlín, para cuando hubiera pasado todo esto, pero es posible que ahora pueda darse ya por concluido.

Se llevó el cigarrillo a la boca, lo encendió y dio una calada muy honda.

—¡Ahhh!

Una humareda gris similar a la neblina llenó la Suite Sky cuando espiró. Mats no podía oler apenas porque tenía la nariz obstruida con la sangre seca, pero el humo le irritó los ojos.

—Siempre había querido hacer esto —dijo Kaja riéndose, y, acto seguido, dio una segunda calada. Su mirada se tornó inquieta al decir—: ¡Caray, hombre! Tendría que haberlo sabido. El descalabro no estaba planeado así.

Mats dio algunas sacudidas a sus ataduras.

—Kaja, si también la están extorsionando, si también está metida en este asunto, sepa que no tiene por qué hacerlo.

Ella miró a la ventanilla. Parecía que seguía hablando sola.

—No estoy hablando del avión, sino de usted, doctor Krüger.

—No entiendo.

Ella lo miró por primera vez directamente a los ojos.

—Ya hemos tratado esa cuestión.

—Entonces explíquemela, por favor.

Kaja se inclinó hacia él.

—No me refería a este avión. Quien debía descalabrarse era usted. Solo usted y nadie más.

Mats oyó esa verdad de los labios de Kaja y reaccionó con todos los sentidos.

El omnipresente ruido de fondo de los turborreactores se volvió más potente en sus oídos. El sabor a sangre en la boca, más intenso. Ahora olía incluso el humo.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Está ya muy cerca de la solución, doctor Krüger. He oído lo que le ha preguntado al agente de paisano del vuelo.

—¿Trautmann?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de cómo se llama. Únicamente los pilotos conocen su identidad para que no puedan tomarnos como rehenes a los miembros de la tripulación para delatarlo. Yo solo sabía que había un agente de paisano a bordo de este vuelo y que usted figuraba en la lista de pasajeros sospechosos porque había reservado demasiados asientos. Tras el incidente con Valentino, el comandante me ordenó que lo aislara en la Suite Sky con la mayor discreción posible. Pero en ningún momento tuve contacto directo con el agente de paisano. Si usted no lo hubiera atacado, yo no habría sabido quién era y dónde estaba ubicado.

Mats creyó percibir cómo la cabeza se le hacía más pesada, como si los fragmentos de la verdad lastraran su capacidad de raciocinio con un peso de plomo.

—En cualquier caso, Trautmann (o como lo llame usted) no tiene ninguna participación en la empresa de Klopstock, y eso es absolutamente cierto.

—Pero ¿y usted?

—Me cobro una pequeña indemnización por lo que me robó, doctor Krüger.

—¿Yo? Pero ¿qué demo...? —Mats se quedó tan desconcertado, que apenas era capaz de articular las palabras—. Yo la traté, Kaja. La ayudé a procesar el trauma, tanto el de ser rehén como el de la posterior publicación del vídeo. ¿Cómo se le ocurre pensar que yo podría haberle robado algo?

Kaja continuó sonriendo de manera perturbadora.

—Usted no me trató. Ni lo hizo entonces, ni tampoco hoy. Al contrario. Durante todo el vuelo ha intentado destruirme.

—Porque me están chantajeando, lo siento. Se lo ruego, quíteme estas ataduras. —Le tendió ambas manos—. Desátame, podemos arreglar todo esto.

Todavía no es demasiado tarde.

—Sí que lo es, desde hace muchísimo tiempo. Usted no lo entendió ni nunca lo entenderá.

—Por favor, deme esa oportunidad.

—No. Para eso ya no queda tiempo. Mire, el plan era que usted mostrara una conducta llamativa a bordo de este avión, y eso fue lo que hizo desde el primer instante y en diversas ocasiones. Tramó una pelea con un azafato. Incluso ha atacado a un agente de paisano en el vuelo. Y durante todo este tiempo ha tratado de manipular psíquicamente a una azafata para hacer estrellar el avión.

—¿Y quién iba a testificar eso?

—Yo, por supuesto. —El labio inferior de Kaja le tembló—. Tengo grabadas todas nuestras conversaciones.

Se sacó un diminuto móvil del bolsillo interior de su uniforme.

—Con esto queda usted jodido.

Mats tragó saliva con pesadez.

—¿Y cree que con eso basta para convencer a las autoridades de que hay que introducir controles psicológicos exhaustivos para la tripulación y los pasajeros?

«Con los que Klopstock va a ganar millones».

Kaja asintió con la cabeza.

—Quizá no haya llegado la noticia a Argentina, pero dentro de unas pocas semanas en Europa se va a someter a votación una ley que prescribirá por fuerza esos controles. ¿Qué cree que decidirán los eurodiputados cuando oigan que cientos de pasajeros han escapado de la muerte por los pelos? ¿Y que ya no será posible en el futuro un escenario semejante? Los chequeos rutinarios impedirán de entrada que bombas psíquicas de relojería como yo y pasajeros propensos al suicidio como usted suban a un avión.

«¿Propenso al suicidio?».

Mats señaló el vaso con la nicotina líquida.

—¿Queréis que me beba eso? ¿Para que parezca un suicidio?

«Como prueba concluyente de mi psicosis. Y para eliminarme como testigo».

—Ese era el plan.

—Eso es una locura. ¿Cómo pensasteis que iba a hacerlo voluntariamente?

—¿Es que ha hecho alguna cosa de manera voluntaria en el día de hoy, doctor Krüger?

«Nele».

Mats volvió a tener presente su imagen, los ojos completamente abiertos, la expresión de los suplicios y de los dolores. Enseguida la oyó gritar en su recuerdo.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué habéis hecho con ella?

—No lo sé —dijo Kaja sin pestañear ni volverse, sin ningún signo que delatara que estaba mintiendo.

—¿Quién lo sabe entonces? —preguntó Mats—. ¿Quién ha planeado todo esto?

—Eso ahora da lo mismo. Pronto ya no va a interesarle a nadie.

Mats trató en vano de obtener un poco de luz a partir de las crípticas frases de Kaja.

—¿Pensáis que así vais a salir con la vuestra? Nunca en la vida. A alguien le llamará la atención que mi hija desaparezca precisamente el día en que me vuelvo loco a bordo de un avión.

Kaja dio otra calada a su cigarrillo, consumido ya en una tercera parte, y le sopló el humo directamente a la cara a Mats.

—Puede ser, pero entonces la policía encontrará en algún momento un ordenador portátil en su piso de Buenos Aires. Con un programa de simulación de vuelo instalado en él con el que exclusivamente ha repasado este trayecto, doctor Krüger. Además, las autoridades se toparán con todos los correos electrónicos entre usted y Franz Uhlandt.

«¿El chófer de Klopstock?», se le pasó a Mats por la cabeza. Si no le fallaba la memoria, ese era el nombre que Feli había averiguado antes.

—Un vegano con un grave desequilibrio mental que anda fantaseando con la idea de quitarles sus bebés a mujeres embarazadas como medida de presión contra la producción industrial de leche. Usted lo animó a llevar a la práctica ese plan con su hija. Le proveyó de dinero y cámaras.

—Eso no es verdad.

—Lo es de acuerdo con las informaciones existentes en su ordenador. Usted es un hombre perturbado, doctor Krüger. Nunca superó la muerte de su esposa; por ello llegó incluso a emigrar. Su hija lo detesta y no puede soportar que Nele funde pronto una familia mientras usted ha perdido ya la suya.

—¡Eso es una locura!

—La opinión pública lo verá de esa manera, sí. Se ha convertido usted en víctima de la locura. Ya llevaba varios años solo y deprimido, y el embarazo de Nele se convierte entonces en el detonante de su plan suicida, con el que quiere arrastrar a la muerte al mayor número de personas posible. Pasajeros

felices que viajan para reunirse con sus familiares. Y pacientes como yo, que han comenzado una nueva vida que no le ha sido concedida a usted, Mats. — Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre de pila—. Todo esto tal vez habría podido detectarse con un simple análisis de sangre y una serie más laboriosa de pruebas psicológicas. En ese caso, se habría desaconsejado incluso mi inclusión en la tripulación. Pero ahora... —dijo señalando con el dedo el vaso con la neurotoxina.

—¡Jamás! —exclamó Mats, y volvió a dar sacudidas sin éxito a sus ataduras. El plástico se hundió aún más en sus muñecas. Señaló el vaso, que le pareció su última medida de presión en un juego cuyas reglas seguía sin comprender—. No tomaré ni un trago de eso, a no ser que dejéis a Nele libre y que pueda hablar con ella de inmediato. En cuanto ella esté a salvo...

Kaja se levantó.

—Olvídelo. No está en mi mano que su hija sea puesta o no en libertad. Eso lo decide única y exclusivamente el vegano. No se encuentra bajo nuestro control. Estamos contentos de que nos haya provisto de una fotografía y de una grabación de audio, pero él actúa por su cuenta, con total autonomía. Ese era el núcleo de nuestro plan. Al final, nadie podrá establecer ninguna relación entre nosotros y él. Usted es el único vínculo, doctor Krüger.

—¿Ninguna relación? —dijo Mats casi gritando—. ¡Ese hombre es el chófer de Klopstock!

Kaja parpadeó.

—¡Chapó! ¿Ha llegado a averiguar eso? Pero, bueno, ¿qué demuestra eso al final? Nada, porque Klopstock no forma parte de nuestro plan.

—¿Qué tonterías está diciendo?

—Simplemente la verdad. André no sabe nada —dijo ella, y Mats estaba a punto de protestar de nuevo cuando se le pasó por la cabeza que a bordo debía de haber por lo menos otro ayudante además de Kaja, y ese, con toda seguridad, no era su polémico colega, con quien Feli se había encontrado en su consultorio hoy.

—¿Con quién he estado hablando todo el rato por teléfono? —preguntó a Kaja.

«¿Quién es la voz?».

A bordo.

—Basta de preguntas.

Kaja aplastó su cigarrillo en el tablero de la mesa con los dedos temblorosos y volvió a sonreír con la misma amabilidad que al principio de

esta conversación. La más descorazonadora de todas las que Mats había mantenido a lo largo de su vida.

Ella agarró el vaso de agua con la nicotina disuelta y lo agitó como si se tratara de un vino tinto caro.

—No voy a beber eso —protestó Mats.

—Eso ya lo ha dicho antes —dijo Kaja con una sonrisa, se acercó el vaso a los labios y lo vació de un trago.

Mats se puso blanco como el yeso.

A continuación, ella abrió su móvil y pulsó varias veces la misma tecla hasta que sonó un pitido largo.

—Bien. Nuestras conversaciones ya están borradas. Eso es todo —dijo como despedida, y su sonrisa había desaparecido, tan solo se reflejaba tristeza en sus ojos cansados. Era la expresión inequívoca de la seguridad de que su vida acabaría pronto.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mats con un susurro, como si estuviera anestesiado. De nuevo se quedó sin respuesta.

—Me voy a ponerle punto final a todo esto de aquí.

Mats trató de levantarse, pero las ataduras lo devolvieron de inmediato al asiento.

—¿A qué se refiere? ¡Eh, oiga! ¿Qué ha querido decir con eso de «poner punto final»? —preguntó a la espalda de ella—. El plan nunca fue estrellar el avión, ¿verdad?

—Sí, ya se lo he dicho —respondió Kaja ya en la puerta—. Debería haber tenido un mejor conocimiento de la situación, pero usted es sencillamente un fuera de serie, doctor Krüger. Me ha abierto los ojos. Y, en consecuencia, ha cambiado el plan, por desgracia.

*Todavía 48 minutos
hasta el aterrizaje previsto en Berlín*

La serpiente volvía a hacer acto de presencia. Durante un buen rato se había mantenido agazapada, había estado al acecho en alguna cámara oscura y bien camuflada de su consciencia, donde se había puesto a cubierto y se había ido alimentando con sus pesadillas. Pero ahora había despertado de su sueño de maldad y volvía a anunciarse con renovadas fuerzas.

«Pero ¿qué se propone? ¿Va a estrellar Kaja el avión? ¿Está en situación de poder hacerlo?».

Mats sintió como la pitón del miedo iba enroscándose en torno a su pecho y constriñéndolo más fuertemente con cada pregunta. Con mayor firmeza que las ataduras que tenía en torno a las muñecas y a los pies.

«¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué he puesto en marcha?».

Si era cierto que el objetivo real del extorsionador no era la caída del avión, entonces también adquiriría sentido que el mismo criminal se hallara a bordo. Y si el destino de Nele era completamente independiente del que iban a tener las muchas, muchísimas personas de a bordo, entonces al final la culpa era suya si la situación derivaba en una catástrofe.

«Debería haber tenido un mejor conocimiento de la situación», recordó Mats las últimas palabras de Kaja, para las cuales solo podía haber una interpretación. Estaba al corriente, sabía que él intentaría destrozarla anímicamente. Una cómplice que pensó que podría intervenir en esta mascarada como actriz y resistir sus intentos de manipulación psicológica.

«Pero usted es sencillamente un fuera de serie, doctor Krüger».

Él había acabado consiguiendo lo inesperado y, en contra de todas las previsiones, la había devuelto al estado del trauma de su pasado; seguramente, gracias al vídeo en el que él había reconocido algo que había permanecido

oculto hasta entonces para todos los implicados. Y ahora sí, ahora Kaja era en efecto una bomba viviente, cuyo detonador había activado él y que en estos momentos se encontraba en algún lugar buscando el punto más sensible del avión. Lista para explotar.

—¡Maldita sea!

A Mats apenas le llegaba el aire a los pulmones. El pánico le tenía cortada la respiración y hacía que la presión en su cabeza aumentara, como si fuera un buzo sumergiéndose cada vez más profundamente en el océano de su miedo. Le dolían las orejas, le lagrimeaban los ojos, y estos últimos le hicieron captar aquello que habían rozado con la mirada.

¡El cigarrillo!

Encima de la mesa.

Kaja lo había aplastado distraídamente, dejando una quemadura negra en la madera noble de color claro.

A toda prisa y con las manos temblorosas, sin gran esmero, razón por la cual seguía ascendiendo un hilo de humo casi invisible desde la punta de la colilla aplastada hacia el techo de la cabina.

«¡Sigue ardiendo!».

Aunque, a decir verdad, eso de arder era para ser más exactos un rescoldo débil, un recuerdo de la brasa que había sido anteriormente, no mucho más que un eco moribundo.

«Y, sin embargo...». Era su única oportunidad. Quizá la última que iba a tener en la vida.

Mats se inclinó sobre la mesa todo lo que le permitían las ataduras, pero era inútil. No llegaba.

El cigarrillo estaba a tan solo dos centímetros de su barbilla, pero podrían haber sido perfectamente dos metros, pues el resultado habría sido el mismo: Mats no podía alcanzarlo.

Extendió la lengua hacia la colilla que iba extinguiéndose, pero también esto resultó inútil. Además, con ese intento corría el peligro de apagar definitivamente el cigarrillo.

Mats miró a su alrededor.

El vaso, el mando a distancia, la botella de agua... todo estaba fuera de su alcance.

Se sintió como alguien que se muere de sed frente a una máquina expendedora de bebidas. Dejó caer la cabeza encima del tablero por la frustración y profirió un grito. En su desesperación se había olvidado de su

nariz rota. Ahora la sintió como si le hubieran atravesado a propósito un destornillador por el tabique nasal aplastado.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer del lado de la consciencia y, al regresar desde el borde ardiente de la oscuridad iluminada por el dolor al lado de la consciencia, se preguntó si no habría sido mejor optar por el desmayo.

¿Estaría Nele sintiendo ahora algo similar?

No, con toda seguridad a ella le iba peor. Él solo podía rezar para que no hubiera complicaciones durante el parto, para que alguien se ocupara de ella y del bebé. Sin embargo, apenas albergaba esperanzas al respecto si tenía presente su foto y su grito.

Mats sacudió la cabeza, como si así pudiera borrar esas horribles imágenes de su mente. A continuación, parpadeó y abrió los ojos. Necesitó un poco de tiempo para darse cuenta del cambio.

El cigarrillo.

Encima de la mesa.

Se había movido. Solo unos pocos milímetros, pero en la dirección correcta. La sacudida del tablero de la mesa por el cabezazo había proporcionado la desviación precisa.

—Vale, vale, eso está bien —dijo Mats, henchido realmente por una euforia que le anesthesiaba el dolor.

Luego volvió a hacer lo mismo. Dejó caer de nuevo la cabeza, pero esta vez procuró que solo la frente chocara con el tablero. Eso bastó para que renaciera el dolor desde los dientes hasta detrás de los ojos. Le entraron náuseas. Al mismo tiempo se sintió feliz porque el cigarrillo había avanzado de nuevo en la dirección salvadora. Y seguía ardiendo, razón por la cual Mats volvió a hacerlo otra vez. Y otra. Y otra.

Lo hizo tantas veces que llegó a tener la sensación de que en su frente había un chichón del tamaño de una ciruela, que le había crecido como un tercer ojo hinchado.

Con una destreza de la que no se habría creído capaz al no ser fumador, giró la colilla con la lengua unos cincuenta grados hasta que pudo tomarla por el final del filtro con los labios, y dio una calada.

Con avaricia, como un fumador muy viciado. Le seguían lagrimeando los ojos, ahora por el dolor, y por ello no veía si la brasa se avivaba de nuevo o no, pero pudo degustarlo. Aparte del hierro y de la flema, saboreó de pronto algo con gusto a madera que le irritaba la garganta. En esa misma respiración

olió el humo. Y ahora vio que el fino hilo se había convertido en una columna, aunque el júbilo interior no duró mucho.

Ahora tenía que llevar a la práctica su idea, concebida en plena angustia mortal, para ver si era viable de verdad.

Había muchos puntos en contra.

Uno: solo podía disponer de su boca para situar el ascua en la posición correcta.

Dos: era muy improbable que Mats chamuscara tan solo el plástico de las ataduras. Seguramente también quemaría la piel por debajo y a los lados.

Pero no tenía ninguna otra opción y debía aprovechar el tiempo que le quedaba, fuera el que fuera. Justo ahora que la serpiente del miedo se había relajado un poco y por el momento parecía estar solo al acecho.

«Así que vamos allá...».

Mats alzó la muñeca, se encorvó y presionó el cigarrillo contra el plástico justo por encima de la arteria del pulso de la mano izquierda. Aspiró y la entrada inhabitual de humo en sus pulmones le hizo toser. El cigarrillo se deslizó hacia la piel, lo cual no le dolió en un primer momento, pero luego lo hizo con tanta intensidad que a Mats estuvo a punto de caérsele el cigarrillo de la boca.

«No grites, no debes mover los labios», se conminó a sí mismo y trató de expresar su sufrimiento solo mediante gemidos y lamentos. Tenía que proferir algún sonido. Las quemaduras producen los peores dolores del mundo. Nadie las soporta callado.

«Igual que ninguna mujer soporta un parto en silencio».

De nuevo, Mats no pudo evitar pensar en Nele y en ese grito de «¡aaay!» alargado, lleno de dolor, y ese horroroso recuerdo lo motivó a volver a hacerlo otra vez.

Llevar la boca a las manos, aspirar el humo, presionar la brasa contra el plástico. Reprimir los dolores, gemir, pasar por alto el sonido de la quemadura y aguantar la colilla más y más tiempo sobre la atadura. Aunque tenía la sensación de que el agujero no se estaba haciendo únicamente en el plástico, sino que también le estaba fresando la muñeca hasta el hueso.

—¡Síii!

Alzó la cabeza gritando, al tiempo que intentaba extender los brazos. El grito se hizo añicos en su boca por el horror cuando se dio cuenta de que todavía no estaba libre, de que sus manos seguían atadas una junto a la otra, pero que él había perdido la colilla, que se le había caído de la boca y había

rodado hasta llegar al canto de la mesa y precipitarse al suelo. A medio metro de sus pies y, por tanto, a una distancia infinita.

—¡Nooo!

Mats se puso a dar sacudidas a sus ataduras como un poseso, separó todo lo que pudo las manos, las golpeó contra el canto de la mesa, tensó los brazos hacia fuera con todas sus fuerzas y acabó dándose un puñetazo en la barbilla al ceder repentinamente el plástico y desgarrarse por la parte más débil, por la parte dañada por la brasa.

—¡Sí, sí, sí!

Mats continuó lanzando gritos, pero ahora de alegría y de alivio.

Tenía las manos libres. Ahora pudo alcanzar el vaso, que hizo añicos, y con las esquirlas pudo eliminar el resto de las ataduras.

Arrastrado por una oleada de actividad y de dinamismo, Mats confiaba ahora por primera vez en poder intervenir decisivamente y por decisión propia en esta crisis.

Hasta que el comunicado de Kaja Claussen por megafonía destruyó súbitamente esa esperanza:

«Atención, me dirijo a todos los pasajeros, pilotos y miembros de la tripulación. Permanezcan tranquilos. No hagan ninguna tontería. Si alguien se levanta de su asiento, intenta utilizar la fuerza contra mí o cambia la altura del vuelo, la velocidad o lo que sea... ¡moriremos todos de inmediato!».

—¿Por qué?

Era esta frase la que Kaja estaba vociferando a su víctima en plena cara. Una y otra vez esa pregunta se superponía a las exclamaciones de pánico, al griterío, al llanto y a las voces agitadas que habían estallado por todas partes en el avión tras el comunicado por megafonía.

—¿POR QUÉ?

Los gritos de Kaja indicaron la dirección que debía seguir Mats después de salir de la Suite Sky. Descendió por la escalera hacia el vestíbulo, en el que se hallaban cuatro personas. Kaja estaba delante de la puerta de entrada a la zona de primera clase, con una pistola en la mano que apuntaba a una persona que estaba acucillada frente a ella, justo debajo de la ventanilla engastada en la puerta. Estaba tan encogida y tan tapada por el cuerpo de Kaja, que Mats, desde su posición en la mitad de la escalera, no podía distinguir a quién estaba amenazando la sobrecarga.

A la derecha de Kaja estaba Valentino, con una cara seria, contraída. Mantenía cerrada la cortina que llevaba al salón, probablemente para que los pasajeros de las zonas traseras no pudieran avanzar, ya fuera por curiosidad o por intentar hacerse los héroes.

Mats pudo ver en los gestos de su rostro que estaba tratando de disimular el miedo que tenía que sentir por fuerza, como todos los demás a bordo, pero no lo conseguía de manera muy convincente.

—Pero ¿por qué lo hiciste? —gritó Kaja a la persona que había en el suelo.

Todavía no se había apercebido para nada de la llegada de Mats, si bien se aseguraba una y otra vez que ninguno de los dos hombres cerca de él la atacara por la espalda. Sin embargo, nadie lo habría intentado en serio en esa situación, ni siquiera el agente de paisano del vuelo, a quien Kaja debía de haberle quitado el arma.

Trautmann estaba sentado en el sofá semicircular que había en mitad del vestíbulo y su cara parecía derretida.

Tenía una quemadura con muy mala pinta. Allí donde la piel no mostraba ampollas de un feo color blanco, tenía una tonalidad roja encendida, como si la hubieran trabajado con un papel de lija grueso.

O con café.

Mats descendió un escalón más y vio en el suelo la cafetera de cristal con la que se servía el café en la clase business. Si Kaja le había arrojado a la cara al agente de paisano el café recién hecho, eso explicaría que hubiera podido dejar fuera de combate a aquel hombre, que pesaba por lo menos cincuenta kilos más que ella, y quitarle el arma. Esa acción, a su vez, no había podido pasar desapercibida a los pasajeros, razón por la cual Kaja había emitido el comunicado por megafonía.

—Agua —susurró Trautmann y se llevó las manos a la cara escaldada.

Por lo visto, en el ataque también habían resultado afectados los ojos. El agente de paisano del vuelo parecía no ver ya nada ni a nadie.

La mirada de Mats se trasladó de nuevo hacia Kaja, quien estaba gritando a la víctima que tenía arrodillada a sus pies:

—Nos conocemos desde que tengo uso de razón. Lo sabes todo de mí, hasta mis secretos. Pensaba que podía confiar en ti, pero ¿era todo mentira?

Kaja dio una patada a la persona que tenía a sus pies. La nicotina en la sangre no mostraba todavía ningún síntoma, lo cual era completamente normal. Los espasmos podían tardar media hora en aparecer. Mats se atrevió a descender un escalón más.

—Me has manipulado. Nos has manipulado a todos.

—No —oyó decir Mats con un gemido a una voz de mujer que le resultaba familiar y que provenía de la persona encorvada en el suelo, como si quisiera cubrir y, por lo tanto, proteger algo con los brazos y el torso.

—¡Largaos todos! —gritó Kaja, y dio una vuelta sobre su propio eje apuntando con el arma del agente de paisano. En ese breve giro descubrió a Mats, a quien le hizo una señal, o al menos eso le pareció a él, como si hubiera contado en todo momento con que él encontraría un modo de liberarse.

Los presentes se pusieron inmediatamente en movimiento. Valentino, el medio ciego Trautmann y también Mats se dispusieron a desaparecer por detrás de la cortina, pero Kaja retuvo a este último.

—Usted no. Usted se queda aquí a mirar.

En ese momento, el bebé que la mujer trataba de proteger en el suelo comenzó a gimotear.

—¡Salina! —se le escapó a Mats.

Kaja negó con la cabeza.

—Usted no la conoce. No sabe ni siquiera su verdadero nombre. No se llama Salina, sino Amelie.

Mats parpadeó.

La tercera de la pandilla de las chicas del esmalte de uñas.

—Y su apellido... —Kaja hizo una pausa como si se encontrara en un concurso de preguntas y respuestas de la televisión y ella fuera la moderadora que quería dotar a la escena del suspense necesario antes de decir la solución. Entonces pateó en un costado a la mujer pelirroja del suelo. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para que esta se sobresaltara—. Dile tu apellido —ordenó a su víctima.

La madre levantó la cabeza por primera vez y clavó la vista directamente en los ojos de Mats, con una mirada temblorosa y cargada de miedo.

—Klopstock —dijo él anticipando la respuesta.

Kaja asintió con la cabeza.

—Eso es. ¡La honorable esposa del médico, la señora Amelie Klopstock! —Volvió a patearla con la punta del zapato—. La esposa del catedrático.

—Por favor —imploró la víctima de Kaja—. Mi bebé.

Mats oyó cómo el gimoteo se intensificaba. Vio un bracito diminuto que trataba de abrirse paso por debajo del torso de la madre.

—¿Y con esto quieres que muestre compasión? —preguntó Kaja con la pistola apuntando a la cabeza de Amelie Klopstock—. ¿Compasión con tu bebé? —Escupió con gesto de asco a la moqueta—. ¡Destrozaste mi vida! Grabaste ese vídeo y luego lo publicaste. Desde entonces no he vuelto a mantener relaciones sexuales. Nunca tendré hijos, ¿comprendes lo que es eso? —Continuó ahora a voz en grito—: ¡Así que deja de hablar de una vez de tu bebé!

Kaja continuó vociferando, pero Mats ya no oía los gritos.

«¡El vídeo!», es lo único que tenía él en mente.

Amelie era la amiga de Kaja. Ella fue quien grabó el vídeo y lo difundió por todas partes.

«Peer Unsell». Gangoso Unsell. El loco homicida que violó a Kaja.

—¿Fue usted? —preguntó Mats consternado.

Kaja lo condujo hacia la verdad con más respuestas.

—Sí. Ella destrozó mi vida. Y la suya, doctor Krüger. A Amelie le encanta manipular a las personas. Engatusa a sus amigos con el cebo del sexo. Fue así como convenció a Johannes Faber para que subiera el vídeo y se lo enviara a sus amigos, ¿o no fue así?

Apretó el cañón de la pistola contra el cogote de Amelie.

—Por favor, no lo hagas —imploró la madre, y Mats se puso a pensar de manera febril en sus posibilidades de apaciguar la situación. Le habría gustado percibir que el piloto iniciaba el vuelo de aproximación, pero probablemente todavía se hallaban demasiado lejos de un aeropuerto. Por lo tanto, tenía que intentar que las dos mujeres conversaran el mayor tiempo posible.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Mats arrodillándose ante ella.

De nuevo fue Kaja quien respondió mientras Amelie temblaba cada vez con mayor intensidad por el miedo y la tensión.

—Es su carácter, así de simple. A Amelie le encanta el poder que tiene sobre los demás. Y detesta no ser el centro de atención. Por eso publicó el vídeo entonces, porque no podía soportar que me consideraran la heroína de la escuela. ¿Es así?

—Sí, sí —confesó Amelie, y entonces su llanto se volvió más intenso que el de su bebé.

—Lo que no entiendo es por qué lo acertaste —gritó Kaja propinándole otro puntapié—. ¿POR QUÉ?

—Éramos jóvenes. No pensábamos las cosas —trató de excusarse Amelie. Apenas podían entenderse sus palabras.

—Tonterías. ¿Pretendías destruirme poco a poco?

Mats miró hacia la cortina. No se movía. No había nadie cerca que pudiera ayudarlo. Estaba solo ante el peligro.

—No, sí. No lo sé —dijo sollozando Amelie, que no se atrevía a levantar la vista hacia Kaja. Mats incluso llegó a creerla. Probablemente había actuado con los instintos patológicos de una narcisista, sin reflexionar, y pretendía conservar esa información, que le otorgaba una posición dominante. Era del

todo seguro que entonces no podía prever para qué podría emplear este medio con objeto de ejercer presión sobre su lábil «amiga».

—Soy una idiota —dijo Kaja con una repentina calma en la voz, lo que hizo aumentar el miedo en Mats—. Realmente pensaba que se trataba de un plan conjunto. Pero solo he sido tu marioneta.

«Como yo», pensó Mats. También él había ofrecido voluntariamente su asiento a Amelie, alias Salina. Ablandado por el estímulo clave más viejo del mundo: una madre desesperada con un bebé desvalido en brazos. Ella fue quien colocó la supuesta «arma» debajo de su propio asiento. Y, aunque seguramente no había previsto que le pediría ayuda para analizar el vídeo y que así desenmascararía su secreto, sí que había sido durante todo ese tiempo la maquinadora.

La siguiente certeza le sentó como un puñetazo, aunque era de suponer que en circunstancias menos angustiosas lo habría averiguado mucho antes: «¡Amelie es la voz!».

Todo el tiempo había estado hablando con ella; probablemente se encerraba en el lavabo dejando al bebé dormido en el asiento con el cinturón puesto, o al cuidado de una azafata. Tal vez incluso al cuidado de Kaja, si a esta le iba bien.

—¡Levántate! —ordenó a Amelie ahora.

—¡Por favor, no!

—¿Qué te pasa? —preguntó Kaja con cinismo—. Querías que pareciera real. Por eso le enseñaste el vídeo completo a Krüger. Querías que volviera a sufrir una recaída. —Kaja lanzó un vistazo hacia Mats. Una enorme gelidez yacía en su mirada.

—Bien, lo conseguiste, Amelie. Solo que has tenido mala suerte por no contar con que me haría realmente con un arma.

La víctima de Kaja levantó la cabeza.

—¡Por favor, ayúdeme!

Amelie extendió una mano hacia Mats. Levantó el torso. En la protección que ofrecía a su bebé se abrió de pronto un hueco.

Mats reaccionó de manera instintiva. Agarró al bebé por su fino bracito. Tiró de él, lo arrancó de su madre y lo cogió en brazos.

—Perra —oyó decir a Kaja, y entonces terminó todo. El retroceso del arma hizo que casi se le cayera de la mano, pero solo «casi».

—¡Nooo! —exclamó Mats con el bebé pegado a su pecho mientras retrocedía un paso de donde estaba la madre, con el eco del disparo en los oídos—. Por Dios —dijo en un tono de lamento, y miró al suelo.

La sangre manaba como un aceite oscuro de la herida de bala entre los ojos de Amelie.

—No avances ni un centímetro más, cabrón —fue lo siguiente que vociferó Kaja, y Mats necesitó unos instantes hasta comprender que no se dirigía a él, sino a Valentino, que había aparecido de nuevo en la zona de paso a la clase business al oír el disparo—. Lárgate o nos caemos todos al vacío.

Kaja presionó la pistola directamente contra el cristal de la ventanilla de una puerta de salida.

—Calma, mucha calma —dijo Mats, que no sabía qué pasaría si Kaja apretaba el gatillo.

En las películas quedaban absorbidas todas las personas que se hallaban en la inmediata cercanía debido a la diferencia de presión. No tenía ni idea de si en la realidad sucedía eso, pero no deseaba averiguarlo bajo ningún concepto.

Avanzó hacia Valentino, que parecía paralizado mientras miraba fijamente a la madre muerta en el suelo.

—¿Adónde va?

—Por favor, solo quiero entregarle la criatura.

Mats tendió al auxiliar de vuelo el bebé, que desde la detonación berreaba a pleno pulmón.

—Llévelo a un lugar seguro —le dijo a Valentino, sin saber dónde podía haber alguno a bordo de este avión. Luego corrió la cortina de nuevo y regresó donde Kaja.

Ella estaba sudando y sus pupilas parecían haberse estrechado. Eran señales de un estado psicológico excepcional, tal vez también producto de la intoxicación. Fuera lo que fuese, la situación había cambiado irrevocablemente. Kaja se había convertido en una asesina. La inhibición de ataque había fallado y ella volvería a hacerlo, además enseguida, a no ser que alguien la frenara en seco. Y el único que estaba en disposición de hacerlo aquí, a bordo, era él. Su psiquiatra, que conocía las heridas de su alma tan bien como ninguna otra persona en el mundo.

Él se arrodilló. Le tomó absurdamente el pulso a Salina, pero tenía que hacer algo para comprender aquel horror. Un pensamiento atroz se encendió en su interior como una llama: «Si Salina era la “voz”, entonces la única persona que se encontraba al tanto del destino de Nele, ¡está ahora muerta!».

—¿Dónde está mi hija? —preguntó, obligado a formular esa pregunta, aunque estaba seguro de que Kaja no lo había engañado antes.

—No lo sé, de verdad —contestó ella, y él volvió a creerla.

Mats cerró un instante los ojos y se concentró. Se levantó.

—Ya ha pasado todo —dijo débilmente, tanto para sí mismo como para la asesina de Salina. Señaló con el dedo al cadáver en el suelo—. Esta persona ya no ejercerá ningún poder sobre usted. Ya puede deponer el arma.

—No.

—¿No?

Él buscó la mirada de Kaja, pero ella la rehuyó.

La joven estaba sudando intensamente, un sarpullido desfiguraba su cara pálida y un hilo de babas salía de su boca. La intoxicación comenzaba a manifestarse en ella, y Mats contaba con oír una segunda detonación de un momento a otro.

—¿Sigue sin entenderlo? —le preguntó ella.

Se había acabado la jugada, no había ya salvación. Ni para él, ni para Nele y, de ninguna manera, para Kaja, que se había ejecutado a sí misma. Lo único que todavía estaba a su alcance era impedir una catástrofe aún mayor. Y este era el único motivo por el cual conversaba con Kaja en lugar de derrumbarse ante ella entre llantos.

—Aún me quedan muchas cosas por entender, pero ahora sé lo suficiente para hacerme una idea aproximada del conjunto —dijo él con toda la calma que pudo.

El mundo a su alrededor se había encogido. El avión y todas las personas que iban dentro habían dejado de existir para él. Tan solo estaban Kaja y él, y las palabras que fueron encontrando como por sí solas el camino hacia su boca:

—Amelie era la esposa de Klopstock y pretendía estimular el negocio de los test de idoneidad psicológica de la misma forma que comenzó a debatirse su uso en pilotos tras la tragedia de Germanwings. Supongo que se trata de las pruebas de laboratorio de Klopstock y de los carísimos test psicológicos, pero también de los análisis de sangre, con los cuales se puede averiguar si los pasajeros o la tripulación toman psicofármacos. Para ello se precisa de una ley y, con objeto de ponerla en marcha, se requería un incidente a bordo de un

avión como el que usted ha provocado aquí hoy. Amelie Klopstock le prometió una inmensa suma de dinero si colaboraba y, dado que usted se sentía engañada por todo el mundo, pensó al menos en resarcirse asegurándose ese dinero a modo de indemnización. Pero entonces vio quién había grabado el vídeo y se dio cuenta de que Amelie no la había contemplado como una socia de igual a igual, sino que la había manipulado desde el principio como a una marioneta.

—¡Bravo! —Kaja imitó el movimiento de un aplauso—. Lo ha comprendido. Y, no obstante, me pregunto: ¿cómo se puede ser a la vez tan inteligente y tan tonto? Amelie era una manipuladora, pero yo, doctor Krüger, y esto es algo que no ha entendido nunca, soy mil veces peor. Yo quise hacerlo.

—¿El qué?

—El asesinato en masa.

Mats asintió con la cabeza.

—Sí, ya hablamos de eso. Deseaba vengarse por el vídeo y matar a todos los que la estaban poniendo verde.

—No. No estoy hablando del segundo intento, sino del primero.

—¿Cómo dice?

—Lo planeé con Peer.

Mats contuvo el aliento.

¿Qué acababa de revelarle Kaja en ese momento?

—Yo era su novia. Por eso no quería saber nada de otros chicos, me daba igual lo que dijeran las chicas de mi pandilla. Él lo era todo para mí. Quería ayudarlo a denunciar a los cabrones que lo acosaban y le hacían la vida imposible.

«Más claro que el agua».

Habría querido darse de puñetazos en la cabeza.

«¿Cómo pude pasar por alto ese detalle en todas nuestras conversaciones?».

Eran una pareja, un equipo. Cómplices.

«Así que por eso Peer tomó a Kaja como rehén».

No por casualidad, sino con plena consciencia.

—Pero no lo conseguí. No fui lo bastante valiente. Tampoco quería que matara a las chicas de la ducha. Solo quería que acabara. En el vestuario follamos por última vez. Después íbamos a dispararnos un tiro juntos, pero yo fui demasiado cobarde, así que me dijo que me marchara.

—Pero usted regresó.

«Para un último, un íntimo beso de despedida».

Kaja asintió con la cabeza.

—Y posteriormente se publicó el vídeo de mi supuesta violación, que en realidad fue voluntaria. Y los comentarios de mis compañeros de escuela no abrieron ninguna herida, sino que me recordaban mi cobarde traición por el miedo que había sentido y por haber dejado en la estacada a Peer.

—Así pues, ¿volvió a ponerse en marcha para completar la obra de él con un segundo asesinato en masa?

—Para subsanar mi error. Para saldar mi deuda. Peer era mi novio, pero nunca estuve a su lado en público, cuando los demás lo imitaban sin gracia, cuando se burlaban de él, cuando le pinchaban las ruedas de la bici. Solo quedaba con él a escondidas de los demás, sin que las chicas de mi pandilla lo supieran. Él era igual que yo. Éramos almas gemelas. Cuando quedábamos en secreto y escuchábamos la misma música, fumábamos hierba y hablábamos de la muerte, entonces me daba cuenta de lo mucho que nos unía.

Mats se llevó inconscientemente la mano a la nariz, como hacía a menudo cuando se concentraba, y recibió el castigo de un dolor punzante.

«En el fondo, el diagnóstico es muy sencillo».

Dos adolescentes tímidos, con problemas de comunicación, se sentían incomprendidos. A uno lo acosaban; la otra estaba desgarrada interiormente; como les ocurre a tantos adolescentes, no habían encontrado ninguna válvula de escape para sus emociones y planearon una acción conjunta que tuviera mucho eco. El estallido de un volcán que no pudiera dejar indiferente a nadie.

Mats comprendió que en realidad nunca había entendido nada en las sesiones de terapia con Kaja. Todo ese tiempo había creído que la injusta campaña de difamación, la burla mordaz y las infames injurias de sus compañeros por el vídeo de la supuesta violación le habían provocado un trastorno de embotamiento postraumático, cuando en realidad había sido la relación enrevesada y secreta con Peer Unseil la que la había perjudicado. La vergüenza de no haber estado a su lado al final, pese a haberlo planeado así. Era una culpa que podía devorar a una persona por dentro como un ácido. Eso lo sabía Mats por propia experiencia, pues también a él lo atormentaba esa culpa, desde que se levantó de al lado del lecho mortuario de su esposa y se fue como un cobarde.

Mats tragó saliva con dificultad y trató de reprimir esa desesperación paralizante que iba acompañada de la impotente certeza de no saber cómo podía ser de más ayuda a su hija. Pero sabía que Nele no habría querido que

murieran más personas por ella. Así que trató de mantener la comunicación con Kaja.

—Así que un año después regresó a la escuela con un arma cargada para completar la acción de Peer.

Kaja suspiró con tristeza.

—Deseaba concentrarme. La calma antes de la tormenta. Fui al baño y allí vi esa pegatina. Ayuda psicológica de emergencia. Esos estúpidos chismes estaban colgados por todas partes en la escuela desde la primera vez y, maldita sea, volví a achantarme.

—Porque usted no es ninguna asesina —enfaticó Mats, y Kaja se rio con cinismo y miró al cadáver que estaba a sus pies.

—¿Ah, no?

—No mata a inocentes.

—No hay nadie inocente. Usted el que menos, doctor Krüger. Fue el que lo fastidió todo.

—¿Con mi terapia?

—Tratando de disuadirme. Con sus frases inteligentes y comprensivas, me arrebató mi deseo más ardiente, irme de este mundo con un tiro limpio, sonoro. Sueño con eso desde que tengo uso de razón.

—No, ese no es su deseo, de lo contrario no habría consentido que la disuadiera.

—Solo provisionalmente. Ni siquiera usted es capaz de convertir a un lobo en un gatito. No puede cambiar mi carácter, ni tampoco reeducarme. Venga, vámonos.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? A la cabina de pilotaje. ¿Cómo si no voy a estrellar este chisme?

—No puede entrar ahí —dijo Mats, recordando otra información de su seminario de aerofobia—. Los pilotos están encerrados por dentro. La puerta está blindada. No la podrá abrir con su arma.

Kaja preguntó a Mats con una sonrisa burlona:

—¿Sabe qué fue lo primero que cambió tras el atentado suicida del piloto de Germanwings? Hay una clave de seguridad con la que se puede desbloquear la puerta desde fuera, para que nunca más un piloto pueda encerrarse solo por dentro. Y le doy tres oportunidades para adivinar quién conoce esa clave...

—Kaja, por favor...

—Déjelo estar. Ya me detuvo una vez, mientras estaba sentada en el váter de la escuela llorando a moco tendido. Pero no va a volver a lograrlo.

Lo apremió con la pistola para que se dirigiera hacia la cabina de pilotaje.

—Tiene razón. Soy culpable —dijo Mats—. ¿Y sabe por qué? Porque no me interesé en absoluto por usted.

Ella se detuvo frente a la puerta cerrada de la cabina de pilotaje, con el dedo en el gatillo, apuntándole directamente al pecho. Mats vio el teclado junto a la mirilla, mediante el cual Kaja afirmaba que podía abrir la puerta.

—Solo me importaba mi reputación —siguió mintiendo—. La publicidad. «¡Un psiquiatra estrella salva a los escolares!». Ese era el titular que quería.

Kaja asintió con la cabeza. Entornó los ojos: posiblemente estaba sufriendo algún trastorno visual, una típica consecuencia de una intoxicación por nicotina. Lo que podía sobrevenirle a continuación era una ralentización de las pulsaciones e incluso una parada respiratoria.

—Eso es exactamente lo que dijo Amelie.

«Por supuesto, ¿cómo no? Con esas mentiras también te engatusó».

—Y tenía razón. —Mats se pasó a propósito al tuteo, menos respetuoso—. Te llené de píldoras, pero me importaba un comino la verdad que había en tu cabeza. Quieres acabar con tu vida. Y tiene que ser algo espectacular, porque debes abrir los ojos de muchas personas, para que vean que esta vida de aquí no merece la pena ser vivida; es así de sencillo, ¿verdad?

—Eso es.

Lo ignoré.

Las típicas visiones sombrías de los adolescentes que Kaja había padecido. Normalmente son inofensivas porque son temporales. Una fase oscura que viene por lo general con la pubertad y se va con ella. Pero, en ocasiones, las fantasías mórbidas se enquistan, por ejemplo, tras un acontecimiento traumático, como la muerte de alguien muy cercano. O el

suicidio de un amigo. En Kaja había sucedido esto y a Mats se le había escapado ese detalle.

—Disuadiéndote de tu impulso de muerte, no actué mejor que un sacerdote que quisiera reeducar a un homosexual para convertirlo en heterosexual.

—¿Por qué me cuenta esto? —Kaja sostuvo el arma con más fuerza, le temblaba la mano—. No hace sino ponerme aún más furiosa.

«Tanto mejor».

—Solo hay alguien a bordo que merezca la muerte. Y ese soy yo. —Continuó bajando el tono de voz—: Te he utilizado, Kaja. No te presté atención cuando querías contarme lo malo que es el mundo. Te proporcioné medicamentos que reprimieron tu verdadero yo. —Clavó la mirada en Kaja, dispuesto a superar definitivamente el mayor de sus miedos.

—Para —le suplicó ella.

Mats se acercó, habría podido meter el índice en el cañón mientras ella alzaba el arma y le apuntaba directamente a la cabeza.

Cincuenta centímetros de distancia. Desde esa distancia era imposible fallar.

«Está bien así».

Ella aún llegó a decir:

—Apártate.

Y entonces Mats se lanzó sobre ella y no sintió ningún dolor, solo un ardor potente, como si Kaja también le hubiera abrasado con café. En sus oídos chirrió un altavoz estropeado, el eco del disparo sonó distorsionado como la campana de una iglesia cuyo badajo golpeará en su cabeza contra la bóveda craneal.

«Cobre», pensó Mats y le pareció que podían irse a tomar por saco todos los sabihondos. Incluso si solo contuviera hierro, la sangre sabía, maldita sea, como si chuparas una moneda de cinco céntimos, así que esa comparación era absolutamente correcta.

Solo lo de la negrura infinita no era cierto.

Era más bien un gris, con diminutas manchas claras del tamaño de alfileres por las que se filtraba desde atrás una niebla líquida. Y con la niebla llegó el frío.

Y con el frío, la nada.

18 horas después

De pequeño, su hermano mayor lo amedrentó una vez con un juego mental que Mats no olvidaría en toda su vida.

—Imagínate la nada —le dijo Nils mientras estaban tumbados en la pradera del lago Teufelssee, al que iban cada día en aquellas vacaciones de verano.

—¿Cómo se hace eso?

—Comienza eliminando este lago de aquí, la pradera y ese trozo pequeño de playa.

—Vale.

—Entonces imagínate que tampoco estamos nosotros, que nos hemos ido.

Después, Mats, siguiendo las indicaciones de su hermano, tuvo que borrar de su mapa mental la ciudad de Berlín, luego Alemania, Europa y, después, toda la tierra. Al final quedaron erradicados de su imaginación el sistema solar, los planetas, el universo y, por último, todas las galaxias.

—¿Qué ves ahora? —le preguntó en tono hipócrita.

—Una nada profunda, negra.

—Bien. Y ahora elimínala también del pensamiento.

—¿Cómo se hace eso?

—Reduce esa nada a un único punto diminuto. Y luego hazlo desaparecer.

Mats estaba tumbado en la pradera con los ojos cerrados y se esforzaba inútilmente por seguir las instrucciones de su hermano mayor, que sonaban tan fáciles de realizar.

—No puedo —dijo.

Aunque el punto desaparecía, seguía permaneciendo allí ese vacío negro, infinito, que le resultaba imposible hacer desaparecer.

Pues no podía reemplazar la nada por nada.

—¿Ves? —oyó decir a su hermano en un tono triunfal—. No podemos imaginarnos la nada. Porque no es ningún vacío infinito, sino la inexistencia del mismo. La nada —concluyó él— es un agujero desaparecido.

Mats no comprendió entonces, a orillas del Teufelssee, todo lo que su hermano mayor y más inteligente pretendía explicarle. Pero ahora estaba seguro de que había encontrado ese lugar que su hermano decía que era inimaginable.

Se encontraba exactamente en el centro de aquel agujero desaparecido. Rodeado de nada, a excepción de la inexistencia de toda vida.

Mats no podía ver nada. Por mucho que se esforzara en abrir los ojos, había perdido el contacto con sus párpados, al igual que había perdido el contacto con todos los músculos y extremidades, con el cuerpo entero. Hablar, tragar, tener arcadas: ya no funcionaba nada.

También parecía que el sentido del tacto estuviera desconectado. Por lo general, una persona percibe una prenda de vestir sobre la piel solo cuando lo desea, si se concentra en ella. Mats no sentía absolutamente nada, ningún picor, ninguna irritación, ningún roce, en ninguna parte. Era como si flotara desnudo en un vacío, incapaz de tocarse a sí mismo. Con la pérdida de la vista y del tacto, se había vuelto al mismo tiempo mudo y sordo. Todo lo que oía eran sus pensamientos, ni siquiera estaban presentes ya los sonidos propios del cuerpo, la sangre en circulación, la acción peristáltica del conducto intestinal, la respiración, nada. En él todo estaba en un silencio doloroso.

Si se privara de uno de sus sentidos a una persona sana, según dice la teoría, el resto de ellos compensaría con creces su función. Los ciegos oirían mejor, las personas sordas podrían percibir en la cara de sus congéneres los mínimos cambios emocionales.

En Mats, quien no tenía a su disposición nada más que sus pensamientos, el miedo parecía haberse convertido en la fuerza dominante, motriz, de su conciencia. No oía cómo respiraba con avidez; no percibía cómo le excitaba la adrenalina, pero sentía cómo el pánico minaba su entendimiento.

«¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido?».

Estos pensamientos eran un clamor en su mente, gritaban con fuerza pero eran inaudibles; eran mudos, pero ensordecedores.

De pronto todo cambió.

Mats continuaba sin poder ver, decir o percibir nada, pero oyó algo.

Primero fue un zumbido, similar al de un cepillo dental ultrasónico. Un chasquido eléctrico que se hizo más intenso y que entonces recordaba a un grillo sintético. Este fue el sonido más hermoso que podía imaginarse, porque

era un sonido, la prueba de que ya no estaba cayendo por el agujero desaparecido, sino que estaba en contacto con el exterior, en contacto con una voz agradable, seria, que fue formándose a partir del zumbido.

—¿Doctor Krüger? ¿Puede oírme? —dijo la voz, y Mats trató de responder. Intentó gritar, abrir los ojos, remar con los brazos, pero había olvidado cómo se hacía eso—. Lo siento mucho, pero ha sufrido un grave deterioro del tronco del encéfalo —oyó decir Mats a la voz. La más terrible de todas las verdades.

Síndrome de enclaustramiento. Como médico conocía el diagnóstico, por supuesto, aunque la voz no lo había pronunciado abiertamente. En parte, porque a ningún profesional de la medicina le salen con facilidad de sus labios esas crueles palabras. Y en parte también porque los resultados para ese diagnóstico requerían de pruebas que duraban días, cuando no semanas. Pero Mats era un especialista. Podía analizarse a sí mismo, y comprendió que su cerebro había perdido prácticamente toda conexión con el resto de su ser. Le habían quitado el enchufe. Estaba enterrado en vida dentro de su propio cuerpo inútil.

—Soy el doctor Martin Roth, director del hospital Park-Klinik. Una vez nos encontramos en un congreso, doctor Krüger. Me estoy ocupando de usted con un equipo de neurorradiólogos y cirujanos. Ahora mismo está recibiendo respiración asistida y, como medida auxiliar, hemos fabricado una interfaz de cerebro humano gracias a los electrodos de un electroencefalograma.

Mats asintió sin asentir. En su mente «veía» las plaquitas sobre los lugares afeitados del cráneo, los cables que iban de la cabeza a los ordenadores. En su consultorio clínico había asistido con demasiada frecuencia a pacientes con esos gravísimos deterioros, por ejemplo, tras haber sufrido un infarto cerebral. El puente estaba dañado, el puente troncoencefálico, esa zona entre el cerebro central y el bulbo raquídeo que formaba el tronco encefálico del sistema nervioso central. En algunos pacientes solo podía establecerse una comunicación básica a través de la medición de impulsos cerebrales. Lo atípico en su caso era que, al parecer, podía oírlo todo a su alrededor. La mayoría de los pacientes con síndrome de enclaustramiento podían ver, sí, pero no oían nada. En su caso, por lo visto era al revés, y esta era otra noticia horrenda. Eso significaba que, además de los daños en el lóbulo encefálico, también debía haber resultado perjudicado el lóbulo occipital.

—Tiene puestos unos auriculares a través de los cuales está escuchando mi voz. Filtran el ruido exterior —oyó decir al doctor Roth—. Quizá no sea

consciente de ello, pero todavía puede contraer los músculos de los párpados; por tanto, puede imitar un parpadeo. Inténtelo una vez, por favor.

Mats siguió las instrucciones del doctor Roth y pudo percibir su alegría.

—Muy bien. Vamos a acordar lo siguiente, así de simple. Voy a formularle exclusivamente preguntas cuya respuesta sea un sí o un no. Por favor, parpadee una vez para decir sí. Dos para el no. ¿Me ha oído?

Mats parpadeó tres veces y oyó reír a Roth.

—No ha perdido su humor, es extraordinario.

Mats oyó una voz masculina de fondo que le resultaba vagamente conocida, pero que no identificó.

—Tenemos visita. Voy a presentársela ahora mismo —aclaró el doctor Roth, quien era probable que se comunicara con él a través de un micrófono—. Pero seguramente querrá saber lo que le sucedió, ¿verdad?

Mats parpadeó.

—Le dispararon. En un avión. Recibió la bala directamente en la cabeza y le destrozó la conexión de su encéfalo con la médula espinal.

En una situación normal, Mats habría cerrado los ojos ante un diagnóstico semejante para intentar contener las lágrimas, quizá habría gritado o, por lo menos, habría tragado saliva con dificultad. Sin embargo, ya no era posible que hiciera ni siquiera eso, dado que no sentía la lengua.

—La policía lo consideraba al principio un asesino en serie, pero entretanto eso ha quedado aclarado. —El doctor Roth carraspeó—. Es usted un héroe. Se abalanzó sobre la terrorista y con ello impidió lo peor. Solo gracias a que usted enterró con su cuerpo a la azafata, los pilotos pudieron abrir la puerta de la cabina de pilotaje y desarmar a la mujer. El avión ha aterrizado sano y salvo en Berlín. Todas las personas a bordo han sobrevivido.

El grillo volvió a chirriar: probablemente se trataba de un sonido de interferencia en la transmisión del micro a los auriculares, pero, antes de que se volviera más intenso, el médico jefe del Park-Klinik prosiguió:

—Todos los pasajeros excepto la mujer abatida por los disparos de la terrorista.

«Amelie Klopstock», pensó Mats. Los recuerdos de lo sucedido en el avión eran tan claros y se encontraban tan presentes como si solo hiciera un minuto que hubiera estado en el avión. Pero en realidad debía de llevar ya horas, cuando no días, en la unidad de cuidados intensivos.

—Hace dos horas que se despertó —oyó decir a Roth como si le hubiera leído los pensamientos.

Y tal vez era así en verdad. La medicina moderna sabía todavía demasiado poco sobre este síndrome, pero había alcanzado grandes progresos. Entretanto ya era posible incluso comunicarse con pacientes con síndrome de enclaustramiento que ni siquiera eran capaces de parpadear. De todas formas, para ello se requería de muchas semanas y meses de práctica hasta poder interpretar correctamente las imágenes escaneadas. Estas se originan cuando se somete a los pacientes más graves a entrevistas mientras yacen en el interior de las cavidades donde se realizan las resonancias magnéticas.

—Horas después de su ingreso, nos dimos cuenta de que podíamos comunicarnos con usted a través del parpadeo. Sin embargo, no recordaba nada. La herida le había provocado una amnesia total. Por ese motivo nos decidimos por un método de diagnóstico que todavía no se ha probado. Le pedí ayuda a mi colega, el catedrático Haberland. Como tal vez sepa, se especializa en aplicaciones hipnóticas. Dado que su mente está por completo operativa y está clínicamente vivo, doctor Krüger, le hemos practicado una hipnosis. Tal vez no se acuerde ya del comienzo del proceso, pero esperamos que haya tenido un resultado positivo. Para que usted reviviera de nuevo en su memoria el vuelo, le hemos confrontado con diferentes impresiones sensoriales a través de la interfaz. Así pues, reprodujimos a través de los auriculares los típicos sonidos de los turborreactores en el despegue y durante el vuelo. La camilla en la que está tumbado es hidráulica y se mueve con unas suaves vibraciones que simulan las del movimiento del avión. Para estimular su sentido del olfato, le hemos introducido directamente en la nariz un bastoncillo de algodón humedecido con ambientador.

Mats recordó el aroma del aire acondicionado, el olor de la flor... y el perfume.

¡El perfume de Katharina!

—La pregunta decisiva ahora, doctor Krüger, es: ¿ha funcionado? ¿Hemos sido capaces de trasladarlo de nuevo a las últimas horas a bordo del avión con ayuda de la hipnosis? ¿Se acuerda ahora?

Mats parpadeó una vez.

—Bien, muy bien. Eso es fantástico. Ahora se estará preguntando por qué hemos escogido este laborioso procedimiento.

El agujero desaparecido fue iluminado repentinamente por un rayo, como si alguien hubiera sacado una foto con flash en su cerebro. Una reacción electroquímica como consecuencia de una pequeña retroalimentación acústica. Y eso fue lo que ocurrió cuando el doctor Roth dijo:

—El catedrático Klopstock se lo explicará todo.

—¿Me oye? —preguntó André Klopstock. Luego, en voz más alta—: Hola, ¿Mats? Querido colega.

Él parpadeó.

—Bien, eso está bien. Muy bien. ¡Vaya, hombre! Lo siento mucho. Mucho.

Para sorpresa de Mats, la voz de Klopstock no sonó en absoluto a la de alguien que desea congraciarse por cortesía, sino a la de una persona sinceramente conmovida. En sus palabras no vibraba ni un ápice de su arrogancia habitual y que, de alguna manera, se espera también de un psiquiatra al que le gusta aparecer en las columnas de cotilleo de las revistas de sociedad.

—Estoy profundamente desolado, y no hay nada que pueda subsanar esta situación, si bien yo no estuve implicado en esto de manera directa. Por eso estoy aquí hablando con... bueno, quiero decir, hablándole a usted. Ahora bien, no se trata tan solo de demostrar mi inocencia. Me declaro completamente dispuesto a colaborar en todo con el doctor Roth y con las autoridades para... ¿Cómo dice? Ah, sí, bien. Lo siento. —Mats se explicó las últimas frases a medias como respuestas a una intervención del doctor Roth. Al parecer, el médico jefe le había advertido con movimientos de las manos que se apresurara—. Sin embargo, tiene que saber algo antes de poder comenzar con el interrogatorio.

«¿Interrogatorio?».

—He desarrollado una serie de test para la detección temprana de modelos de conducta psicopatológica. Estoy firmemente convencido de su necesidad. ¿De qué sirve registrar líquidos en el equipaje de mano pero no el estado mental de pasajeros y pilotos? Pero dejemos esto a un lado. Se trata de Amelie, mi exesposa.

»Ella estaba obsesionada con la idea de acelerar el procedimiento de admisión. Debe saber que Amelie era la directora de mi consultorio. Tenía

acceso a todos los resultados de mi investigación, a los planes de inversión y, naturalmente, a los historiales clínicos de los pacientes. En realidad, ella era fotógrafa y no tenía ninguna formación como asistente médica, pero le di el empleo por su talento innato para la organización. No fue sino mucho más tarde, ya en nuestro matrimonio, cuando me di perfecta cuenta de su obsesión enfermiza por los detalles. Era una persona brillante y peligrosa a partes iguales a la hora de manipular a los demás. Por ejemplo, yo deseaba no tener descendencia, pero ella se quedó embarazada de repente, a pesar de tomar la píldora. —Klopstock carraspeó perplejo—. Amelie sabía siempre lo que debía hacer o, en este caso, no hacer, para salirse con la suya. Me tenía en sus manos. Durante mucho tiempo reprimí el conocimiento de que esa necesidad suya de controlarlo todo tenía una raíz patológica desde su adolescencia. No se me abrieron los ojos hasta el día que me presentó un “*business plan*”.

Mats oyó las comillas en el modo en que Klopstock enfatizó esa expresión inglesa.

—Se enteró de mi caso Pro-bono, Franz Uhlandt, un vegano inofensivo en un principio, aunque con un trastorno serio de la conducta, cuya fantasía enfermiza era mostrar a la humanidad la inmensa crueldad que se ejerce hacia los animales con la producción industrial de leche. Y Amelie también sabía que yo estaba tratando a su hija Nele, que estaba embarazada.

«Nele», se le pasó a Mats por la mente. Tantas impresiones habían precisado de procesamiento desde que había despertado en este agujero desaparecido, tantas informaciones, que hasta este momento no había pensado para nada en Nele.

«¿Dónde está? —gritó por dentro—. ¿Se encuentra bien?».

—Pensé que estaba de broma cuando me preguntó si no podíamos darle un empujoncito a mi nueva patente. «Todo lo que necesitamos es un incidente», dijo ella, pero no me lo tomé en serio. Pensé que se debía a las hormonas, después de todo estaba embarazada, y a más tardar, con el nacimiento de nuestro bebé volvería a entrar en razón, ¿no? Pero sus locas fantasías no cesaron ni siquiera tras el nacimiento de Suza y, al final, me acabé separando de Amelie. Probablemente fue mi mayor error, porque entonces vio en la puesta en práctica del plan una posibilidad de recuperarme.

Klopstock volvió a carraspear, pero después prosiguió con la voz tomada.

—Para tener el control de la situación quiso ir ella misma a bordo. Por Dios, incluso se llevó a Suza. Como es natural, Amelie lo hizo únicamente para estar fuera de toda sospecha y manipular a su entorno. ¿Quién piensa

algo malo de una mamá que da el pecho a su bebé? Y ahora ha pagado con su vida su descabellado plan. Por suerte solo la suya, Suza se encuentra bien.

—Señor colega... —oyó Mats de fondo la voz amonestadora del jefe médico.

—Sí, sí, doctor Roth. Ya voy al grano, pero es importante que el doctor Krüger conozca el trasfondo. ¿Cómo iba a separar si no las informaciones relevantes de las banales? —La voz de Klopstock aumentó de volumen—. Para su conocimiento, y es preciso que sepa esto para evitar algo todavía peor...

«¿TODAVÍA peor?».

—Mi esposa fue a la escuela con Kaja y se mantuvo en contacto con ella con el paso de los años. Gracias a su carácter manipulador, Amelie consiguió hacer creer a Kaja que el tratamiento al que usted la había sometido era erróneo, Mats. Y que al menos tenía derecho a una indemnización. Dinero. Mucho dinero. Le explicó a Kaja que le habían destrozado la vida, que las personas como nosotros se hacen de oro con el sufrimiento psíquico de sus pacientes. Con ese argumento consiguió ganársela para su plan. Y con Uhlandt lo tuvo muy fácil, ya que este siempre había soñado con mostrar a la gente lo que significa que a una embarazada le quiten a su recién nacido. Así que le proveyó de dinero y de una cámara de vídeo.

Mats tuvo la horrible y repentina sensación de tener ganas de rascarse por dentro. Las palabras de Klopstock habían sido como polvos picapica para su entendimiento.

—Todos estos no son hechos probados, muchas cosas las he supuesto o al menos las interpreto así de acuerdo con las informaciones de las que dispongo. Por desgracia ya no se le puede preguntar a la señora Claussen al respecto. Murió poco después del aterrizaje debido a una intoxicación por nicotina. Y hay una cosa más que me aflige y que usted debe saber antes de...

«¿¿¿Antes de qué???».

—Desde un punto de vista jurídico soy inocente, pero moralmente no lo soy. Todo esto no habría sucedido sin mi colaboración, pues fui yo quien convenció a Nele durante su tratamiento para que volviera a ponerse en contacto con usted, Mats. Para restablecer los vínculos familiares.

»Mi esposa debió de haber leído mis apuntes. Anoté incluso la fecha del vuelo que me comunicó su hija. Probablemente, Amelie se lo transmitió también a Kaja Claussen.

El picor se intensificó. Si hubiera podido, a Mats le habría gustado gritarle a Klopstock para que fuera de una vez por todas al grano.

—Por muy malo que sea todo esto, no puedo evitar tributarle un poco de respeto a mi difunta esposa en su locura. Nunca tuvo que emplear la violencia física. Lo importante para ella era superar los problemas de coordinación y manipular a personas. Era su especialidad. Concibió un plan psicológico genial y, por consiguiente, en lo esencial femenino. Solo los controló a Kaja y a usted mediante palabras, Mats. Y con Franz Uhlandt utilizó a un desconocido para que le hiciera el trabajo sucio, aunque este perseguía un fin completamente diferente al de ella misma. Por esta razón habría sido muy difícil de demostrar la relación existente entre esos hechos, sobre todo teniendo en cuenta que usted, Mats, iba a pagarlo con su vida.

Antes de que Mats pudiera esclarecer si de verdad había oído llorar a Klopstock, volvió a percibir la voz del doctor Roth, quien, de una manera mucho más objetiva, pero también apremiante, dijo:

—Bien, ahora que ya conoce el trasfondo, vayamos a la pregunta principal, doctor Krüger: ¿dónde está su hija?

«¡No!».

Mats sabía que aquella pregunta llegaría y, no obstante, había rezado para no tener que oírla. Ahora estaba ahí afuera, y la oscuridad a su alrededor abría el odioso hocico que amenazaba con tragárselo otra vez.

«¡Oh, Dios! Así pues, ¿no la han encontrado?».

El entendimiento de Mats se puso a dar vueltas, el agujero desaparecido en su interior se convirtió en un remolino. Entonces pensó: «¡Cielos! ¡El bebé!».

Ya debería haber nacido hace mucho.

O estaba... «¡muerto!».

Esa palabra retumbó con tanta intensidad en el pensamiento de Mats, que el doctor Roth apenas pudo abrirse paso hacia él con su pregunta:

—Mientras estaba a bordo del avión, ¿se enteró, oyó, vio o averiguó algo que pueda revelarnos el paradero actual de Nele?

Doctor Roth

—¿Eso ha sido un parpadeo?

Roth asintió con la cabeza en dirección a Klopstock. Por supuesto que había sido un parpadeo, saltaba a la vista. Los electrodos colocados en los párpados de Krüger lo habían detectado. La coloración en el monitor situado encima de la camilla daba prueba de ello.

Roth estaba de pie junto a la camilla en la unidad de cuidados intensivos, con un micrófono en la mano, y observó cómo los globos oculares se movían por debajo de los párpados cerrados del paciente, como si fueran escarabajos desorientados.

La cara de Krüger estaba completamente vendada a excepción de la parte de los ojos y de la boca. Con los auriculares negros, el tubo del respirador en la boca y las plaquitas conectadas en el cráneo parecía un extraterrestre momificado. Un drenaje procuraba la necesaria compensación de presión en los lugares por los que había entrado y salido la bala de Kaja; sin embargo, no podría aguantarse durante mucho tiempo la tumefacción, y el paciente acabaría perdiendo definitivamente la conciencia. Por fortuna no percibía los dolores.

«Ojalá».

La investigación sobre pacientes con síndrome de enclaustramiento estaba todavía muy en pañales; se sabía demasiado poco sobre esos daños cerebrales. De todas formas se había averiguado que los afectados se encontraban plenamente conscientes y que, por medio de señales acústicas, se les podía hacer entrar en trance. Según tenía entendido, el doctor Krüger era el primer paciente a quien se había aplicado la regresión hipnótica para la reparación de los recuerdos. En unos instantes se comprobaría si era un método exitoso.

El doctor Roth echó mano de su móvil, apretó la tecla de marcación rápida para su secretaria y se informó de dónde se hallaba la policía. Hacía ya veinte minutos que había informado al comisario Hirsch de que Krüger había «despertado» del trance.

El comisario se había puesto ayer en evidencia durante el ingreso de Krüger, cuando insistió en querer interrogar al «criminal».

—Está en la otra punta de la ciudad —le hizo saber su secretaria—. Puede tardar todavía un buen rato.

Roth le dio las gracias, colgó y decidió no esperar, sino proseguir a solas con el «interrogatorio» de su paciente.

—Puedo imaginarme lo que está pensando en estos momentos, doctor Krüger. Ha pasado mucho tiempo, y las probabilidades de encontrar con vida a una víctima disminuyen con cada hora que pasa en los casos de secuestro.

Roth hablaba a propósito con esa franqueza. Era importante que su paciente no se ocupara de su horrible destino, sino exclusivamente del de su hija.

—Hemos visto en su móvil la foto de las torturas que infligieron los secuestradores a su hija. La búsqueda oficial de Nele ha transcurrido hasta el momento sin resultados. Hasta hace poco no conocíamos la relación entre los sucesos a bordo del avión y un posible secuestro. Fuimos conscientes de ese vínculo gracias a la declaración del catedrático Klopstock, que se presentó voluntariamente después de la identificación de su esposa y nos reveló lo que sabe. Ahora usted es nuestro único testigo y para este interrogatorio no vamos a reparar en gastos ni en esfuerzos porque queremos salvar a su hija, ¿me ha entendido?

Roth se apercibió con satisfacción de que se había producido un solo parpadeo.

—Bien. Voy a intentar tantear lo que usted vivió formulándole preguntas de sí o no, a ver si de esta manera puede ayudarnos en la búsqueda de su hija. ¿De acuerdo?

Mats señaló su aprobación con otro parpadeo y Roth apretó la mano del paciente, a pesar de que este ya no podía sentirla. Esa forma emocional de contacto se había convertido en una costumbre instintiva para el médico jefe del hospital Park-Klinik. No solo se tenía por un hombre de palabras y pastillas, sino también de calor y afecto humanos.

—¿Sabe dónde está su hija? —Roth formuló en primer lugar la pregunta más directa e importante.

Mats parpadeó. Para sorpresa de Roth, no lo hizo una o dos veces, sino seis, una tras otra.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber Klopstock.

Roth no tenía ni idea y se esperó a ver si Krüger retomaba su parpadeo al cabo de una pausa larga.

Como no sucedió nada, preguntó a su paciente con el mayor volumen y la mayor claridad posibles:

—¿Ha parpadeado seis veces a propósito?

Mats parpadeó una vez.

«Así que lo ha hecho voluntariamente».

Luego parpadeó cinco veces e hizo una nueva pausa hasta que sus párpados volvieron a contraerse doce veces.

—Un momento, denos un poco de tiempo —le rogó Roth, y agarró una tablilla con sujetapapeles que estaba a los pies de la camilla.

—¿Está hablando en morse? —preguntó Klopstock.

—No, su parpadeo no es lo bastante rítmico.

Roth apuntó algo rápidamente, examinó su sospecha ayudándose de los dedos para contar y, a la postre, tuvo la sensación de haber resuelto el enigma.

—¿Son letras? —Miró fijamente los ojos de Krüger—. El alfabeto. ¿Me está transmitiendo el abecedario?

Una contracción débil, pero perceptible.

—¡Sí! —dijo Klopstock detrás de él con agitación.

Roth, no menos emocionado, rogó a Mats que comenzara otra vez desde el principio.

Volvió a parpadear seis veces.

F

Luego una vez menos.

E

—Doce —contó Klopstock en voz alta, y Roth anotó:

L

Krüger se detuvo después de una repetición de nueve parpadeos.

I

—¿Quién es Feli? —le preguntó el doctor Roth a Klopstock.

—Felicitas Heilmann. Una colega.

Roth desconectó el micrófono.

—¿Se refiere a que es una amiga del doctor Krüger?

Klopstock asintió con la cabeza.

—Ayer vino a mi consultorio y me contó que Nele se encontraba metida en problemas. Y que Mats estaba volando en un avión de Buenos Aires a Berlín. Ese fue el momento en que ligué cabos. Sabía que Amelie iba con Suza en ese avión, supuestamente en el viaje de vuelta de unas vacaciones. Cuando Feli vino a verme a la clínica que tengo en la avenida Ku'damm, tuve el mal presentimiento de que Amelie podría haber llevado a la práctica su plan.

Roth bajó la tablilla de notas con la cara descompuesta.

—¿Y no contó nada? —dijo con enfado—. ¿Cómo es que no fue inmediatamente a la policía con esa información, sino que esperó a que la tragedia se consumara a bordo del avión?

Klopstock, algo reanimado por aquel ataque verbal, se dispuso a contraatacar.

—¿Qué quería que le dijera a la policía? «Oigan, puede que hayan secuestrado a una de mis pacientes. Tal vez el padre de ella vaya a provocar una catástrofe aérea. Quizá en el avión se halle a bordo mi esposa, la maquinadora del plan». —Negó con la cabeza—. Solo tenía suposiciones. Y el hecho de que el doctor Krüger investigara por cuenta propia en vez de informar a las autoridades me demostraba que yo no debía actuar por mera intuición en algo que podía poner en peligro la vida de Nele.

Roth hizo un movimiento despectivo con la mano, incapaz de reprimir su cólera.

—No creo una sola palabra de lo que dice. Usted deseaba tener su incidente, doctor Klopstock —le espetó sin tapujos.

—No.

—O al menos quería salvar el pellejo, que no lo relacionaran con el caso. Si su esposa no hubiera fallecido, probablemente nunca se habría prestado a ofrecernos su ayuda. Quizá esté haciéndolo ahora para limpiar su imagen.

En ese momento Klopstock se volvió hecho una furia.

—Eso no es verdad —dijo con indignación—. A Felicitas Heilmann le di incluso una pista cuando vino a verme. Permití a mi secretaria que la pusiera en contacto con Uhlandt, a quien, como ya sabe, no se ha podido encontrar por el momento.

—Entonces no entiendo por qué no me habló enseguida de la doctora Heilmann.

—¿Por qué iba a hacerlo? De acuerdo, estaba buscando a Nele, pero eso es lo mismo que estamos haciendo todos, si no me equivoco.

Roth ya no había prestado atención a sus últimas excusas y, con el móvil en la oreja, se había apartado hasta la ventana de la unidad de cuidados intensivos que daba al parque.

Era un día soleado de otoño, las visitas y los pacientes paseaban a lo largo de la avenida llena de hojarasca o conversaban en los bancos del parque. Ninguna de las personas que había allá fuera parecía tener ni siquiera una remota idea acerca del sufrimiento y de la pena que se alojaba a unos pocos metros, tras los muros del hospital.

—¿Diga? —Roth oyó la voz del policía, a quien ahora había llamado directamente. De fondo se oía el ruido del tráfico.

—Aquí el doctor Roth, del hospital Park-Klinik.

—Llego enseguida.

—Bien, pero antes quiero hacerle una pregunta: en sus investigaciones, ¿ha aparecido en algún momento el nombre de Felicitas Heilmann?

—No, ¿debería haberlo hecho acaso?

—El paciente nos acaba de dar una pista.

—De acuerdo. Espere.

Roth oyó la conexión cómo quedaba silenciada y, al cabo de un rato, volvió a ponerse el policía. O bien había hecho una consulta o tal vez había accedido él mismo con su móvil a las actas de la investigación.

—¿Felicitas Heilmann, cuarenta y dos años, psiquiatra con consulta en el barrio de Prenzlauer Berg? —preguntó.

—Tiene que ser ella.

—Es extraño.

Roth se cambió el móvil de una oreja a la otra.

—¿Por qué?

—Hasta ahora no hemos encontrado ninguna relación con el caso, pero su compañero sentimental ha denunciado su desaparición.

—¿Cómo dice?

El médico jefe intercambió una mirada con Klopstock, quien no disimulaba que estaba tratando de pillar cada palabra de la conversación.

—Tenían que haberse casado ayer, pero ella lo dejó plantado.

—Eso no puede ser una casualidad.

Hirsch pareció haber mordido algo y habló ahora con la boca llena:

—También lo veo así. Quiero decir, que lo dejen plantado a uno en el altar no tiene ninguna prioridad para nosotros, pero esto de aquí, maldita sea.

—¿El qué?

—El prometido de Heilmann nos ha transmitido los últimos datos del móvil de su novia. No se lo va a creer.

Los ruidos del tráfico se volvieron más intensos; Hirsch parecía estar acelerando.

—¿Dónde? —preguntó Roth, y percibió una sensación de frío, como si estuviera congelándose por dentro, justo después de que el comisario le dijera la última ubicación de Feli.

—En las factorías cárnicas. Cerca de las antiguas vaquerizas.

Hirsch

—Pronto voy a ponerme a cobrar entrada —rezongó el vigilante, que jadeaba asmático y apenas cabía en su uniforme de color gris azulado, por no hablar del vehículo de la empresa M&V Security, del que había salido antes con unos gestos en la cara que revelaban unos tremendos esfuerzos.

Contó en un llavero de un tamaño descomunal hasta encontrar la llave correcta del candado y lo abrió para el comisario jefe y los dos funcionarios uniformados que lo apoyaban en la búsqueda de Felicitas Heilmann. Eran un hombre con cara de niño de coro y una mujer de aspecto aún más juvenil, los dos recién salidos de la academia de policía. Lo que te asignaban cuando saltaba de pronto una búsqueda de desaparecidos en Berlín. En las películas aparecía siempre un comando de intervención especial de la policía, embutidos todos en uniformes negros y armados hasta los dientes, derribando con un ariete la puerta de un domicilio. En la realidad, un doble de Obélix que jadeaba sin cesar iba acompañado de dos pipiolos para registrar unas apestosas vaquerizas.

—Con esta, es ya la tercera vez en veinticuatro horas que alguien se interesa por la miseria de aquí —renegó el vigilante, que se había presentado como Helmuth Müller. Por el momento hacía grandes esfuerzos por mantener el paso del comisario jefe.

«Tío, yo hago chirriar la balanza cuando me peso, pero este de aquí parece que lleve un neumático como cinturón», pensó Hirsch al volverse hacia el vigilante.

—¿Dice que alguien más ha estado aquí?

Müller andaba detrás de él como un pingüino.

—Primero los estudiantes de ayer, que querían filmar una peli porno sin permiso. Luego el novio que buscaba a su pareja que se había largado y ahora

ustedes.

Hirsch hizo una señal a los dos acompañantes uniformados para que se dividieran por zonas. La chica debía buscar en la parte delantera; el jovencito, en la parte trasera de la nave, mientras que él inspeccionaba el vallado en el último tercio, adonde le conducía en esos momentos el vigilante.

—¿Una peli porno? —preguntó clavando la vista en el trípode y en la camilla pringada de secreciones.

—Eso es lo que afirmaron en todo caso. Yo los eché de aquí enseguida, por supuesto.

«Por supuesto».

—¿Y se dejaron estos chismes aquí sin más? —preguntó Hirsch señalando el trípode y la camilla.

—¿Por qué no? —dijo el vigilante, resollando y rascándose la doble papada—. Quiero decir... hay tanta porquería tirada por aquí... y, en cualquier momento, van a derribar estas factorías. Sigo preguntándome por qué demonios me mandan a hacer de perro guardián por aquí.

Hirsch inspeccionó la superficie de plástico de la camilla pringada y se sorprendió por una huella sobre el suelo de rejillas lleno de polvo que estaba justo al lado. Parecía como si hiciese poco que hubiera habido ahí una caja.

—¿Qué pasó con Janek Strauss? —preguntó Hirsch.

—¿Con quién?

—El prometido que buscaba a su novia.

—¡Ah, vale, ese! —El vigilante volvió a rascarse—. No sabía que se llamaba así. Tío, montó un pollo increíble anoche, pero no le dejé entrar. Está prohibido. No tenía ninguna licencia de allanamiento ni nada por el estilo.

—Auto —le corrigió Hirsch.

—¿Cómo?

—A eso se le llama «auto de allanamiento». Y como civil que era no lo tenía, claro. ¿Está seguro de que no quiso convencerle con algún otro documento de la casa federal de moneda y timbre? —Hirsch se frotó el pulgar contra el índice en un gesto inequívoco.

—¡Eh! Que soy un ciudadano honrado.

—Hum —murmuró Hirsch para sus adentros—. Y Trump, un feminista.

—¿Qué ha sido eso?

Hirsch hizo un gesto perentorio con la mano y, al mismo tiempo, oyó al policía joven exclamar por la nave desde cierta distancia:

—Señor comisario, venga a ver esto.

Hirsch salió de la zona de los establos por el pasillo en el que antiguamente alimentaban a los animales y se puso en camino hacia donde se encontraba su colega.

Este estaba en la zona más externa del barracón, a unos cincuenta metros de la entrada, y señalaba con el dedo a una escalera que conducía abajo.

—¿Ha encontrado algo?

—Me temo que sí. Pero no va a gustarle.

Hirsch pidió prestada una linterna al vigilante y descendió detrás de su colega por aquellos escalones enrejados que olían a moho.

—Al otro lado, en la entrada, allí donde está buscando la pav..., quiero decir, su colega, hay otro acceso a los sótanos —oyó decir Hirsch al vigilante a sus espaldas, pero el comisario no le prestó atención de momento.

—Aquí —dijo el policía joven sin que hiciera falta decir nada.

Hirsch había reconocido ya lo que le había llamado la atención a su compañero.

—No estoy ciego —murmuró y alumbró la tapa de madera que seguramente debía mantener cerrado aquel agujero en el suelo que ahora bostezaba ante ellos. Hirsch se acercó al borde e iluminó una especie de pozo.

«Por Dios...».

Se llevó la mano a la boca. También jadeó el policía joven, aunque en el fondo no se veía demasiado. Solo podía presentirse.

El cono de luz de las dos linternas iluminó primero un trozo de tela empapada de rojo, luego los restos sangrientos de un cuerpo inmóvil.

«Mierda. Maldita sea», pensó Hirsch, que a continuación dijo lo mismo en voz alta y, finalmente, el comisario verbalizó la verdad de la que nadie podía dudar:

—Hemos llegado demasiado tarde.

Mats

Simplemente lo podían conectar y desconectar.

El agujero desaparecido. Se hacía aún más grande, oscuro y frío cuando también privaban a Mats del último de sus sentidos. En cuanto desconectaban el micrófono y los auriculares dejaban de transmitir, era como si se hallara en una caída sin final, en una pesadilla que iba superándose cada vez a sí misma.

De niño no había podido quitarse de la cabeza una escena terrorífica de un cuento de hadas, en la que emparedaban vivo a un príncipe. Se imaginaba los ladrillos recocidos oscuros, bastos, que formaban una impenetrable pared, tras la cual estaba condenado a una oscuridad eterna. Jamás habría podido imaginarse que esas paredes invisibles, no tangibles, del propio cuerpo, formaran una mazmorra aún más espeluznante.

—Hola, ¿doctor Krüger?

La voz del médico jefe fue el sonido más hermoso que podía imaginarse. Cada sonido que atravesaba la oscuridad y frenaba la caída era un regalo.

—¿Me oye?

Él parpadeó y Roth se lo agradeció. Su voz sonaba diferente a como lo hacía antes. Tensa. Como la de alguien que dice algo diferente de lo que siente de verdad con el corazón.

«¿Qué ocurre con Nele?», preguntó Mats de manera inaudible en la infinitud de su prisión. Como es natural, no recibió respuesta alguna.

—Todavía no tenemos noticias de la policía —dijo el doctor Roth, y sonó a mentira.

¿Acaso pretendían ser benévolos con él?

—Ahora mismo estamos condenados a esperar... —Mats oyó a Roth respirar con dificultad; acto seguido prosiguió—: Pero tal vez podamos

aprovechar el tiempo si se le ocurre algo que pueda servirles de ayuda a los investigadores que participan en la búsqueda.

«¿De qué búsqueda me habla? ¿De la de Nele... o de la de su asesino?».

Mats quería dar golpes a su alrededor, morder, lanzar patadas y muchas otras cosas más que ya no le sería posible hacer nunca más. Sabía que Roth le ocultaba algo. Para ello no necesitaba verle la cara de culpabilidad con la que seguramente lo estaba mirando ante su camilla.

—Por favor, doctor Krüger, sé lo cruel que es toda esta situación para usted, pero aquí nos estamos agarrando a un clavo ardiendo. La policía me ruega que se lo vuelva a preguntar.

Mats se tambaleó, giró hacia los lados y se puso a rotar despacio, como un cometa, en su propio universo. Estaba seguro de que Roth le ocultaba algo para que no se replegara sobre sí mismo por completo y para siempre. Y como seguía albergando la muda esperanza de que Nele pudiera estar viva (hasta que Roth no pronunciara francamente la más terrible de todas las verdades), decidió seguir participando en aquel juego y responder a la última pregunta que le había formulado el médico jefe:

—Doctor Krüger, reflexione, por favor. ¿Le llamó la atención alguna cosa sospechosa en el avión que pueda ayudarnos en la búsqueda de su hija?

Mats reflexionó. A continuación, parpadeó.

Una vez.

Livio

No sabía qué diablos hacía allí, pero no podía quedarse en casa, sentado simplemente frente al televisor y haciendo como si no hubiera visto nada.

Y eso que Livio ni siquiera estaba seguro de haber visto realmente algo. Había sido ayer. Cuando se dirigía de nuevo a las factorías cárnicas a ver a Feli. Bueno, un taxi de color marfil que se alejaba sin matrícula de aquella zona industrial abandonada era, ya de por sí, una cosa extraña.

Pero tal vez el conductor solo tenía que entregar algo allí, o quería comprar drogas o deshacerse de alguna basura, había mil y una explicaciones. De todas maneras, Feli había dicho que el tipo al que buscaban hacía de chófer de Klopstock y que debido a eso tenían que estar atentos por si veían un taxi en los terrenos de las antiguas factorías cárnicas. Tampoco hacía menos misterioso este asunto el hecho de que, al ir sin pasajero, hubiera realizado una carrera de más de cuarenta kilómetros en dirección norte, a la tierra de nadie de Brandeburgo, para detenerse aquí, en el culo del mundo, en otro páramo industrial.

Por otra parte, Livio no vio nada sospechoso después de seguirlo a una distancia prudencial. El taxista no abrió el maletero del coche para sacar un cadáver o algo así, ni tampoco él oyó gritos u observó ninguna acción violenta. Al contrario, ni siquiera se bajó del coche.

El conductor se quedó sentado una hora larga con la mirada clavada tenazmente en el terreno, y a él, en algún momento, se le hizo demasiado estúpida aquella situación.

«Todo irá bien», pensó entonces, puso la marcha atrás y se volvió a casa. Eso había sido ayer.

«Y hoy estoy aún más chiflado».

No había podido dejar de pensar en Feli y en ese taxista impredecible y posiblemente enfermo mental, sobre todo después de que la doctora siguiera sin contestar al teléfono móvil. Estaba desconectado.

«¿El día de su boda y el siguiente?».

No, por mucho que Livio tratara de persuadirse de que ella deseaba estar tranquila durante su luna de miel, no había manera de calmar con esa autohipnosis las malas vibraciones que sentía en el estómago.

¿Y si el conductor de ayer se había fijado en él? No estaba precisamente formado para vigilar a personas y tal vez la distancia de seguridad no había sido lo suficientemente grande... ¿Le habría llamado demasiado la atención?

Durante unos instantes jugueteó con la idea de llamar a la policía, pero esa no era la ocurrencia más inteligente para alguien a quien los polis tenían en el punto de mira a causa de sus antecedentes penales. La misma Feli se lo había prohibido varias veces, «y, quién sabe, ¿no estaré viendo quizá solo fantasmas y todo va de la mejor de las maneras?».

Aunque bien mirado, «no». No daba esa impresión, no.

Como la voz interior que decía «algo huele a podrido en ese lugar» seguía sin darle tregua, se decidió durante la tarde de hoy a recorrer todo el largo camino hasta el distrito de Oberhavel y, a la postre, casi no le sorprendió que el taxi siguiera delante del granero.

En el fondo, incluso estaba seguro de que iba a estar allí. Las sensaciones en su estómago no lo habían dejado jamás en la estacada.

Aquí había algo que iba desastrosamente mal.

El conductor del taxi, que no se había movido ni un milímetro el día de ayer, ya no estaba sentado al volante, por supuesto.

Se estaba moviendo. Lentamente, pero con determinación.

Livio observó desde su escondite, detrás de unos viejos depósitos de agua, cómo la silueta alargada y delgada del estudiante salía de un tráiler y caminaba arrastrando los pies por el patio cenagoso de aquellas instalaciones hasta desaparecer en el interior de una construcción de ladrillo grisáceo en ruinas. Llevaba una maleta amarilla de plástico en una mano y una cámara en la otra.

«Maldita sea, ¿qué pretende?».

Desde su puesto de observación, Livio no podía ver lo que había en el interior del edificio, ni aunque se esforzara. El taxista abrió entonces la puerta.

No vio ni a Felicitas ni a Nele.

Pero si no estaba equivocado, oyó a una de las dos gritar por su vida.

Mats

Mats parpadeó.

—¿Sí? Entonces ¿notó algo?

Volvió a parpadear.

—De acuerdo, bien.

El micrófono hizo un ruido, pero Roth permaneció mudo. Al parecer, el médico estaba tanteando el mejor camino para llegar a la respuesta a través de preguntas de «sí» o «no». Mats trató de facilitárselo y comenzó a parpadear ininterrumpidamente.

Roth se preguntó al principio qué sucedía, pues no entendía lo que quería decirle Mats, y entonces formuló una pregunta concreta:

—¿Quiere que cuente los parpadeos?

Mats le indicó un «sí».

—Bien, entiendo. Entonces comience de nuevo desde el principio.

Mats parpadeó 47 veces seguidas.

De nuevo pasó un rato hasta que Roth encontró la pregunta adecuada con la que tantear la verdad:

—47 no puede ser una letra, ¿es un número quizá?

Mats parpadeó una vez.

—¿El número de un documento que llevaba encima?

Mats respondió que no a esta pregunta con un doble parpadeo y también a las siguientes, sobre si se trataba del número de una casa o parte de un número de teléfono.

—¿Se refiere a un asiento? ¿De la fila 47?

Casi pudo oír la risa de Roth cuando le confirmó la exactitud de esa suposición.

—De acuerdo, en la fila 47 había algo sospechoso. ¿Un pasajero?

Mats parpadeó una vez.

—¿En qué asiento exactamente? Por favor, parpadee una vez para A, dos para B, etcétera.

Mats parpadeó seis veces.

—¿47F? ¿El asiento de ventanilla? Espere un momento.

Se oyó un chasquido y Mats volvió a caer en la nada insensible de su mundo mental. La posibilidad de que lo conectaran y desconectaran de ese agujero desaparecido reforzó su sensación de espanto una vez más.

Al cabo de lo que a él le pareció una hora (que también podría haber sido un año o tan solo diez segundos), oyó de nuevo aquel sonido de grillo y Roth dijo entonces con un tono de perplejidad en la voz:

—Acabo de hablar con uno de los investigadores. Dice que había reservado cuatro asientos para ese vuelo. Y que uno de ellos era el 47F.

A falta de una pregunta de «sí» o «no», Mats estaba condenado a la inmovilidad.

—De acuerdo. Mi pregunta es: ¿iba sentado en el asiento 47F?

Mats parpadeó dos veces y con ello indicó que no.

—¿Alguna persona se quedó con su asiento?

Mats parpadeó una vez.

—¿Un hombre?

Mats contestó también afirmativamente a esta pregunta, así como a la siguiente:

—¿Podría describir a esa persona si tuviera la posibilidad de hacerlo? ¿Poseía algún rasgo distintivo?

A continuación, Roth formuló exclusivamente preguntas que Mats no tuvo más remedio que responder de manera negativa.

No, no tenía ningún nombre y tampoco reconocería la cara, no poseía ninguna marca especial como tatuajes, piercings, cicatrices o lunares. Tampoco sería capaz de identificarlo por la voz, el porte, el color del pelo o por las prendas de vestir.

Roth formuló por fin la pregunta decisiva:

—¿Se trata de un olor?

Mats parpadeó una vez.

—¿Ese hombre posee un olor inconfundible?

Volvió a responder afirmativamente.

De nuevo se produjo una pausa, otra vez desconectaron un poco el micrófono, y él volvió a caer en el pozo infinito del agujero desaparecido hasta que oyó decir a Roth:

—Doctor Krüger, tan solo le hemos preparado unos pocos estímulos olfativos. Ya se lo dije antes. El aire acondicionado, es decir, ambientador, y un poco de perfume de mujer.

Mats parpadeó una vez.

—¿El perfume? El hombre del asiento 47 sobre el que quiere llamar nuestra atención, ¿olía al perfume de su hija?

Mats parpadeó dos veces.

—¿Eso significa que no?

¡Oh, maldita sea! Mats se sintió como en un perverso juego de la gallinita ciega, en el cual no tenía que llevar la venda en los ojos la persona que buscaba, sino la persona buscada. Y así sería hasta el final de su vida, que ahora iba a durar muy poco.

—Voy a intentarlo otra vez. ¿Ese hombre olía a un perfume?

Un parpadeo.

—Pero ¿no era el perfume de Nele?

Mats volvió a responder negativamente y, por lo visto, Roth comenzó a reflexionar en voz alta.

—Pero nosotros solo le hemos provisto con ese aroma. No hemos usado ningún otro. Pero si usted dice que olió otro perfume de mujer, entonces...

«... se ha equivocado y me ha puesto sin querer el falso bajo la nariz. Correcto, Sherlock».

Mats sintió de pronto un cansancio infinito, pero se trataba de una sensación diferente de la que había conocido hasta ahora. Lo abarcaba todo, era más profundo y estaba vinculado a una tristeza indecible. El hecho de saber que existía una explicación completamente lógica a las percepciones que había tenido, tan reales, casi alucinatorias, de su esposa durante su trance, destruyó la última voluntad de supervivencia que quedaba en él.

Simplemente le habían introducido el aroma equivocado. No disponía de otras informaciones que pudieran ayudar a Nele, cuya muerte Roth le estaba ocultando con toda probabilidad. Así pues, ¿por qué no cesaba de torturarlo con preguntas absurdas?

—¿Era el perfume de una persona que usted conoce?

«Sí, claro que sí».

—¿De una persona que desempeña un papel importante en su vida?

Mats volvió a parpadear una vez.

—¿Kaja Claussen?

«No».

—¿Felicitas Heilmann?

—¿Su esposa?

Mats entendió que la policía deseaba encontrar al criminal, pero eso ya no tenía para él ninguna importancia. Se lo habían quitado todo: a su esposa, a su hija, su propia vida. Ya no habría nada que pudiera devolverle algo de todo aquello.

—¿Era el perfume de su esposa?

Hizo ese último favor a Roth, quien pareció fuera de sí por la emoción después de que Mats parpadeara una sola vez.

«Sí. El aroma favorito de Katharina».

Mats oyó a Roth formularle una pregunta a alguien más que estaba en la sala, quizá un médico o una enfermera:

—¿De quién hemos recibido ese perfume? ¿Quién nos lo ha dado?

Entonces volvió a no haber nada ni nadie excepto él a solas, perdido en el silencio clamoroso de sus pensamientos.

Franz

No pudo evitar echarse a llorar cuando vio las fotografías vía satélite de los terrenos en Google Maps. Ahora bien, estar *in situ* era otra experiencia por completo diferente, tristísima. Solo con pensar en el sufrimiento y la miseria experimentadas en esas construcciones, a Franz le entraban náuseas.

Estaba convencido de que cada injusticia grave dejaba una huella gravitacional en el entorno en el que había sucedido. Aquí, en estos cebaderos de terneros ya fuera de servicio, ubicados cerca de la localidad de Liebenwalde, Franz sintió que se literalmente desmoronaba bajo el peso de esa huella.

Una fábrica del horror construida para engordar a los terneros y llevarlos al matadero, mientras que a sus madres se les robaba día tras día, con ordeñadoras eléctricas aplicadas a las ubres inflamadas, aquella leche que realmente estaba destinada a sus hijos.

Ese sufrimiento, a pesar de que había tenido lugar ya hacía tiempo, lo paralizaba porque sabía que por toda Alemania seguía produciéndose leche de esa manera, con la cantidad elevada a la enésima potencia.

Franz caminó arrastrando los pies por el solitario patio en dirección al almacén frigorífico. Aquí, en Liebenwalde, todo avanzaba despacito, a trancas y barrancas.

Poco después de su llegada aquí ayer, de pronto se sintió tan hecho polvo que tuvo que estarse una hora entera en el coche sin hacer nada. Estaba exhausto e incluso llegó a quedarse dormido durante unos minutos hasta que lo despertó el sonido de un coche que se alejaba del lugar.

Por suerte había desatornillado las placas de la matrícula. Nadie se acercaba a la linde de la localidad, tan solo pasaba alguien en muy raras

ocasiones, y un taxi justo delante del granero tal vez hubiese llamado la atención del conductor que ayer pasó por allí de buena fe.

«Maldita sea». Se habría largado *ipso facto* de allí si hubiera presentado todas las molestias que se producirían con los curiosos procedentes de Berlín. Primero el vigilante, luego la médica. Pero daba igual, tenía un plan B en la manga y por fin parecía funcionar.

Franz abrió la puerta provisional de aluminio, montada con posterioridad, de la antigua vaqueriza y oyó los gritos ya de lejos.

—¡Socorro! ¡Socorro...!

Menos mal que no había ni dios en todo lo largo y ancho de aquel siniestro lugar. Los gritos enmudecieron cuando entró en la cámara frigorífica: una nevera de acero imponente, transitable. En aquel edificio había dos. Era más grande que un plaza doble de garaje y ya no estaba en funcionamiento, por supuesto, a excepción de la luz interior, la cual se vio obligado a dejar encendida permanentemente porque tenía miedo de que los viejos tubos fluorescentes no volvieran a encenderse si los apagaba. Por precaución, había dejado entornada la puerta maciza, asegurada con un ladrillo por temor a que, después de todo el tiempo transcurrido, siguiera cerrándose herméticamente.

Franz dejó en el suelo la maleta amarilla de plástico y encendió la cámara. Nele trataba de liberarse de sus ataduras.

—¿Dónde está? ¿Adónde la has llevado?

Estaba fuera de sí por la ira y llena de energía. Se encontraba en un estado muy diferente a ayer, cuando la alzó semiinconsciente del pozo con el torno y luego la arrastró hasta aquí. Franz había esparcido paja en el suelo de la cámara frigorífica y había transportado una camilla de metal junto con un colchón, sobre la que estaba atada con esposas su objeto de demostración. Solo estaba ligada por el brazo izquierdo, podía mover el resto del cuerpo libremente. A Franz no le parecieron necesarias otras medidas restrictivas siempre y cuando se mantuviera a suficiente distancia de ella.

—¡Mi bebé! ¿Dónde está?

Nele trataba de levantarse y arrastrar la camilla con el brazo, pero no logró moverla ni un centímetro antes de caer de rodillas. Con el pijama blanco que él le había puesto de cualquier manera, descalza y con el pelo con grumos y sucio parecía una demente histérica.

—Eso está bien, pero que muy bien —dijo Franz llorando, y enfocó la cámara hacia la luchadora madre—. Eso es justamente lo que importa aquí. ¿Percibe ahora lo que se siente, Nele?

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi niña? —le vociferó ella.

—Justo esa es la pregunta que se hacen todas las madres mamíferas cuando se les arranca a su bebé después del parto. Todas las vacas a las que separan de su ternero solo para que podamos atiborrarnos de queso, chocolate, yogur y todo eso que nos engorda y nos enferma.

—TÚ eres el único aquí que está enfermo —le gritó con tanta fuerza que le alcanzó con la saliva.

Él asintió con la cabeza.

—Ese es el dolor que necesito. Todo aquel que vea esto ya no podrá seguir cerrando los ojos. Toma esto.

Franz desplazó con el pie en su dirección la maleta amarilla de plástico.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Un sacaleches —dijo Franz señalándole los pechos—. Por desgracia no es eléctrico, pero cumplirá perfectamente su cometido —dijo él secándose las lágrimas con la manga de la camisa.

«¡Oh, sí!», entendía su miedo, sufrimiento y preocupación, pero a veces hay que obrar mal para hacer lo correcto. ¿Qué revolución había tenido éxito sin lucha? ¿Qué guerra había podido concluir sin violencia?

—¿Sabes lo que te pasará cuando te encuentren? —dijo Nele, que ahora también estaba llorando.

—Solo me encontrarán si quiero —respondió Franz, y volvió a enfocar la cámara.

Al hacerlo percibió una ligera corriente de aire en la sudorosa nuca. Se dio la vuelta y aún llegó a oír la voz que decía:

—¡Yo no estaría tan seguro!

Acto seguido le cayó encima a toda velocidad un ladrillo. Uno de los bordes chocó contra su frente y le partió el cráneo.

Nele

Nele vio cómo Franz dejaba caer primero la cámara y luego se derrumbaba a su lado bañado en sangre. No emitió ningún sonido, ni siquiera un gemido ahogado, cuando su cara chocó de frente, sin ningún gesto de protección, contra el suelo de acero.

El sonido de la nariz al astillarse y la bóveda craneal reventada le recordaron el momento más terrible en el pozo, cuando estaba segura de su salvación y la oscuridad que tenía encima se iluminó brevemente porque alguien había corrido la tapa de madera.

Alguien que destruyó todas sus esperanzas con una única palabra cuando exclamó «¡púdrete!» y luego volvió a cerrar la mazmorra.

Ese alguien que ahora había regresado para volver a traicionarla.

—David —iba a vociferar Nele el nombre de su ex, pero de su boca salió apenas un susurro quebrado por lo mucho que la estaba estrangulando el miedo.

—Livio —corrigió él con una sonrisa—. Ahora vuelvo a llamarme por mi verdadero nombre. Ya no me quedan ganas de trucos de magia baratos. «David Kupfer» está finiquitado.

Arrojó el ladrillo al suelo junto al difunto Franz, se limpió el polvo de los guantes en los vaqueros y se volvió a mirar la cámara frigorífica.

—¿Por qué? —le gritó ella.

—¿Y todavía me lo preguntas? Me contagiaste, zorra. —Estaba temblando de ira, las venas le latían en las sienes—. No solo querías endilgarme un mocosito. Ahora tendré que ir toda mi vida a la clínica de Wedding, igual que tú. Seropositivo. Por tu culpa.

En otro acceso de cólera agarró al difunto Franz por el cuello de la camisa, alzó su cuerpo y lo llevó a rastras en dirección a Nele.

—Entonces ¿tú planeaste todo esto de aquí? —dijo ella consternada. Se preguntó cómo era posible que en tan poquísimos tiempo aquel violento acosador se hubiera transformado en un asesino activo—. ¿Todo esto porque te he contagiado? ¿Y porque no quieres mantener a tu bebé?

—¿Estás loca? —Arrastró a Franz otro medio metro más—. No tengo nada que ver con este demente, pero es un regalo de Dios. El castigo que te mereces. —Al hablar se le iba acumulando la saliva en las comisuras de los labios—. Cuando me echaste de casa, solo pretendía cabrearte y repartí algunos «regalitos» por tu piso. —Nele se acordó de la cuchilla de afeitar entre los almohadones—. Pero cuando me comunicaron mi diagnóstico, quise verte tan aplastada como los neumáticos que andaba rajando por ahí.

«Y tan muerta como la rata que me pusiste delante de la puerta en una cestita».

—Pero no tenía pensado ningún plan, a diferencia de este loco de aquí. Joder, mira que sabes cómo tocarnos los cojones a los hombres. No tengo ni idea de por qué este estaba tan cabreado contigo, pero me gusta lo que ha organizado aquí.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque me temía que este psicópata no terminara su trabajo. Y mira por dónde, es tal como me había temido: sigues aún con vida. A propósito, ¿dónde está Feli?

—¿Quién?

Livio dejó caer el cadáver, aproximadamente a medio metro de la camilla en la que estaba atada Nele.

—Felicitas Heilmann. La médica que andaba buscándote.

—¡Déjala en paz! ¿Me oyes?

—Mira quién ha ido a hablar... —Livio negó con la mano—. No te preocupes. Solo desplegué con ella el programa estándar para que cayera en mi trampa. El numerito del «bribón encantador despierta el instinto protector» siempre tiene mucho éxito entre vosotras, gallinitas. —Sonrió de manera sucia—. Pero yo no estaba por la labor de magrearla, solo quería que me condujera a ti. Y ahora quiero que mantenga el pico bien cerrado. Así que dime: ¿dónde está?

El estómago de Nele se contrajo. De pronto sintió una inmensa tristeza en su interior. Nunca se le había puesto de manifiesto de una forma tan clara que estaba sola, abandonada y perdida.

—Haz conmigo lo que quieras, Livio. Pégame como lo hacías antes, valiente pedazo de mierda. No voy a delatar a la única persona que me ha

ayudado.

—¿Cómo lo ha hecho?

Livio agarró del suelo el ladrillo con el que había acabado con Franz y Nele se puso a hablar más rápidamente con la atroz esperanza de compartir en pocos segundos el destino de su secuestrador.

—Franz la dejó muy malherida con una barra de hierro, pero aun así fue capaz de ayudarme en el parto. Hubo problemas con el cordón umbilical. Sin ella la habría palmado. Feli se ocupó de mí.

Livio se detuvo a unos dos brazos de distancia de ella. El ladrillo iba cambiando de un guante a otro.

—¿Le hablaste de mí? ¿Sabe quién soy?

«No, maldita sea. ¿Crees que tuvimos tiempo para largas conversaciones?», pensó Nele con rabia, pero ella sabía por supuesto lo que Livio trataba de averiguar con esa pregunta. Quería saber si Feli tal vez podía ser una testigo que declarara que no le había prestado ninguna clase de ayuda a Nele en aquel pozo.

Que era un asesino que sacaba provecho para sus fines de las acciones de otro.

—Sí —mintió Nele adrede—. Se lo he contado todo a Feli sobre ti. Ya te conoce. Si me matas ahora, la policía sabrá quién fue y te pasarás toda tu vida entre rejas.

Livio se quedó sorprendido unos instantes y luego se echó a reír a carcajadas.

—Mientes. Te conozco muy bien.

Todavía riéndose, volvió a levantar a Franz, lo agarró esta vez por la larga cabellera, lo cogió a continuación por las axilas y se lo lanzó a Nele, que quedó sepultada en la camilla de metal bajo el peso de su difunto secuestrador. Se removió asqueada por debajo de él y se quitó el cuerpo inmóvil de la camilla.

—¿Quieres hacer que parezca que fue obra de Franz? —gritó ella una vez libre, embadurnada con la sangre del secuestrador. Se limpió la cara como una posesa con la mano libre, pero lo único que consiguió fue pringarse por completo—. ¿En serio crees que así vas a salirte con la tuya? De quien primero se sospecha siempre es del padre de encima.

Livio hizo un gesto negativo con la cabeza y señaló la cámara tirada en el suelo.

—Hay un vídeo en el que se ve cómo ese tipo te tortura. Y no existe la menor conexión entre ese loco y yo. —Volvió a reírse con cinismo—. Sí, creo

que así voy a salirme con la mía.

Livio arrojó el ladrillo al suelo junto al cadáver de Franz. Un poco alejado de Nele para que ella no pudiera alcanzarlo, pero lo bastante cerca para sugerir a los investigadores que ella había matado al secuestrador en legítima defensa al acercarse este de manera imprudente a ella.

«La cuestión es: ¿qué pretende Livio conmigo? —pensó Nele aterrorizada—. ¿También quiere matarme? ¿O simplemente va a dejarme tirada otra vez?».

Miró en dirección a la puerta y no pudo evitar sonreír contra su voluntad.

—Además, yo me he mostrado muy cooperativo —dijo Livio, pero ella apenas le prestaba atención—. Antes de nuestra separación me registraste en tu ginecólogo como padre de la criatura. Hoy he recibido una llamada de una enfermera del hospital Park-Klinik. Tu padre está ingresado allí en coma.

—¿Qué? —Ahora volvía a tener toda su atención—. ¿Qué acabas de decir?

—Quieren establecer contacto con él de alguna manera y me preguntaron por tu perfume.

«Mi padre, ¿en coma en el hospital?».

—¿Qué ha pasado?

Livio no le respondió o entendió mal su pregunta, porque se limitó a decir:

—Parece que se está muriendo. Yo pensé para mis adentros que al menos tu anciano padre no iba a palmarla con el recuerdo de la puta de su hija sidoso. Les dije que era Shangril, ese asco de perfume que guardabas en el cuarto de baño como recuerdo de tu madre. ¿Te acuerdas de cuando me obligaste a olerlo aquella vez? Como si me importara un rábano a lo que apestaba tu madre cuando vivía. Bah, al final habrá servido para una buena acción. Shangril ya no se produce, pero yo fui tan amable de darles la dirección de una tienda de remanentes en el barrio de Friedrichshain.

Nele cerró los ojos. Después de todos los dolores que había tenido que padecer en las últimas horas, tanto físicos como psíquicos, después de todo lo que se había desgarrado en su comprensión de todas las cosas, el pensamiento de que su padre se hallaba también en un lecho de muerte la empujó hasta el límite de su capacidad de sufrimiento.

—Has cometido un gran error —fue todo lo que pudo decir. En voz baja, con calma, como en una conversación espinosa pero mantenida con la más absoluta educación.

—¿Con el perfume? —preguntó Livio.

—No, con el ladrillo.

—Llevo guantes, no he dejado ninguna huella dactilar.

—No me refiero a eso. Franz lo utilizaba como tope de la puerta.

Observó cómo Livio dirigía la mirada a la salida. Vio cómo sus ojos se dilataban, cómo amenazaban con salirse de las órbitas oculares mientras se apercibía de aquello que a ella le había llamado la atención hacía ya un ratito: la puerta de la cámara frigorífica se había cerrado. Y con ello había quedado cerrada herméticamente.

Livio se dio la vuelta a toda velocidad, se plantó en la salida en dos zancadas y se puso a tantear la hoja de aluminio.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo —susurró Nele, y se inclinó con las últimas fuerzas que le quedaban hacia abajo. Extendió su brazo libre hacia el cadáver.

Livio seguía buscando en vano un asidero o algún otro mecanismo de apertura, pero en la puerta solo había un agujero para una llave de seguridad.

—Estamos atrapados. Y nada menos que en una cárcel de cierre hermético —dijo Nele, a pesar de que no estaba segura de que fuera así. Pero después de todo el miedo que había tenido que soportar, le hacía bien darle la vuelta a la tortilla y desencadenar el pánico en Livio.

—No. Nooo. No, no puede ser —se puso a berrear él y a dar golpes como un poseso contra la puerta.

Entretanto, Nele había encontrado lo que quería y sacó la mano del bolsillo del anorak de Franz.

En ese momento Livio se volvió y el movimiento de ella quedó petrificado.

—¿Qué tienes ahí? —quiso saber él.

Ella cerró los dedos de su mano atada.

—¿Es una llave? —supuso su ex, y ella negó con la cabeza con poco convencimiento.

—Cómo no. El psicópata tiene que llevar una llave consigo.

Livio se dirigió hacia ella con una risa de loco y Nele se zafó de él lo mejor que pudo resbalando sobre la camilla.

—Dámela.

Livio le golpeó en el estómago y se inclinó hacia ella. Ella profirió un fuerte suspiro, pero no cedió. Él intentaba doblarle los dedos, que ella mantenía cerrados, pero no pudo resistirse durante mucho rato a su fuerza.

—¿Qué es esto? —preguntó desconcertado cuando ella le enseñó finalmente lo que atesoraba en su mano.

—Chicles —dijo ella conforme a la verdad.

Franz los llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Nele los había agarrado con la mano derecha y se los pasó a la izquierda.

—¿No es ninguna llave? —preguntó Livio, pálido por la decepción.

—No —dijo Nele, exhausta pero dispuesta a todo.

—No es ninguna llave. Vamos a morir aquí juntos los dos.

A continuación le seccionó a Livio medio ojo y parte de la mejilla y luego le rebanó las arterias carótidas con el cúter que también había encontrado en el bolsillo de su secuestrador.

Roth

Tres horas después

Era su primera vez y estaba muy preocupado porque todo pudiera acabar en una catástrofe.

A pesar de haber participado en la resolución de muchos casos criminales, Roth no había visitado nunca el lugar de los hechos. En una ocasión incluso había volado con los funcionarios hasta la Costa Azul francesa para prestar su apoyo en la resolución de un caso, pero allí tampoco visitó el lugar del crimen, sino que condujo a la policía hasta una persona desaparecida. Y no hasta un cadáver, como se temía hoy.

—Han sido identificados los dos coches —dijo el comisario Hirsch a su lado—. El taxi aparcado frente al granero está registrado a nombre de Franz Uhlandt, nuestro sospechoso. El Renault de detrás de los depósitos de agua pertenece a Livio Kress.

Se encontraban junto a un tráiler ya inspeccionado y asegurado, en el patio embarrado de unas antiguas instalaciones para el engorde de terneros en Liebenwalde, y estaban esperando otras inspecciones que la unidad de intervención les transmitiría por radio.

Tres funcionarios uniformados de negro y fuertemente armados acababan de desaparecer en el interior de un edificio de ladrillo recocido.

—¿Soyus? —preguntó Hirsch en su aparato de radio por el jefe de la operación.

—Edificio asegurado —respondió este en el acto—. Estamos abriendo ahora las cámaras frigoríficas.

—Chapó. Nunca me lo habría imaginado —admitió Hirsch con franqueza—. Parece que su truco de magia nos ha llevado por buen camino.

Hizo a Roth una señal para que lo siguiera, y se dirigieron al edificio de ladrillo recocido.

—La hipnoterapia no es ningún truco de magia —le contradijo Roth—. Sin esa regresión, el paciente no habría podido recordar nada de lo que le ocurrió en el vuelo.

—Sí, sí. Ya lo sé, y siento un enorme respeto por su trabajo, doctor. Solo que, entre nosotros, me parece un poco raro cuando la gente se pone de pronto a ladrar o se olvida de los números, como he visto en algún espectáculo de hipnosis. Pero me parece tremendo que pueda hacerse eso con un paciente en coma, ¿no?

Roth puso los ojos en blanco y suspiró. Se encontraban ahora frente a la puerta del edificio donde estaban las cámaras frigoríficas.

—La hipnosis médica no tiene nada en común con esa charlatanería circense. Y el doctor Krüger no se encuentra en coma, sino que padece el síndrome de enclaustramiento; es decir, está despierto, y ha sido posible ponerle en trance por medio de sonidos y de voces.

Hirsch se rio.

—¿Y al mismo tiempo se le ocurrió que debíamos buscar a su hija aquí, en el quinto coño?

Roth lo siguió al interior de un vestíbulo con azulejos y baldosas. A cierta distancia oyó el sonido de un soplete cortador.

—Nos ha dado a entender que hemos intentado desencadenar en él una reacción con un perfume del que se nos dijo falsamente que era el preferido de su hija. Y eso nos lo ha dicho el ex de Nele Krüger, el supuesto padre de la criatura...

—... de quien no sabemos por qué razón nos ha dado un perfume falso, y cuyo teléfono móvil hemos rastreado hasta que nos ha llevado a su coche, ya que no contestaba a las llamadas, sí, sí. —Hirsch lo agarró del brazo con firmeza, pero sin desconsideración, y le impidió avanzar durante unos instantes—. Lo sé perfectamente, lo sé. No permita que le tome el pelo. Estoy tan nervioso como usted, doctor. Detesto las intervenciones en las que las probabilidades de éxito son de antemano tan escasas que...

Sonó un chasquido en el aparato de radio de Hirsch. El soplete cortador había enmudecido.

—¿Comisario?

Estaban tan cerca, que podía escuchar al jefe de la operación tanto por el altavoz como al natural.

—¿Qué? —exclamó Hirsch, y echó a correr desde el vestíbulo por el rincón.

Roth lo siguió y vio cómo los tres funcionarios estaban con las armas bajadas frente a la puerta de acero de una imponente cámara frigorífica perforada con un soplete cortador.

—Por Dios —dijo Hirsch, que fue el primero en llegar al lugar del hallazgo.

—¿De cuánto tiempo de aire dispone uno ahí dentro? —preguntó uno de los tres hombres del cuerpo de operaciones especiales, pero su pregunta quedó sin responder.

—No toquen nada —oyó decir Roth a una voz cuando él mismo trataba de echar un vistazo por entre los hombres al interior de la cámara.

Todo lo que vio era rojo y sangre. Y rojo. Y aún más sangre.

Lo más terrorífico era la cara de ella, embadurnada con mucho brillo, como si Nele hubiera sumergido la cabeza en una bañera llena de sangre y se hubiera acostado a continuación con los ojos cerrados en su lecho de muerte. Junto con los otros dos cadáveres, uno con el cráneo partido y el otro con el cuello rebanado, los tres formaban un bodegón del horror.

Roth sintió una arcada: ya no tenía ningún control sobre su estómago y casi habría vomitado si no se hubiera producido ese destello. Ese brillo blanco que lo distrajo de tal modo, que incluso llegó a olvidarse de sus ganas de vomitar.

El destello blanco... en los ojos de Nele.

—Vive —oyó decir a alguien, y no fue sino mucho más tarde, una vez ya dentro de la cámara frigorífica y arrodillado al lado de Nele para comprobar la debilidad y falta de regularidad de sus pulsaciones, mientras varios hombres le gritaban que estaba contaminando el lugar del crimen, cuando fue consciente de que era él mismo quien estaba repitiendo una y otra vez esa palabra.

—Vive.

Una y otra vez, sin descanso, hasta que Nele abrió también la boca, incapaz de gritar, sin fuerzas y medio asfixiada después de las muchas horas que había pasado allí, en las que prácticamente había consumido todo el oxígeno del interior de la cámara. Pero a Roth no le hacía falta oír lo que ella le estaba diciendo. Podía leerlo en sus labios, y aunque no los hubiera movido, él habría sido capaz de leer sus pensamientos. Una madre solo podía tener un único pensamiento en esa situación.

—¿Dónde está mi bebé? —le preguntó.

En alguna parte, lejos, muy lejos, en otro mundo fuera de aquella cámara del horror, un funcionario se dirigió al comisario Hirsch gritando:
—¡Oh, Dios! ¡Venga aquí atrás! ¡Tiene que verlo por sí mismo!

Nele

Dos días después

El invierno llegó. No cabía ninguna duda al respecto.

Aquí arriba, en la antigua sala de fumadores del edificio principal del hospital Park-Klinik, que los pacientes utilizaban ahora como sala de estar, ya podían reconocerse sus señales. Las ventanas panorámicas que llegaban hasta el suelo mostraban un panorama que iba desde la quinta planta hasta mucho más allá del aparcamiento del que, hasta hacía diez años, era tan solo un sanatorio neurológico, pero que, bajo la dirección de su extraordinario jefe médico, se había convertido en un hospital privado completo y de grandísimo renombre.

Las ramas con escasas hojas de los robles y de los tilos se mecían al viento; el terreno con césped, que hasta la semana anterior habían aprovechado los pacientes y sus allegados para un último baño de sol de otoño, producía ahora una impresión gris y dura. Uno podía imaginarse perfectamente la nieve que muy pronto caería desde el techo de nubes de color gris sucio y la llovizna interminable que la eliminaría.

Nele sintió un escalofrío al pensar qué habría supuesto que la raptaran con ese frío húmedo y desapacible que hacía ahora. A continuación, sintió otro escalofrío al pensar en todo de lo que se había librado gracias a la mujer que tenía delante en una silla de ruedas y calentándose las manos con un café. Con dos sobres de azúcar, pero sin leche.

Las dos tardarían bastante en poder beber leche de nuevo.

—¿De verdad te encuentras bien? —preguntó Nele, y Feli asintió.

Todavía llevaba la cabeza vendada, algo que no era de extrañar teniendo en cuenta las heridas que le había ocasionado Franz. Según los médicos, el golpe con el tubo de hierro no había sido especialmente fuerte, y es probable

que lo realizara sin ánimo de matar, pero había ocasionado, no obstante, una tremenda conmoción cerebral y una grieta en la bóveda craneal. Cuando los funcionarios de la policía encontraron a la médica en el pozo de las factorías cárnicas abandonadas, pensaron al principio que estaba muerta.

Y Feli habría fallecido probablemente allá abajo, donde Franz la había dejado tirada, si Hirsch y su gente no la hubieran descubierto justo a tiempo.

—Todos dicen que eres un fenómeno —dijo Nele con una sonrisa mientras agarraba la mano de Feli—. Ninguna comadrona normal habría obrado un milagro semejante con esas heridas.

Feli sonrió, y su mirada se dirigió, igual que la de Nele, al moisés en el que mascullaba la bebida calmada y en paz. Con unos grandes ojos, abiertos en una diminuta franja, y una bendita sonrisa de ángel en la cara durmiente.

—Sin ti las dos habríamos muerto allá abajo.

—Sin tu padre —corrigió Feli con dulzura.

Ese honor les correspondía, de hecho, a los dos. Franz había registrado las pertenencias de Feli y había encontrado un carnet de médica en uno de los bolsillos. Al contestar afirmativamente a la pregunta de si ella podía asistir a Nele en el parto, él la bajó al pozo con el torno de cable a pesar de las graves heridas que tenía en la cabeza. Allá abajo, entre la suciedad, el hedor y la estrechez, la doctora realizó una tarea sobrehumana.

—Tan solo intenté recordar la parte de ginecología de mis prácticas de residente —dijo Feli sin querer exagerar su ayuda.

Si no hubiera atajado el problema del cordón umbilical con unas valientes maniobras, probablemente habrían muerto madre e hija juntas entre dolores atroces. Y si su padre no hubiera resuelto el enigma en torno al personaje de Livio, no habrían localizado jamás su ubicación con ayuda de la señal de su teléfono móvil. Ni jamás habrían encontrado las instalaciones de engorde de terneros en Liebenwalde.

—¿Te has decidido ya por algún nombre? —quiso saber Feli despegando los ojos del bebé.

—Viktoría —respondió Nele, y las dos no pudieron evitar sonreír.

—La vencedora. Le va muy bien el nombre —dijo Feli.

—Lo sé.

Encontraron a Viktoria dos cámaras frigoríficas más allá, dentro de un box para terneros. Sufría un poco de hipotermia y estaba deshidratada, pero viva, con energía y sin nada más grave que reseñar a primera vista. Franz, siguiendo en realidad la lógica de su locura, no quería matar al bebé, tan solo deseaba mantenerlo alejado de la madre. En aquellos momentos no podía

decirse si Viktoria padecería alguna secuela a largo plazo; en especial era muy pronto para saber si durante el dramático y sangriento parto se había contagiado de la sangre de Nele, pero en unas seis semanas quedaría aclarado este punto. Sin embargo, esto era algo muy secundario, teniendo en cuenta que ella había superado el que seguramente sería el peor examen de su vida. Y ser seropositiva ya había dejado de ser una condena a muerte. Lo único que contaba para Nele era el hecho de que Viktoria viviera.

—Eres mi heroína —volvió a darle las gracias a Feli.

—Soy una idiota —respondió la médica, aunque con una sonrisa—. Como psiquiatra tendría que haberme dado cuenta enseguida de que algo no cuadraba del todo con Livio.

Nele arrugó la nariz.

—Créeme, soy la primera en admitir que es fácil caer en la trampa de su encanto. Yo incluso llegué a enamorarme de su carácter arrojado y violento.

—Pero tú no estás entrenada en el reconocimiento del narciso que está detrás de la fachada. Ese fallo mío no me deja en paz.

Feli se sacó el móvil del bolsillo de la bata, la vestimenta obligatoria para los pacientes en la clínica, y lo dejó encima de la mesa.

—Ayer, cuando por fin pude pensar de nuevo con algo de claridad, llamé por teléfono a la farmacia bajo tu casa. A petición mía volvieron a analizar los vídeos de las cámaras de vigilancia.

—¿Y qué?

—El día de tu secuestro, cuando tu padre me envió a tu casa, él estaba en tu piso.

—¿Livio? —Nele se quedó consternada.

—Sí. Con las prisas después de haber roto aguas, te dejaste abierta la puerta de casa y así fue como entré yo también. Él estaría inspeccionando cómo te iba y debí de sorprenderlo.

Feli le enseñó la mano izquierda y, al principio, no sabía Nele qué quería decirle con ese gesto hasta que la doctora se lo aclaró:

—Oyó cómo hablaba por teléfono con Mats sobre tu secuestro. Cuando yo estaba en tu cuarto de baño, apagó la luz y me estrujó los dedos con la puerta para poder largarse. En las cintas se ve cómo sale corriendo de la casa un poco antes que yo.

—Pero ¿qué buscaba en mi casa?

Feli se inclinó hacia delante y extendió también el otro brazo encima de la mesa. Las dos se cogieron de las manos.

—Un narcisista no es capaz de superar que lo rechacen. Tras vuestra separación te estuvo acosando, Nele. Después quiso vengarse por el contagio y por el bebé, a quien consideraba un exceso intolerable. La policía parte de la base de que también es el responsable de los neumáticos rajados en vuestra calle. Se limitó a pinchar solo el resto para no parecer sospechoso.

Con estas palabras, Nele no pudo evitar pensar en la cuchilla de afeitar entre los almohadones del sofá. «¡Tu sangre mata!». Seguramente, Livio la había colocado allí antes de que mandara cambiar la cerradura de la puerta, después del susto de la rata muerta en la cestita.

«¡Demasiado tarde!».

La rata, los neumáticos, la cuchilla de afeitar, la venganza.

Todo aquello seguía una lógica, pero había algo que Nele no podía explicarse.

—¿Cómo es que viniste precisamente con él a buscarme?

Feli asintió con la cabeza.

—Él me manipuló con habilidad, eso es lo que ahora me pone furiosa. Tendría que haberlo reconocido de lejos.

La psiquiatra se recostó un poco, sin soltar las manos de Nele.

—Primero Livio oye en tu piso que te han secuestrado. Quiere saber más al respecto. Me sigue hasta donde Klopstock y consigue que yo caiga en su trampa con el truco del almendruco.

—Te robó el móvil.

—Eso es. Y se dejó pillar fingiendo que lo vendía.

Nele retiró los dedos de Feli con suavidad y se puso en pie.

—¡Oh, madre mía! Puedo imaginarme a la perfección cómo lo organizó todo. Al principio, yo iba detrás de él como una adolescente locamente enamorada. Él se ganaba la vida con trucos de prestidigitación.

La mirada de Feli se entristeció.

—Tendría que haber desconfiado de él como muy tarde en el momento en que nos dividimos para buscar en aquellas ruinas. Yo fui a echar un vistazo al sótano delantero y él, al que quedaba más atrás. Cuando nos despedimos arriba, me miró con una cara muy rara y eso que yo no había hecho más que resbalar y ensuciarme durante mi búsqueda. No supe interpretar la desconfianza en su mirada. Ahora me doy cuenta de que estaba preocupado de que me hubiera enterado de que él te había descubierto. Y luego le entraron de pronto las prisas por dejarme sola. Maldita sea, no tendría que haber llamado a Mats, sino directamente a la policía.

—No, hiciste todo lo correcto.

Nele volvió a sentarse y a agarrar la mano de Feli. Al hacerlo tocó el anillo de compromiso de la médica. Una filigrana de plata con medio quilate en la punta.

—¿Habéis pedido otra cita? —preguntó Nele con prudencia.

Feli parpadeó y dirigió la mirada a la ventana. No eran más que las cuatro de la tarde, pero la luz ya se había vuelto muy escasa, y las farolas del parque se fueron encendiendo poco a poco.

—Janek es lo contrario de lo que busco —dijo en voz baja—. No es violento, ni caótico ni imprevisible.

Volvió la cabeza hacia Nele.

—Pero eso que he estado buscando durante toda mi vida siempre ha tratado de destruirme.

Nele tragó saliva, y de la comisura del ojo se quitó una lágrima todavía inexistente con el dedo índice.

—¿A quién se lo vas a contar? —dijo Nele con una sonrisa triste.

También ella había sido durante toda la vida la víctima de su propio reconocimiento innato del depredador. Livio no había sido el primero en pegarle y que pretendió dominarla, si bien sí fue el primero en desearle la muerte, alguien que llegó incluso a aprovechar para sus fines la disparatada cólera de un fanático protector de los animales.

Las dos mujeres estuvieron un rato sin pronunciar palabra, solo tenían las manos cogidas mientras acechaban los chasquidos de la nevera para los pacientes y el borboteo del café en la máquina expendedora que estaba al lado de la puerta.

—¿Sabes? —dijo Nele al final, armándose de valor—. Mi padre siempre me decía que enamorarse sucedía automáticamente. No puedes hacer nada contra ese sentimiento repentino que todo lo llena, que te sorprende como un rayo. «Enamorarse es un azar», decía él siempre. «Pero el amor...». —Nele hizo una pausa corta durante la cual se encendió la última farola del parque, que sumergió la naturaleza en una iluminación de color sulfuroso—. El amor es una decisión. —Feli asintió con la cabeza, pero Nele no estaba muy segura de que estuviera siguiendo sus palabras—. «No existe ninguna pareja que encaje contigo al cien por cien. Tal vez al setenta o al ochenta. Y siempre habrá personas que llenen ese veinte o treinta por ciento restante. La cuestión es entonces: ¿te aferras a tu decisión de todas formas o renuncias en cada nuevo desafío para seguir buscando?».

—Tienes un padre inteligente —dijo Feli, y Nele creyó ver una sombra deslizándose rápidamente por su cara; tal vez se estaba acordando del día en

el que Mats se marchó.

—Y entonces ¿qué? —preguntó Nele volviendo a acariciar el anillo de compromiso—. ¿Qué pasa con Janek? ¿Te has decidido?

Feli respiró pesadamente.

—Lo ha hecho él. Janek sigue queriendo casarse conmigo, a pesar de todo. Pero yo... —Retiró su mano—. Tengo que pensármelo. Todavía no estoy segura.

Feli agarró de nuevo su café, que con toda seguridad se había quedado frío entretanto, e hizo un movimiento con la mano, como si quisiera espantar una mosca.

—Pero ahora es tu turno.

Nele sintió que le crecía un nudo en la garganta y se levantó. No las tenía todas consigo cuando estaba de pie y se sostenía sobre sus piernas. Había estado demasiado tiempo tumbada y había perdido la tensión en los músculos.

—Tienes razón. Debo apresurarme.

Cogió el moisés con la durmiente Viktoria, volvió a darle las gracias a Feli por todo y, a continuación, se alejó de la sala de estar dispuesta a dar el paso más difícil de su vida.

EPÍLOGO

Mats

Mientras Mats caía a través del agujero desaparecido en la nada eterna, en la cual el negro era el color más claro, solo había un pensamiento al que se aferraba. Una reflexión que ciertamente no podía frenar la caída, pero sí impedir su rotación vertiginosa. Y ese pensamiento era el de una moneda de un euro que caía una y otra vez por la misma cara. Siempre por el lado del águila, por la que Mats había apostado. Y eso diez quintillones de veces seguidas. Diez mil cuatrillones.

Un uno seguido de treinta y un ceros.

Así de malas eran las probabilidades de que Dios no existiera.

«Dios. Siempre es la última esperanza de los ateos moribundos», pensó Mats.

Sin embargo, fueron matemáticos y físicos (y no teólogos creyentes) quienes realizaron el siguiente cálculo: el hecho de que el universo exista es matemáticamente tan improbable como el supuesto caso de que a una persona le caiga siempre por la misma cara sin excepción una moneda no trucada y completamente normal lanzada al aire diez quintillones de veces seguidas. Tan solo una mínima desviación, una cienmilésima de segundo después del big bang, y el mundo no existiría. Ni siquiera la nada por la que estaba cayendo Mats en esos momentos.

Por consiguiente, la idea de que existía un Dios que estaba detrás de todo era científicamente mucho más plausible que apostar por el azar de los quintillones de veces.

Mientras Mats trataba en vano de visualizar ese número con 31 ceros, oyó a lo lejos, muy lejos y muy bajita, una voz familiar. No podía entender lo que decía, pero veía las palabras. Formaban una larga cadena con un brillo de color violeta; una luz polar hacia la que él podía extender su mente. Con la

fuerza de sus pensamientos se aferró a esa cadena y detuvo su caída. Al mismo tiempo, la voz fue haciéndose cada vez más alta y Mats creyó ahora haber encontrado por fin la liberación. Creyó que había muerto. No podía explicarse de otra manera que estuviera oyendo a Nele. Su voz bonita y suave, con total ausencia de odio y de reproches en ella. Tan suave y cariñosa.

—¿Me oyes, papá? —preguntó.

Y él parpadeó, tal como le había enseñado el doctor Roth.

—Te he traído algo —dijo Nele, y entonces le hizo un regalo que iluminó como un faro la oscuridad de su interior más íntimo.

Fue un olor que ahuyentó todo aquello que había condicionado su existencia durante los últimos días y horas: el miedo, el dolor del alma, la oscuridad. Ahora seguía estando en el agujero desaparecido, pero ese olor lo iluminaba con sentimientos que él creía olvidados: la esperanza, la confianza, el amor.

—Es Viktoria —dijo Nele, y él aspiró con avidez el aroma de aquel pequeño hatillo de vida que ella debía de haberle colocado encima del pecho—. Te quiero, papá —la oyó decir—. Gracias por haberme salvado.

Ella lloraba, igual que él lo hacía por dentro, y parpadeó sin saber cómo podría darle a entender que había sido un idiota, que se había equivocado en lo que hizo y que jamás la tendría que haber abandonado, pero que ahora todo estaba bien porque ella y la bebé estaban vivas.

«¡Eso es lo único que cuenta!».

—Tengo algo más para ti —oyó decir a Nele, que seguía llorando. En una octava más triste.

Y entonces todo se iluminó de verdad.

Como si alguien hubiera descorrido una cortina mental y hubiera encendido la luz.

Mats sintió cómo las lágrimas le inundaban los ojos, cegados por la luz, que no solo veía sino que también sentía.

Parpadeó, pero no como lo había hecho hasta entonces cuando trataba de guiar sus párpados con el pensamiento, sin que eso tuviera ninguna repercusión sobre su capacidad de ver. Estaba parpadeando realmente. ¡Y podía ver!

El agujero desaparecido había dejado de existir. A cambio volvía a tener su cuerpo.

Mats, que fue acostumbrándose muy despacio a la luz, miró a su alrededor. Los soporíferos sonidos se lo habían revelado ya, pero ahora pudo

convencerse con sus propios ojos: estaba de nuevo a bordo del avión. De vuelta en la Suite Sky.

Vio los sillones de piel de color crema y las persianas abiertas frente a las ventanas: estaba en un vuelo diurno con un tiempo radiante, muy por encima de una capa de cúmulos.

Se quitó el sombrero de paja que llevaba puesto y le dio vueltas entre sus manos. No pudo evitar sonreír al pensar que era él mismo el hombre a quien había visto en su trance durmiendo en el asiento 47F.

«La mente discurre por senderos extraños».

Avanzó despacio por la gruesa moqueta, percibió las maderas nobles con las que estaban recubiertas las paredes de la cabina.

Pasó el cuarto de baño y se dirigió al dormitorio, cuya puerta estaba medio entornada. Una luz suave y cálida caía por el resquicio hacia el pasillo.

El olor que lo había catapultado de vuelta a bordo se hizo más intenso.

Abrió la puerta.

—¡Si estás aquí! —dijo la mujer más bella del mundo, que estaba echada en la cama y que le sonrió como si el amor de su vida no hiciera muchísimo tiempo que hubiese desaparecido.

—¿Katharina? —preguntó Mats, con temor a que pudiera desaparecer de nuevo.

Ella asintió con la cabeza y dio un golpecito a su lado en la colcha.

—Ven acá.

Él aspiró el aire por la nariz. Olió el perfume de su esposa que Nele debía de haberle traído y se acostó a su lado.

—Lo siento —dijo y rompió a llorar.

Katharina le agarró la mano, acomodó su cabeza con la de él y sonrió.

—Lo sé —dijo ella.

Entonces ella levantó la vista hacia él. Con mucho cuidado, Mats se le acercó, igual que entonces, cuando se dieron el primer beso en aquel bar casi a oscuras de Steglitz, y supieron que estaban hechos el uno para el otro. La luz se volvió más clara, y el avión, las paredes de la cabina, la cama y todo lo que estaba a su alrededor se disolvió hasta quedar solo el aire y la capa de nubes por debajo de ellos, hasta que desapareció también esto y tan solo permaneció lo que realmente contaba.

Para siempre.

COMENTARIOS Y AGRADECIMIENTOS

Permítanme aclarar un punto antes de que empiecen a enviarme correos electrónicos airados: no tengo nada contra los veganos. Al contrario. Admiro a esas personas que consiguen lo que yo, hasta la fecha, solo he podido aguantar a lo sumo un día a la semana. También a mí me gustaría renunciar por completo a los productos animales, pero me falta la fuerza de voluntad. De hecho, hasta puedo entender los motivos de Franz, cuyas descripciones de los procesos utilizados en la producción actual de la leche no son, por desgracia, ninguna invención. Solo que, como es natural, no siento ninguna empatía hacia los métodos con los cuales pretende cambiar el estado de las cosas.

Y para anticiparme a otra pregunta que a menudo me han formulado durante mi trabajo de documentación: no, no padezco de aerofobia. La expresión más adecuada sería «inquietud de estar por los aires». No sufro ningún aumento de la sudoración al despegar, pero puedo imaginarme algo mucho más razonable que moverme en el interior de un tubo, a través de las masas gélidas de aire a miles de metros por encima de la tierra y a una velocidad de diez mil kilómetros por hora. De manera similar a Mats Krüger, pienso que el ser humano no está hecho para tales cosas. Y me pasa con frecuencia que, después de aterrizar, querría sentarme sobre la pista de rodaje como un indio, con las piernas cruzadas, y esperar a mi alma, que, a diferencia de mi cuerpo, no puede llegar con la misma rapidez.

Por supuesto que sé que anualmente mueren más personas asfixiadas por los fragmentos de un bolígrafo que los fallecidos por accidentes de aviones en toda una década. Sin embargo, esas estadísticas realistas nunca han podido tranquilizarme del todo, sobre todo si me pregunto cuántas de las desdichadas víctimas de los bolígrafos no habrán estado mordiendo uno durante las turbulencias en un vuelo; pero bueno, mejor lo dejamos aquí.

Aunque yo mismo no tenga que luchar contra los ataques de pánico, puedo comprender muy bien los sentimientos de muchas personas a quienes

ya se les acelera el pulso en la pista de rodaje, como le ocurrió a aquella joven que poco antes del despegue del avión que realizaba la ruta Múnich-Berlín agarró la mano de su compañero de asiento y le dijo al desconocido: «No lo conozco, pero ¿me haría el favor de cogerme de la mano? De lo contrario empezaré a chillar».

Fui testigo de esta conversación porque en aquella fila de tres asientos yo me encontraba justo al lado del hombre a quien la mujer eligió como apoyo emocional. Ahora bien, el pobre tipo se vio algo desbordado y trató de relajar la situación con un chiste que comenzaba con la siguiente frase: «Un bávaro, un suabo y un berlinés van sentados en un avión». (¡Esas fueron realmente sus palabras, lo juro!).

No llegué a enterarme de la continuación del chiste porque la señora rompió a llorar y, en ese instante, el hombre que le cogía de la mano se dio cuenta de que no era una buena idea querer contarle un chiste de aviones, nada menos que de aviones, a una persona que padece de aerofobia.

No, esa anécdota no significó el nacimiento de *Asiento 7A*. En esta ocasión, a diferencia de lo habitual, no puedo citar ningún motivo concreto para que me haya ocupado de este tema. En las presentaciones de mis libros siempre me preguntan por regla general dónde encuentro mis ideas. Yo trato de explicarlo una y otra vez, pero la única verdad irrefutable es que las ideas me encuentran a mí, y eso ocurre la mayoría de las veces durante el proceso de escritura. En la vida real es posible que descubra la inspiración por un tema determinado. Sin embargo, mis personajes no cobran vida hasta que no me siento delante del ordenador. Y con mucha frecuencia no me percibo tanto como un diseñador de sus experiencias, sino mucho más como un observador que suele sorprenderse de los giros que se producen en la trama. Por esta razón digo que no puedo elegir qué historia voy a contar.

Algunas veces recibo correos electrónicos con la pregunta: «Fitzek, ¿no vas a escribir alguna vez algo que no sea un thriller?». Por desgracia no puedo elegir la materia.

Cuando todas las editoriales rechazaron mi primer manuscrito con el argumento de que un thriller psicológico no tendría ninguna oportunidad en el mercado editorial alemán, pensé: «Anda, mira, resulta que has escrito un thriller psicológico».

Me pareció una cosa curiosa, ya que por aquella época los thrillers psicológicos no se contaban entre mis lecturas principales. Nunca reflexioné

sobre este género, sino que siempre me limité a escribir una historia que me hubiera gustado leer, con la esperanza de no ser el único lector.

Me suelen preguntar últimamente cuánto tiempo necesito para crear un libro y cómo consigo escribir tanto.

El 21 de junio de 2017 publiqué algo al respecto en Facebook:

Cada uno de mis libros es diferente. No escribo series ni folletines con personajes que aparecen una y otra vez, sino que por regla general escribo historias aisladas, cerradas. Esto aumenta las posibilidades de no repetirme o de caer en un esquema A o B. Sin embargo, corro también el peligro de decepcionar a aquellos que desearían una continuación al estilo de las series de televisión.

Yo también soy un lector y, cuando en ocasiones algún libro de mi autor favorito no me gustaba, siempre pensaba que se debía a que escribía demasiado, a que no se tomaba el tiempo necesario. Eso fue así hasta que yo mismo me convertí en autor y no tuve más remedio que aprender algo sobre mí: que tenía una idea completamente equivocada del oficio de escritor y de su trabajo diario.

Yo pensaba que un thriller requería un trabajo intelectual previo de varios años, durante los cuales lo mejor era retirarme a una isla solitaria y reflexionar mucho hasta tener bien atadas todas las ideas para dar vida a los personajes y a la acción. Puede que esa sea la receta correcta para otros y otras colegas, pero, de hecho, a mí no me vienen las historias solo a través de la reflexión. Las ideas, los giros y los momentos de revelación me vienen casi exclusivamente al escribir. Así pues, me veo obligado a escribir para ser creativo.

Esto fue siempre así, solo que a nadie apenas le llamó la atención en los comienzos de mi carrera, cuando con *Terapia*, *Das Amokspiel* [El asesinato en serie], *Das Kind* [La criatura] y *Der Seelenbrecher* [El rompealmas] publiqué cuatro thrillers en apenas dos años.

En la actualidad oigo decir en alguna ocasión que debería recordar mis inicios y «tomarme más tiempo». De hecho, por aquel tiempo sí me vi en la obligación de escribir como un poseso, pues entonces tenía un empleo fijo diario en la radio; así pues, solo podía trabajar en mis ideas los fines de semana, durante las vacaciones y después de la jornada laboral.

En la actualidad, gracias a ustedes, lectoras y lectores, dispongo de mucho más tiempo y puedo concentrarme exclusivamente durante meses en la escritura, todo lo contrario que muchos de mis colegas, que publican también un libro al año a pesar de que de manera profesional se dedican a la

traducción o a la docencia, o trabajan en alguna entidad bancaria. Admiro mucho esa fuerza creadora y esa disciplina mantenida durante tantos años.

También me tocó aprender que ser autor no es ningún trabajo en el sentido tradicional de este término, no es una labor en la que pueda fijarme mis propios horarios de trabajo, de la misma manera que no puedo plantearme: «Eh, Fitzek, hoy vas a escribir una comedia, ¿vale?». Es la idea la que encuentra al autor y la que determina el ritmo de su puesta en práctica, y no al revés.

Puede que lo siguiente suene algo esotérico, pero me lo han confirmado ya muchos colegas. Nosotros, los autores, a menudo no tenemos ni idea de dónde sacamos exactamente nuestras ocurrencias. Solo sabemos que tenemos algo dentro, un apremio que nos lleva a la banqueta de trabajo. Escribir libros no es ninguna producción por encargo, sino una autorrealización. Igual que un músico tiene que tocar todos los días, y un deportista tiene que entrenar cada día, yo tengo la enorme suerte de poder sentarme cada día al escritorio. Y sí, lo admito, en esto soy un poco maniático; cuando estoy «en el ajo», escribo todos los días, incluso en el de mi cumpleaños o en Navidades.

La fórmula «más tiempo = un libro mejor» seguramente no anda muy errada en lo que se refiere al necesario esmero con el que hay que documentarse y revisar el primer borrador. Pero, dejando a un lado el hecho de que en comparación con la admirable producción y extensión de la obra de otros autores (Markus Heitz, Martin Walser, Stephen King), yo más bien padezco de cierta inhibición en la escritura. Sin embargo, también hay ejemplos de lo contrario. Hace poco tuve que esperar más de cinco años para que apareciera un nuevo libro de uno de mis autores preferidos de thrillers cuando normalmente publicaba uno al año. Y me quedé algo decepcionado. Por cierto, no es la editorial quien debe ponerme fechas límite, sino yo mismo, porque de lo contrario no entregaría nunca una obra. Con ninguno de mis libros estoy contento al cien por cien e incluso podría seguir ahora revisando a fondo mi ópera prima, *Terapia*, si en 2006 no hubiera tenido una fecha de entrega fijada.

Roland Emmerich dijo una vez que una historia no está nunca definitivamente lista. Lo único que puede hacerse es soltarla. En este sentido espero seguir enviándoles muchos libros, aunque en el futuro será algo absolutamente excepcional publicar dos libros en un mismo año.

De todas formas no puedo prometer que esos thrillers venideros sean de su gusto o comparables a la historia que ahora consideren su favorita. Y si es

así, entonces habrá sido por azar, porque en realidad me esfuerzo por no repetirme. (Lo cual es una repetición, véase más arriba ;).)

Lo único que puedo jurarles solemnemente es que todas y cada una de las historias que escribo me salen del corazón y tienen el esperanzador propósito de alcanzar también el suyo.

Y así seguiré escribiendo el tiempo que sea hasta que en algún momento alguien corra el telón, dé unas palmadas y diga: «Querido señor Fitzek: Su experimento se ha acabado. En los últimos once años le hemos hecho creer que era escritor. ¿Cómo se siente ahora que es plenamente consciente de que en realidad solo es un paciente del hospital Park-Klinik?».

Hasta entonces me alegraré de seguir recibiendo noticias tuyas en mi celda en la siguiente dirección: fitzek@sebastianfitzek.de.

Bien, después de haberles dado las gracias a ustedes, los seres humanos más importantes en la vida de un autor, me apresuro a hacerlo también con el resto antes de que se pongan de mala uva. Estos serían: de la editorial Droemer Knaur, en primer lugar el jefe de todo, Hans-Peter Übleis, y su maravilloso equipo: Josef Röckl, Bernhard Fetsch, Steffen Haselbach, Katharina Ilgen, Monika Neudeck, Bettina Halstrick, Beate Riedel, Hanna Pfaffenwimmer, Sibylle Dietzel, Ellen Heidenreich, Daniela Meyer, Greta Frank y Helmut Henkensiefken. Tengo que destacar especialmente a Beate, Ellen, Daniela y Helmut, que han vuelto a superarse a sí mismos (eso creo yo) en el marketing, en la producción y en el diseño de la cubierta.

A Regine Weisbrod, mi correctora, tendría que corresponderle una gratificación extra por el estrés de su trabajo de revisión y corrección de este manuscrito, ya que ella sí padece de aerofobia, lo cual no fue óbice para que desmontara meticulosamente cada frase, igual que un Airbus en las labores de inspección y mantenimiento. Lo mismo para Carolin Graehl, mi segunda indispensable. Las dos conseguís siempre, una y otra vez, que me mantenga en el rumbo correcto, me animáis a altos vuelos y me preserváis de aterrizajes forzosos.

Debido a su miedo a volar, Marc Haberland (un buen amigo mío, cuyo apellido se me permitió utilizar por primera vez en *Seelenbrecher* [El rompealmas]) asistió a uno de esos seminarios sobre aerofobia de los que se habla en este libro. Me proveyó de tantísimas informaciones interesantes y útiles que no pude procesarlas todas ni de lejos, como por ejemplo el hecho de que para muchos ese horror claustrofóbico comienza ya en el embarque,

cuando tienes que andar por los estrechos pasillos del brazo mecánico que conecta la puerta de embarque con el avión. (En los cuales siempre hay un atasco por sistema y te preguntas cuánta gente puede estar de pie en una aspiradora así antes de que se le doblen las piernas). Por cierto, ese es el motivo por el cual algunos de estos *fingers* tienen ahora ventanas o están fabricados completamente con plexiglás.

Marc fue también quien me hizo la sugerencia de que hay que contraer los músculos poco antes del despegue. Una convulsión de todo el cuerpo provocada de manera consciente y controlada en apariencia engaña al cerebro, que no es capaz de concentrarse en varias situaciones excepcionales simultáneamente. Una versión más sofisticada de este truco, la denominada «relajación muscular progresiva de Jacobson», se recomienda de manera general, dicho sea de paso, en los trastornos de ansiedad. Pueden probarlo alguna vez en caso de necesidad; seguro que funcionará mejor que los chistes sobre aviones del pasajero que esté en el asiento de al lado. Por cierto, el seminario al que asistió Marc acabó con un incidente, que a su vez es la mejor prueba de que la vida escribe las historias más increíbles e improbables. En el vuelo que realizaron como finalización del cursillo, el avión entró en una zona de turbulencias tan intensas que no solo los inscritos en el curso, sino incluso los pasajeros más avezados, comenzaron a competir a ver quién gritaba más fuerte. El piloto confesaría posteriormente que en su carrera había experimentado muy pocas veces ese fenómeno con tal virulencia. Marc me contó que esa vivencia de «peor imposible» le persuadió de no hacer uso de la garantía de devolución del dinero. Pero seguramente fue la única excepción entre los asistentes al cursillo.

Nunca he pretendido escribir un libro de divulgación; sin embargo, los datos que se citan en la novela son ciertos. Sobre la cuestión del asiento más seguro o inseguro reina un completo desacuerdo y sigue habiendo muchas investigaciones al respecto, si bien la opinión predominante concede las mayores probabilidades de supervivencia a los asientos de detrás. Y sí, es cierto, se realizó realmente una prueba de colisión en la cual las primeras siete filas quedaron completamente destruidas y el asiento 7A fue arrancado del avión. También es real el increíble caso de Juliane Koepcke. A individuos como yo, controlados a la fuerza por los teléfonos inteligentes, no nos entusiasma especialmente la noticia de que en algunas aerolíneas se pueda llamar y navegar por la red con el móvil. Se ha perdido este último oasis de

tranquilidad. Y, como es natural, los test psicológicos y otros aún más extensos para la tripulación y los pilotos son algo más que meras habladurías.

Pero no he ilustrado al cien por cien, ni mucho menos, lo que habrían podido hacer los personajes principales de este libro para estrellar el avión, del mismo modo que me expreso adrede de una manera vaga sobre los métodos de suicidio. Yo solo pretendo entretener, no escribo manuales de instrucciones.

A propósito del trabajo de documentación: a diferencia de *El pasajero 23*, donde tuve que buscar durante meses a un comandante que no tuviera miedo de salir a escena para criticar la industria de los cruceros, en *Asiento 7A* no tuve problemas para encontrar a un asesor competente. Mi viejo amigo de la escuela, Marc Peus, me permitió participar por extenso en sus experiencias como piloto y repasó todos los pasajes de relevancia para el vuelo. Así que si próximamente va a subirse a un avión en Europa y lo saluda el comandante Peus, entonces podrá disfrutar de manera relajada del vuelo, ¡porque ese tipo es el mejor! (O vaya hacia la cabina de pilotaje y sacúdale de lo lindo con el libro en el caso de que no le haya gustado. ¡Entonces lo detendrán a usted, y yo tendré un crítico menos!).

También le doy las gracias al comandante Frank Hellberg, gerente y propietario de Air Service Berlin, quien ya me había asesorado en *Amokspiel* [El asesinato en serie], *Abgeschnitten* [Aislado] y otros libros, y a quien olvidé agradecerse lo invitándolo a la presentación de *Noah*. Por desgracia le pedí disculpas y fue entonces cuando él se enteró. No volverá a repetirse. La disculpa, digo.

El agradecimiento a mi mánager Manuela Raschke lo vinculo a un ruego urgente: ¡tómame unas vacaciones! Todos dicen que trabajas más que demasiado, Manu. Y yo puedo pasarme algo de tiempo sin tu apoyo excelente, incansable y superprofesional. Uno o dos días. El día de Navidad y la Nochevieja. Para entonces puede incorporarse al equipo tu madre Barbara, de quien no debo olvidarme aquí, lo mismo que ocurre con tu marido Kalle. A ti no solo te doy las gracias por tu ayuda, sino también por comprender que la colaboración con un autor de thrillers psicológicos trae consigo algunas curiosidades sobre las cuales, por desgracia, me ha prohibido hablar Sabrina Rabow, mi maravillosa agente de relaciones públicas. Ahora en serio: Sabrina, a ti te corresponde mi agradecimiento profundo por tu asesoramiento, tu apoyo y tu fidelidad de tantos años.

La lista de los imprescindibles prosigue con Petra, mi suegra favorita, quien, al igual que Jörn «Stolli» Stollmann, Markus Meier y Thomas

Zorbach, se ocupa de medios desesperantemente antediluvianos como internet, mientras que yo, un pionero del progreso, manejo el fax.

Agradezco a mi bávaro favorito, Franz Xaver Riebel, que haya vuelto a hacer de primer catador literario. Y a mis amigos Arno Müller, Thomas Koschwitz, Jochen Trus, Stephan Schmitter, Michael Treutier, Simon Jäger y Ender Thiele.

Al citar aquí *su* nombre no hago sino complicarle la vida, pues desde un punto de vista estadístico, uno de cada dos alemanes va por ahí con una idea para una novela. Y Roman Hocke es el mejor hombre para encontrarle una editorial. (¡Eh, pudo conseguírmela incluso a mí...!). En esa labor lo apoyan en AVA-International, su agencia literaria, Claudia von Hornstein, Gudrun Strutzenberger, Cornelia Petersen-Laux, Lisa Blenninger y Markus Michalek.

Una y otra vez me piden alguna foto en las presentaciones. La mayoría de las veces sale al fondo un hombre que mira a la cámara como si en ese instante le hubieran robado su milanese. Se trata de mi fiel amigo y mánager de giras Christian Meyer, de la compañía de seguridad C&M, con quien llevo ya tantísimas giras realizadas que muchos nos tienen por un viejo matrimonio. Nosotros también nos tenemos por tal, dicho sea de paso.

Querida Sabine: Espero haber tenido en cuenta todos tus comentarios médicos. Mi cuñada y mi hermano Clemens figuran en el equipo fijo de asesores médicos. Siempre quise agradecerérselo a los dos con un viaje conjunto en un crucero. Justo antes de que pudieran aceptar ese regalo, escribí *El pasajero 23*.

Como es natural, doy las gracias como siempre a todos los libreros y librerías, a los trabajadores y a las trabajadoras de las bibliotecas.

El éxito de las ventas por catálogo en internet ya no tiene marcha atrás. Y sería en extremo cínico por mi parte condenarlas cuando yo mismo, al igual que muchos otros autores, soy también usufructuario. Realmente, mi carrera no habría sido en absoluto posible sin internet, ya que en el año 2006 mi ópera prima apenas podía encontrarse al principio en las librerías tradicionales. Y, a pesar de ello, les ruego encarecidamente que apoyen las librerías locales. Para ello hay innumerables razones, como por ejemplo que a nadie le sirve para nada unos centros de las ciudades sin gente. Pero permítanme citarles otra razón más:

Si a ustedes les gusta tanto una autora o un autor que querrían encontrarse con ella o con él en alguna de las presentaciones de sus libros, ¿dónde se producirá ese encuentro? ¿En internet o en una librería?

Por favor, no me malinterpreten, no defiendo para nada la demonización de los grandes comerciantes en línea. No tienen por qué cambiar radicalmente su comportamiento en las compras. Ya harán mucho si visitan de vez en cuando el lugar en el que los libros mejor se sienten: una estantería bien surtida, al lado de otros congéneres y dentro de una librería de su confianza donde se les pueda asesorar a conciencia. Pero no se asusten. Yo podría estar también casualmente *in situ*.

¡Como siempre, les doy las gracias por su tiempo! Hasta pronto. Con todo mi cariño,

Sebastian Fitzek
*En Berlín, con un tiempo de mes de abril,
pero ya a 6 de julio de 2017.*

P. D.: Lo mejor y más cariñoso para el final:

Recientemente, una lectora quiso saber de mí si mi esposa podía dormir tranquilamente al lado de «alguien como yo». Y eso que es ella quien ve *Hostel* o *Saw* para relajarse y quien con su pinta de K17 Club en sábado noche ganaría el primer premio en el concurso de disfraces de Bloody Halloween. Gracias, Sandra, por ser a la vez tan poco convencional y tan amorosa como para aguantarme sin empuñar un arma. La mayoría de las veces, al menos.



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, 1971). Escritor y periodista alemán, dedicado a la novela de intriga y suspense y autor de gran éxito internacional.

Estudió Derecho y recibió su doctorado en Derecho de Autor. Trabajó como editor y director de programas en varias estaciones de radio en Alemania.

Su primera novela, el *thriller* psicológico *Terapia* (*Die Therapie*, 2006), alcanzó enseguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual.

Sus novelas posteriores, *El retorno* (*Das Kind*, 2008) y *El experimento* (*Der seelenbrecher*, 2008), lo consagraron como el maestro alemán del *thriller* psicológico.

El autor alemán considera que la presión que ejerce actualmente la sociedad puede llevar a muchas mentes a «desconectarse» de la realidad, pero no cree que eso signifique necesariamente un aumento de las personas malvadas.